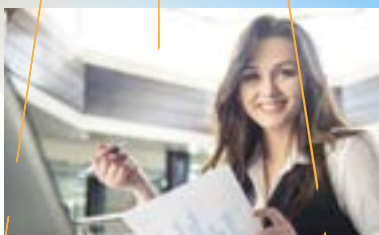
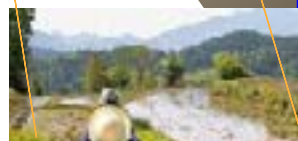


la oración en el Espíritu



En todo tiempo y
en todo lugar





**Estos fueron comprados de entre los hombres
como primicias para Dios y para el Cordero**

ISBN Obra independiente: 978-958-49-9074-7.

©Todos los derechos de esta obra son propiedad intelectual del autor-editor registrado en el ISBN respectivo.

El libro puede ser descargado para ser leído en un teléfono celular, en una tableta o un computador.

Se ruega a los lectores no modificar ninguna de las partes del libro.

Cualquier inquietud puede comunicarse al whatsapp 57 3002928232.

www.las-primicias.com.

Contenido

Introducción	7
1. Qué y cómo orar (1)	13
LA ORACIÓN DE LOS	14
HIPÓCRITAS.	14
1. EN SECRETO Y EN COMUNIÓN CON EL PADRE.....	15
2. QUIÉNES TIENEN DERECHO A ORAR.....	20
La Oración limitada a las peticiones y basada en vanas repeticiones	21
2. Qué y cómo orar (2).....	27
La oración debe dirigirse al Padre	27
Exaltación y Adoración.....	32
Los veinticuatro ancianos.....	36
Las siete lámparas	37
El mar de vidrio	37
Cuatro seres vivientes.	38
3. LA SANTIFICACIÓN DEL NOMBRE	40
3. Qué y cómo orar (3).....	43
4. EL ESTABLECIMIENTO DEL REINO.	43
5. HACER LA VOLUNTAD DEL PADRE.	44
6. PETICIÓN POR EL PAN DE CADA DÍA	47
Recapitulemos.....	49
7. EL ASUNTO DEL PERDÓN	50
LA LIBERACIÓN DE LA TENTACIÓN	54
9. LIBERTADOS DEL MALIGNO	55
10. ALABANZA, ADORACIÓN Y PERDÓN.	57
4. La oración que agrada al Padre	59
LA ORACIÓN QUE ES SEGÚN SU VOLUNTAD	59
LA PREOCUPACIÓN DE ABRAHAM	62

5. Oraciones trascendentales (1)75

ESPÍRITU DE SABIDURÍA Y DE REVELACIÓN, Y VISIÓN EN EL ALMA	75
Las oraciones de Pablo.....	75
Espíritu de sabiduría y de revelación.	80
1. La esperanza a que hemos sido llamados	85
1.1. La unidad de la fe.	86
1.2. El pleno conocimiento del Hijo de Dios	90
1.3. El Hombre de plena madurez	91
1.4. La medida de la estatura de la plenitud de Cristo.....	92

6. Oraciones trascendentales (2)95

2. La herencia de los santos: las riquezas de Su gloria	95
3. La supereminente grandeza de Su poder.....	97
1.1. Resucitándolo de los muertos	97
1.2. Por encima de los ángeles y del reino de las tinieblas	99
1.3. Por encima de los gobernantes del mundo	100
4. Lo dio por Cabeza a la iglesia	102

7. Oraciones trascendentales (3)109

FORTALECIMIENTO DEL HOMBRE INTERIOR.....	109
1. Fortalecimiento del hombre interior	112

8. Oraciones trascendentales (4)119

FORTALECIMIENTO DEL HOMBRE INTERIOR (2)	119
2. Cristo haga Su morada en nuestros corazones. ...	119
3. Arraigados y cimentados en amor	129

9. Oraciones trascendentales (5)139

FORTALECIMIENTO DEL HOMBRE INTERIOR (3)	139
4. Comprender las dimensiones de Cristo	139
5. Conocer el amor de Cristo y ser llenos de la plenitud de Dios	140
6. Es el Señor quien lo hace	143
7. El Señor es glorificado	146

10. Oraciones trascendentales (6)	147
LA ORACIÓN DEL SEÑOR JESÚS (1).....	147
Al Padre y en el espíritu.....	148
La glorificación de Dios en la tierra.....	149
1. Haciendo la obra que el Padre le dio	151
2. Manifestando el Padre a los discípulos.....	153
EL SEÑOR NO ORÓ POR EL MUNDO	
SINO POR LOS DISCÍPULOS	156
11. Oraciones trascendentales (7)	159
LA ORACIÓN DEL SEÑOR JESÚS (2)	159
El asunto de la unidad (1)	159
12. Oraciones trascendentales (8)	171
LA ORACIÓN DEL SEÑOR JESÚS	171
El asunto de la unidad (2).....	171
13. La necesidad de orar.....	183
14. Oraciones modelo (1).....	203
1. La oración de Moisés.....	203
2. La oración de Josué	212
15. Oraciones modelo (2).....	221
3. LA ORACIÓN DE LOS CIENTO VEINTE.....	221
Un solo hablar.	224
Sin divisiones.....	225
Un único sentir [una mente, un pensamiento].....	226
Un único parecer.	227
16. Oraciones modelo (3)	239
4. LA ORACIÓN DE CORNELIO Y DE PEDRO.....	239
17. El ayuno (1)	251
18. El ayuno (2)	263
1. Desatar las ligaduras de impiedad.....	263
El misterio de la piedad	264
2. Soltar las cargas de opresión	270

19. El ayuno (3)283

- 3. Dejar libres a los oprimidos 283
- 4. Romper todo yugo. 285
- 5. Partir el pan con el hambriento..... 286
- 6. Albergar en casa a los pobres errantes 289
- 7. Cubrir al desnudo..... 293
- 8. No esconderse del hermano 295

20. El ayuno (4).....297

- CONSECUENCIAS DEL AYUNO..... 297
 - 1. Una vida llena de luz..... 297
 - 2. La realidad de la salvación..... 299
 - 3. Cubiertos de la justicia y de la gloria de Dios..... 301
 - 4. El Señor oye nuestra invocación y nuestro clamor. 304
 - 5. Andamos en luz..... 305
 - 6. El Señor es nuestro Pastor 308
 - 7. Nos convertimos en fuente de agua viva 311
 - 8. Somos colaboradores del Señor
en Su obra de edificación..... 312

21. El diezmo y las ofrendas (1).....317

- El diezmo es exclusivo del Antiguo Testamento
y del pueblo de Israel 318
- LAS OFRENDAS EN EL NUEVO TESTAMENTO..... 322

22 El diezmo y las ofrendas (2)327

23. El diezmo y las ofrendas (3)339

- EL MANEJO DE LAS OFRENDAS..... 339

Introducción

No hay duda de que el tema más fascinante para un hijo de Dios es el de la oración y también por el que cualquier hijo de Dios tiene mayor interés, y que es a la vez su mayor necesidad.

Desde el comienzo de la manifestación de la iglesia y a partir del invento de la imprenta, se han escrito millones de páginas y utilizado verdaderos ríos de tinta y un buen número de autores cristianos se han dedicado a plasmar en esas páginas sus pensamientos acerca de la oración.

Sin embargo, es difícil encontrar en ese mar de palabras, algunas que realmente ayuden a los creyentes a tener una oración genuina, que sea del agrado del Señor. A pesar de que el Señor en la Biblia registró muchas oraciones que pueden servir de modelo, no para repetirlas sino para encontrarles la sustancia que Él ha querido plasmar en ellas, y no obstante que el Señor Jesús nos enseñó a orar, no hay actividad más equivocada y lejana a la realidad, que la oración de los cristianos.

Esto es cierto porque entre los cristianos no hay revelación ni visión, debido a que en las miles de iglesias que existen en la tierra, los feligreses no han sido enseñados a buscar en el Señor revelación de Su palabra, sino que toman la Biblia de acuerdo con las letras, pero no se sumergen en el Señor para encontrar las revelaciones profundas que Él ha establecido en Su palabra.

Cualquier actividad de un hijo de Dios debe tener un punto de partida que es único y fuera de Él todo lo que se haga es perdido; ese punto de partida es la revelación que se da en el espíritu humano del creyente, cuando este se propone entrar en comunión con el Señor. Toda actividad que no tenga este punto de partida es vacía, el Señor

no lo reconoce y el creyente nunca alcanzará ninguna meta.

Antes de que el Señor nos enseñase a orar, corrigió dos errores que son comunes en la oración de los cristianos: la hipocresía y las vanas repeticiones. Estos dos errores los hemos abordado en los primeros capítulos del libro.

En los capítulos subsiguientes hablamos de cuál es el tema que debemos tener en la oración, si en realidad tenemos el propósito de tener oraciones conforme al Espíritu y que sean agradables al Señor; con base en la oración modelo que Él les enseñó a Sus discípulos después de que los orientó a evitar las oraciones de hipocresía y vanas repeticiones, que son muy comunes entre cristianos.

El Señor en Su misericordia nos ha llevado a tomar cada una de las frases contenidas en ese modelo de oración y nos ha revelado pormenores de cada palabra que profirió, cuando enseñó a Sus discípulos a orar.

No podemos hacer lo que ha hecho el catolicismo, del llamado Padre Nuestro repitiéndolo diariamente millones de veces, sin tener la más pequeña realidad de las maravillas que contiene esa oración modelo y así convierten sus oraciones en una actitud ofensiva y burlesca para el Señor. Además, añaden un poco de rezos que contienen invocaciones a ídolos, en la forma de vírgenes, santos y beatos.

Esta es una forma muy eficaz que encontró satanás para burlarse del Señor, llevando a los más de mil millones de católicos —romanos y ortodoxos— que hay en la tierra, a tener un poco de rezos mentirosos, haciendo que sus feligreses crean que esa es la forma de oración que a Dios le agrada.

Por el lado protestante, los correligionarios de los millones de grupos que hay en la tierra han hecho de la oración un estereotipo que está lejos de ser una oración que proviene del espíritu, mezclado con el Espíritu Santo y que en consecuencia se convierte en una oración propia de los gentiles, basada en repeticiones inútiles que Dios no puede soportar.

En varios capítulos el Señor ha tenido la misericordia de mostrarnos cuál debe ser el tema central de la oración que a Él le agrada, que escucha y que responde con agrado.

El tema central que Dios ha determinado para las oraciones de Sus hijos es el establecimiento de Su reino —el reino de Dios y el reino de los cielos— en la tierra y este reino puede ser establecido solamente, si Dios encuentra en la tierra a algunos de Sus hijos que hagan Su voluntad, partiendo de obtener revelación y visión en sus corazones y permitiendo que Él haga realidad Su palabra en el vivir de quienes lo amamos.

Después el Señor ha querido mostrarle al lector cómo es la oración que agrada al Padre y cuál es la oración que es según Su voluntad, basados en el capítulo 18 de Génesis, en una experiencia sublime y preciosa que tuvo Abraham con el Señor, en la que nos muestra el Espíritu la preocupación que tuvo el amigo de Dios, de agradar primero a Dios, antes que buscar el suplir de Sus necesidades personales.

Es una experiencia tan valiosa para el vivir de un hijo de Dios que bien merece la pena buscar en el espíritu más revelación y más luz, las que el Señor, sin duda, otorgará a quienes las busquen.

En los subsiguientes capítulos, el Señor nos ha llevado a considerar tres oraciones especiales que encontramos en la Biblia, dos de ellas proferidas por el apóstol Pablo y una tercera que salió directamente de la boca del Señor, poco antes de pasar por la muerte; oraciones que tienen un elevado número de detalles, mediante los cuales el Señor quiere revelar al lector muchos secretos que están guardados en la Biblia y que caracterizan la oración genuina que complace y alegra al Señor.

Inmediatamente después, ha querido el Señor mostrarnos la más urgente necesidad que tenemos los hijos de Dios, como es la de orar. Nuestra vida de creyentes en el Señor Jesucristo debe ser una vida de constante y continua oración, pero una oración que se enfoca en el Espíritu, que sale del Señor mismo y que vuelve a Él como Su oración. De esa manera evitaremos que nuestra oración sea carnal, emanada

del viejo hombre y que busca complacer los caprichos y el morbo de quien ora.

La base de esta necesidad la encontramos en una parábola, que el Señor Jesús habló y que quedó registrada en Lucas 18, en la que enfrenta a una mujer viuda y a un juez injusto.

Las versiones españolas de la Biblia que ponen títulos a los distintos pasajes de la misma la han llamado “La Parábola de la Viuda y el Juez Injusto”, sin darse cuenta de que el Señor mismo le dio un nombre a la parábola: “Jesús les contó una parábola acerca de la necesidad de orar siempre, y no desmayar” (Lucas 18.1).

No se trata de una romántica historia ocurrida entre una viuda pobre y un juez, sino que el Señor plantea aquí una de las más grandes necesidades que tenemos Sus hijos: Orar siempre y no desmayar.

En el discurrir de la parábola hay un buen número de detalles que, al sernos descubiertos mediante revelación del Señor, lograremos alcanzar una vida de oración que ha de ser agradable para nuestro Dios.

Al finalizar la parábola, el Señor plantea un interrogante que debe tocar nuestro corazón y buscar en Él que cuando venga, si estamos vivos, lo estemos esperando y no seamos inmersos en la indiferencia que hoy vive el mundo frente a Dios, y más doloroso aun, en esa indiferencia han caído los cristianos que se precian de amar al Señor y de seguirlo. Ese interrogante es: “cuando el Hijo del Hombre venga, ¿hallará fe en la tierra?” (Lucas 18.8).

El Señor quiere inquietar el corazón del lector para que se pregunte si en verdad lo está siguiendo, o está anonadado siguiendo a hombres que se creen los siervos ungidos de Dios y la fe de una persona así deja de ser fe genuina para convertirse en idolatría.

En los dos capítulos que siguen, el Señor ha deseado que consideremos cuatro oraciones modelo, de las muchas que podemos encontrar en la Biblia, para que basados en los principios que Él establece, podamos orar de acuerdo con la voluntad del Señor y nuestras ora-

ciones, como el incienso de Apocalipsis 5.8 y 8.3-4, lleguen al trono del Señor y Él tenga una base sólida para operar en la tierra y sus habitantes.

El Señor no podía menos que incluir en este libro un tema que es muy desatendido por los creyentes, como es el ayuno y se han tomado varios capítulos para hablar con alguna profundidad cómo es el verdadero ayuno que el Señor ha determinado en Su iglesia.

Finalmente, no era posible ignorar un tema muy controvertido entre los cristianos como es el diezmo y las ofrendas y hemos querido con el Señor, y a la luz de Su palabra, dilucidar el tema con el cual ha sido engañado durante siglos todo el cristianismo. En los tres últimos capítulos hay mucha luz sobre qué es la ofrenda, cuándo y cuánto se debe ofrendar.

Como en los demás libros que el Señor nos ha mandado escribir, hemos transcrito los versículos en que están basadas cada una de las reflexiones sobre los temas, con el fin de facilitarle al lector el disfrute y la lectura de las riquezas que el Señor quiere suministrarle por medio del libro. Los pasajes han sido tomados de múltiples versiones al español de la Biblia y ayudados por algunos interlineales griegos.

Si se toma la revelación con la seriedad y disciplina que se debe, seguramente al final el lector habrá ganado realidad en su oración y descubrirá cómo andar en íntima comunión con Su Señor y aprenderá que las oraciones de un genuino hijo de Dios no son inventos ni divagaciones de su mente separada del espíritu, sino que será el Señor quien pone Sus cargas en el creyente y es Él mismo quien ora nuestras oraciones.

Para que la lectura del libro sea de mucho provecho, recomendamos al lector que procure disfrutar y rumiar cada frase del libro, para que la revelación que el Señor ha plasmado en él se convierta en revelación tuya y a partir de ella puedas ganar más revelación y más riquezas del Señor.

Si lo lees con la intención de enriquecer tu cultura general, haciéndolo de manera rápida y sin buscar al Señor en estos escritos, traga-

rás entero como hacen los perros y los cerdos y su lectura no te será de ningún provecho espiritual; solamente estarás llenado tu mente, te convertirás en un creyente cabezón y tu crecimiento espiritual tendrá que esperar hasta la Gran Tribulación o hasta el milenio.

¡Deseamos que puedas disfrutar las riquezas del Señor tanto o más de lo que nosotros estamos disfrutando!

Qué y cómo orar (1)

I

Para hablar de este tema tan importante y lleno de fascinación, tenemos que recurrir a la Biblia, libro en el cual encontramos la palabra de Dios.

No obstante, no debemos tomar la Biblia de manera liviana, ni en la letra, porque de hacerlo, nos llenaremos de muerte y confusión: ***“el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, ministros no de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, mas el Espíritu vivifica”*** (2 Corintios 3.6).

Siempre que nos acerquemos a Dios, a escudriñar Su palabra, debemos hacerlo sin presunción ni soberbia, y nuestra intención debe ser la de buscar revelación y visión en nuestro espíritu humano y nuestra alma respectivamente: ***“para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de***

sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza” (Efesios 1.17-19)

Si alcanzamos revelación en nuestro espíritu y visión—luz—en el alma, podemos tener la seguridad de que en cada situación que tratemos con el Señor, conoceremos Su voluntad, Su deseo y lo satisfaremos.

Desde ese punto de vista no nos queda un camino distinto al de recurrir a las palabras del Señor para obtener revelación, conocimiento y visión, acerca de la oración, y uno de los pasajes más notables que hablan sobre

el particular, está en Mateo 6.6-15, pasaje que nos dedicaremos a profundizar con miras a obtener algunas de las insondables riquezas que el Señor nos legó para nuestro disfrute.

Si el lector es juicioso, caerá en la cuenta de que antes de que el Señor nos enseñara a orar, corrigió dos grandes errores que los discípulos cometían en la oración, debido a la influencia religiosa de los judíos de la época, errores que también son comunes en el tiempo presente, por la influencia de satanás en los grupos cristianos. Miraremos esos errores a la luz del Espíritu y esperamos que el Señor nos enseñe a tener una oración que le sea agradable.

LA ORACIÓN DE LOS HIPÓCRITAS.

El primer punto que el Señor Jesús corrigió con respecto a la oración tiene que ver con el cuidado que debemos tener al orar, para que nuestra oración no esté llena de hipocresía. Veamos lo que al respecto dice la palabra de Dios: ***“Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa”*** (Mateo 6.5).

Una manera de orar con hipocresía es procurar que la oración sea vista y alabada por los hombres. En general, en los grupos cristianos contemporáneos, las oraciones son de ese tipo: forman una gritería que es difícil entender y casi todos los presentes en la reunión, oran simultáneamente, contradiciendo abiertamente lo que el Señor ha ordenado: ***“pero hágase todo decentemente y con orden”*** (1 Corintios 14.40).

Alguno que tiene una voz fuerte puede ser oído por los demás y en consecuencia ser alabado. La oración es aún más alabada si es hecha por el líder o pastor de la congregación.

Si un creyente tiene la costumbre de orar de esa manera, para ser visto de los hombres, puede estar seguro de que su oración ***jamás será oída por el Señor*** y Él no se satisfará en esa oración. Quien ora de esa manera será recompensado por los hombres, por medio de halagos y de alabanzas, pero jamás será alabado ni exaltado por el Señor. Un creyente así tiene que conformarse con la alabanza de los hombres y no con la aceptación y complacencia del Señor. Su oración es vana.

El Señor dice que los hipócritas aman orar de esa mane-

ra, para ser vistos y alabados por los hombres. Al decir que “**aman**” está diciendo el Señor que ellos se deleitan en esa clase de oración, se satisfacen, se sienten halagados y contentos orando así, y tienen una recompensa, que es la alabanza de los hombres. Pero ese tipo de oración jamás satisface al Señor; por el contrario, Él cierra Sus oídos para no oír los improperios y carnalidades que emanan de una oración así.

Procura querido lector, que tu oración no sea vista ni alabada por los hombres, porque caerás inmediatamente en una condición de hipocresía. Aprende a orar según el Señor nos ha enseñado y busca con todo tu corazón satisfacerlo y agradarlo.

1. EN SECRETO Y EN COMUNIÓN CON EL PADRE

Primero, el Señor muestra el error, y luego nos enseña la solución, la manera agradable de orar. Veamos qué dice Él: “**Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará**” (Mateo 6.6).

La primera condición de una oración genuina es que debe ser hecha en el aposento. Si se interpreta la Biblia literalmente, deberíamos colegir que para

orar debemos meternos en una alcoba o en un recinto destinado para ese fin. Si esto es verdad, ¿cómo es que el Espíritu afirma a través de Pablo que debemos orar en todo tiempo y en todo lugar?: “**orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos... Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda**” (Efesios 6.18; 1 Timoteo 2.8). Si el lugar donde debemos orar se limitara a un aposento físico, implicaría que tendríamos que estar confinados a ese lugar de oración, sin salir nunca de allí, para poder orar en todo tiempo. De ser así, no podríamos orar en todo lugar.

En Mateo el Señor dice que debemos entrar en el aposento. El término aposento hace referencia a un lugar de intimidad y puede compararse con la alcoba nupcial de un matrimonio.

Ese aposento tiene que referirse entonces al espíritu humano, porque es el lugar donde Dios habita en el creyente, donde el hijo de Dios tiene comunión íntima con Él. Nuestro espíritu humano es la “**alcoba nupcial**” de Dios y cada uno de Sus hijos. Es el lugar donde Dios y el hombre tienen comunión, porque es en él donde Dios se hace uno con el

hombre y el hombre se hace uno con Dios.

La traducción del interlineal griego dice así: **“Mas tú cuando ores entra en el aposento más interior de ti...”**.

En consecuencia, para tener una oración apropiada, **el primer aspecto** que debemos tener en cuenta es entrar en nuestro espíritu humano; ese es el aposento del que habla el Señor Jesús.

La segunda condición dice: **y cerrada la puerta**. Una puerta se cierra para impedir que otros puedan entrar en el aposento, lo cual implica que la oración es un asunto individual, es el encuentro que cada creyente tiene en su espíritu con el Padre y nadie distinto a los dos puede estar en el aposento ni en la oración. Este aspecto se refiere igualmente a que la oración es íntima entre el Padre y el creyente.

Cuando un creyente entra en su aposento, que es su espíritu, entonces su alma, conformada por mente, voluntad y emoción, queda totalmente sometida al espíritu, y no habrá ningún pensamiento, ni sentir, ni deseo, que no sean del Señor. En otras palabras, esa intimidad entre Dios y el creyente, no puede ser interferida ni interrumpida por nada ni por nadie; ni satanás, ni

los hombres, ni los demonios ni los ángeles caídos, pueden tener participación en ella. Es exclusiva entre Dios y el creyente. Esta es la manera excelente de someter el alma al espíritu y de negar la vida del alma.

Agradecemos al Señor por haber creado en nosotros un espíritu humano y por haber tenido la voluntad de venir a morar en él. ¡Qué delicia es que en ese aposento solo podemos estar el Señor y yo, el Señor y tú! ¡No hay cabida para nadie más!

Imaginamos tu protesta y tus cuestionamientos al leer estas líneas: ¿Entonces no podemos orar en conjunto?, ¿no podemos tener una reunión de oración en la que participe más de un hermano?, ¿no podemos orar en cualquier lugar?

Sí, podemos y debemos orar en conjunto; cuando nos reunimos con otros santos para orar, somos más fuertes y nuestra oración es más fluida y somos más poderosos para aplastar al enemigo; solamente que, sin importar si hay dos, diez, cien o mil hermanos, cada uno debe entrar en su aposento; en otras palabras, cada uno debe estar en su espíritu y debe cerrar la puerta. En términos sencillos, la oración es un asunto de intimidad con Dios.

Si en una reunión de oración, uno o más hermanos no entran en su aposento, la oración fácilmente será desviada y se puede volver una oración de hipocresía, con palabras que salen solamente del alma de quien ora y el Señor no se agrada de ella. Solamente con uno que no esté en su aposento, o que abra la puerta, habrá lugar para que satanás desvíe la oración y ésta no sea hecha en el espíritu.

Podemos y debemos orar en todo lugar; solamente que cuando lo hagamos, debemos entrar en nuestro aposento, cerrar la puerta y tener comunión íntima con el Señor. Únicamente en esa condición nuestra oración estará exenta de hipocresía. No importa el lugar donde te encuentres; puede ser caminando por la calle, o haciendo fila en algún lugar para hacer una diligencia, o yendo a tu trabajo en un transporte público, o conduciendo tu automóvil, o en tu trabajo, o en casa haciendo alguna labor o haciendo deporte o en cualquier actividad, tú puedes entrar en tu espíritu—aposento— y cerrando la puerta puedes estar de **“luna de miel”** con el Amado. La oración no tiene ni lugar ni hora específica; podemos y debemos orar en todo tiempo y en todo lugar.

Tal vez hasta aquí el Señor

nos ha dado una pequeña luz de cómo debemos orar. Sigamos excavando para obtener más de las muchas riquezas que tiene para nosotros nuestro amado Padre.

A continuación, el Señor afirma: **ora a tu Padre que está en secreto**. Al Padre no le gusta la publicidad; le encanta el secreto; le agrada estar con cada uno de Sus hijos en la **“cámara nupcial”**, teniendo una comunión íntima con cada uno de los Suyos.

Cabe destacar que el ingrediente más importante de la oración es la comunión; si no hay comunión no hay oración genuina. En toda oración genuina, el aspecto más sobresaliente es la comunión.

Téngase en cuenta que la comunión es el mutuo fluir, el disfrute mutuo de quienes participan en ella. Cuando estamos en comunión con Dios, disfrutamos de todas Sus riquezas y Él disfruta del trabajo que ha realizado en nosotros. Cuando estamos en comunión con los hermanos, disfrutamos mutuamente de las riquezas de Dios que se han hecho realidad en cada uno.

Nótese que el Señor dice que el Padre está en secreto y es a ese secreto donde debemos entrar para orar a Él. Nota que la oración debe dirigirse al Padre

y a nadie más, como lo veremos más adelante. Por ahora, debemos enfatizar que la oración debe ser secreta y en secreto.

Esperamos en el Señor que podamos eliminar de nuestra vida de creyentes esas oraciones públicas, rimbombantes y escandalosas, que ofenden al Padre y también a los oyentes. La oración debe producir tanta armonía, tanta paz y tanto sosiego, que se vuelve muy atractiva, y despierta en quien ora el deseo de orar sin cesar: **“Orad sin cesar”** (1 Tesalonicenses 5.17).

Igualmente, la oración debe ser un medio eficaz para vivir, pensar, hablar y actuar por el Espíritu. A quienes participan en ella, debe suministrarles crecimiento en el Señor, edificación, consolación y aliento. Cuando oramos en el espíritu, debemos tener la certeza de que Dios tiene total complacencia en la oración que realizamos; Él debe poder decir de quien o quienes oran: **“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”** (Mateo 17.5).

Podrías preguntar que si la oración es un secreto entre el Padre y el creyente, ¿qué ocurre cuando hay más de uno orando? ¿Cómo mantener el secreto? Aun estando en grupo, si nos mantenemos en el espíritu, estamos en

secreto con el Padre. No importa cuántos haya en la reunión, con tal de que cada uno se mantenga en el espíritu con la puerta cerrada. Cuando entramos en el espíritu somos uno con Dios, estamos guardando la unidad del Espíritu, y aunque haya muchos santos, en verdad hay solo uno, el Señor Jesús y nosotros, siendo una sola entidad, un solo cuerpo, un solo Espíritu, una sola fe y un solo Dios y Padre.

El Señor continúa enseñándonos sobre el secreto de la oración: **y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará**. La recompensa que da el Padre a nuestras oraciones solo es real cuando la oración lo ha agrado: una oración que desagrade al Padre no será recompensada.

El Padre no solamente oye nuestra oración, sino que también la ve; y esa vista y audición se dan en lo secreto, porque es el ámbito donde habita el Padre.

Las versiones Reina-Valera de la Biblia añaden la frase **en público**, queriendo decir que lo que hacemos en secreto con el Padre Él lo recompensará públicamente. De ser esto cierto, sería contradictorio, porque lo que nos muestra la palabra es que a Dios no le gusta la publicidad sino el secreto.

Si Él tuviese una recompensa

en público para algo que se hace en secreto, porque al Padre le agrada el secreto, sería un contrasentido y la Biblia no tiene contradicciones. Dios nunca se contradice.

El problema de estos contrasentidos está en algunos traductores y en algunos revisores, que no tienen visión ni revelación suficientes para ser fieles a aquello que Dios quiere hablarnos en cada uno de los textos bíblicos. Ninguna versión a excepción de versión de Casiodoro de Reina y las versiones Reina Valera en casi todas sus revisiones, tienen la frase en público. Tampoco está esa frase en ningún Interlineal Griego.

Por el contrario, si se lee un interlineal griego, se encontrará una traducción similar a la siguiente: ***“Pero tú, cuando ores, entra en tu aposento interior, cierra con llave tu puerta y ora a tu Padre que está en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”***.

Dos cosas son bien claras aquí: la primera que no hay tal recompensa en público, tal como lo tradujo Casiodoro de Reina y la mantienen las revisiones de la Biblia Reina-Valera; y, segundo, el aposento hace referencia al espíritu humano, que es el recinto más interior del hombre y es el “lugar” donde Dios mora en

los creyentes.

¿Por qué fue agregada la frase te recompensará en público, en la versión Reina Valera y sus múltiples revisiones? No cabe duda de que la traducción de la Biblia a los distintos idiomas sea profundamente influida por la visión que tiene el traductor, y desde el año 1569 en la primera versión de Casiodoro de Reina, conocida como la Biblia del Oso, ya está la frase mencionada. Parecería ser que Cipriano de Valera, quien en 1582 hizo la primera revisión y los revisores posteriores, o no tuvieron una visión clara de lo que el Señor quería decir en esos versículos o quisieron mantener las palabras del primer traductor.

Cualquiera que sea la razón para que en esa versión exista esa pequeña frase, no deja de inquietarnos su actitud contradictoria frente al deseo del Señor de tener secretos con los Suyos, frente al deseo del traductor de ser reconocido públicamente. ¡Un poco de levadura leuda toda la masa!

Definitivamente, al Señor le encanta la intimidad y el secreto, pero a los religiosos les encanta la fama, el ser reconocidos por los hombres. Cuidémonos para no ser contradictores del Señor. Seamos cuidadosos fren-

te a la hipocresía que se puede presentar en nuestra oración.

2. QUIÉNES TIENEN DERECHO A ORAR

Habrás notado que la oración que Dios escucha se restringe a quienes son hijos de Dios; ***“ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”*** (Mateo 6.6). La oración, al igual que dar limosna y ayunar es un asunto exclusivo entre Dios y Sus hijos.

Si no existe una relación de Padre a hijo y de hijo a Padre, es decir, si quien ora no es un hijo de Dios, la oración no pasa de ser una vana repetición de palabras que se las lleva el viento. Esto quiere decir que los millones de oraciones que hacen las gentes son oraciones vanas que Dios no escucha, porque el Padre solamente oye y está atento a las oraciones de Sus hijos.

Vale recabar que una persona llega a ser hijo de Dios cuando se dan todos los hechos que el Señor ha establecido. ***En primer lugar***, para ser hijos de Dios es necesario que el Señor nos haya escogido desde antes de la fundación del mundo: ***“según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo”*** (Efesios 1.4); nadie que no haya sido escogido puede llegar a ser hijos de Dios; ***en segundo lugar***, es ne-

cesario haber recibido al Señor creyendo en Su nombre: ***“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”*** (Juan 1.12).

Una vez se han llenado estos dos requisitos estamos en la condición de hijos de Dios y adquirimos el derecho de orar a nuestro Padre y a que Él responda nuestras oraciones.

No faltará quienes argumenten diciendo que todos los hombres son hijos de Dios, pero esa afirmación no tiene ninguna base bíblica. Hablando con propiedad, en cuanto a la raza humana, Dios creó solamente a Adán y hay que tener en cuenta que Adán es un hombre corporativo, y Dios lo creó con el deseo de que lo recibiera, lo contuviera y lo expresara, pero Adán, en lugar de recibir al Señor, optó por recibir a satanás y llenarse de su naturaleza pecaminosa, lo que causó una separación total de Dios.

Toda la raza humana descien- de de Adán y tiene la naturaleza pecaminosa del diablo y en esas condiciones nadie puede ser hijo de Dios y propiamente ni siquiera creación de Dios, porque Dios no puede crear un ser humano pecaminoso.

Bien distinto es que Dios en

Su misericordia decidió, antes de que existiera el tiempo, conocer, escoger y seleccionar a algunos hombres -varón y hembra— para hacernos Sus hijos, nos dio un destino anticipado— predestinación— consistente en que lleguemos a ser iguales a Su Hijo Primogénito; en el tiempo nos llamó, nosotros oímos Su voz, lo recibimos y fuimos convertidos en Sus hijos.

La Oración limitada a las peticiones y basada en vanas repeticiones

No sólo el Señor rechaza la hipocresía de la oración, sino que aborrece las vanas repeticiones, y que la oración se limite solamente a pedir para satisfacer los gustos y caprichos de quien ora. Este es el segundo error que el Señor desea corregir antes de enseñarnos a orar, error propio de los religiosos, tanto de la época en que Jesús anduvo en carne, como del cristianismo contemporáneo.

Leamos lo que al respecto nos dice el Señor: ***“Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos”*** (Mateo 6.7). Dos palabras se destacan en este versículo: ***repeticiones y palabrería***.

Los gentiles son todos aquellos hombres y mujeres que no

hacen parte de la nación de Israel. En Cristo, aunque nuestro origen era gentil, ya no lo somos, porque ahora hacemos parte del pueblo de Dios y si somos aquellos que vivimos en el espíritu, en verdad somos el nuevo hombre, donde no hay judíos ni gentiles, sino la expresión de la persona del Señor Jesús: ***“aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades”*** (Efesios 2.15-16).

Los gentiles basan sus oraciones en vanas repeticiones y palabrerías, elementos que se oyen siempre en los rezos del catolicismo y en las oraciones de los protestantes; repiten y repiten muchas veces las mismas oraciones y piensan que por decir un sin fin de palabras, Dios los oirá. Por eso el Señor dice que piensan que por su palabrería serán oídos.

Tú podrás argumentar que no sabes qué orar y por eso tienes que repetir las mismas cosas cada vez que oras. Si esa es tu manera de pensar no has logrado entender ni ver que la Biblia es toda una oración y que sus versículos son la oración más apro-

piada para tener comunión con el Padre y que cuando aprendemos a orar la Biblia, oramos en nuestro espíritu, Dios escucha nuestra oración, se complace en ella y la responde.

Un par de versículos nos pueden ayudar a comprender este camino de la oración: ***“Y recibid el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, el cual es la palabra de Dios; con toda oración y petición orando en todo tiempo en el espíritu, y para ello velando con toda perseverancia y petición por todos los santos”*** (Efesios 6.17-18). La palabra de Dios con toda oración. He aquí la clave para orar en todo tiempo en el espíritu.

Si el Señor nos da revelación y visión sobre este pasaje, ya no podremos argumentar que no tenemos qué orar, porque no nos alcanzaría toda la vida en esta tierra para orar las múltiples revelaciones que el Señor nos da mediante la Biblia.

No debemos perder de vista el hecho de que la Escritura es el sopro, el aliento de Dios; que si bien es cierto que para escribir la Dios usó a hombres, es igualmente cierto que esos hombres no hablaron de su voluntad, ni de su parecer, sino que hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo: ***“porque ninguna profecía jamás fue traída por volun-***

tad humana, sino que los hombres hablaron de parte de Dios siendo movidos por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1.21).

Los hijos de Dios que participaron en la escritura de la Biblia no hablaron de sí mismos, sino de parte de Dios, y lo hicieron siendo movidos por el Espíritu Santo, estando llenos de Él.

La palabra que se traduce del griego como movidos [inspirados], da a entender que fueron llevados por el Espíritu Santo, así como el viento lleva un velero; el velero está entregado a la ***“voluntad”*** del viento y éste lleva al barco adonde quiere; el barco no puede hacer su voluntad, sino la ***“voluntad”*** del viento. De la misma manera, los hermanos que el Señor utilizó para escribir la Biblia fueron llevados por el Espíritu y escribieron lo que el Espíritu sopló en ellos.

Hay otro versículo que confirma esta aseveración y está en 2 Timoteo 3.16: ***“Toda la Escritura es dada por el aliento de Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”***. Si la Escritura es el aliento de Dios soplado dentro de quienes la escribieron y exteriorizada por ellos, entonces la Biblia contiene la voluntad de Dios, y orarla, es orar según la voluntad de Dios.

Si oramos según la Biblia y las palabras reveladas por el Señor a través de la Biblia, se acabarán las oraciones repetitivas, que son vanas palabrerías y que el Señor nunca escuchará: **“Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos”** (Mateo 6.7).

Otra característica de las oraciones de los gentiles es que se limitan a pedir cosas para ellos. Leamos lo que el Señor dice al respecto: **“No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis”** (Mateo 6.8).

Es un error que nuestras oraciones se limiten a pedir por nuestras necesidades. El Señor es claro al decir que nuestro Padre sabe cuáles son nuestras necesidades antes de que nosotros le pidamos. El Señor es un Padre amoroso, responsable y cuidadoso de Sus hijos y conoce todas nuestras necesidades. Por esa razón, limitar nuestra oración a pedir por nuestras necesidades, es una oración que el Señor nunca escuchará ni responderá.

Esta es la razón por la cual el Señor habló las palabras que registró Mateo en 6.25-34: **“Por tanto os digo: No os inquietéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni**

por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, con preocuparse, añadir un codo a su estatura? Y por el vestido, ¿por qué os preocupáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no se afanan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Y si a la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos? Porque los gentiles buscan con afán todas estas cosas. Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente Su reino y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os inquietéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia inquietud. Basta a cada día su propio mal”.

Las mayores preocupaciones del ser humano tienen que ver con la comida, la bebida y el vestido, y lamentablemente los creyentes dedican la mayor parte de sus oraciones a pedirle al Señor que les supla estas ne-

cesidades; así la oración se convierte en una oración propia de los gentiles: repeticiones y repeticiones, pidiendo cosas para quien ora.

El Señor nos dice que no debemos preocuparnos por la comida y pone como ejemplo a las aves; éstas no siembran, no cosechan, no guardan en graneros previendo el futuro, y a pesar de esa falta de previsión, nuestro Padre celestial les da su porción cada día; nunca pasan hambre.

Igualmente, hablando del vestido, hace la comparación con los lirios del campo; ellos no tienen una empresa textilera, pero su vestido es mejor que el del rey Salomón. En su tiempo este rey era tal vez el hombre más rico de la tierra. Si en ese entonces hubiese existido la revista Forbes o la Revista Dinero u otra clase de revistas que publican clasificaciones de los hombres más ricos del planeta tierra, sin duda Salomón hubiese encabezado esa lista durante mucho tiempo; no obstante, con todas sus riquezas, él no podía vestirse con tanta gala como lo hace un lirio. Nadie puede suplirnos las necesidades mejor que el Padre.

El problema en nosotros es que somos hombres de poca fe, y aunque el Señor nos dice re-

iteradamente que no nos preocupemos por esas cosas, aun desconfiamos del Señor y nos angustiamos; creemos que somos nosotros quienes podemos darnos el sustento y no podemos ver que nada trajimos a este mundo y todo lo que tenemos nos ha sido dado por el Señor.

También dice el Señor que nada ganamos con afanarnos y preocuparnos: no podemos hacer blanco o negro ni siquiera un cabello y menos añadir un centímetro a nuestra estatura.

Nuestra preocupación es un síntoma de poca fe, de falta de confianza en el Señor y es un buen tema para orar, rogando al Señor que aumente nuestra fe y confianza en Él, que nos ayude a no preocuparnos más por el sustento y el vestido, sino que podamos orar por las necesidades del Padre. Esta es tal vez la más grande batalla que tenemos que pelear y ganar diariamente.

Continúa diciendo el Señor que esta preocupación, afán y angustia, es propia de los gentiles, pero que nosotros, Sus hijos, debemos tener la plena certeza de que nuestro amado Padre sabe que necesitamos esas cosas y que, en lugar de estar preocupados por ellas, debemos tener como prioridad Su reino y Su justicia.

El mayor anhelo que hay en el corazón del Señor es tener Su reino aquí en la tierra. En eso ha trabajado por miles de años; primero lo intentó con los ángeles y estos se rebelaron y se opusieron a Él; luego creó al hombre y este se hizo uno con satanás y se coinvirtió en un opositor del Señor. Después, de entre la raza humana caída llamó a un hombre que lo hizo Su amigo: Abraham. A él le dio Isaac, de Isaac nació Jacob y éste fue el padre del pueblo de Israel con quien Dios anhelaba tener Su reino en la tierra. El pueblo fue muy rebelde y frustró Su magnífico deseo.

Entonces Dios mismo se hizo carne, vivió en esta tierra encarnado en Jesús, murió en la cruz, resucitó y como Espíritu se metió en el espíritu humano de Sus discípulos y de esa manera formó Su iglesia, con la intención de tener Su reino; sin embargo, los miembros de la iglesia se rebelaron igualmente contra Él, se dedicaron a seguir a hombres y a servir a satanás, constituyéndose en opositores a Dios¹.

No obstante, el Señor es persistente y de entre Sus hijos que están en la iglesia, a lo largo de los siglos, en el Nuevo Testamen-

algunos para constituirlos como miembros del reino de los cielos y lo ha logrado y lo está logrando; el Señor vendrá muy pronto a la tierra para tomar posesión de los reinos de ella, pero antes, está preparando a unos pocos que oyen Su voz y que le abren la puerta para vivir en comunión con Él. A éstos está constituyendo como las Primicias y cuando los haya constituido, vendrá a la tierra².

Por eso en el pasaje que estamos viendo, el Señor nos invita a no preocuparnos por nuestras necesidades, sino a tener como meta Su reino y Su justicia. Si tú, querido lector, has oído la voz del Señor y le has abierto la puerta para que Él entre, sin duda el Señor te está preparando para ser parte de las Primicias y entrarás en el reino de los cielos.

No desoigamos la voz del Señor; Él está llamando; Él no está tocando la puerta; sólo te está llamando a ti y me está llamando a mí, para que le abramos la puerta de nuestro ser, especialmente nuestro corazón.

Él desea entrar para que

2. Mayores riquezas de este tema puede encontrarlas leyendo los libros ***El Reino de Dios y el Reino de los Cielos*** y ***Los Vencedores: Las Primicias, el Hijo Varón y los Vencedores de la Gran Tribulación***, del mismo editor.

1. Te recomiendo la lectura del libro ***¿Cuál Iglesia?*** del mismo editor.

tengamos un disfrute mutuo: Él disfruta de Su obra en nosotros y nosotros disfrutamos de Sus incommensurables riquezas. De esta manera, nos estamos ocupando de Su reino y Su justicia; como consecuencia, las cosas requeridas para suplir nuestras necesidades serán añadidas. No busquemos más las añadiduras; busquemos la satisfacción del Señor, Su beneplácito, Su alegría y Su satisfacción; busquemos Su reino y Su justicia.

Rechacemos toda preocupación por nuestro mañana, porque ni siquiera sabemos si habrá mañana, y si existe, ese día tendrá su propia inquietud. Vivamos solamente el presente, el hoy, y vivámoslo en el Señor, teniendo comunión con Él, agradándolo, deleitándolo, satisfaciéndolo, buscando Su alegría y Su bienestar. Si lo hacemos así, nuestro galardón será grandioso. Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.

De todas maneras, no pienses que, por el hecho de buscar el reino de Dios y Su justicia, no habrá afán para cada día, porque el Señor dice: ***el día de mañana traerá su propia inquietud. Basta***

a cada día su propio mal. Necesitamos aprender a vivir cada día descansando en el Señor, enyugándonos con Él para encontrar descanso para nuestras almas y haciendo conocidas nuestras peticiones en toda oración y dándole gracias por todas las cosas que nos acontecen: ***“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar... Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús... Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”*** (Mateo 11.28; Filipenses 4.6-7; Romanos 8.28).

Evitemos caer en los errores que el Señor nos corrigió antes de enseñarnos a orar: la hipocresía que busca la albanza de los hombres y las vanas repeticiones propias de las oraciones realizadas por los gentiles.

¡Mientras tanto sigamos disfrutando tantas riquezas que el Señor quiere darnos!

Qué y cómo orar (2)

2

Una vez que tenemos revelación y luz acerca de los dos errores más comunes en la oración, después de que hemos roto los paradigmas que durante siglos satanás ha sembrado en los corazones de los creyentes a través de la religión, y ya que nos hemos despojado de todo lo que desagrada al Señor en el tema de la oración, podemos dedicarnos a aprender del Señor cómo orar.

Para ello, debemos leer y orar los versículos hablados por el Señor en Mateo 6.9-13: ***“Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Veniga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del***

mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén”.

Veamos cada uno de los aspectos que contienen estos cinco versículos, rogando al Señor que nos dé revelación y visión acerca del camino apropiado para la oración.

La oración debe dirigirse al Padre

La oración que agrada a Dios es únicamente aquella que se dirige al Padre. No debemos dirigir nuestra oración a los hermanos, ni al Espíritu Santo, ni al Señor Jesús; únicamente al Padre. Esto no quiere decir que Jesús no sea Dios, porque Él es Dios completo mezclado con un hombre perfecto. Tampoco quiere decir que el Espíritu Santo no sea Dios, porque Él es el Único Dios completo.

Tampoco quiere decir que

haya tres dioses o que los tres del Dios único sean separados, porque de acuerdo con la Biblia solamente hay un Dios, pero ese Dios Único es tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

¿Tú puedes entender esto en tu mente? ¿Verdad que no? Yo tampoco, pero son verdades irrefutables que sin entenderlas plenamente podemos disfrutarlas. Dios es uno y únicamente uno y Dios es la vez Tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Los tres son uno y entre ellos no puede haber separación; lo que podemos percibir es que hay distinción en cuanto a la obra que realiza Dios a través de cada uno, **“Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte quedará anulado”** (1 Corintios 13.9-10).

Si miramos atentamente, por ejemplo, el capítulo 1 de Efesios, podremos entender un poco la obra de cada uno de los tres de la Deidad.

En primer lugar dice la Biblia, que fue Dios como Padre quien nos escogió antes de la fundación del mundo, para que lleguemos a ser santos y sin mancha delante de Él; igualmente nos dice que en amor nos predestinó para que alcanzásemos el estatus de ser Sus hijos: **“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro**

Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor, predestinándonos para filiación por medio de Jesucristo para Sí mismo, según el beneplácito de Su voluntad” (Efesios 1.3-5).

Dice también este capítulo de la Biblia que la elección del Padre fue por medio del Hijo Jesucristo, quien nos redimió con la sangre que Él adquirió cuando se hizo hombre, que perdonó nuestros pecados mediante Su gracia abundante, que nos hizo conocer esa gracia en toda sabiduría e inteligencia espiritual.

Igualmente dice el Señor que mediante el Hijo le plació darnos a conocer el misterio de Su voluntad.

También dice la palabra que un día, cuando los tiempos lleguen a la plenitud, todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra serán encabezadas por el Hijo, que en Él recibimos a Dios mismo como herencia, pues a Dios le plació predestinarnos para ser Sus herederos y que hiciéramos Su voluntad: **“para alabanza de la gloria de Su gracia, con la cual nos agració en el Amado, en quien tenemos redención por Su sangre, el perdón de**

los delitos según las riquezas de Su gracia; que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría y prudencia, dándonos a conocer el misterio de Su voluntad, según Su beneplácito, el cual se había propuesto en Sí mismo, para la economía de la plenitud de los tiempos, de hacer que en Cristo sean reunidas bajo una cabeza todas las cosas, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. En El asimismo fuimos designados como herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el consejo de Su voluntad” (Efesios 1.6-11).

También afirma la palabra que por haber creído en Cristo fuimos sellados con el Espíritu Santo. Un sello es una señal de pertenencia. Dios nos compró y mediante el Espíritu nos selló y nos hizo de Su propiedad, somos Su herencia, pertenecemos a Él: **“En El también vosotros, habiendo oído la palabra de la verdad, el evangelio de vuestra salvación, y en El habiendo creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia, hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de Su gloria” (Efesios 1.13-14).**

Como somos de Su propiedad, Dios vino a nosotros como el Espíritu para ser las arras—un

anticipo— de la herencia de Dios que hoy disfrutamos y que disfrutaremos en plenitud por la eternidad.

Si lo observamos desde otro ángulo, encontraremos que cuando Dios se manifiesta como el Padre es invisible e inaccesible: **“el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén” (1 Timoteo 6.16),** pero un día se hizo visible como el Hijo, haciéndose hombre, encarnándose en Jesús y en ese estado muchos lo vieron, lo palparon, lo contemplaron y lo oyeron: **“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida” (1 Juan 1.1).**

Debido a que Dios no solamente deseaba ser visto, contemplado y palpado, sino que anhelaba morar en algunos hombres, a quienes ha constituido como Sus hijos, una vez que Jesús murió y resucitó vino a los Suyos y se sopló para dentro de ellos como el Espíritu de santidad: **“Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana... Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo” (Juan 20.19, 22).** Dentro de

nosotros hoy Él es el Espíritu de realidad, es decir hace real para nosotros todo lo que Dios es, tiene y ha logrado, con el fin de que todas Sus riquezas sean nuestra herencia y disfrute diario.

Anhelamos que el lector encuentre en estos párrafos un poco de revelación, de visión y de gracia, para que disfrute al Dios que adoramos y amamos, que es uno, únicamente uno y que es tres.

Una vez que alcanzamos esta luz, volvamos al asunto central: **la oración debe dirigirse al Padre y únicamente al Padre.** Tengamos en cuenta que el Padre, junto con el Hijo y el Espíritu, mora en el espíritu de los creyentes, y como hemos visto ya, la oración debe hacerse en el espíritu, en el aposento más interior, en secreto, y dirigida al Padre.

Tampoco el Señor Jesús enseñó en la oración algo así como **“Padre en el nombre de Jesús”**, que se ha convertido en una fórmula repetitiva propia de los gentiles, en un rezo característico del catolicismo y muy de moda en los grupos evangélicos contemporáneos. La Biblia sí dice que pidamos en el nombre de Jesús, pero pedir es solo una forma de orar, y más adelante veremos la realidad de pedir en

el nombre de Él.

Tampoco el Señor dijo que orásemos al Espíritu Santo, como equivocadamente acostumbran algunos grupos en el cristianismo. El Señor es categórico y claro en cuanto a quién debemos orar: Vosotros, pues, oraréis así: **Padre nuestro.**

Tampoco el Señor Jesús enseñó a orar como lo hace un grupo que se ha extendido especialmente en América, en el que han adquirido la práctica de invocar el nombre del Señor y repetir muchas veces **¡Oh Señor Jesús!, ¡Oh Señor Jesús!, ¡Oh Señor Jesús!...** Jesús no enseñó así.

El invocar es una práctica totalmente bíblica que lleva al creyente a entrar en el espíritu y a ser salvo, pero no una fórmula repetitiva y manida de la oración. El Señor Jesús reitera: **Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro.**

De otro lado cuando invocamos a Dios como Padre, estamos dando testimonio de algunos hechos maravillosos que es necesario comprender. Tratar a Dios de Padre es una declaración de máxima intimidad, porque estamos declarando y haciendo real el hecho de que Dios nos engendró, nos dio Su naturaleza, Su vida; nos hizo parte de Su familia y en consecuencia la Perso-

na de Él y todo lo que Él tiene, nos pertenece, es Su suplir para nuestro disfrute diario: ***“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de Voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios... Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios... por medio de las cuales Él nos ha concedido preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia”*** (Juan 1.12-13; Efesios 2.19; 2 Pedro 1.4).

Declarar al Señor como Padre implica que nosotros estamos dentro de Él, que estamos escondidos en Él y que satanás no puede atacarnos, que Él está dentro de nosotros y con nosotros y formamos una entidad única, un solo cuerpo, del cual Jesús es la Cabeza y nosotros somos Sus miembros.

Orar al Padre es testificar del hecho más elevado y maravilloso que ha ocurrido en el universo: Dios nos engendró como Sus hijos; igualmente es declarar que tenemos un Padre que nos cuida, nos guarda, nos ayuda y nos suple. ¡Qué más podemos anhelar!

Orar Padre nuestro es manifestar nuestra intimidad con Dios, es proclamar que podemos acercarnos a Su trono en plena certidumbre; es anunciar que no tenemos ningún impedimento para ser uno con Él; es proclamar que somos uno con Él, y que esa unidad nada ni nadie puede romperla; orar Padre nuestro, es la declaración más dulce, más santa y elevada que existe en este universo entre el Dios maravilloso y el hombre que Él ha redimido.

Orar al Padre es hacer realidad la magnífica palabra proclamada por el Espíritu Santo en Romanos 8.15: ***“Pues no habéis recibido espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido espíritu filial, con el cual clamamos: ¡Abba, Padre!”***

Tenemos la garantía de que somos hijos de Dios con plenos derechos, y no somos esclavos; como tal, podemos acercarnos a Él con toda confianza. Tenemos la misma intimidad que tuvo el Señor Jesús con el Padre mientras anduvo en carne aquí en la tierra, aun en medio de la más grande aflicción: ***“Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para Ti; aparte de Mí esta copa; mas no lo que Yo quiero, sino lo que Tú”*** (Marcos 14.36).

Orar Padre nuestro es mani-

festar todos los derechos que el Señor nos ha dado, mediante los cuales podemos disfrutar de todas Sus riquezas. Este es un clamor que realiza el Espíritu del Hijo desde nuestro espíritu: **“Y por cuanto sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!”** (Gálatas 4.6)

Exaltación y Adoración

La segunda frase del modelo de oración que nos enseña el Señor dice: **“Que estás en los cielos”**. Una vez que hemos reconocido y proclamado que estamos unidos a Dios orgánicamente, que Él es nuestro Padre y nosotros Sus hijos, reconocemos el lugar que le corresponde: los cielos, o mejor aún, el cielo y que es también el lugar que nos corresponde a nosotros.

Inmediatamente el Señor nos lleva a Apocalipsis 4 y 5, donde encontramos, tal vez, la escena más reveladora en cuanto al trono del Padre, del Cordero y del Espíritu. Para poder entender lo que allí narra Juan, debemos entrar completamente en nuestro espíritu y con seguridad podremos ver y vivir exactamente la realidad de lo que vio y vivió Juan.

Aunque Dios mora en nuestro espíritu humano y nosotros estamos en la tierra, Él es comple-

tamente celestial; en Él no hay nada terrenal, ni Él es terrenal.

Juan, estando en la isla de Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo, cuando llega al capítulo 4 del libro de Apocalipsis, tiene una revelación majestuosa. Veamos cómo comienza su narración: **“Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas”** (Apocalipsis 4.1).

Juan era un hijo de Dios que estaba muy atento a ver y oír las cosas que el Señor quería revelarle; por eso, después de que el Señor le mostró las distintas fases de la degradación de la iglesia en los capítulos 2 y 3, lo dispone para mostrarle cosas más hermosas y elevadas como es la gloria de Dios Padre, Hijo y Espíritu, gloria en la que Él vive¹.

Seguramente quien habla aquí con Juan es el Señor Jesucristo, dando cumplimiento a lo dicho por el Espíritu en 1 Timoteo 2.5: **“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”**. Esa voz le pidió que

1. Una luz muy completa sobre el tema la encontrarás en el libro **La Degradación de la Iglesia** del mismo editor.

subiera adonde estaba Él, para mostrarle las cosas que vendrían después de las que ya le había mostrado. Subir aquí no implica ir arriba según la orientación física que tenemos nosotros, de ubicación geográfica o astronómica; subir implica entrar en la gloria de Dios, tener el privilegio de penetrar en el ámbito donde Él vive y donde Él está en Su trono y desde donde gobierna el universo.

Es por eso por lo que Juan continúa: **“Y al instante yo estaba en el Espíritu”** (Apocalipsis 4.2). No hay un camino distinto por el cual podamos penetrar la gloria de Dios, sino estando en el espíritu.

Cuando Juan oyó la voz que lo llamaba, inmediatamente entró en el espíritu; en ese momento, su alma y su cuerpo fueron sometidos totalmente a su espíritu humano, donde mora Dios como el Espíritu, y estando en esa condición, Él tuvo una visión estupenda: **“y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspé y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas,**

con coronas de oro en sus cabezas. Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios. Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y junto al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás. El primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando. Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir. Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas” Apocalipsis 4.2-11.

Lo primero que Juan vio es el trono de Dios, trono de gobierno y de juicio, pero a la vez un tro-

no de gracia y de misericordia, donde los hijos de Dios podemos acudir en todo momento, para ser suplidos con todas las riquezas de nuestro Señor: **“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”** (Hebreos 4.16).

Igualmente, Juan ve que en ese trono hay uno sentado. Dios está reposado, en Él no hay ansiedad, afán ni angustia; está sentado, indicando que está reposado y satisfecho, porque a un hombre, de carne y hueso como nosotros, se le ha concedido penetrar la esfera de la gloria de Él. En verdad no hay palabras apropiadas para describir lo alto y sublime de este momento, que podemos vivir siempre que estamos en nuestro espíritu. Todos nosotros, los hijos de Dios que vivimos en el espíritu, podemos tener una experiencia similar a la de Juan.

Juan no tiene las palabras apropiadas para describir la forma y la apariencia de quien está sentado en el trono y lo hace mediante comparaciones con piedras como el jaspe y la cornalina ***Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina.***

Estas dos piedras hacen referencia a la obra de transforma-

ción que el Espíritu está efectuando en los creyentes, hasta lograr que estos sean totalmente transformados en piedras preciosas que serán parte de la Nueva Jerusalén. Las piedras sirven para edificar, y tanto Dios, con su apariencia de piedra de jaspe y de cornalina, como el hombre redimido, que está siendo transformado en piedras preciosas, consumarán el plan de Dios, consumación que será un hecho con la edificación de la Nueva Jerusalén.

Cabe recordar que la Nueva Jerusalén no es una ciudad física de una sola calle, sino que es la mezcla total y absoluta de Dios con el hombre. Dios nos ha dado la gracia y la misericordia de hacernos partícipes de Su naturaleza divina; nos está transformando para mezclarnos totalmente con Él. Esa será la Nueva Jerusalén.

El jaspe existe en una amplia gama de colores, siendo el más común el color rojo, mientras que la cornalina tiene un color rojo anaranjado, muy parecido al color de la carne. Podemos entonces afirmar que las dos piedras hacen referencia a la obra de redención que el Señor realizó a nuestro favor, por medio de tomar sangre y carne humanas.

Para poder comprarnos de debajo de la maldición de la ley

y para librarnos del pecado, Dios tuvo que hacerse carne en Jesús y tomar sangre: ***“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo”*** (Hebreos 2.14). Haciendo así, pudo morir como hombre y cumplir la sentencia que Dios había proferido sobre Adán en el Huerto de Edén, cuando comió del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Ahora, a Su naturaleza divina, Dios había agregado Su proceso de encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión y entronización, para restablecer la comunión con la criatura que hizo a Su imagen y semejanza. No debemos olvidar que Jesús derramó Su sangre para limpiarnos de nuestros pecados y también la introdujo en el cielo como la sangre del pacto eterno, para limpiarnos permanentemente de nuestros pecados: ***“y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por Su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, obteniendo así eterna redención... ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a Sí mismo sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de obras muertas para que sirvamos al***

Dios vivo?” (Hebreos 9.12, 14). Esta es la razón por la que el que está sentado en el trono tiene apariencia de piedra de jaspé y de cornalina.

Dice Juan que había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. El arco iris recuerda el pacto que Dios hizo con Noé después del diluvio, mediante el cual se comprometió a no destruir más la tierra con agua. Es bien notorio que hable del arco iris, pero a la vez habla solamente de un color, el de la esmeralda. Quienes conocen esa piedra preciosa, saben que tiene un color verde muy profundo y que al mirar a través de ella es totalmente pura, es decir, no tiene ninguna mancha ni nada extraño en su interior; por eso es una gema de gran valor.

La esmeralda es una piedra preciosa y en este caso hace referencia a dos cosas: la primera, la naturaleza divina de Dios, que es completamente pura, sin ninguna mezcla de cosas extrañas, ni pecado, ni ninguna inmundicia; en segundo lugar, el color verde hace referencia a la vida, indicando en este caso que Dios es vida y en Él no hay muerte. ¡Qué maravilloso estar en la presencia de un Dios lleno de vida, y puro, santo y sin mancha!

Ese trabajo de transformación está realizando Dios en los creyentes para presentarnos a Sí mismo una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante: ***“Cristo amó a la iglesia, y se entregó a Sí mismo por ella, para santificarla, purificándola por el lavamiento del agua en la palabra, a fin de presentársela a Sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin defecto”*** (Efesios 5.25-27).

Los veinticuatro ancianos

El relato continúa hablando de veinticuatro ancianos que están vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas. Un trono implica autoridad y gobierno y al existir veinticuatro tronos con veinticuatro ancianos sentados en ellos, quiere decir que Dios no está gobernando solo, sino que comparte Su gobierno sobre el universo, con esos veinticuatro ancianos. ¿Quiénes son ellos?

Para poder entenderlo, debemos poner atención a los vestidos y las coronas que ellos tienen en sus cabezas. Los vestidos blancos representan las obras de justicia, lo que quiere decir que estos ancianos hacen las obras de Dios, no sus propias obras, porque solamente Dios y Sus obras son justos. Entonces esos

ancianos están vestidos con la justicia de Dios, y Dios da testimonio de que su vivir es justo delante de Él.

Las coronas de oro sobre sus cabezas indican que están sujetos totalmente a Dios. La cabeza significa autoridad y señorío y aunque ellos gobiernan el universo juntamente con Dios, mantienen una actitud de sumisión hacia Él.

El oro tipifica la naturaleza divina de Dios y tener una corona de oro en su cabeza está indicando que están totalmente sujetos a la vida divina de Dios, que la sujeción no es un asunto de imposición, sino que es motivada por la vida de Dios hacia ellos y no hay ninguna obligación, sino que la motivación que los somete es el amor de Dios.

El hecho de que tengan vestiduras blancas demuestra que ellos han vencido, ¿a quién? Indudablemente a satanás. Cuando satanás se rebeló contra Dios, a su rebelión se unió la tercera parte de los ángeles, pero las dos terceras partes de ellos permanecieron fieles a Dios. Estos veinticuatro ancianos son los representantes de los ángeles que no se rebelaron y que son fieles y sirven a Dios, y también sirven a quienes hemos de alcanzar la salvación: ***“y su cola arrastraba***

la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra... Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus... ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?" (Apocalipsis 12.4; Hebreos 1.7, 14).

Estos ancianos están sentados en sus tronos alrededor del trono de Dios y participan de la administración del universo.

Las siete lámparas

El pasaje continúa relatando: **delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios.** En este pasaje el Espíritu, que es Dios, está representado por siete lámparas. Para llegar al trono de Dios es necesario pasar por esas siete lámparas; a Dios solamente se puede acceder por el espíritu humano, mediante el Espíritu Santo.

El Espíritu aquí está intensificado siete veces, no es solamente el Espíritu, sino los Siete Espíritus de Dios. Debemos recordar que el Apocalipsis habla especialmente de los tiempos finales, es decir, de la época en que el tiempo está llegando a su fin, para dar paso a la eternidad, y esos tiempos finales comprenden desde la venida del Señor

Jesús en carne, hasta el final del milenio, cuando entrará nuevamente la eternidad.

En estos postreros tiempos, Dios, para llevar a efecto la consumación de Su plan, se ha intensificado como el Espíritu y realiza Su plan de manera intensiva. La intensificación de Dios Espíritu se dio por la consumación del plan de redención desarrollado por Dios el Hijo.

El hecho de que las lámparas estén ardiendo, tiene un doble significado. **En primer lugar**, su brillo intenso ilumina total y absolutamente, de tal manera que en ese ámbito no hay tinieblas; todo lo que llega a Su presencia es expuesto hasta en el más mínimo detalle. Nada puede ocultarse delante del brillo y la iluminación de las siete lámparas.

En segundo lugar, las lámparas ardiendo son útiles para quemar toda inmundicia, todo aquello que no es de Dios y que esté en alguno de los seres que se acercan al trono de Dios. Fuego iluminador y fuego purificador, hay en las siete lámparas que están delante del trono de Dios.

El mar de vidrio

El relato del cielo y del trono de Dios continúa: **delante del trono había como un mar de vi-**

drio semejante al cristal. Sobre este mar de vidrio estarán de pie, muy cerca del final de la Gran Tribulación y pasado el juicio del Tribunal de Cristo, aquellos creyentes que pasaron por la Gran Tribulación y vencieron el nombre de la Bestia, su imagen, su marca y su número: **“Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían salido victoriosos sobre la bestia y su imagen y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios”** (Apocalipsis 15.2).

A diferencia del mar de vidrio que Juan vio en Apocalipsis 4, en el capítulo 15 está mezclado con fuego. Ese mar de vidrio debe ser el lago de fuego, donde serán lanzados vivos el anticristo, el falso profeta y aquellos de las naciones que serán los cabritos y que estarán a la izquierda del Señor Jesús, cuando Él con Sus vencedores juzgue a las naciones de acuerdo con el comportamiento que tuvieron para con los Suyos durante la Gran Tribulación². Después del milenio serán arrojados a ese mar de vidrio satanás, sus ángeles y los humanos que no creyeron en el Señor.

Cuatro seres vivientes.

Hay alrededor y en medio del trono de Dios cuatro seres vivientes que están llenos de ojos delante y detrás y con apariencia de león, becerro, hombre y águila. La apariencia de los cuatro seres vivientes es una simbología dupla.

En primer lugar, en el ámbito de la gloria de Dios están representadas algunas de las criaturas de la tierra: el león, representando a los animales salvajes de la tierra; el becerro representando a los animales domésticos; la cara de hombre representa la criatura más elevada de la creación y el águila a las aves. No están representados los peces ni los reptiles.

En segundo lugar, los cuatro seres vivientes están representando los cuatro aspectos principales del Señor Jesús descritos por los cuatro evangelios. Sabemos que el evangelio de Mateo habla de Jesús como el Rey del reino de Dios y del reino de los cielos, y a la vez ese evangelio habla del reino de Dios y del reino de los cielos. A él se refiere el primer ser viviente con apariencia de león. El león es conocido como el rey de los animales.

El segundo ser viviente con apariencia de buey hace referencia al evangelio de Marcos,

2. El lector podrá encontrar más detalles sobre el tema en el libro *El reino de Dios y el Reino de los Cielos* del mismo editor.

donde el Señor Jesús es descrito como un siervo. Él vino para servir a Dios y a los hombres y Su vivir humano en la tierra fue una continua manifestación de servidumbre: **“así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar Su vida en rescate por muchos”** (Mateo 20.28).

Jesús fue esclavo de Dios para llevar adelante Su plan de redención para el hombre y fue esclavo de los hombres, por cuya causa se humilló hasta la muerte más infamante, la muerte en la cruz. Esta es una de las razones por las cuales Marcos no presenta una genealogía del Señor Jesús. A nadie le interesa la genealogía de un esclavo.

El tercer ser viviente con rostro de hombre, está relacionado con el evangelio de Lucas, en el que se describe a Jesús como un hombre, con carne y sangre, igual a nosotros, solamente que sin la naturaleza satánica—el pecado—, que el enemigo de Dios introdujo en nosotros desde el Huerto de Edén, pero que por más que intentó no pudo inocular en el Señor Jesús. Jesús es un hombre poseído y saturado totalmente por Dios. En otras palabras, Él es Dios viviendo Su vida divina en un hombre y eso describe el evangelio de Lucas.

El cuarto ser viviente semejante al águila, refleja el evangelio de Juan quien describe a Jesús como Dios. El águila es un ave muy especial, que tiene la capacidad de remontarse a grandes alturas, demostrando con ello que Jesús, aunque es hombre, Él es Dios que está por encima de todas las cosas y nada ni nadie está por encima de Él.

Los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos que están alrededor del trono, alaban, adoran y honran al Señor todo el tiempo, exaltando Su santidad, Su poder, Su gloria y la creación realizada por Él: **“Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir. Y cuando los cuatro seres vivientes den gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postrarán delante del que está sentado en el trono, y adorarán al que vive por los siglos de los siglos, y echarán sus coronas delante del trono, diciendo: Digno eres Tú, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria y la honra y el poder; porque Tú creaste todas las cosas, y por Tu voluntad existen y fueron creadas”**.

Todo esto es visto cuando entramos en el espíritu—nuestro aposento más interior—, para tener comunión con Dios y orar al Padre en lo secreto y esta es la realidad de esa pequeña frase que el Señor incluyó en la oración: **que estés en los cielos.**

3. LA SANTIFICACIÓN DEL NOMBRE

El siguiente punto que el Señor toca en la oración apropiada, la que le agrada, es la santificación del nombre del Padre: **“santificado sea tu nombre”** (Mateo 6.9). Ser santo es ser separado de lo común, diferente a todo; y el único ser santo en el universo es Dios; la santidad es uno de Sus atributos. Dios como Padre, Hijo y Espíritu, es santo; en Él no hay nada común, ninguna inmundicia alcanza Su ser, porque Él vive siempre en gloria, y esa gloria no puede ser tocada ni permeada por nada que sea común o inmundo.

Al Señor, en Su misericordia, le plació hacernos partícipes de Su santidad, partícipes de Su naturaleza divina: **“Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas**

llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 Pedro 1.3-4), y llegamos a participar totalmente de Su santidad saturando nuestro ser— especialmente nuestra alma— de Su persona y Sus riquezas. En la medida que vamos llenándonos de Él, vamos siendo santos, hasta que llegamos a tener la plenitud de Su santidad, llegamos a ser santos como Él es: **“sino, así como Él es Santo, quien os llamó, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: «Sed santos, porque Yo soy santo»”** (1 Pedro 1.15-16).

Acercarnos a Dios en oración tiene que ver con disfrutar de todas Sus riquezas, todo lo que Él es, tiene y ha logrado mediante la redención. En la medida que tenemos un disfrute de las riquezas de Dios, santificamos Su nombre, expresamos Su santidad, Su vida, Su naturaleza y Su persona.

Siempre que entramos en el espíritu, Dios fluye como la Palabra y como el Espíritu, y limpia nuestra alma de toda inmundicia. Es por eso por lo que hemos afirmado que la comunión es el elemento más importante de la oración, porque siempre que estamos en comunión con el Se-

ñor disfrutamos Su luz, y cuando tenemos luz vemos nuestra condición y nos arrepentimos para que Él pueda limpiarnos de toda maldad y perdonar nuestros pecados: ***“Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”*** (1 Juan 1.5-7).

Ser santo no consiste en tener exclusivamente manifestaciones exteriores de rechazo a personas o cosas; ser santo es llenarnos de la naturaleza santa de Dios, y cada vez que estamos

en nuestro espíritu Él se va añadiendo a nuestra alma, hasta saturarla completamente. Una vez que nuestra alma ha sido saturada por Él, somos santos como Él y en esa medida santificamos el nombre del Señor y podemos decir con los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos que están en medio y alrededor del trono: ***“Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir”*** (Apocalipsis 4.8).

Santificar el nombre del Señor es permitir que Él llene totalmente nuestro ser y pueda expresar a través nuestro Su santidad.

Qué y cómo orar (3)

3

4. EL ESTABLECIMIENTO DEL REINO.

Uno de los más grandes deseos que tiene Dios es el de establecer Su reino en la tierra. En el libro El Reino de Dios y el Reino de los cielos, el Señor nos ha mostrado cómo desde la eternidad Él ha deseado reinar sobre toda la creación.

Primero, el Señor creó a los ángeles y deseaba establecer Su reino sobre ellos y con ellos, pero uno de esos ángeles que tenía bajo su potestad el gobierno de la creación, se rebeló y arrastró con él a otros seres que vivían en la tierra y a la tercera parte de los ángeles.

Ante el fracaso angelical, Dios decidió crear a un ser muy especial que tuviese Su imagen y Su semejanza, con el fin de que pudiese entrar en Él y de esa manera gobernar la creación,

con esa mezcla divina de Dios y el hombre.

Como satanás se había convertido en el gran opositor del reino de Dios, no escatimó ningún esfuerzo ni artimaña para tratar de estorbar y damnificar el deseo de Dios. Fue así como engañó al hombre, se metió en él y lo separó de Dios.

No obstante, de acuerdo con su predeterminado plan, el Señor se gestó como hombre en una mujer y de ella nació un ser maravilloso que es Dios y hombre completamente mezclados; Su nombre es Jesús. En Él, Dios vivió Su vida divina en la tierra durante más de tres décadas, fue a la cruz para morir en reemplazo de los hombres que estaban sentenciados por Dios a morir, y además eliminó todas las cosas inmundas que satanás había introducido en los seres humanos a lo largo de cuatro milenios.

Tres días después de Su muer-

te, el Señor Jesús resucitó; después de esos días, en un proceso que duró cuarenta días, entró en la gloria de Dios y también en el espíritu de aquellos que había escogido para ser Sus discípulos. A lo largo de dos mil años Él ha entrado como el Espíritu en millones de seres humanos que ha constituido como Sus hijos y los ha hecho Su pueblo, con el cual aspira a constituir Su reino.

No obstante, todo ese proceso de amor que el Señor realizó a favor de los Suyos, la iglesia, los santos del Nuevo Testamento, han permitido que satanás entre en la iglesia y dañe todo el plan de Dios, al punto que en el tiempo actual tenemos un pueblo de Dios degradado, totalmente corrompido por satanás y apartado del plan y del deseo del Señor¹.

Esta es la razón por la cual el Señor tiene una profunda carga para que oremos al Padre con el fin de que Su reino sea realidad en la tierra, entendiendo que el reino de Dios en la tierra no es nada distinto a la extensión del reino de Él, que hoy está en el cielo. Si apreciamos con detalle lo expuesto acerca del reino del capítulo 4 de Apocalipsis, veremos que el reino de Dios no tiene ningún contratiempo en el cielo, pero Dios no está satisfe-

cho con reinar solamente en el cielo, sino que desea fervientemente que Su reino también se haga realidad en la tierra.

Lastimosamente, las oraciones de la casi totalidad de los cristianos no se centran en el reino de Dios, sino en las necesidades, caprichos y gustos de quienes oran. Es difícil encontrar en la tierra, creyentes que hagan realidad lo que el Señor expresó en Mateo 6.33: ***“Por lo tanto, buscad primeramente el reino de los cielos y el hacer lo que es justo delante de Dios, y todas esas cosas se os darán por añadidura”***. Las oraciones de los cristianos están dirigidas a buscar cualquier cosa, menos el reino de Dios, o el reino de los cielos; el Señor jamás escuchará esa clase de oraciones, porque no agradan Su voluntad.

Para que venga el reino del Padre, es necesario considerar y hacer realidad el siguiente punto que el Señor trató en la oración.

5. HACER LA VOLUNTAD DEL PADRE.

Una vez que tenemos claridad acerca del deseo de Dios para con nosotros en la oración, encontramos un nuevo punto que debe estar presente en la oración genuina: ***“Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”*** (Mateo 6.10).

1. Detalles sobre el tema puede encontrarlos en el libro ***La Degradación de la Iglesia***, del mismo editor

Recordemos que solamente aquellos hijos de Dios que hacen la voluntad del Padre entrarán en el reino de los cielos: ***“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Mi Padre que está en los cielos”*** (Mateo 7.21).

En la manera como el Señor nos enseña a orar declara enfáticamente que en el cielo no hay ningún problema con la voluntad del Padre, porque ella es hecha sin objeciones por los habitantes del cielo; el problema está en la tierra, donde es necesario que se haga Su voluntad.

No se puede esperar que las personas que están en el mundo hagan la voluntad del Padre, mucho menos los ángeles caídos o los demonios. Dios espera que sean Sus hijos los que hagan Su voluntad. No obstante, la parte más numerosa del cristianismo, el catolicismo romano, tomó esta frase como un rezo y se repite millones de veces cada día en el mundo entero en las iglesias católicas, en las familias católicas, en la radio y en la televisión católicas, pero no pasa de ser un rezo repetitivo, que más que buscar la voluntad del Señor, se convierte en una burla a Su deseo. Igualmente ocurre con la iglesia ortodoxa de oriente.

Por el lado del cristianismo protestante, los pocos hijos ge-

nuinos de Dios que hay allí, ignoran y desconocen completamente la voluntad de Dios. Ellos están convencidos de que la voluntad del Padre es ***“asistir los domingos a una iglesia”***, someterse a un líder, generalmente llamado pastor, ejecutar todas las actividades que le ordenan, orar con vanas repeticiones y con hipocresía, y están convencidos de que el Señor se agrada en sus oraciones y su manera de vida.

Recordemos lo tratado en el libro El Reino de Dios y el Reino de los Cielos, que para hacer la voluntad del Padre es necesario conocerla y que para conocerla se requiere revelación y que la revelación Dios la da a quienes la buscan en intimidad con Él.

Generalmente, cuando los cristianos oran pidiendo que el Señor haga Su voluntad en la tierra, se imaginan que esa voluntad es que su grupo crezca, que el pastor sea bendecido, que todo el mundo se convierta al Señor, que muchos se conviertan a su denominación y que otros distintos a ellos hagan esa voluntad.

Orar pidiendo al Padre que haga Su voluntad en la tierra, debe comenzar por pedirle que haga Su voluntad en mí; decirle que estoy totalmente dispuesto para que Él sature todo mi ser, especialmente mi corazón—

mente, voluntad y emoción, conciencia, comunión e intuición—, que ya no tenga libertad en mi mente para pensar por mí mismo, sino que sea el Señor quien llena mi mente de Sus pensamientos; que tenga una voluntad completamente sumisa a Él para hacer solamente Su voluntad, para buscar Sus deseos y cumplirlos, que mis decisiones no sean mías, sino que sea Él quien me guíe a tomar las cientos de decisiones que tomo durante un día; que mis emociones y sentimientos estén totalmente bajo Su control para que yo ame intensamente lo que Él ama y rechace rotundamente lo que Él aborrece. Asimismo, necesito diariamente andar en comunión con el Señor, vivir una continua revelación de Su palabra, persona y plan, y mantener una conciencia sin ofensa frente a Él y a los hombres.

Orar pidiéndole al Padre que Su voluntad sea hecha en la tierra como se hace en el cielo, es rogarle que me ayude a vivir en el espíritu los 86.400 segundos que tiene cada día, que me ayude a poner mi mente siempre en el espíritu, que se compadezca de mí y me ayude a recordarlo en cada momento, que quite de mí la indiferencia por Él, que me conserve en el primer amor, que Él sea el primero en todas las actitudes y actividades de mi vida.

Orar pidiéndole al Padre que haga Su voluntad en la tierra es rogarle que me hable siempre Su palabra y que me dé fuerzas para obedecerla y hacerla, para que no sea un oidor olvidadizo sino uno que hace y cumple Su palabra.

Orar pidiendo al Padre que haga Su voluntad en la tierra es tomar la carga que Él tiene por algunos hermanos, pidiéndole que quite los velos que satanás ha puesto en ellos para impedirles ver lo que le agrada, que tenga compasión de todos Sus hijos y que los introduzca en el reino de los cielos.

Orar pidiéndole al Padre que haga Su voluntad es dejar de pedirle por nuestras necesidades personales y suplicarle por las necesidades que Él tiene. Hoy tenemos la gran necesidad de que nos llene de Su persona hasta ser saturados de Su naturaleza. Igualmente es una urgente necesidad del Señor y nuestra, que Él regrese a esta tierra a tomar posesión de los reinos del mundo y establecer el reino de los cielos en justicia y paz. Es necesario que el Señor gane las primicias de entre Sus hijos y así tenga una plataforma para venir a tomar posesión de los reinos del mundo y destruir definitivamente el reino de satanás.

6. PETICIÓN POR EL PAN DE CADA DÍA

El siguiente punto que el Señor nos enseña en la oración genuina es acerca de pedir el pan de cada día: **“El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”** (Mateo 6.11). Quienes no acostumbran a entrar en su espíritu para orar, interpretan este versículo como una petición por sus necesidades personales, especialmente de sustento y abrigo, porque creen que el pan aquí se refiere a comida física; pero debemos tener claridad que el Señor no se contradice. En Mateo 6.25-34 el Señor es muy claro cuando afirma que las necesidades de comida, bebida y vestido son las añadiduras y que un hijo de Dios no debe estar preocupado por ellas, porque el Padre sabe que tenemos necesidad de todas esas cosas.

Lamentablemente, la mayoría de los cristianos toman la oración como un medio de negociar con Dios, y eso enseñan los líderes del cristianismo. Los hermanos creen que orar es pedirle cosas a Dios a cambio de la consagración de ellos, del diezmo, de las ofrendas y de otras cosas que quien ora se compromete a darle al Señor, como si Él necesitara algo nuestro.

Romper este paradigma y esta enseñanza errónea y por

demás diabólica, es una de las grandes dificultades que el Señor encuentra hoy en medio de Su pueblo.

Se oye hablar de ordenanzas acerca de la oración tales como **“reta al Señor, entrégale todo lo que hoy tienes y obtendrás hasta cien veces lo que tú hayas dado”**. Esta es una enseñanza propia de los falsos maestros de que habla 2 Pedro 2, en los puntos donde esos maestros introducen herejías destructoras, hacen mercadería de los hermanos, y esto se les facilita, porque el Señor advierte que quienes siguen sus disoluciones son muchos: **“Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas”** (vs. 1-3).

Entonces, ¿a qué se refiere el pan de cada día que el Señor menciona en la oración? Hemos afirmado con frecuencia que la Biblia se interpreta a sí misma y lo reiteramos. Es necesario profundizar en la palabra mediante el Espíritu, para saber qué quie-

re decir el Señor en cada una de Sus palabras: ***“Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aún lo profundo de Dios”*** (1 Corintios 2.10).

Si leemos algunos versículos de Juan 6 entenderemos a qué se refiere el pan nuestro de cada día: ***“Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo... Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre... Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre... Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente”*** (33, 35, 51, 58). Por una lectura sencilla de estos versículos podemos concluir que el pan nuestro de cada día es la persona de Dios en el Hijo, el Señor Jesús, quien a la vez es el Espíritu.

Nuestra gran necesidad, nuestra mayor necesidad de cada día es la de comer al Señor como nuestro alimento, como nuestro sustento. En la medida que disfrutamos Sus riquezas, Él se va constituyendo en nuestro ser, va creciendo en nosotros y sin darnos cuenta, un día tendremos Su estatura, seremos iguales a Él en Su vida y naturaleza divinas.

Esta es la meta que el Señor se ha trazado con Sus hijos, que

lleguemos a ser iguales a Él en vida y en naturaleza.

El Señor solamente puede ser agradado por personas que lo contienen en su espíritu y que van siendo llenas en Su alma con Su naturaleza divina, es decir, personas que tienen como hábito poner su mente en el espíritu, pensar en las cosas del Espíritu y que por ese hecho son espirituales. Recordemos que el hombre es un alma viviente; el Señor nos creó con un alma, que tiene que ver con Su semejanza, y el plan de Él consiste en que nuestra alma sea totalmente saturada con Su naturaleza, hasta el punto de que nuestra mente esté plenamente llena de los pensamientos de Dios, nuestra voluntad esté saturada con Sus deseos y nuestros sentimientos estén plétóricos de Su sentir, Su deseo y Su satisfacción.

Esto es pedir en oración que nos sea dado cada día el pan nuestro. Y es cada día, no es una vez al mes, cada semestre o cada año. En verdad, cada instante de nuestra vida necesitamos disfrutar al Señor; a cada momento necesitamos disfrutar Sus riquezas, Su novedad. Lo que el Señor nos dio ayer no sirve para hoy, Él es nuevo cada mañana y cada día debemos disfrutar de Su novedad. La oración en este sentido no se limita a pedir que el Señor se dé a nosotros, sino ha-

cer realidad la obra que Él hizo a nuestro favor.

El Señor con todo lo que es, con todo lo que tiene y con todo lo que logró en Su trabajo de redención, está en nuestro espíritu, y cada vez que ponemos el alma en el espíritu, Sus riquezas van llenando las partes de nuestra alma, hasta que un día el alma estará totalmente saturada de Él. Cuando eso sea realidad habremos llegado a los cuatro puntos que contiene Efesios 4.13: La unidad de la fe, el pleno conocimiento del Hijo de Dios, el hombre de plena madurez y la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. La provisión está a nuestro alcance; de nosotros depende si comemos cada día al Señor y nos nutrimos con Sus riquezas.

Recapitulemos

Hasta aquí el Señor nos ha permitido disfrutar de seis puntos básicos de la oración genuina, la oración que le agrada, la oración que Él escucha y que Él responde. **El primero** es que en la oración debemos tener la realidad de que Dios es nuestro Padre y que nuestra oración debe dirigirse exclusivamente a Él. Dios es nuestro Padre porque Él nos ha engendrado haciéndonos partícipes de Su naturaleza divina, y al vivir esa realidad tenemos el elemento más importante de la oración que es la

comunión, un mutuo fluir entre Dios y nosotros, un disfrute en el que Dios nos llena de Él y disfruta de los frutos obtenidos por Su trabajo en nosotros.

El segundo punto hace referencia al hecho de que Dios como Padre, a quien dirigimos nuestra oración, es celestial, no terrenal; Él está en el cielo, sentado en Su trono junto con el Cordero, rodeado por veinticuatro ancianos, cuatro seres vivos, siete lámparas que son el Espíritu, junto con millones y millones de ángeles que lo adoran, lo alaban y lo sirven, y que cuando entramos en el espíritu, podemos disfrutar de Su gloria, la cual ningún lenguaje es suficiente para describir.

El tercer punto tiene que ver con santificar el nombre del Señor. Hemos visto que el único ser santo que hay en el universo es nuestro Dios y que desea que tengamos un vivir santo en nuestro diario acontecer. Haciendo así, Él es expresado y glorificado por medio nuestro. En todo momento de nuestra vida debemos santificar al Señor, para que Él sea agradado y complacido.

El cuarto aspecto de la oración tiene que ver con el deseo que Dios ha tenido desde la eternidad, cual es el de gobernar, reinar en Sus criaturas y mediante ellas. Como hijos de Dios nuestra mayor preocupación y

carga debe ser porque el Señor establezca Su reino en la tierra y Él lo va logrando en la medida que nosotros le permitimos gobernarnos y hacer Su voluntad en nosotros.

Cuanto más avanza el establecimiento del reino de Dios en la tierra, el reino de satanás, el reino de las tinieblas va desapareciendo, se va diluyendo, hasta que llegará un día en que solamente existirá el reino de Dios; el reino de satanás habrá desaparecido, se habrá extinguido totalmente.

Para que el Señor pueda gobernarnos es necesario **el quinto punto**: hacer Su voluntad. Reiteramos la necesidad que tenemos de conocer la voluntad de Dios para poder realizarla, y Su voluntad puede ser conocida solamente mediante revelación que se da cuando somos íntimos con Él, cuando vivimos en nuestro espíritu humano que es nuestro aposento más interior. Allí, en comunión íntima con el Señor podremos conocer y hacer Su voluntad.

Sin embargo, no podemos olvidar que, aun conociendo Su voluntad mediante revelación en el espíritu, nos es imposible hacerla. Solamente Él puede hacer Su voluntad en nosotros; por tanto, debemos abrirnos plenamente a Él y rogarle que tenga la bondad de hacer Su deseo en

nosotros.

El sexto aspecto que hemos tratado tiene que ver con que el Señor suministre Su vida y Su persona como nuestro pan de cada día hasta que seamos totalmente llenos, llenos hasta Su plenitud, de tal manera que en nuestro ser ya no haya más espacio que Él pueda ocupar.

Una vez tenemos claridad en estos seis puntos, podemos seguir disfrutando de las delicias de la oración, en la forma como el señor nos enseña a orar.

7. EL ASUNTO DEL PERDÓN

Ya que hemos entrado en la presencia del Señor, que tenemos comunión con Él, que lo adoramos y lo alabamos, el Señor nos enseña a tratar asuntos que son vitales en la oración, y uno de ellos, muy importante, tiene que ver con el perdón.

La frase siguiente que el Señor incluyó en la oración dice: ***“Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”*** (Mateo 6.12). Una oración genuina debe incluir arrepentimiento para con Dios y para con otras personas.

Normalmente, por el contacto con el mundo (cosas, personas y pensamientos) nos contaminamos con cosas inmundas, cometemos algunos pecados,

algunas faltas, y cuando entramos en la comunión del Señor somos iluminados—Dios es luz—. Al ser iluminados podemos ver nuestra condición, nos arrepentimos, confesamos nuestros pecados, el Señor nos perdona y nos limpia; entonces somos reconciliados con Dios y nada puede interrumpir ni dañar nuestra comunión con Él: **“pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”** (1 Juan 1.7-9).

Una condición indispensable para poder estar en la presencia del Señor es la limpieza de todas nuestras culpas, por eso Él nos enseña que un ingrediente principal de la oración es el perdón.

Debemos procurar tener una conciencia sin ofensa delante de Dios y de los hombres: **“Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres”** (Hechos 24.16). Debemos permitir que la palabra, que es el Espíritu y el agua, penetren en nuestro ser y nos purifiquen de toda culpa: **“Cristo amó a la iglesia, y se en-**

tregó a Sí mismo por ella, para santificarla, purificándola por él lavamiento del agua en la palabra... acerquémonos al Lugar Santísimo con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia con la aspersión de la sangre, y lavados los cuerpos con agua pura” (Efesios 5.25-26; Hebreos 10.22).

Los cristianos pueden pensar que no tienen de qué arrepentirse, que no hay nada en sus vidas que requiera perdón, pero como hijos de Dios, puede ser que no cometamos pecados grotescos, tales como adulterio, fornicación, homosexualismo, homicidio, robo y otros; puede ser que no nos airemos, que no calumniemos a nadie, que no codiciemos, pero siempre estamos propensos a cometer un gran pecado, y sin duda lo cometemos todos los días: **olvidarnos del Señor, ser indiferentes con Él, no tenerlo en cuenta en nuestras decisiones, pensamientos, palabras y hechos**; esto es caer del primer amor; este es el mayor pecado para un creyente.

Con cuanta facilidad nos olvidamos del Señor y decidimos según nuestro gusto, hablamos según nuestra mente, actuamos según nuestra voluntad, pero vamos poco al Señor a buscar que Él se agrade en todos los hechos de nuestra vida. Esto ocurre por-

que fácilmente sacamos nuestra mente del espíritu.

Si tú lector rememoras un día de tu vida, encontrarás que la mayor parte de él lo pasas en tu mente desconectada de tu espíritu. Tal vez acostumbras en la mañana a tener un poco de oración y tal vez en esa oración tengas algo de comunión con el Señor, pero el resto del día lo pasas en tu alma, pensando por ti mismo, decidiendo y actuando sin tener en cuenta al Señor.

Este es el gran pecado que cometemos todos los hijos de Dios diariamente, pero Él en Su misericordia nos muestra nuestra condición para que entrando en Su intimidad, en Su luz, veamos claramente nuestra condición, nos arrepintamos y le roguemos que nos ayude a vivir más tiempo en el espíritu, en comunión con Él.

Las ofensas de las que el Señor Jesús habló cuando nos enseñó a orar no se refieren solamente a grandes o pequeños pecados, sino también y especialmente a la actitud descuidada que tenemos diariamente de perder el primer amor, de dejar al Señor como el principal de nuestra vida, como el más importante en nuestro corazón y no tomarlo en cuenta como nuestro Dios y nuestro Señor.

Entonces, primero debemos

reconciliarnos con el Señor, tener plena paz y eliminar todos los obstáculos y estorbos que pueda haber entre Él y nosotros y luego debemos tratar el asunto del perdón con otras personas: **“como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”** (Mateo 6.12).

Como anuncia Pablo en Hechos 24, debemos procurar tener una conciencia sin ofensa delante de Dios y delante de los hombres. Nuestra relación debe ser dupla: con Dios y con los hombres. No solamente ofendemos al Señor, sino que también ofendemos a las personas y especialmente a los que son cercanos; para que nuestra comunión con Dios no sea estorbada, debemos procurar estar en paz con todos los hombres: **“Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres”** (Romanos 12.18).

En cuanto a la manera de perdonar y de arreglar problemas entre hermanos, el Señor estableció un proceso bien definido en Mateo 18.15-18: **“Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle**

por gentil y publicano. De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo”.

Cuando un hermano ofende a otro, el ofendido debe buscar y reprender al ofensor; si el ofensor acepta su culpa y se arrepiente delante del hermano y del Señor, el problema se ha zanjado, ha expirado; pero si el ofensor no acepta su culpabilidad, el ofendido debe buscar uno o dos testigos, para que haya un testimonio creíble sobre el asunto. Si frente a los tres, el ofensor sigue renuente a aceptar la culpa, el caso debe llevarse a todos los hermanos y si ante ellos el ofensor no acepta arrepentirse, entre todos deben negarle la comunión, porque la persona se ha vuelto contumaz; su presencia entre los santos es una mancha que estorba la comunión con el Señor.

Es necesario tener claridad en cuanto a que el perdón es un asunto muy serio en nuestra vida de creyentes. Como hijos de Dios debemos ser cuidadosos en nuestras actitudes y nuestro hablar con respecto a otros; y debemos también ser suficientemente sensibles al Espíritu, cuando Él nos muestra que hay problemas con otras personas.

Es necesario entender que el

arrepentimiento es un don que nos proporciona el Espíritu y que en el tratamiento de los problemas con otros, debemos ir hasta donde el Espíritu quiere ir. Hay problemas que por su pequeñez, el Espíritu no profundiza en ellos; pero hay algunas ofensas que es necesario tratarlas profunda y ampliamente, hasta que el ofendido pueda encontrar total paz y limpieza, y todo obstáculo y temor desaparezcan totalmente.

Un arrepentimiento genuino y un perdón cabal se logran solamente cuando el Señor—Espíritu, es quien media en la situación, y el proceso debe hacerse con reverencia suficiente y sin liviandad.

Hay cristianos que cuando son reprendidos por sus ofensas, responden frases más o menos parecidas a esta: **“Si alguien está ofendido conmigo, pido perdón”** o **“si por casualidad ofendí a alguien, perdóneme”**. Esta es una actitud carnal, del viejo hombre y alimática, que nunca conducirá a un perdón genuino ni a un arrepentimiento cabal.

Si algún hermano o aún un no creyente, me reclama por una actitud ofensiva, inmediatamente debo estar en el Espíritu pidiendo al Señor que me ilumine qué actitud debo tomar, que me oriente acerca de las pala-

bras que debo decir y que me revista de Su humildad para que la persona que me reclame sea totalmente sanada de la ofensa que le causé.

De la misma manera si soy yo quien ha de reclamar por una ofensa que me causaron, debo ir primero al Señor suplicándole que me dé una actitud apropiada para reclamar, que me despoje de orgullo, altivez y altanería. Por más grande que sea la ofensa que me hayan causado, debo aprender a ser humilde, a reclamar con mansedumbre y a esperar que el Señor le dé al ofensor la capacidad de llegar a un arrepentimiento genuino. Si esto último no se da, debo aprender del Espíritu: **“¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados?”** (1 Corintios 6.7).

Para poder discernir cada una de las situaciones en las que necesitamos perdonar y ser perdonados, necesitamos la luz de Dios, que es el Señor mismo; solamente Él puede orientarnos en qué puntos y hasta dónde debe ir nuestro arrepentimiento y nuestro perdón. Cuando el Señor es quien nos gobierna en el asunto del arrepentimiento y el perdón, tendremos una conciencia sin mancha delante de Dios y de los hombres y así podremos estar permanentemente en el trono de la gracia, disfrutando

Su gracia y Su misericordia, y nuestra oración no tendrá ningún estorbo.

8. LA LIBERACIÓN DE LA TENTACIÓN

El Señor continúa instruyéndonos acerca de la oración que es agradable a Dios: **“Y no nos dejes caer en tentación”** (Mateo 6.13). Algunas versiones al español traducen esta frase **“no nos metas en tentación”**. De acuerdo con Santiago 1.13, **“Cuando alguno sea tentado, no diga que es tentado por Dios. Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie”**, Dios no puede ser tentado ni Él tienta a nadie, sino que más bien el hombre **“es tentado cuando es atraído y seducido por su propia concupiscencia. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, engendra la muerte”** (Santiago 1.14).

Sabemos que hay un adversario del reino de Dios, que es muy fuerte: satanás, y conocemos que una de sus armas poderosas es la tentación. Desde el comienzo de la existencia del hombre, él ha usado su arma favorita para hacerlo caer, y en el Huerto de Edén lo logró con Adán.

Cuando Dios se hizo carne en Jesús, satanás sabía que, si

lograba engañarlo mediante la tentación, todo el plan y el propósito de Dios serían arruinados, y por eso no desaprovechó la ocasión para tratar de hacer caer al Señor en su tentación; sin embargo, fracasó rotundamente. Intentó en tres ocasiones que el Señor lo obedeciera, convirtiendo primero las piedras en pan, para satisfacer su necesidad alimenticia; el Señor lo rechazó usando la palabra de Dios.

Después lo tentó llevándolo a la cúspide de la religión judía, el pináculo del templo, y arrojándose desde allí demostrara que era Hijo de Dios; aquí satanás usó unas palabras de la Biblia. Una vez más, el Señor lo derrotó nuevamente con la palabra de Dios.

En una tercera ocasión le ofreció todos los reinos del mundo si lo complacía postrándose y adorándolo; el Señor resistió a la tentación nuevamente usando la palabra de Dios. La victoria del Señor y la derrota del diablo fueron totales y contundentes.

Si satanás se atrevió a tentar al Señor Jesús, quien es el mismo Dios, mucho más lo hace con nosotros. Por eso el Espíritu nos advierte a través de Pedro: ***“Sed sobrios, y velad. Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo***

que los mismos padecimientos se van cumpliendo en la hermandad vuestra que está en el mundo” (1 Pedro 5.8-9).

En este pasaje, el Señor nos advierte que él está permanentemente rodeando a los creyentes, infundiéndoles miedo y tratando de devorarlos. Por eso es necesario estar firmes en la fe para resistirlo. Cuando encuentra resistencia no le queda otro papel distinto al de los cobardes, huir: ***“resistid al diablo, y huirá de vosotros”*** (Santiago 4.7).

9. LIBERTADOS DEL MALIGNO

El Señor fue minucioso al enseñarnos a orar y no descuidó un solo detalle. Él sabe que tenemos un adversario que no dudará en atacarnos, en tentarnos para alejarnos del Señor. Inclusive, hay una versión de la Biblia que traduce el versículo 13 de Mateo 6 así: ***“Y cuando vengan las pruebas, no permitas que ellas nos aparten de ti, y libranos del poder del diablo”***.

Esto nos lleva a inferir que la tentación del diablo tiene el objetivo de alejarnos del Señor, de renegar de Él, de echarle la culpa de todas nuestras dificultades y de separarlo de nuestra vida. Es por eso que el Señor nos enseña a que pidamos al Padre rogándole que nos libre del poder del diablo, el maligno.

Si vivimos una permanente dependencia del Señor, satanás nunca logrará vencernos con sus tentaciones, sino que siempre el Señor nos dará la victoria sobre él, según lo manifiesta en 1 Corintios 10.13: **“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar”**. Este versículo debe darnos la convicción de que siempre vendrán las tentaciones, pero el Señor que mora en nosotros es la salida oportuna, y nunca nos dejará ser tentados más allá de lo que podemos resistir. No debemos temer a las tentaciones, sino aprender a vivir en Él cada momento de nuestra vida.

De otro lado, Colosenses 3 contiene un secreto muy importante para poder derrotar la tentación y al diablo: **“Fijad la mente en las cosas de arriba no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”** (vs. 2, 3).

Aquí el Señor nos presenta el mejor camino para evitar la tentación del diablo: permanecer en Él. Debemos hacer realidad cada día el hecho de que hace cerca de dos mil años fuimos a la cruz y morimos con Cristo y

hoy estamos muertos para satanás, para el mundo, para el pecado, para los pecados y para el viejo hombre y para el reino de las tinieblas, y la mejor manera de hacer realidad el hecho de que estamos muertos es poner la mira en las cosas de arriba, las cosas celestiales, las cosas del Espíritu, la palabra de Dios.

Cuando actuamos así, tenemos la garantía de que estamos muertos a todo lo que es inmundo, a todo aquello que no es Dios y así nuestra vida permanece escondida con Cristo en Dios. Siendo así, aunque satanás nos busque, no podrá encontrarlos, porque estamos escondidos. Ese escondite no es nadie diferente a Dios mismo. Esto es igual a entrar en el aposento y cerrar la puerta. El aposento, con la puerta cerrada no puede ser penetrado por satanás ni por ninguno de los integrantes de su reino de tinieblas; en el aposento solo hay cupo para Dios y tú, para Dios y para mí. Este es el camino más apropiado, real y práctico de evitar la tentación del tentador; viviendo así, jamás caeremos en sus trampas.

De otro lado debemos tener claridad del principal objetivo que tuvo el Señor al pasar por la muerte: destruir a satanás, su obra y su reino de tinieblas.

Esto quiere decir que satanás, su reino y sus agentes están

totalmente destruidos y nada pueden hacerle a los hijos de Dios que están escondidos con Cristo en Dios: ***“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por la muerte al que tiene el imperio de la muerte, es á saber, al diablo”*** Hebreos 2.14.

Preguntarás entonces por qué el Señor Jesús enseñó a los discípulos a que en la oración pidieran al Padre que los librara de la tentación del enemigo y tu pregunta es válida; sin embargo, debes tener en cuenta que cuando el Señor les enseñó a orar aun no había ido a la cruz a morir y aplastar al diablo y su reino de tinieblas.

Ahora estamos en un tiempo posterior a la cruz del Señor y con Su muerte nos liberó completamente de satanás y sus huestes. Ahora, si tú eres un creyente que permaneces en la carne y no acostumbras a vivir en el espíritu, no hay duda de que satanás te atacará, te tentará y si le das oportunidad te destruirá, pero lo podemos evitar poniendo nuestra mente en el espíritu, pensando en las cosas del Espíritu.

10. ALABANZA, ADORACIÓN Y PERDÓN.

Para concluir la oración, el Señor nos enseñó a alabar y ado-

rar al Padre: ***“porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén”*** (Mateo 6.13). El Padre, junto con el Hijo y el Espíritu, es el Dios que siempre reina, el reino es de Él y Su poder no tiene quién lo supere; todo el poder está en Él y le pertenece.

Igualmente, Dios está en gloria; eso lo dice claramente el capítulo 4 de Apocalipsis. Un día el Hijo se despojó de Su gloria, la gloria que siempre tuvo con el Padre, y al despojarse de ella se hizo hombre, para vivir Su vida divina en un hombre y experimentar todas las facetas y las dificultades de la vida humana.

Cuando llegó el tiempo pre-determinado por Dios, el Señor Jesús fue a la cruz y murió, con el fin de allanarnos el camino para que pudiésemos llegar al Padre. Después de tres días de muerto resucitó y ascendió al trono del Padre, se presentó ante Él como las primicias de los muertos, para que el Padre disfrutara de la obra que se había propuesto antes de los siglos; Jesús no solamente como Dios, sino especialmente como hombre, había triunfado sobre satanás y Su reino; ahora nada puede impedirle tener el reino que siempre ha anhelado. Pasados cuarenta días ascendió, siendo visto por Sus discípulos, y entró en la gloria para permanecer

eternamente en ella.

Él no desea estar solo en Su gloria, sino que quiere compartirla con Sus hijos, y por eso se ha introducido en nuestro espíritu humano, con el fin de que nosotros podamos disfrutar de esa gloria: ***“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”*** (Juan 14.2-3).

El Señor Jesús murió, resucitó y ascendió y nos hizo partícipes de Su obra maravillosa, para que hoy por fe y en el futuro próximo en plenitud podamos disfrutar de Su gloria y vivir eternamente en ella.

En nuestra oración alabamos y exaltamos al Señor por esa obra maravillosa que hizo a nuestro favor, de la que no tenemos palabras suficientes para expresar y describir. Toda palabra de alabanza, de exaltación y de honra que podamos inventar y expresar, aún será insuficiente para exaltar todo lo que merece nuestro amado Dios.

En los siguientes dos versículos el Señor añade un ele-

mento que es muy importante en la oración: el perdón de las ofensas: ***“Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial: pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre tampoco os perdonará vuestras ofensas”*** (Mateo 6.14-15).

El perdón de Dios está condicionado a que nosotros perdonemos a aquellos que nos han ofendido, y perdonar y ser perdonados es un requisito indispensable para acercarnos al trono de Dios y tener comunión con Él.

Por eso necesitamos aprender a vivir en comunión con nuestro Señor, pues cuando hay comunión hay luz y la luz nos ilumina acerca de nuestra condición y de las posibles ofensas que haya con los hombres. Cuando somos iluminados, confesamos nuestras faltas y somos perdonados.

La luz igualmente nos guía a saber cuándo debemos tratar con las personas las ofensas que hemos causado o que nos hayan hecho. Si perdonamos y estamos en paz con todos los hombres, el Señor también nos perdona y nos pone en paz con Él: ***“Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, vivid en paz con todos los hombres”*** (Romanos 12.8)

La oración que agrada al Padre

4

LA ORACIÓN QUE ES SEGÚN SU VOLUNTAD

Estamos muy agradecidos con el Señor por lo que hasta aquí nos ha revelado acerca de la oración; igualmente le agradecemos por lo que nos seguirá revelando, porque la revelación de Dios es ilimitada, está siempre disponible y siempre es nueva para aquellos que la buscan. Su revelación es insondable y es eterna.

En este capítulo vamos a tratar el asunto de la oración que agrada al Padre, aquella oración que es según Su voluntad, que está de acuerdo con Su deseo.

Antes de todo, es necesario aclarar que orar no consiste en decir pocas o muchas palabras a Dios, sino que la oración genuina, la que agrada al Señor, es un ambiente de comunión, de intimidad con Dios. La oración, en primer lugar, es un asunto de en-

trar en el aposento más interior del hombre—el espíritu humano— y cerrando la puerta, vivir una íntima comunión, un mutuo fluir entre Dios y quien ora.

Teniendo claridad en este punto, deseamos tomar un pasaje del Antiguo Testamento y dilucidar cómo es la oración que satisface el corazón de nuestro Señor. Se trata del capítulo 18 del libro de Génesis, el que recomendamos al lector considerar una y otra vez.

En ese capítulo se narra paso a paso, un encuentro muy especial que tuvo Abraham con Dios, cuando estaba en el encinar de Mamre. Relata el Espíritu Santo que Abraham estaba sentado a la puerta de su tienda, cuando el día era más cálido. Seguramente era alrededor del mediodía: “**Jehová se le apareció a Abraham en el encinar de Mamre, estando él sentado a la puerta de su**

tienda, a la hora de más calor” (Génesis 18.1).

Abraham no estaba afanado ni angustiado. Estaba sentado a la entrada de su tienda, el lugar donde vivía con su esposa Sara. Esto nos muestra un primer principio para la oración en comunión con el Padre: para entrar en Él, debemos estar sosegados, reposados, despojados de todo afán y angustia, porque nuestro Dios es sosegado, descansado y reposado. Seguramente Abraham estaba pensando en ese momento en Dios, en Sus promesas, en el hijo que Él le daría. La mente de Abraham estaba en el espíritu, estaba pensando en las cosas celestiales, en las cosas de arriba, no en las de la tierra: **“Porque los que son según la carne ponen la mente en las cosas de la carne; pero los que son según el espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz”** (Romanos 8.5-6).

Cuando un creyente está en esa actitud, puede fácilmente visualizar las cosas del Señor. Es por eso que el versículo 2 dice: **“Y alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él; y cuando los vio, salió corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos, y se postró en tierra”**. Abraham alzó los ojos, lo que

quiere decir que él tenía su mirada puesta en las cosas de arriba, estaba centrado en Dios y en Sus deseos. Esa es la razón por la cual dice la palabra que cuando alzó los ojos vio a tres varones.

Siempre que ponemos la mente en el espíritu, que nos ocupamos de las cosas del reino de Dios, Él se revela a nosotros y nos muestra todo aquello que podemos recibir mediante revelación. Gracias a su actitud, Abraham vio tres varones, los cuales estaban de pie delante de él.

Pareciera ser que Abraham en lo más íntimo de su ser estaba esperando esa visita, porque al verlos no tuvo miedo, no corrió a esconderse, sino que, por el contrario, la visita le produjo tanta paz, gozo y armonía, que inmediatamente corrió desde la entrada de su tienda hasta el lugar donde se encontraban los varones, con el fin de recibirlos y darles la bienvenida.

Abraham se acercó a ellos en una actitud de humildad, no había ni un asomo de arrogancia en él, porque inmediatamente se postró en tierra ante ellos. Esta actitud es confirmada por las palabras que Abraham les dice a los tres varones en los versículos 3-5: **“Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego**

que no pases de tu siervo. Que se traiga ahora un poco de agua, y lavad vuestros pies; y recostaos debajo de un árbol, y traeré un bocado de pan, y sustentad vuestro corazón, y después pasaréis; pues por eso habéis pasado cerca de vuestro siervo. Y ellos dijeron: Haz así como has dicho”.

Lo primero que Abraham expresa es que para él es realidad el asunto de la gracia. Acercarse a Dios no es un asunto de méritos personales ni de buenas obras practicadas por quien se acerca, sino un asunto de Su gracia.

Una vez más aquí debemos enfatizar que la gracia no es solamente un don inmerecido que Dios nos da, sino que la gracia es todo lo que Dios es, tiene y ha logrado en Su proceso de redención, dado a nosotros como Sus insondables riquezas para nuestro disfrute. Esa gracia nos ha sido dada en Cristo y por el Espíritu.

Juan 1.14 dice: **“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de realidad”**. La gracia es Cristo viniendo a nosotros para traernos a Dios y es Cristo mismo yendo al Padre para introducirnos en Dios. Hoy esa gracia está en el Espíritu Santo y Él mora en nuestro espíritu humano. La gracia

está en nosotros.

Gracias a la obra de encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión, entronización, glorificación y bautismo el Espíritu de poder, realizada por Dios a través del Hijo, tenemos acceso incondicional e ilimitado a esa gracia: **“Acercuémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”** (Hebreos 4.16).

La gracia son todas las riquezas de Dios como nuestra herencia, para nuestro suministro diario, y esa gracia nos hace crecer hasta que alcancemos la unidad de la fe, el pleno conocimiento del Hijo de Dios, hasta que lleguemos a ser un hombre plenamente maduro que produce frutos para el disfrute de nuestro Señor y para alcanzar la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Estos son cuatro requisitos indispensables para ser vencedor y para entrar en la Nueva Jerusalén por la eternidad.

Abraham tenía revelación y luz acerca de la gracia y por eso dijo a los tres varones: **“si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo”**. Él sabía que el único camino por el cual se podía acercar a Dios era mediante la gracia; sabía que no había ningún mé-

rito, por elevado que fuese, que le abriera el camino para llegar a Dios, distinto a Cristo.

Tú podrás decir que en el tiempo de Abraham no había venido Cristo, y aunque es cierto, también podemos decir que Abraham disfrutó la gracia en Cristo, porque **“el Cordero fue inmolado desde el principio del mundo”** (Apocalipsis 13.8).

De otro lado, si miramos con atención, el primer personaje del Nuevo testamento es Abraham: **“Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham”** (Mateo 1.1). Esta es una clara demostración de que Abraham ya disfrutaba de la gracia que es en Cristo, por medio del Espíritu; por eso fue llamado amigo de Dios.

LA PREOCUPACIÓN DE ABRAHAM

Abraham discernió por el espíritu que uno de los tres varones era Dios, Jehová, y Su mayor preocupación fue procurarle bienestar. Abraham no se ocupó de su bienestar, ni por hacerle peticiones, ni por reclamarle el hecho de que no le había dado un hijo; su mayor deseo en ese momento era que Dios estuviera cómodo, que estuviera confortable, que descansase del camino, que comiera, que estuviese

satisfecho. Por eso las palabras dichas por Abraham en los versículos 4 y 5: **“Tráigase, con tu permiso, un poco de agua, y lavaos los pies, y reclinados debajo del árbol. Y traeré un bocado de pan, y sustentaréis vuestro corazón; y después pasaréis adelante; por cuanto habéis pasado cerca de vuestro siervo”**.

Cuando una persona camina largamente, el mayor cansancio se manifiesta en los pies, y qué delicia es poder llegar a casa, sentarse e introducir los pies en un poco de agua caliente. Además de que los pies son refrescados, son limpios por el agua, el confort y el descanso es tal, que si la persona va a la cama, con seguridad duerme plácidamente toda la noche.

Además, en la época de Abraham, no se usaba el calzado que usamos en el mundo contemporáneo; en esa época las sandalias eran de uso habitual, y éstas dejan los pies expuestos a la suciedad del camino y al maltrato del ambiente; después de un viaje, los pies están llenos de suciedad. Por eso los judíos tenían la costumbre de lavarse los pies y las manos antes de sentarse a comer o de acostarse a descansar. Abraham se preocupó porque el Señor tuviera descanso y sus pies fuesen aliviados del camino.

Abraham era un buen administrador y muy detallista. No solo estaba preocupado porque el Señor pudiese lavarse los pies, sino porque el calor del medio día no lo abrasase, y dice entonces: **“reclinaos debajo del árbol”**. El comienzo del capítulo nos dice que Abraham estaba a la puerta de la tienda en el pleno calor del día. En esa parte del día el calor era tan intenso que se hacía muy difícil soportarlo estando dentro de la tienda, pues allí el calor era más intenso.

Abraham deseaba que el Señor no fuera incomodado teniendo que soportar un calor intenso, y el sitio excelente para solucionar la situación era la sombra de un buen árbol. Quienes hemos tenido la oportunidad de cobijarnos a la sombra de un árbol cuando el sol dispensa su calor abrasador, sabemos lo refrescante, confortable y agradable que es refugiarnos bajo su sombra. Produce una sensación muy encantadora, y si hay una brisa fresca, el momento es por demás placentero.

Una vez que Abraham logró que el Señor estuviera agrado y descansado, pensó inmediatamente en la necesidad gastronómica de los viajeros: **“y traeré un bocado de pan, y sustentad vuestro corazón, y después pasa-**

réis; pues por eso habéis pasado cerca de vuestro siervo” (Génesis 18.5).

Las oraciones de casi la totalidad de los cristianos están encaminadas a pedirle al Señor que supla las necesidades personales de quien ora, o que **“su iglesia”** crezca, o que el Señor obre milagros y cosas extraordinarias, o que supla las necesidades de su familia o de sus conocidos, pero es muy raro oír oraciones donde la carga sea suplir las necesidades del Señor.

Puede parecerle extraño al lector oír que Dios tiene necesidades, pero si escudriña la Biblia en su espíritu, observará que ésta está llena de necesidades de Dios. Es más, nuestras necesidades no tienen ninguna importancia frente a las Suyas y por eso Él nos pide que no nos preocupemos por lo que necesitamos, porque Él conoce nuestras necesidades antes que le pidamos. Nuestra preocupación debe ser por Su reino y Su justicia.

Medita un poco en la actitud asumida por Abraham cuando vio a los tres varones. Observa que él no le presentó al Señor un pliego de peticiones: **“necesito que me des un hijo, porque Tú me lo prometiste; estoy insatisfecho con la esterilidad de**

Sara; yo engendré un hijo en Agar y se me convirtió en un problema; este clima está muy caliente, deseo que lo cambies un poco; el ganado se me está muriendo con frecuencia; los pastos no son suficientes para alimentar mi ganado; he tenido problemas con Lot y sus pastores... en fin, tengo tantas necesidades que requiero soluciones urgentes". No, Abraham no pidió nada de eso, él se preocupó solamente por el bienestar de Dios.

Esta actitud agradó tanto al Señor, lo satisfizo a tal grado que la respuesta de Él es bien agradada: **"Y ellos dijeron: Haz así como has dicho"** (Génesis 18.5). ¿Cuántas de tus oraciones, querido lector, obtienen del Señor una respuesta similar? ¿Cuántas veces el Señor puede decirte, "haz así como has dicho"?

Si nuestras oraciones son genuinas, si tienen como ingrediente único la comunión entre Dios y cada uno de nosotros, si nos habituamos a entrar en nuestro aposento y cerrar la puerta para orar a nuestro Padre que ve en lo secreto y que está en secreto, sin duda la recompensa será la respuesta a nuestra oración.

¡Que el Señor nos ayude a tener tal actitud de preocuparnos por Sus necesidades y no por

las nuestras, porque Él conoce nuestras necesidades: **"Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas! Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal... vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis"** (Mateo 6.33-34, 8).

Lo que vemos enseguida en Abraham es una actitud de comunión con los de su casa: **"Entonces Abraham fue de prisa a la tienda a Sara, y le dijo: Toma pronto tres medidas de flor de harina, y amasa y haz panes cocidos debajo del rescoldo. Y corrió Abraham a las vacas, y tomó un becerro tierno y bueno, y lo dio al criado, y éste se dio prisa a prepararlo"** (Génesis 18.6-7). Él pudo haberlo hecho solo, pero era un hombre tratado por Dios, que sabía la importancia de funcionar como un miembro del cuerpo y permitir que otros funcionasen de acuerdo con la medida de la gracia que a cada quien le ha dado el Señor.

Abraham conocía los dones que cada uno de los miembros de su familia había recibido: Sara era especialista en preparar panes cocidos debajo del rescoldo y le encargó que procediera en consecuencia; luego fue a la vacada y tomó un becerro tier-

no y lo dio al criado para que lo preparase.¹

Nada parecido a los grupos cristianos contemporáneos, donde los únicos que tienen “poder” para funcionar y servir al Señor son los líderes que se limitan generalmente al pastor y a su familia y unos pocos hermanos más. Esta es la práctica de lo que la Biblia llama nicolaísmo, que es odioso a los ojos del Señor².

El becerro tierno expone el corazón generoso que tenía Abraham para el Señor. Un becerro tierno es un vacuno menor de un año. Todo ganadero sabe que las vacas tiernas son la esperanza y el futuro de la hacienda; por esa razón las cuida y los alimenta para que un día sean adultos y generen mayor riqueza. Sin embargo, Abraham no dudó en ofrecerlo al Señor. La carne de un becerro tierno es de un sabor muy especial, fácil de preparar, de comer y de digerir. Abraham ofreció al Señor lo mejor que tenía en su rebaño. En Su corazón había solo una intención: la mayor satisfacción

posible para el Señor.

Una vez que estuvieron preparados el becerro y los panes asados debajo del rescoldo, Abraham tomó también mantequilla y leche, y el becerro que había preparado, y lo puso delante de ellos (Génesis 18.8). ¡Qué satisfacción tan inmensa sería la de Abraham, al haber prestado un servicio a Dios en el que Él se agradó!

Allí sentados, Dios, los dos ángeles y Abraham, participaron de un banquete celestial.

¡Qué escena tan maravillosa! Dios, los ángeles y el hombre, disfrutando juntos de una íntima comunión; Dios, los ángeles y los hombres comiendo juntos, disfrutándose mutuamente.

¿Con qué podremos comparar un suceso así? Dios viniendo a visitar a Su amigo Abraham, éste preparando lo mejor para el Señor y comiendo juntos recostados debajo de un árbol. No alcanzan las palabras de ningún idioma para describir la escena y el momento; solamente podemos dar rienda suelta a nuestra imaginación, poniendo la mente bajo el control del Espíritu y viviendo por fe ese momento precioso: “**y él se estuvo con ellos debajo del árbol, y comieron**” (Génesis 18.8).

1. Puedes encontrar mayor revelación sobre las funciones del cuerpo en el libro **El Reino de Dios y el Reino de los Cielos**, en los capítulos 34, 35, 36, 37, 38 y 39, que hablan de **La Parábola de los Talentos**.

2. Acerca del Nicolaísmo puede encontrar más detalles en el libro **La Degradación de la Iglesia**, del mismo editor.

Sí, apreciado lector, cada vez que entramos en nuestro espíritu, que vivimos en comunión con el Señor, tenemos un auténtico banquete celestial lleno de gozo y alegría; en él Dios disfruta de Su obra que ha realizado en nosotros y nosotros disfrutamos de todas Sus riquezas, teniendo a los ángeles como testigos y copartícipes de tanta felicidad. Siempre que entramos en el espíritu, nuestro Padre disfruta al Cristo que ha trabajado en nosotros y nosotros disfrutamos al Cristo que el Padre nos ha dado como herencia.

Busquemos tener oraciones en las que la única preocupación ha de ser la felicidad y la satisfacción de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En el tiempo contemporáneo, nosotros somos más bienaventurados que Abraham, porque en los sucesos de Génesis 18, Dios vino a visitar a Abraham y luego se fue, pero en nosotros, quienes tenemos la dicha de vivir en el siglo XXI y hemos creído en el señor, Él vino para quedarse para siempre en nuestro espíritu, Él no se va, sino que permanece en nosotros; por donde vamos Él va, nunca nos deja; Él ya no nos visita, ahora es nuestro huésped, vive permanentemente en nosotros. Pero, con cuanta facilidad olvidamos esta reali-

dad y vivimos nuestra vida alejados del Señor, y lo contristamos y lo confinamos y no permitimos que se exprese y se manifieste en nuestra vida diaria.

Volviendo al relato que nos ocupa en Génesis 18, llegamos al versículo 9: ***“Y le dijeron: ¿Dónde está Sara tu mujer? Y él respondió: Aquí en la tienda”***. Una vez que Dios estuvo totalmente satisfecho con la actitud de Abraham y su casa, se dispuso a suplir sus necesidades. Por eso preguntó: ***“¿Dónde está Sara tu mujer?”***. A Dios le gusta tratar con la familia y Sara era muy importante para el desarrollo del plan de Dios, por eso el Señor y los ángeles le preguntaron dónde estaba ella.

En el cristianismo contemporáneo existe la costumbre no bíblica de tratar los asuntos en unos pequeños círculos cerrados, donde participan unos pocos hermanos, los que son líderes famosos y connotados; los demás son dejados de lado y máximo si son mujeres. Esta es una malhadada costumbre que satanás introdujo a la iglesia en la situación de Pérgamo, que se llama Nicolaísmo y que es aborrecida por el Señor.

Cuando en una congregación se da esta costumbre es porque ellos viven en el viejo hombre y

éste es la mezcla de la naturaleza humana con la persona de satanás.

Si vivieran en el nuevo hombre, que es la mezcla de la naturaleza humana con el Señor Jesús resucitado, en otras palabras, la naturaleza humana mezclada con la naturaleza divina, entenderían que en ese nuevo hombre no hay varón ni hembra, judío ni griego, es decir no hay distinción de género ni de razas, sino que el nuevo hombre es la expresión de la persona de Cristo, por medio de los hijos de Dios: ***“pues todos sois hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. No hay judío ni griego, esclavo ni libre, varón ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”*** (Gálatas 3.26-28).

Por esta razón, Dios considera que la participación de Sara es muy importante en la comunión que Dios y los varones tienen con Abraham, y debido a eso pregunta dónde está ella. Abraham respondió: ***“Aquí en la tienda”***. Cuando Abraham le dice a Dios el lugar donde se encuentra Sara, entonces promete Su respuesta a una gran necesidad que tenía esa familia: ***“De cierto volveré a ti; y según el tiempo de la vida, he aquí que Sara tu mujer tendrá un hijo”*** (Génesis 18.10).

Si usted es cuidadoso en la lectura y meditación de la Biblia, notará que en esa jornada Abraham no había hecho ninguna petición a Dios, solamente se preocupó porque Él y sus compañeros estuvieran bien, descansarían lavándose los pies y estando debajo de la sombra de un árbol, y porque comieran un bocadillo para que fueran fortalecidos y pudieran proseguir Su viaje, pero no hay ninguna petición de ninguna necesidad de parte de Abraham, ni de Sara, ni del criado de Abraham.

Esto nos muestra un principio que el Señor Jesús estableció en Mateo: ***“Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis... Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”*** (6.7-8, 33).

La genuina oración, la que agrada al Señor, la oración que Él responde no es aquella que está llena de peticiones, sino aquella en que nuestro mayor interés y preocupación son las necesidades de Dios y Su plena satisfacción. Cuando nuestra oración tiene ese y solo ese contenido, el Padre se agrada y

pasa enseguida a suplir nuestras necesidades.

Dios sabía que un hijo de Abraham y Sara no era solamente una gran necesidad de ellos, sino que era una apremiante necesidad para Dios, pues por medio del hijo de Abraham y Sara podría llevar adelante Su propósito eterno. Si Isaac no hubiese nacido, Dios no hubiera podido llevar adelante Su plan, porque Isaac es un patriarca del pueblo de Israel y ese pueblo era necesario para que de su linaje naciera Cristo como hombre. Había tanto amor, tanta comunión y tanta compenetración entre Dios y Abraham que las necesidades de uno se convirtieron en las necesidades del otro.

¡Qué maravilloso será que nuestras necesidades no sean solamente nuestras, sino que sean las necesidades de Dios! ¡Qué hermosa es la vida de un creyente que en su corazón tiene preocupación por satisfacer y agradar a Dios! ¡Qué comunión más elevada e íntima hay entre el Señor y Sus hijos que viven así! Dios sabe de qué cosas tenemos necesidad. Debemos aprender a conocer cuáles son las necesidades de Dios.

El Señor entonces se complace en decirle a Abraham que ***de cierto volveré a ti; y según el***

tiempo de la vida, he aquí que Sara tu mujer tendrá un hijo. ¿Cómo?, ¿qué está diciendo el Señor? Esa fue la actitud de Sara, y no atinó a hacer cosa diferente a reírse: “Se rio, pues, Sara entre sí, diciendo: ¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo?” (Génesis 18.12).

Sara estaba en la tienda y escuchó la promesa del Señor. En consideración a que su marido era ya viejo, ella era vieja, estéril y además había pasado su época de fertilidad; ¿qué más podía hacer sino reírse de una promesa que a la luz de las circunstancias era totalmente ilógica e imposible de cumplir?

Sin embargo, Dios no tuvo reproche ni condenación para Sara por su actitud de reírse, sino que simplemente preguntó: ***“¿Por qué se ha reído Sara diciendo: Será cierto que he de dar a luz siendo ya vieja? ¿Hay para Dios alguna cosa difícil?”*** (Génesis 18.13-14). El Señor simplemente pregunta cuál es la razón para que Sara se riera de Su promesa, si ella sabía que para Dios no hay cosa difícil.

Todo lo que Él necesita hacer para que Su plan se realice lo hace, sin importar que a los ojos de los hombres sea imposible o sea locura. Dios necesitaba a Isaac y lo tendría, por encima de

todas las circunstancias. Por eso ratifica la promesa que había hecho un momento antes: **“Al tiempo señalado volveré a ti, y según el tiempo de la vida, Sara tendrá un hijo”** (Génesis 18.14).

Dios conoce nuestras necesidades y está muy interesado en suplirlas, pero siempre lo hará según Su método y en Su tiempo, no en el tiempo ni bajo el método de quien pide.

Esta es una de las grandes carencias en el cristianismo contemporáneo. Los falsos maestros, de los que está lleno el cristianismo, enseñan a sus correligionarios a hacer oraciones manipuladoras, que pretenden obligar a Dios a que complazca sus caprichos. Dicen a los hermanos que oren exigiendo de Dios que haga tal o cual cosa, que les dé uno u otro beneficio, y no saben que esas oraciones además de ofensivas para la gloria, la majestad y la santidad del Señor, nunca serán oídas ni respondidas.

Generalmente las enseñanzas de los falsos maestros están encaminadas a que la oración sea un reto a Dios para que les dé abundancia de bienes materiales. Dios no tiene ningún interés en oír ni responder oraciones de esa clase.

En esta comunión con Abra-

ham Dios no tenía ningún interés en aumentar las riquezas de Abraham, ni en que él construyera un palacio para vivir, ni un gran edificio para reunir a los **“hermanos”**, ni en comprar una emisora de televisión y/o radio para predicar el **“evangelio”**, ni en aumentar sus ganados de manera milagrosa. Dios necesitaba un hijo de Abraham y Sara y a eso se dedicó.

La gran necesidad de Dios y Abraham era Isaac porque de él vendría Cristo. Sin Isaac Cristo no habría venido y sin Cristo no tendríamos esperanza de redención.

Lógicamente Sara se sintió avergonzada de haber sido descubierta por Dios en cuanto a que ella se rio y tomó la actitud que todos tomamos cuando el Señor descubre nuestras faltas: negamos. **“Entonces Sara negó, diciendo: No me reí; porque tuvo miedo”** (Génesis 18.15).

Debemos estar ciertos de que delante de Dios no podemos ocultar nada y cuando cometemos una falta y el Espíritu la revela en nuestro interior, el mejor camino que debemos tomar es el de confesar la falta y arrepentirnos. Para afirmar que Dios es veraz, que no hay en Él ninguna mentira, porque la mentira es propia de satanás, el Señor

dijo: **“No es así, sino que te has reído”** (Génesis 18.15).

¡Cuán franco y a la vez misericordioso es el Señor! Él no toleró la mentira de Sara, pero tampoco la condenó por no ser sincera; simplemente reafirmó la falta de Sara y nada más. Seguramente Sara tuvo en su corazón un arrepentimiento profundo por tener esa actitud satánica de querer engañar al Señor, negando lo que es evidente delante de Él.

¡Que el Señor nos ayude a ser sencillos y rápidos para el arrepentimiento!

Lo que viene a continuación es una gema que debemos atesorar en nuestro corazón. Dios tenía un propósito muy elevado con Abraham y ya lo había cumplido; ahora sigue adelante con Su plan: **“Y los varones se levantaron de allí, y miraron hacia Sodoma; y Abraham iba con ellos acompañándolos”** (Génesis 18.16).

La comunión de Dios y los dos varones con Abraham no se limitó a una visita sin sentido, ni a reposar, a comer y a anunciar el nacimiento del hijo de Abraham y Sara, sino que había algo más que tratar. Cuando se levantaron y comenzaron a caminar, miraron a Sodoma y Abraham no fue despedido, sino que caminó con

ellos. ¡Qué precioso es el hecho de que complazcamos a Dios y Él desee nuestra compañía, que anhele caminar con nosotros! No hay mayor privilegio en el universo.

Lee, ve y escucha las palabras que el Señor dice inmediatamente. **“¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer, habiendo de ser Abraham una nación grande y fuerte, y habiendo de ser benditas en él todas las naciones de la tierra? Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él”** (Génesis 18.17-19)

El Señor en verdad consideraba a Abraham como Su amigo. Entre dos amigos hay confidencias y Dios tenía algo en Su corazón que quería que Abraham conociese. Dios había determinado que Abraham llegase a ser una nación grande y fuerte, y que por causa de Él fuesen benditas todas las naciones de la tierra.

¿En qué consiste esa bendición? Según Gálatas 3.14, la bendición está en que, por medio de la simiente de Abraham, es decir, por medio del Señor Jesucristo, los hombres tuviésemos la oportunidad de recibir el Espíritu, es decir, re-

cibir a Dios mismo: ***“para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por medio de la fe recibiésemos la promesa del Espíritu”***.

Dios encontró en Abraham a un hombre que estaba preocupado por Su satisfacción, y esto está claramente demostrado en Génesis 18. Esta fidelidad de un hombre llevó a Dios a prometer el hecho más glorioso y elevado que ha ocurrido en la historia de la humanidad: **que los hombres, sin importar raza ni género, recibamos a Dios como Espíritu dentro de nuestro espíritu humano y así seamos uno con el Señor. Esa es la gran bendición que Dios le ha otorgado al hombre que creó.**

Dios entonces se dispuso a revelarle a Abraham lo que tenía pensado hacer en Sodoma y Gomorra: ***“Entonces Jehová le dijo: Por cuanto el clamor contra Sodoma y Gomorra se aumenta más y más, y el pecado de ellos se ha agravado en extremo, descenderé ahora, y veré si han consumado su obra según el clamor que ha venido hasta mí; y si no, lo sabré”*** (Génesis 18.20-21).

La tierra entera estaba corrompida después de que el hombre recibió la naturaleza satánica comiendo del árbol de la ciencia del bien y del mal,

cuando aún se encontraba en el Huerto de Edén; pero había dos ciudades, en las que el pecado de sus habitantes había llegado a extremos que para Dios eran intolerables; esas ciudades eran Sodoma y Gomorra, acerca de las cuales el Señor había determinado destruirlas.

El Señor, al tener a Abraham como amigo en la tierra, decidió contarle Su decisión, lo que provocó en Abraham una petición a Dios: ***“Y se apartaron de allí los varones, y fueron hacia Sodoma; pero Abraham estaba aún delante de Jehová. Y se acercó Abraham y dijo: ¿Destruirás también al justo con el impío?”*** (Génesis 18.22-23).

Abraham como amigo de Dios, sabía cómo orar, conocía el secreto de la oración que complace al Señor. Él no pidió nada para sí mismo, sino que le recordó a Dios que era justo y que no podía encontrarse ninguna injusticia en Él. Abraham sabía que Sodoma y Gomorra eran ciudades llenas de injusticia, pero que en medio de sus habitantes podía encontrarse algún justo, como por ejemplo su sobrino Lot, que vivía en Sodoma. Por eso le preguntó: ***“¿Destruirás también al justo con el impío?”***

Tal vez Sodoma era una ciudad que tenía algunos miles de habitantes y Abraham consideró

que no era alto el porcentaje de justos que hubiera en ella, por eso comenzó por plantearle a Dios la posibilidad que hubiera unos pocos, solamente cincuenta: **“Quizá haya cincuenta justos dentro de la ciudad: ¿destruirás también y no perdonarás al lugar por amor a los cincuenta justos que estén dentro de él?”** (Génesis 18.24).

Una vez más Abraham exalta la justicia de Dios: **“Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío, y que sea el justo tratado como el impío; nunca tal hagas. El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?”** (Génesis 18.25).

De nuevo se demuestra aquí la complacencia que tenía el Señor con Abraham y la disposición a contestar positivamente su petición: **“Entonces respondió Jehová: Si hallare en Sodoma cincuenta justos dentro de la ciudad, perdonaré a todo este lugar por amor a ellos”** (v. 26). El Señor le respondió que solamente cincuenta justos eran suficientes para que Él expresara Su amor y no destruyera la ciudad entera por causa de los cincuenta.

Una vez entrados en confianza, Abraham negoció con Dios hasta contemplar la posibilidad de que sólo hubiese en Sodoma diez justos, pero ni siquiera ese número fue posible encontrar

allí: **“Y Abraham replicó y dijo: He aquí ahora que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza. Quizá faltarán de cincuenta justos cinco; ¿destruirás por aquellos cinco toda la ciudad? Y dijo: No la destruiré, si hallare allí cuarenta y cinco. Y volvió a hablarle, y dijo: Quizá se hallarán allí cuarenta. Y respondió: No lo haré por amor a los cuarenta. Y dijo: No se enoje ahora mi Señor, si hablare: quizá se hallarán allí treinta. Y respondió: No lo haré si hallare allí treinta. Y dijo: He aquí ahora que he emprendido el hablar a mi Señor: quizá se hallarán allí veinte. No la destruiré, respondió, por amor a los veinte. Y volvió a decir: No se enoje ahora mi Señor, si hablare solamente una vez: quizá se hallarán allí diez. No la destruiré, respondió, por amor a los diez”** (Génesis 18.27-32).

Lamentablemente en Sodoma no se encontraron diez justos, para que el Señor hubiese perdonado a sus moradores y no hubiese destruido la ciudad; allí había solo uno: Lot, y él no era suficiente para que Dios pudiese pasar por alto los horrendos pecados que había en esa ciudad; igual ocurría en Gomorra.

Esto nos lleva a ver otro principio de la oración, que es muy importante que lo veamos con claridad: **Dios revela Sus secre-**

tos a aquellos que son íntimos con Él, a quienes lo agradan y viven en el espíritu. Nadie distinto a Dios y Abraham sabía que Sodoma iba a ser destruida. Así se cumple la palabra hablada por el Espíritu en 1 Corintios 2.9-10: ***“Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman”. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu*”**.

Si deseamos que Dios nos revele Sus secretos, Sus intimidades y Sus misterios, debemos aprender a ser uno con Él, a vivir en el espíritu, a vivir en comunión con Él. Solamente a personas así, a quienes lo amamos, Él les muestra las cosas que ojo no ha visto, que nadie ha oído y que no han llegado al pensamiento de ninguno.

El Señor no le reprochó a Abraham el hecho de que negociara con Él, sino que se complació en encontrar un amigo que lo agradaba. Abraham le propuso inicialmente a Dios que si había cincuenta justos en la ciudad no la destruyera. Como no hubo los cincuenta justos, fue rebajando el número hasta que llegó a diez. Lamentablemente no hubo diez justos en Sodoma.

Esta situación es similar a la situación por la que atraviesa la tierra en la tercera década del

siglo XXI; es difícil encontrar quién busque a Dios de corazón, quién sea amigo de Dios como Abraham. La misma escritura lo advierte: ***“Así está escrito: «No hay un solo justo, ni siquiera uno; no hay nadie que entienda, nadie que busque a Dios. Todos se han descarriado, a una se han corrompido. No hay nadie que haga lo bueno; no hay uno solo!» «Su garganta es un sepulcro abierto; con su lengua profieren engaños.» « ¡Veneno de víbora hay en sus labios!» «Llena está su boca de maldiciones y de amargura.» «Veloces son sus pies para ir a derramar sangre; dejan ruina y miseria en sus caminos, y no conocen la senda de la paz» «No hay temor de Dios delante de sus ojos»”***

El mismo pueblo que se jacta de ser cristiano, ha caído en la situación que la palabra describe aquí. Todos se han descarriado; se han dedicado a seguir a hombres, enseñanzas de hombres, misterios de satanás y ministerios de hombres, pero no hay ninguno que decida seguir al Señor con todo su corazón; es raro encontrar hijos de Dios que sigan al Cordero por dondequiera que va.

Sin embargo, nos alegramos, porque el Señor nos ha encontrado y nosotros lo hemos encontrado a Él. Unos pocos santos, decidimos hace algunos años

dejar toda organización cristiana y seguir al señor por donde Él va, y hemos logrado deliciosas experiencias en este camino maravilloso que es Él mismo. Lo seguiremos hasta que Él venga; así seremos las primicias, los primeros frutos que Él ha de obtener de Su gran cosecha en la tierra. Esperamos que tú, amado lector, seas uno de ellos.

El último versículo de Génesis 18, nos muestra un verdadero contraste con lo que nos ocurre hoy: ***“Cuando el Señor terminó de hablar con Abraham, se fue de allí, y Abraham regresó a su tienda”*** (v. 33). Es lamentable que aquel momento que fue lleno de gloria llegara a su fin. Dios terminó de hablar con Abraham y se fue; Abraham regresó a su tienda.

Hoy no es así, Dios no se va. Cuando el Señor Jesús resucitó, la noche de Su resurrección, vino a Sus discípulos y se metió dentro de ellos como el Aliento Santo, como el Espíritu Santo que es el Dios completo, y se introdujo en el espíritu de ellos para nunca más abandonarlos.

De igual manera ocurrió con nosotros: cuando recibimos al Señor, Él entró en nuestro espíritu para permanecer en él, para ser uno con nosotros por la eternidad. Él no se va nunca; Él

quiere que hablemos, que caminemos, que estemos juntos por siempre; Él quiere revelarnos Sus cosas secretas, Sus misterios; quiere revelarse a Sí mismo. Otra cosa es que seamos descuidados y día a día lo ignoremos, que vivamos cada día como si Él no existiera o como si viviera en el cielo solamente y no viviera también en nuestro espíritu. ¡Qué maravilloso es el Señor!; ¡Él vino a nuestro espíritu para quedarse! ¡Aleluya!

Oraciones trascendentales (1)

5

ESPÍRITU DE SABIDURÍA Y DE REVELACIÓN, Y VISIÓN EN EL ALMA

Hablando con propiedad podemos decir que toda la Biblia es una oración, y que es el medio más apropiado por el cual podamos comunicarnos con Dios —tener comunión—, conocerlo a Él y conocernos a nosotros mismos.

No obstante, hay en la Biblia algunas oraciones que se destacan por el papel preponderante que juegan en nuestra relación con Dios, y en los subsiguientes seis capítulos nos proponemos destacar algunas de ellas, suplicándole al Señor que sean un torrente de revelación por donde fluya la gracia, para nuestro disfrute y nuestro crecimiento en la vida divina.

Las oraciones de Pablo

En primer lugar, deseamos referirnos a dos oraciones que fueron proferidas por Pablo y que se encuentran en la carta que él, guiado por el Espíritu Santo, escribiera a los hermanos en Éfeso, y que en verdad no fue dirigida solamente a ellos, sino que es una carta enviada a todos los hijos de Dios de todos los tiempos, en la que expone algunos de los grandes misterios de la voluntad de Dios.

La primera de esas oraciones la encontramos en Efesios 1.15-23: ***“Por esta causa también yo, habiendo oído de la fe en el Señor Jesús la cual está entre vosotros, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, acordándome de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de glo-***

ria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de Él, para que, alumbrados los ojos de vuestro corazón, sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de Su fuerza, que hizo operar en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a Su diestra en los lugares celestiales por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo Sus pies, y lo dio por Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es Su Cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”.

En el primer capítulo de Efesios, el Espíritu se propuso dar a conocer la persona de Dios en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Este capítulo nos muestra cómo, cuando Dios se manifiesta como Padre nos escoge antes de la fundación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de Él y cómo nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Cristo.

Esas bendiciones espirituales que se nos han dado en lu-

gares celestiales podemos resumirlas en ocho: la primera, que fuimos escogidos antes de que Dios creara cualquier cosa, incluido el tiempo, y nos escogió para que lleguemos a ser santos y sin mancha delante de Él. En eso está trabajando el Señor en aquellos que abrimos nuestro ser a Él.

La segunda bendición consiste en que nos predestinó, es decir, nos dio un destino anticipado, y ese destino consiste en que lleguemos a ser Sus hijos legítimos, no adoptivos. Este proceso de hijificación comenzó cuando creímos en el Señor y lo recibimos, y cada día vamos creciendo en Él hasta llegar a ser el hombre de plena madurez y alcanzar la medida de la estatura de Cristo. Si en esta era nos disponemos, el Señor lo logrará antes de Su venida. Si no hay disposición, de todas maneras, Él lo hará en la era venidera.

La tercera bendición se da cuando Dios se manifiesta como el Hijo, se hace hombre para redimirnos y perdonar nuestros pecados y hacernos uno con Él, llenándonos con Su gracia, la cual contiene todo lo que Dios es, lo que Él tiene y lo que ha logrado mediante Su largo y complejo proceso de redención a nuestro favor.

La cuarta bendición habla de que en Su amor y misericordia nos ha dado a conocer el misterio de Su voluntad consistente en que en Cristo han de ser encabezadas todas las cosas, las que están en los cielos y en la tierra, encabezamiento que será real y definitivo cuando los tiempos lleguen a su plenitud, es decir a su culminación.

La quinta bendición nos dice que tenemos una herencia en Él, que contiene todo lo que Él es, todo lo que tiene y que ha logrado mediante Su proceso de redención a nuestro favor. Pero además de que Dios es nuestra herencia, nosotros, por otro lado, somos Su herencia; Él nos ha constituido como Su herencia. Es una herencia mutua, lo cual produce en nosotros y en los ángeles y en los seres vivientes y los veinticuatro ancianos que están alrededor del trono de Dios en el cielo, alabanza para Su gloria.

Hay una **sexta bendición** consistente en que por Su amor nos permitió oír la palabra de Su gracia y creer en ella. Al creer nos convertimos en Sus hijos y pasamos a ser parte de Su familia.

Como ahora somos hijos de Dios, Él nos ha sellado con el Espíritu, para indicar que somos de

Su propiedad y de Su exclusividad para mostrarnos a nosotros mismos, a los ángeles y a todo el reino de las tinieblas, que ahora pertenecemos a nuestro Dios, que hemos sido trasladados de las tinieblas a la luz, y que nada ni nadie puede tocarnos, porque somos propiedad del Señor; esta es la **séptima bendición**.

Finalmente, la **octava bendición** hace referencia a que ahora tenemos un disfrute de todo lo que Dios es, y aunque ese disfrute aún no es absoluto, por ahora tenemos un anticipo que es suficiente para vivir en Él, para ser saturados de Su vida y Sus riquezas, como anticipo de lo que disfrutaremos después de que Él venga a tomarnos para Sí mismo.

Ante esa revelación magnífica y elevada, el apóstol, guiado por el Espíritu, profiere una maravillosa oración, que está contenida en los versículos que hemos transcrito arriba y la que nos disponemos a profundizar en las páginas subsiguientes.

Pablo, en primer lugar, manifiesta que él ha oído de los santos efesios acerca de dos cosas: la fe en el Señor Jesús la cual está entre vosotros, y de vuestro amor para con todos los santos. Este es un buen ejemplo para aquellos que fungen de líderes

en las “*iglesias*” contemporáneas: orar por los hermanos y no enseñorearse de ellos, como en realidad ocurre actualmente.

La fe en el Señor Jesús hace referencia a que los santos, a quienes Pablo envía esta carta, han creído en el Señor Jesús y cada día disfrutan de todas Sus riquezas, y crecen en Él, y en la medida que Él va saturando sus almas con todas Sus riquezas, en ellos se va manifestando el amor del Señor, un amor que se irradia para todos los santos.

Infortunadamente no podemos decir que esta sea una realidad en el cristianismo contemporáneo. Los feligreses de cualquier congregación, debido a la falta de conocimiento del Señor, en lugar de amor por los santos, están llenos de egoísmo, de competencia, de envidia y de muchas de las obras de la carne.

Pablo no oyó hablar del inmenso número de creyentes que había en la iglesia en Éfeso, ni del portentoso local que habían comprado para reunirse, ni de los planes que habían preparado para evangelizar Asia y el mundo entero, ni de los milagros de sanidades que allí ocurrían, ni de que el “*pastor*” de la iglesia soplabla y tumbaba a las personas. Pablo había oído hablar del disfrute que los hermanos tenían

de las riquezas del Señor—la fe en el Señor Jesús— y del amor que ellos irradiaban hacia todos los santos, no solo los que vivían en Éfeso, sino de todos los que estaban en cualquier lugar.

Debemos entender que ese amor no es un sentimiento que pueda fluir de los hermanos, sino que es Dios mismo como amor—Dios es amor— llenando el corazón y fluyendo a través de cada uno de los santos. El amor humano es limitado y se acaba más rápido que una flor; pero Dios como amor, el amor de Dios, es eterno y nunca se extingue; permanece y se intensifica aun en medio de las circunstancias más adversas que se puedan presentar. Ese es el amor de los hermanos de Éfeso, del cual Pablo había oído hablar y ese debe ser el amor nuestro por todos los santos. De ese amor deberían hablar otros con respecto a nosotros.

Ante un hecho real y grandioso como el que Pablo había constatado entre los efesios, él solo atina a hacer una cosa: ***no ceso de dar gracias por vosotros, acordándome de vosotros en mis oraciones.*** Pablo oraba por los hermanos de Éfeso en dos frentes: el primero no dejaba siquiera un momento de dar gracias al Señor por los hermanos. No dejaba de dar gracias por el

hecho de que el Señor hubiese venido a morar en cada uno de ellos, de que ellos fuesen uno con el Señor y el Señor uno con ellos; no cesaba de dar gracias por el hecho de que ellos creyeran en el Señor Jesús y su fe aumentase cada día, y de que el amor de Dios se irradiara desde ellos a todos los santos, los hijos de Dios.

En segundo lugar, Pablo recordaba a todos los hermanos en sus oraciones. Para ustedes líderes, que se consideran enviados por Dios y ungidos por Él, aquí hay un buen ejemplo de un hermano que es un genuino servidor del Señor: orar por todos los hermanos; pero con seguridad, ustedes no se acuerdan de los hermanos, de quienes han usurpado el derecho de ser sus “pastores”. Tal vez se acuerden de sus bolsillos y de sus bienes materiales y de encontrar un método de raposearlos.

Pablo no oraba por tonterías ni por bagatelas; Pablo no oró ni siquiera porque todos los habitantes de la ciudad de Éfeso creyeran en el Señor, porque Él dice en principio de la carta que aquellos que el Señor escogió desde antes de la fundación del mundo vendrían al Señor y ninguno se perdería.

Tampoco oró Pablo para que

los “**líderes**” de la iglesia hicieran grandes milagros señales y prodigios, que soplaran y la gente se cayera, ni que sanaran enfermos. Tampoco oró para que ellos tuvieran un gran lugar para reunirse, ni para que Dios aplastara definitivamente el culto de la diosa Diana, ídolo que adoraban los efesios y que se oponía al mover del Señor en esa ciudad.

Pablo era un hombre que conocía a Dios, que sabía vivir en el espíritu, que conocía el deseo y la voluntad del Señor y que lo agradaba en sus oraciones.

Pablo, recordando a los hermanos de Éfeso en sus oraciones, oró por dos aspectos: el primero, que los santos fueran suplidos por el Padre con un espíritu de sabiduría y de revelación, para que en su espíritu pudiesen conocer al Señor, Su persona, Su plan, Sus deseos y Su voluntad; y, en segundo lugar, para que por medio de la iluminación de su entendimiento, de visión en su alma, pudiesen saber cuatro cosas: la esperanza a la que habían sido llamados, las riquezas de la gloria que ellos habían heredado del Padre; la supereminente grandeza de Su poder que venció a la muerte resucitando a Jesús, y el encabezado de la iglesia por parte del Señor. Enseguida entraremos a considerar en profundidad estos cuatro

puntos.

Espíritu de sabiduría y de revelación.

Pablo sabía que solo hay una manera de conocer a Dios y es mediante revelación y esa revelación se da solamente en el espíritu humano: **“para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él... nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”** (Efesios 1.17; Mateo 11.27).

Una vez que Pablo, guiado por el Espíritu Santo, habla acerca del Dios Padre, Hijo y Espíritu y de la obra de cada uno, siendo los tres un solo Dios, él sabe que si no hay revelación en los hermanos, todo es perdido.

Esta es y ha sido **la más urgente y grande necesidad de los hijos de Dios: conocer a Dios.** Pero lamentablemente, son pocos los que han entendido que este conocimiento se adquiere exclusivamente por revelación y que esa revelación la da el Padre, que a la vez es el Hijo y el Espíritu, en el espíritu humano del creyente, y más específicamente en el espíritu de aquel a quien el Hijo quiera revelar al Padre.

Por esta razón, el Espíritu habla específicamente en 1 Corintios 2.10-12: **“Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aún lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido”**.

Estos pasajes nos llevan a afirmar enfáticamente que solamente podemos conocer a Dios en nuestro espíritu humano y mediante revelación. No podemos conocer a Dios en nuestra alma, ni en nuestra mente, ni en ninguna otra parte del ser humano, sino en el espíritu. Por eso es necesario aprender a ejercitar el espíritu, a entrar en él, a vivir en él, sabiendo que es en el espíritu donde Dios está mezclado con Sus hijos, aquellos que Él escogió antes de la fundación del mundo, que llamó en el tiempo y que está perfeccionando, hasta que alcancen Su estatura.

Debemos observar también que la oración de Pablo es dirigida al Padre, lo cual confirma la enseñanza del Señor Jesús cuando dijo: **“Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en**

los cielos” (Mateo 6.9). Además, la oración debe hacerse estando en el aposento con la puerta cerrada, es decir, estando en el espíritu humano, en íntima comunión con el Señor.

La oración de Pablo no es una petición porque el Padre conceda a los hermanos riquezas materiales, ni porque haga señales y milagros por medio de él, ni porque la iglesia en Éfeso crezca numéricamente, ni ninguna de esas pamplinas por las que cotidianamente ora el cristianismo tradicional y religioso.

Pablo sabía de la gran necesidad que tenemos los creyentes y que a la vez es la necesidad de nuestro Señor: conocerlo a Él. Igualmente sabía nuestro hermano que el conocimiento de Dios no es un conocimiento mental, sino espiritual, como también lo declara en Colosenses 1.9-10: ***“Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del pleno conocimiento de Su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo por el pleno conocimiento de Dios”***.

Cuando la revelación nos es concedida de parte del Padre, nos llenamos del conocimien-

to de Su voluntad y este se da mediante sabiduría e inteligencia espiritual; entonces ocurren tres cosas que son necesarias en el diario vivir del creyente: andamos como es digno del Señor, agradándolo en todo; llevamos fruto en toda buena obra; y crecemos por medio del pleno conocimiento de Él.

Como hijos de Dios debemos tener un vivir, un andar que agrade al Señor en todas las cosas. Nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestras palabras y nuestros hechos deben ser dignos del Señor, deben agradarlo a Él cada día, cada momento de nuestra vida. Nuestro vivir debe ser un testimonio viviente de la realidad que hay en nuestra vida. A cada paso que damos, debemos aprender a expresar al Señor; de esa manera, Él es glorificado.

Si tenemos un vivir bajo la revelación del Espíritu en nuestro espíritu, Dios tendrá en nosotros muchos frutos para disfrutar, para comer, para satisfacerse, y en la medida en que esos frutos brotan en nuestra vida, Él nos limpiará, nos podará para que cada vez tengamos frutos más abundantes y la satisfacción del Señor aumente: ***“y todo aquel que lleva fruto, lo poda, para que lleve más fruto”*** (Juan 15.2).

Todo esto nos llevará a crecer en Él y el crecimiento se da porque lo conocemos, y de acuerdo con Efesios 1.17, lo conocemos en la medida en que Él se revela en nuestro espíritu.

Por eso la pesada carga que tenía Pablo de orar por los santos, para que nos fuese dado espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Dios, porque entre más conocemos a Dios, más crecemos, y entre más crecemos, tenemos más revelación y entre mayor sea la revelación, más nos vamos acercando a ser el hombre de plena madurez, en el que Dios se satisface plenamente.

Debemos entender que Pablo partió de esta tierra hace miles de años y ya no está aquí para orar por nosotros, sino que somos nosotros quienes debemos tomar la carga de orar por nosotros mismos y por otros hermanos, para que el Señor nos conceda espíritu de sabiduría y revelación y de esa manera podamos conocerlo y en la medida que lo conocemos, crezcamos en Él, hasta que alcancemos la medida de la estatura de Su plenitud.

Muchos creyentes se quejan de que se acercan al Señor y no tienen tema para orar. Aquí hay un excelente tema para la ora-

ción y es un tema inagotable. Así tomemos toda la vida que vivamos sobre la tierra para suplicarle al Padre que nos dé espíritu de sabiduría y de revelación, porque bien sabemos que Dios es un misterio insondable, que no tiene fondo, que nunca se agotará. La revelación que Dios tiene para darnos, ni siquiera se agotará en la eternidad.

La revelación que el padre desea darnos, y por la cual pidió Pablo y debemos pedir nosotros, trae consigo el conocimiento de Él. No hay nada más delicioso que conocer a la persona que amamos y a la vez ser conocidos por ella. Dios anhela que lo conozcamos profundamente, porque en la medida que lo conocemos lo amamos, y entre más lo amemos, más tendremos interés en agradarlo y complacerlo.

Además, en la medida que profundicemos en el conocimiento de Dios, creceremos en vida, en espíritu, y estaremos cada vez más cerca de la madurez espiritual. Un hombre maduro es aquel que está en capacidad de dar frutos para la satisfacción de Dios y ese crecimiento y madurez no es nada distinto a que Dios llene con Su naturaleza y Sus riquezas el corazón del creyente.

Nuestro afán diario no debe

estar centrado en alcanzar bendiciones materiales o milagros de parte de Dios, sino en procurar disfrutar a Dios como nuestra porción, hasta que Él logre saturar nuestra alma de sus pensamientos, Sus deseos, Su voluntad, Sus planes, Sus sentimientos y todo lo que Dios es, tiene y ha logrado por medio de la redención, y finalmente pueda ser expresado en nuestro diario vivir.

Que a diario podamos pedir al Padre para que nos dé espíritu de sabiduría y de revelación en el—esto se da en la intuición del espíritu— conocimiento de Él y que esa oración se haga extensiva a aquellos hermanos por los que el Señor quiere que oremos según Su voluntad.

Si no hay revelación en nuestro espíritu humano, nuestra vida de creyentes será vacía, sin sentido, sin metas y sin anhelos. Pero si el Padre nos concede la misericordia de revelarse en lo más profundo de nuestro ser, cada día iremos creciendo en Él y en un futuro no lejano habremos alcanzado la plenitud de Su estatura y estaremos listos para recibirlo en Su segunda venida como vencedores, bien sea como las Primicias o como el Hijo Varón¹.

1. Recomendamos la lectura del libro ***Los Vencedores: Las Primicias, el Hijo Varón y los Vencedores de la***

Visión en el alma

Dios es muy ordenado y la Biblia es una clara expresión del orden de Dios, para guiar a Sus hijos al conocimiento de la verdad, que es Él mismo.

Dios sabe que no es suficiente que tengamos revelación en el espíritu, y necesitamos una comprensión clara de la revelación que Él nos da, y esa comprensión se da mediante una visión en el alma.

El Señor sabe que, si se revela solamente en nuestro espíritu humano, pero no hay el complemento de la visión en nuestra alma, la revelación queda sin fruto, y al Señor no le gusta trabajar en vano. A Él le gusta que Su palabra cumpla la función que Él ha determinado, que produzca el fruto que Él anhela. Por eso Isaías dice: ***“Porque como descende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envíe”*** (Isaías 55.10-11).

La palabra que Él ha sembrado en Sus hijos debe producir fruto, porque de no ser así, los creyentes ***Gran Tribulación***, del mismo editor.

tes tendrán que ser arrancados como pámpanos y ser echados en el fuego para que ardan: **“El que en Mí no permanece, es echado fuera como pámpano, y se seca; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden”** (Juan 15.6).

Si el Señor se digna revelarnos Sus misterios, la revelación que recibimos en nuestro espíritu requiere de una visión en el alma. Por eso el Señor afirma: **“alumbrando los ojos de vuestro entendimiento”** (Efesios 1.18). Alumbrar requiere la presencia de la luz y la luz nos permite ver, lo cual nos lleva a colegir que la revelación requiere visión, y que este alumbramiento de los ojos de nuestro corazón es visión en el alma.

¿Dónde se da la visión? Si observamos cuidadosamente la palabra, llegaremos a la conclusión de que esa visión se da en el entendimiento y el entendimiento está en la mente y la mente es, a la vez, una de las tres funciones del alma.

Tenemos entonces dos etapas fundamentales en el asunto de conocer a Dios y saber acerca de Su persona y de Su plan: revelación en el espíritu y visión en el alma. Estos dos deben darse simultáneamente, porque de no ser así, la revelación quedará sin fruto o la visión se originará en satanás.

Veámoslo un poco más detalladamente. Podemos conocer a Dios solamente mediante revelación y esa revelación se da en el espíritu humano. Pero, una vez que Dios se revela en nuestro espíritu, requiere que haya una visión en el alma, porque de no ser así, la revelación no tiene ningún efecto, queda sin fruto, es inútil, no la podemos entender, no podemos saber de qué se trata.

Igualmente, si la visión en el alma no se deriva de la revelación en el espíritu, esa visión no procede de Dios, sino de satanás. Lamentablemente de esta clase de visiones está lleno el cristianismo contemporáneo. La inmensa mayoría de enseñanzas de los líderes del cristianismo, son de este tipo: provienen del alma humana, y no tienen ninguna revelación que proceda de Dios.

En la oración que el Espíritu libera a través de Pablo, cuando llegamos a la visión, el alumbramiento del entendimiento, tiene un objetivo fundamental: **“para que sepáis”** (Efesios 1.18). Saber es comprender y se comprende para realizar, para hacer que eso que comprendemos sea realidad en nuestro día a día.

Entonces tenemos tres puntos fundamentales en la oración

que el Espíritu liberó por medio de nuestro hermano Pablo: revelación en nuestro espíritu humano, visión en nuestra alma y realidad en nuestro diario vivir.

Dios está interesado en que sepamos cuatro puntos, a partir de la visión de nuestra alma, los cuales consideraremos enseguida:

1. La esperanza a que hemos sido llamados

El vivir de un creyente debe ser un vivir de fe y amor, de expresión de Dios como amor, y a la vez, en su vivir debe tener una esperanza.

En el mundo, las gentes tienen muchas esperanzas; por ejemplo, esperan un futuro exitoso, un porvenir lleno de prosperidad, esperan conseguir lo que hasta ahora no han logrado: culminar exitosamente estudios universitarios, encontrar la pareja ideal para casarse y un sin número de esperanzas que, a veces se logran, y otras son un raudal de frustraciones.

La Biblia, sin embargo, nos dice: ***“para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado”*** (Efesios 1.18). ¿A qué nos llamó el Señor? ¿Cuál es la esperanza que tenemos en Él? ¿Será que esperamos que nos vaya bien en los negocios? ¿Espera-

mos poseer muchas riquezas materiales? ¿Deseamos obtener una posición importante en la sociedad y en el ámbito laboral? Todas estas esperanzas son propias de la gente que está en el mundo.

Si nos sumergimos en la palabra, poco a poco encontraremos la esperanza a la que Él nos ha llamado. En primer lugar, podemos observar lo que nos dice el Señor en Colosenses 1.27: ***“a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”***.

La mayoría de los cristianos tienen la esperanza de que un día el Señor venga y los lleve al cielo o que cuando mueran sean llevados al cielo. En buena medida, esta no es una esperanza que tiene que ver con lo que el Señor dice en la Biblia, porque los muertos no van al cielo. Creer así es aceptar una enseñanza propia del budismo y del catolicismo influido por aquél.

En el versículo considerado nos dice que la esperanza de gloria es Cristo en nosotros. Una palabra determinante aquí es el adjetivo **gloria**. Cristo en nosotros es nuestra esperanza de gloria y a la vez es un misterio que Dios quiere darnos a conocer y ese misterio tiene que ver

con las riquezas de la gloria de Dios.

¿Qué es la gloria de Dios? Es la plenitud de Dios; es el ámbito dentro del cual Dios vive y se expresa sin ningún impedimento. Hablando con propiedad, la gloria de Dios es la expresión plena de Él y Él desea expresarse plenamente por medio de nosotros. Después de que Cristo resucitó y ascendió, entró en la gloria de Dios para no salir nunca más de ella, gloria que había dejado cuando se hizo carne. Sin embargo, en todo Su vivir humano, permanentemente expresó la gloria del Padre.

Como Él no realizó el proceso de redención solamente para glorificarse a sí mismo, sino para que Sus hijos llegásemos a ser partícipes de Su gloria, Él desea que alcancemos Su estatura y participemos plenamente de Su gloria. Por eso el Señor Jesús, en Su condición humana, oró así: ***“Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti... Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese... La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno... Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria***

que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Juan 17.1, 5, 22, 24).

Nuestra genuina esperanza es que nosotros lleguemos a tener la misma gloria que tiene el Señor Jesús y que vivamos por la eternidad en esa gloria. Alcanzar esa gloria tiene cuatro pasos que la Biblia describe en Efesios 4.13: ***“hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”***

En este versículo se habla de cuatro aspectos que todos los hijos de Dios debemos alcanzar y ningún creyente podrá dejar de obtenerlos. Los cuatro conforman nuestra esperanza de gloria:

1.1. La unidad de la fe.

Debemos tener claridad en el sentido de que la fe es una persona, es Dios mismo, todo lo que Él tiene, todo lo que Él es y todo lo que ha hecho y está haciendo. Estos son los constituyentes de la fe, y este conjunto de elementos se llama la fe objetiva, es decir esta es la fe, independientemente de que haya quien crea o no.

De otro lado, el Señor en Su

misericordia, les dio a algunos hombres la capacidad de creer en esa fe, recibiendo para sí mismos los hechos que ya fueron consumados y en la medida en que esos hombres creen, reciben lo que Dios es, lo que Él tiene y lo que ha logrado mediante la redención; estos hechos se constituyen en la fe personal de cada uno de ellos. Todo esto conforma lo que se denomina la fe subjetiva.

En pocas palabras, la fe objetiva es todo lo que Dios es, tiene y ha hecho a favor del hombre y la fe subjetiva es el acto de creer en ello, por parte de los hombres que el Señor ha llamado. Mientras que la fe objetiva es constante, no cambia, siempre es la misma, la fe subjetiva va creciendo, en la medida que el creyente recibe, practica y expresa lo que Dios es, tiene y ha realizado.

Esto quiere decir que en la medida que un creyente disfruta la justicia, la santidad, la luz, la vida y el amor de Dios, se va llenando de esos atributos y los va expresando en su diario vivir, su fe subjetiva va creciendo, hasta que llega el momento en que su fe es igual a la fe objetiva, que es Dios.

Un creyente que cada día se llena de la bondad, longanimi-

dad, paciencia, mansedumbre, humildad, gozo, templanza, paz, benignidad, y todas las virtudes que están en Dios, y las expresa en su vivir, su fe subjetiva va creciendo, va creciendo..., hasta que llega a ser igual a la fe objetiva, que insistimos, es Dios mismo.

De la misma manera si el creyente disfruta de todos los pasos que el Señor Jesús dio para realizar Su obra de redención, tales como la encarnación, el vivir humano, la muerte, la resurrección, la ascensión, la entronización, la glorificación y Su investidura para llevar a cabo Su propósito, su fe subjetiva se va haciendo más fuerte, más grande, hasta que su vivir diario es un pleno disfrute del Señor. De esa manera se llega a la unidad de la fe.

Hacer realidad la encarnación y el vivir humano del Señor Jesús no es nada distinto a vivir en plena y total dependencia del Padre en cada uno de nuestros pensamientos, palabras, propósitos y hechos, pues eso fue lo que hizo el Señor Jesús todo el tiempo de Su vida en carne en la tierra.

Tomar la cruz no consiste en buscar pasar por todos los sufrimientos que el Señor Jesús tuvo que soportar en Su muerte de

cruz, porque de hacerlo así, seríamos corredentores y tendríamos que morir a nosotros mismos para redimirnos; eso sería una auto redención y haríamos nula la cruz de Cristo. En un buen número de países católicos, en la llamada semana santa—fiesta por demás pagana, no bíblica—, algunas personas se flagelan, y se crucifican, dizque para recordar la muerte del Señor, y no se dan cuenta de que con eso están rindiendo culto a satanás y haciéndose uno con él, para burlarse de la muerte del Señor.

Tomar la cruz del Señor consiste en hacer realidad cada día todas las cosas que Él logró mediante Su muerte. Podemos proclamar que somos libres de satanás y de sus asechanzas, porque el Señor Jesús lo llevó a la cruz y lo anuló. Podemos vivir la realidad de que el pecado no se enseñorea de nosotros, porque esa naturaleza de satanás fue aplastada y quitada por el Señor en la cruz. Algunas veces cometemos faltas que ofenden al Señor; mediante la cruz tenemos la sangre del Señor que nos limpia de todo pecado. En la medida que estamos en Su luz y confesamos nuestros pecados, Él por Su fidelidad y justicia, nos limpia de toda maldad.

Tomar la cruz del Señor consiste en hacer realidad el hecho

maravilloso de que el Señor mediante Su muerte disolvió para siempre ese “concubinato” realizado entre Adán y satanás en el Huerto de Edén, unión ilegal que nos mantenía separados del Señor. Ahora somos libres de la esclavitud de satanás, somos libres del viejo hombre, para casarnos con nuestro Señor y expresar el nuevo hombre, que es la persona misma del Señor Jesús resucitado, ascendido y glorificado, y mezclado con nuestra humanidad.

Tomar la cruz quiere decir que aunque estamos en el mundo, no somos del mundo, ni vivimos bajo su esclavitud, porque el mundo —sistema diabólico que hace a los hombres enemigos de Dios— fue anulado, derrotado y aplastado por el Señor Jesús en la cruz; ahora somos libres de él, haciendo realidad en nuestro vivir y proclamando cada día la victoria de nuestro Señor sobre ese sistema corrupto.

Además de la encarnación, el vivir humano y la muerte del Señor, tenemos Su resurrección, mediante la cual venció la muerte y nos liberó de ella. Ahora podemos andar siempre en vida, irradiando vida, infundiendo la vida, porque mediante Su resurrección, Él vino a nosotros y se infundió en nuestro espíritu como la vida eterna. La muerte

ha sido derrotada para nosotros y no vivimos más bajo su esclavitud ni bajo el temor a ella: ***“Así que, por cuanto los hijos son participantes de sangre y carne, de igual manera El participó también de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a esclavitud”*** (Hebreos 2.14-15).

Cuarenta días después de Su muerte y resurrección, el Señor Jesús ascendió al trono del Padre y fue entronizado para entrar en Su gloria, de la cual nunca más saldrá. Pero Él no subió solo, sino que Su ascensión nos incluyó a nosotros. Efesios 2.6 dice que nosotros estamos sentados en lugares celestiales en Cristo, para que ya no vivamos derrotados, aplastados y perseguidos, sino para que la gloria en la cual el Señor entró sea nuestra única realidad en nuestro vivir terrenal: ***“y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús”***.

Diez días después de Su ascensión, el Señor vino como el Espíritu sobre los discípulos a fin de capacitarlos para llevar adelante Su obra y eso estamos haciendo hoy con Él en la tierra.

Toda esta obra egregia de redención la ejecutó el Señor a nuestro favor, para que hoy vivamos comprometidos, desposados con Él, para que vivamos en el nuevo hombre, que es la persona del Señor JESÚS resucitado. En el viejo hombre están mezcladas la naturaleza humana y la naturaleza satánica. Este viejo hombre fue destruido y anulado por el Señor en Su muerte: ***“sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El para que el cuerpo de pecado sea anulado, a fin de que no sirvamos más al pecado como esclavos”*** (Romanos 6.6)

En el nuevo hombre, tenemos en nosotros la naturaleza santa, divina y pura del Señor Jesús resucitado, para que vivamos diariamente en Él: ***“que en cuanto a la pasada manera de vivir, os despojéis del viejo hombre, que se va corrompiendo conforme a las pasiones del engaño y os renovéis en el espíritu de vuestra mente, y os vistáis del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la realidad”*** (Efesios 4.22-24)

Todos los hijos de Dios, sin excepción, tenemos que llegar a esa condición, bien sea en este tiempo de la gracia, en un futuro durante la Gran Tribulación o durante el milenio. Depende de la actitud y disposición de cada uno de los hijos de Dios. Para

entrar en Su presencia por la eternidad, es necesario, es indispensable, llegar a la unidad de la fe.

1.2. El pleno conocimiento del Hijo de Dios

El segundo aspecto que hace parte de nuestra esperanza de gloria es que todos los hijos de Dios debemos llegar al pleno conocimiento del Hijo de Dios.

Esta es la gran carencia del pueblo cristiano contemporáneo: la falta de un conocimiento espiritual del Hijo de Dios. No solo debemos llegar a conocer al Hijo de Dios, sino que debemos llegar al pleno conocimiento, es decir, al conocimiento máximo, más elevado.

Nuevamente debemos decir que este conocimiento se da en el espíritu humano y mediante la revelación que nos suministra el Espíritu Santo. Ese conocimiento es la vida eterna: ***“Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a quien has enviado, Jesucristo”*** (Juan 17.3).

Los hijos genuinos de Dios, aquellos que lo aman, deben buscar cada día conocerlo profundamente, saber cuál es Su voluntad, aquello que le agrada, que le produce alegría. En la medida que un creyente conoce

al Señor Jesús va creciendo en la vida divina, como afirma Colosenses 1.10: ***“para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo por el pleno conocimiento de Dios”***.

Esta debe ser la constante de nuestra oración, por nosotros mismos y por nuestros hermanos: ***“Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del pleno conocimiento de Su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual”*** (v. 9).

La gran necesidad del pueblo de Dios es conocer al Señor en quien creen, pero no un conocimiento mental ni del alma, sino el conocimiento que se da en el espíritu humano y mediante revelación, tal como dice Colosenses: ***en toda sabiduría e inteligencia espiritual***. Esto se logra poniendo la mente en el espíritu, pensando en las cosas del Espíritu.

Entre más se conoce a una persona, es más fácil amarla; entre más conocemos al Señor, entre más revelación tenemos de Él, entre mayor sea la penetración que logramos con Él, más fuerte será el lazo de amor que nos une a Él.

1.3. El Hombre de plena madurez

Todo el trabajo que el Padre ha realizado en nosotros apunta a que crezcamos en Él, hasta que seamos completamente maduros. La manifestación de la madurez no es nada distinto a que fructifiquemos y el Señor pueda encontrar en nosotros alimento para disfrutar.

Juan 15 dice que el Padre es el labrador, que el Señor Jesús es la vid verdadera y nosotros somos pámpanos injertados en Él, para que llevemos fruto: **“Yo soy la vid verdadera, y Mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en Mí no lleva fruto, lo quita; y todo aquel que lleva fruto, lo poda, para que lleve más fruto”** (Juan 15.1-2).

El Padre está trabajando en nosotros permanentemente, supliéndonos con Sus insondables riquezas, para que nosotros, estando unidos orgánicamente a la vid verdadera —el Señor Jesús—, le demos fruto para Su satisfacción. En la medida que fructificamos Él nos limpia, nos poda, para que nuestro fruto se multiplique, abunde más.

Pero también existe el peligro de que no fructifiquemos y en ese caso, la rama, el pámpano que no produce fruto es quitado: **“Como el pámpano no**

puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en Mí... El que en Mí no permanece, es echado fuera como pámpano, y se seca; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden” (Juan 15.4, 6).

El secreto para llevar fruto es permanecer en el Señor, es permitir que Su palabra, que es Él mismo, que es el Espíritu, fluya desde nuestro espíritu, llene nuestra alma y nos nutra, para que nuestros frutos sean abigarrados, deliciosos y satisfactorios para el Señor. Siendo así, Él nos limpia, nos hace más fuertes y el fruto en nosotros cada vez es más abundante.

De los tres aspectos que habla Colosenses 1.10, uno consiste en que llevemos fruto en toda buena obra y se relaciona con el fruto de Juan 15. Pero ese fruto ha sido muy mal interpretado por los teólogos religiosos, que creen y enseñan que llevar fruto es hacer obras para Dios. Debemos convencernos de que Dios no necesita ninguna obra de ninguno de Sus hijos, sino es Él quien desea hacer Sus obras en cada uno de Sus escogidos.

Ni siquiera el Señor Jesús en su vida en carne en la tierra hizo ninguna obra para el Padre, sino fue el Padre quien por medio de Él hizo Sus obras: **“Las palabras**

que Yo os hablo, no las hablo por Mi propia cuenta, sino que el Padre que permanece en Mí, Él hace Sus obras" (Juan 14.10). Ni siquiera las palabras que el Señor Jesús habló estando en carne, eran de Su iniciativa, sino que eran las obras del Padre, las obras de Dios. Lo que sí desea el Señor de nosotros es que andemos en las obras que Él ha preparado de antemano: **"Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas"** (Efesios 2.10).

Quiera el Señor tener misericordia de Sus hijos, especialmente de aquellos que han sido engañados por satanás a través de falsos maestros, y se digne correr los velos que el enemigo ha puesto en el corazón de los creyentes y entiendan de una vez por todas que las obras que hacen para el Señor son vanas, que ninguna le agrada, que son obras del maligno, que disgustan al Señor, que no son las buenas obras que Él preparó de antemano, que no son Sus obras y que todas son vanidad.

Si decidimos llevar fruto que agrade al Señor, no tenemos un camino distinto a ir a Su trono de gracia y buscar gracia y misericordia, para que nos guíe a caminar en Sus obras. ¡Es hora de

detenernos en la elaboración de nuestras obras, rendirnos a Él y permitirle que cumpla Su deseo en nosotros!

1.4. La medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

El mayor deseo que tiene el Señor es que crezcamos hasta alcanzar Su estatura, que lleguemos a ser iguales a Él en vida y en naturaleza divinas. ¿Qué quiere decir esto? Para entenderlo, no debemos olvidar que cuando Dios creó al hombre, lo hizo a Su imagen conforme a Su semejanza, con la finalidad de que Dios pudiese entrar en esa criatura y saturar todo Su ser con Su naturaleza.

Tampoco debemos olvidar que satanás conociendo el plan de Dios de mezclarse con Su criatura, penetró en el cuerpo del hombre y se mezcló con él, convirtiendo al ser humano en el viejo hombre, la vieja creación, y así el plan de Dios tuvo que ser aplazado durante un largo periodo de cuatro mil años.

No obstante, Dios continuó con Su plan y cuando llegó el tiempo predeterminado por Él, Dios se hizo carne, vivió en el hombre, fue a la cruz y murió para deshacer la obra de satanás; después resucitó y como Espíritu recobró lo que satanás había dañado en el Huerto de

Edén. Ahora Dios logró mezclarse, inicialmente con Jesús y luego de la resurrección de Éste, con decenas, cientos, miles y millones de hombres.

No obstante, esa mezcla de Dios Espíritu con el hombre se da inicialmente sólo en el espíritu de éste; pero Dios desea ir más allá y saturar el corazón humano con Su vida y naturaleza divinas. Esa saturación se da solamente si los hijos de Dios abren su ser al Señor y permiten que Él vaya llenando cada una de las partes y funciones del corazón, hasta llenarlo plenamente.

Lamentablemente el cristianismo religioso contemporáneo no tiene revelación ni luz sobre el deseo de Dios y en lugar de cooperar con Él para que cumpla Su voluntad, los creyentes se han convertido en antagonistas de su Señor, haciendo obras para Él según la voluntad del alma caída y no han aprendido a someterse a Él, a escucharlo, a obedecerlo y a cumplir Su deseo.

En la medida que un creyente renuncia a ejercitar su alma caída, su capacidad humana, para hacer cosas para el Señor y se rinde a hacer únicamente Su voluntad, el Señor, paulatinamente va llenando cada una de las partes de su corazón—mente, voluntad y emoción, conciencia,

intuición y comunión—, hasta el punto de que satanás es totalmente desalojado de ellos y el Señor es expresado a través del diario vivir del creyente.

Naturalmente este es un proceso lento que se desarrolla poco a poco, cada día y no será simultáneo en todos los creyentes, sino que unos serán transformados en este tiempo de la gracia; otros durante la Gran Tribulación, pagando un costo muy elevado; y un gran número, finalmente, será transformado durante el reino milenar —el reino de los cielos—, pero llorando y crujiendo los dientes, viviendo en las tinieblas de afuera—sin la presencia del Señor—, con un costo aún mucho más elevado.

De manera pues que es el tiempo de volvernos al Señor, de seguirlo solamente a Él, de escuchar solamente Su palabra, de dejar a un lado a líderes, organizaciones, ministerios y doctrinas, para que Él pueda saturar nuestra alma, de tal manera que cuando regrese estemos totalmente llenos de Su persona, hayamos alcanzado Su estatura y no tengamos ninguna dificultad para entrar en el reino de los cielos.

Llegar a la unidad de la fe, al pleno conocimiento del Hijo de

Dios, al hombre de plena madurez y a la estatura de la plenitud de Cristo no es nada complejo ni difícil de cumplir, porque esos cuatro puntos se alcanzan permitiendo, cada día de nuestra vida, que el Señor vaya saturando nuestra alma, y esa saturación se da en la medida que nos disponemos a tener comunión con Él, que buscamos revelación en nuestro espíritu, que disfrutemos Sus riquezas, que entremos en nuestro aposento, que vayamos con confianza a Su trono de gracia para ser suplidos de

gracia y de misericordia.

Cada vez que tú querido lector dispones tu mente, poniéndola en el espíritu, pensando en las cosas del Espíritu, vas siendo lleno de la persona del Señor y así se cumplirá la esperanza de Cristo como nuestra gloria, como nuestra persona y como nuestra vida, y entonces, será un hecho lo que el Espíritu oró por medio de Pablo en Efesios 3.19: ***“para que seáis llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios”***.

Oraciones trascendentales (2)

6

2. La herencia de los santos: las riquezas de Su gloria

Hemos visto hasta aquí el deseo y la necesidad de Dios de que tengamos espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, y a partir de esta revelación tenemos la necesidad de tener una visión en nuestra alma, basada en cuatro puntos, el segundo de los cuales es nuestra herencia, que son las riquezas de Su gloria: **“y cuáles las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos”** (Efesios 1.18).

Todo padre humano se esfuerza durante su vida por obtener bienes materiales para que sus hijos puedan tener una vida apacible, abundante, sin afares y sin angustias. Como dice el Señor mismo, **“si vosotros siendo malos, sabéis dar buenas**

dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?” (Mateo 7.11).

Dios, como nuestro Padre amoroso, responsable y cuidadoso, tiene para nosotros la mejor herencia que pueda hallarse en el universo: Él mismo, con todo lo que es, lo que tiene y ha logrado a través de Su proceso de redención a nuestro favor.

Él desea que sepamos, que conozcamos, que veamos cuáles son esas riquezas. No obstante, no debemos confundir las riquezas de Dios con las riquezas del mundo, por las cuales está preocupado el cristianismo contemporáneo y los falsos maestros introducidos en medio de los cristianos, se dedican a enseñar a los hermanos a buscar esas riquezas.

En casi todos los grupos cristianos se hacen innumerables peticiones por riquezas materiales, por abundante dinero para ofrendar y para diezmar, por sanidades físicas, por el aumento del número de feligreses, por la prosperidad de bienes físicos, pero es muy raro, casi imposible, oír que los llamados “hermanos” pidan para que el Padre les supla las riquezas de Su gloria.

Lamentablemente el cristianismo contemporáneo está lleno de falsedad y de engaño y los emisarios de satanás que se han infiltrado como líderes de las congregaciones no saben pedir según la voluntad de Dios, principalmente por dos razones: la primera porque no tienen un ápice de revelación sobre la voluntad de Dios, porque nunca buscan esa revelación; y segundo, porque a los líderes no les importa nada lo que el Señor desea, sino que están sometidos y someten a sus feligreses a sus deseos y caprichos, especialmente de enriquecimiento de bienes materiales y de fama.

No queremos decir con esto que el Señor no quiera o no pueda darnos abundancia de bienes materiales, pero ese no es Su propósito central. A Dios le interesa Su reino, y particularmente el reino de los cielos, y

cuando encuentra hijos que están ocupados en ese reino, Él añade la prosperidad en otros campos, tales como las riquezas materiales y la sanidad: **“No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos? Porque los gentiles buscan con afán todas estas cosas. Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente Su reino y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”** (Mateo 6.31-33).

Quiera el Señor tener misericordia de los Suyos y revelar a cada santo este punto tan importante en la vida del creyente. Si los hijos de Dios ven este aspecto y se vuelven de todo corazón a buscar el reino de los cielos y Su justicia, el Señor podrá preparar las primicias y venir en breve.

El Señor desea que sepamos cuáles son las riquezas de la herencia para Sus santos, herencia que desea que disfrutemos hoy, por lo menos como las arras, como el anticipo. De esas riquezas hemos hablado abundantemente en este libro y no queremos fatigar al lector repitiendo lo que el Señor ya nos ha mostrado. Solamente diremos aquí que las riquezas de Dios, la herencia de los santos en la

gloria de Dios, es la gracia y en ella está incluido lo que Dios es en Su esencia, las virtudes que Él tiene y todo el proceso de redención.

Este debe ser nuestro disfrute diario, y con ese disfrute tendremos garantizado que alcanzaremos la unidad de la fe, obtendremos el pleno conocimiento del Hijo de Dios, llegaremos a ser el hombre de plena madurez y creceremos hasta la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Todas esas riquezas son nuestra herencia y están a nuestra disposición, para que las disfrutemos sin reserva. Este es nuestro pan de cada día, el cual pedimos al Señor que nos dé oportunamente.

3. La supereminente grandeza de Su poder

El tercer aspecto que el Señor desea que sepamos mediante la visión en nuestra alma es la supereminente grandeza de Su poder. Es interesante discernir la palabra supereminente, usada en la traducción al español. Esta palabra está compuesta por dos superlativos. Sabemos que un superlativo es la expresión más elevada de un adjetivo y que por encima de él no hay nada. Por ejemplo, el superlativo de bueno es óptimo, y la palabra indi-

ca que no hay nada mejor que aquello que calificamos de óptimo. En el caso del versículo, el Espíritu tiene tal anhelo de hacernos ver lo grande que es el poder del Señor que usa no solo un superlativo, sino dos: súper y eminente.

Súper implica que no hay un poder superior a Él, sino que es el más alto y elevado; y eminente quiere decir que rebasa el límite máximo de la excelencia. En verdad no existen en el idioma español, ni en ningún lenguaje humano, palabras apropiadas para describir lo que el Espíritu Santo quiere mostrarnos al hablar del poder, y debemos pedir al Señor que nos dé más revelación y luz acerca de esa palabra sencilla: supereminente: “**y cuál la supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos**” (Efesios 1.19).

Esa supereminente grandeza de Su poder no ha sido manifestada solamente para que Dios se muestre lo grande que es Él y lo pequeños que somos nosotros, sino que la supereminente grandeza de Su poder es para con nosotros los creyentes, y ese poder operó en Cristo en tres aspectos básicos:

1.1. Resucitándolo de los muertos

La supereminente grande-

za del poder de Dios operó en Cristo, venciendo el poder más grande que hasta ese momento existía en el universo: la muerte. La muerte fue vencida por la supereminente grandeza del poder de Dios, cuando resucitó a Cristo de entre los muertos.

Sabemos que en el plan que Dios había trazado desde la eternidad, era necesario que Cristo muriese: ***“sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios”*** (1 Pedro 1.19-21).

Igualmente fue necesario que el Señor Jesús, mediante Su muerte, eliminara todas las cosas inmundas que satanás introdujo en el hombre y en toda la creación, incluida la muerte.

Pero si Cristo hubiese quedado muerto, hubiese sido solamente un hombre más que murió como todos los hombres. Pero en Él, en ese ser que es totalmente hombre y totalmente Dios, ocurrió un hecho por demás sublime y maravilloso: Él venció la muerte, Él resucitó, porque la supereminente grandeza del po-

der de Dios operó en ese hombre y lo trajo en resurrección, venciendo de una vez por todas la muerte y librándonos a nosotros de su yugo, del temor a la muerte, al que estábamos sometidos durante toda la vida.

La resurrección del Señor Jesús es un hecho por demás prominente y descollante en el plan de redención, porque mediante ella, Dios puso punto final a esa horrible maldición que había caído sobre la raza humana, cuando Adán, desobedeciendo al Señor, comió del árbol de la ciencia del bien y del mal. ¡Ahora somos libres del yugo de la muerte! ¡Ella ya no puede esclavizarnos, ni llenarnos de temor! ¡Somos libres de sus garras! ¡Aleluya!

Pero no solo el Señor Jesús ha resucitado, sino que, mediante la supereminente grandeza del poder de Dios, Él se ha sentado a la diestra de Dios en los lugares celestiales: ***“y sentándole a su diestra en los lugares celestiales”*** (Efesios 1.20). La diestra es señal de poder y sentarse a la diestra de Dios indica que participa, recibe y tiene toda Su autoridad, señorío y poder.

De otro lado, esa entronización no se ha dado en la tierra, sino en los lugares celestiales, es decir en el cielo. Hoy hay un hombre sentado en el cielo, a la

diestra de Dios, con todo el poder, autoridad y señorío, y desde allí gobierna el universo.

Es necesario que los hijos de Dios tengamos revelación en nuestro espíritu y visión en nuestro entendimiento, y sepamos que a la diestra de la majestad, en los lugares celestiales, hay un hombre que gobierna el universo, que está por encima de todo y de todos y que ese hombre no es individual sino colectivo, lo cual quiere decir, que nosotros, Sus hijos estamos sentados con Él en los lugares celestiales: **“y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”** (Efesios 2.6).

1.2. Por encima de los ángeles y del reino de las tinieblas

De otro lado, Él no está entronizado solamente para disfrutar de Su gloria, sino que se ha ubicado por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío, para subyugar a todos aquellos que se oponen a Dios: **“sobre todo principado y autoridad y poder y señorío”** (Efesios 1.21).

Sabemos que cuando satanás se rebeló, en su rebelión participó la tercera parte de los ángeles, y que ellos están en los aires organizados como principados, autoridades, poderes y

señores, con el fin de gobernar al mundo, a los gobernantes de las naciones, tal como ocurre en el mundo contemporáneo que yace bajo el maligno: **“Sabemos que somos hijos de Dios, y que el mundo entero está bajo el control del maligno... Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra dominadores de este mundo de tinieblas, contra malos espíritus de los aires”** (1 Juan 5.19; Efesios 6.12)

El cristianismo contemporáneo tiene la mala costumbre de orar para que Dios ponga gobernantes justos sobre las naciones, ignorando olímpicamente que no hay ni siquiera uno que sea justo y que los gobernantes y los pobladores del mundo están postrados y gobernados por satanás y sus principados, autoridades, poderes y señores.

Aquí hay un punto que debemos tener bien claro: el reino de las tinieblas además de satanás, los ángeles caídos y los demonios, está integrado por los hombres y mujeres no creyentes.

A Dios no le interesa el devenir de este mundo, ni le interesa hacer un mundo mejor, como proclaman muchos cristianos, porque el mundo es la fuente de oposición a Él. Lo máximo que Dios hace en el mundo es limitar-

lo, para que satanás y los hombres que él gobierna, no rebasen ciertos límites. Por lo demás a Dios no le interesa poner reyes, presidentes, congresistas ni primeros ministros, porque ese es un asunto del sistema diabólico conocido como el mundo.

Al Señor lo que le interesa es que nosotros, los creyentes, Sus hijos, le permitamos gobernarlos y en la medida que le permitimos regirnos, vamos creciendo en Él, Él nos va saturando con Sus riquezas, las primicias van siendo constituidas, y cuando éstas estén listas, entonces vendrá para tomar posesión de los reinos del mundo, eliminar los principados, las autoridades, los poderes y los señores, y gobernar la tierra con amor, justicia y paz.

Nosotros, los hijos de Dios, aquellos que hemos sido redimidos, por la misericordia del Señor, hemos escapado de ese reino de tinieblas, y como lo declara el Espíritu por medio de Pablo, estamos sentados con Cristo en lugares celestiales. Pero no ocurre así con el mundo y las personas que están en él.

1.3. Por encima de los gobernantes del mundo

Hoy, los cristianos religiosos, y especialmente los líderes que participan en política, se unen

en concubinato con los políticos y gobernantes, argumentando que José fue el segundo hombre en Egipto y que Daniel fue puesto en eminencia cuando fue llevado cautivo a Babilonia. Aunque eso es cierto, que en el Antiguo Testamento Dios usó a algunos hombres para cuidar a Su pueblo mientras este fue cautivo en Egipto, en Babilonia y en otros imperios, también es cierto que en el Nuevo Testamento no hay testimonio de algún hermano que participase en los gobiernos humanos y que se uniera en contubernio con los gobernantes que están bajo el señorío de satanás para gobernar naciones.

Ni Pablo, ni Pedro, ni Juan fueron miembros del sanedrín judío, ni fueron sumos sacerdotes, ni de los principales entre los judíos. Mucho menos fueron cuadrigas o sirvientes de los emperadores romanos ni de los césares de ese corrupto e idólatra imperio. Más bien fueron mártires del Señor, por causa de los gobernantes del mundo de su época.

Estos hermanos, ni ninguno de los hijos de Dios de quienes la Biblia da testimonio, participaron de los corruptos y diabólicos gobiernos humanos, sino que por el contrario, se mantuvieron separados y lejos de ellos, sirviendo al Señor con fidelidad,

porque Su decisión fue la de permitir que el Señor estableciera Su reino en la tierra, y ese reino nada tiene que ver con el reino de las tinieblas que hoy señorea en ella, y son totalmente incompatibles; donde está uno no puede estar el otro.

Más bien, cuando en el siglo IV Constantino casó a la iglesia con el mundo, la mezcló con entidades diabólicas e infernales y llevó su degradación y corrupción a la cima más profunda, hasta el punto de que hoy la mayoría del pueblo llamado cristiano, es uno con satanás y una fuente de oposición y rebelión contra el Señor.

Es por eso que el versículo afirma al final que el Señor Jesús una vez resucitado y ascendido, ha sido entronizado a la diestra de la majestad en los lugares celestiales **“y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero”** (Efesios 1.21).

Nosotros estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales y estamos por encima de presidentes, primeros ministros, parlamentarios, reyes y reinas, príncipes y princesas, y en ninguna circunstancia podemos someternos a sus bajezas y a su vivir diabólico.

No faltará el lector que argumente y nos acuse de rebeldía,

porque presuntamente estamos animando a los creyentes a que sean rebeldes y más cuando la Biblia dice que nos sometamos a toda autoridad, porque las autoridades han sido establecidas por Dios. De ninguna manera estamos incitando a la rebelión frente a las autoridades, pero sí debemos decir que una cosa es someternos y otra cosa es ser uno con sus prácticas corruptas, como lo hacen muchas congregaciones cristianas.

Respetamos a todas las autoridades que hay sobre la tierra, pero debido a que amamos al Señor, que somos aquellos que siguen al Cordero por dondequiera que va, no podemos ser uno con quienes ostentan esa autoridad, ni participar de las obras tenebrosas que practican, guiados por satanás, sus principados, sus autoridades, sus poderosos y sus señores. Ese sistema es el mundo y al Señor no le interesa nada de lo que hay en él. Por esa razón el Señor afirmó, estando en carne en esta tierra: **“Mi reino no es de este mundo; si Mi reino fuera de este mundo, Mis servidores pelearían para que Yo no fuera entregado a los judíos; pero Mi reino no es de aquí”** (Juan 18.36).

Es muy triste ver a líderes cristianos y a grupos cristianos en algunos países, especialmen-

te latinoamericanos, fundando partidos políticos, haciéndose uno con satanás, participando de sus horribles orgías diabólicas y contaminándose de toda cosa inmunda propia de la Gran Babilonia que se convirtió en ***“habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible. Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de su lujo. Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo Mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis sus plagas”*** (Apocalipsis 18.2-4).

Los líderes que participan en esto tienen la idea de que deben hacer parte de los órganos legislativos o de los gobiernos, para predicar el evangelio y salvar a quienes allí están, logrando así gobiernos justos para sus países, y resulta que cuando llegan a esas esferas de poder se corrompen tanto y a veces más que quienes ostentan esas “**dig-nidades**”.

No, mis queridos hermanos, el mundo siempre será el mundo, un raudal de oposición y rebelión contra Dios. Ni tú ni nadie podrá mejorarlo ni cambiarlo, porque ni siquiera el Señor está interesado en hacerlo; su úni-

co fin es ser destruido y eso lo hará el Señor en Su venida, y Él vendrá cuando haya logrado constituir Sus primicias, lo cual depende en buena medida de la disposición de tu corazón para que Él trabaje y lo transforme, hasta que puedas alcanzar Su estatura: ***“Adúlteros, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que decide ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”*** (Santiago 4.4).

Deseamos sinceramente, amado hermano y lector, que seas avisado y no decidas constituirte en enemigo de Dios, por hacerte amigo del mundo.

4. Lo dio por Cabeza a la iglesia

El cuarto aspecto que logró la supereminente grandeza del poder de Dios fue poner a Cristo por Cabeza de la iglesia: ***“y sometió todas las cosas bajo Sus pies, y lo dio por Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es Su Cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”*** (Efesios 1.22-23).

Dios mediante Su poder sometió todas las cosas bajo los pies de Cristo. No hay nada al mismo nivel Suyo y mucho menos por encima de Él, porque gracias a todo el proceso por el que pasó, llegó a ser más sublime que los

cielos: **“Porque tal Sumo Sacerdote también nos convenía: santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, y encumbrado por encima de los cielos”** (Hebreos 7.26).

Pero no ocurre así con nosotros, los creyentes, quienes por Su misericordia hemos sido hechos Sus hijos, pues nosotros no estamos bajo Sus pies, sino que estamos en Él, somos Él mismo, porque somos los miembros de Su Cuerpo, la iglesia, y Él es nuestra Cabeza. Con Cristo somos un solo cuerpo, una entidad orgánica y viviente.

Este es uno de los aspectos más descuidados, desconocidos e ignorados por el cristianismo contemporáneo, especialmente por sus líderes; ellos no tienen la más pequeña idea de lo que significa que Cristo haya sido dado por sobre todas las cosas como Cabeza a la iglesia y que ésta sea Su cuerpo.

Es por eso que en el catolicismo hay una cabeza de esa iglesia que sustituye y usurpa a la genuina cabeza. Ese usurpador es el papa. Él alega que es el vicario de Cristo en la tierra (qué herejía más grande), que es el sucesor de Pedro y que éste fue el primer papa (felonía y mentira inmensa). Ni Pedro fue papa, ni puede haber una cabeza de la iglesia distinta a Cristo. Por esto

el catolicismo romano se convierte en la mayor mentira que ha inventado satanás en la era de la gracia.

Si observamos la iglesia ortodoxa oriental, tiene como cabeza una especie de papa, en cada una de las ciudades o países importantes para su organización, y ellos son, el patriarca de Constantinopla, el patriarca de Alejandría, el patriarca de Antioquía y el patriarca de Jerusalén, que fungen de cabezas de un buen número de cristianos, llegando a superar los 225 millones de correligionarios en todo el mundo.

Por el lado del llamado protestantismo, la situación es similar. Aunque sus millones de congregaciones no obedecen a una cabeza específica porque nunca lograron organizarse a ese nivel, sí hay pequeños “papas” que se autoproclaman reverendos, doctores, apóstoles, profetas, pastores, etc., que dominan rediles a nivel local, regional, nacional, subcontinental y continental, con ramificaciones en otros continentes. Lo más común es que a nivel de congregación haya una cabeza generalmente denominada pastor, y los correligionarios se someten a esa cabeza, sin contradicción alguna.

Todo este conjunto confor-

ma lo que la Biblia llama la gran ramera, Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra, porque, aunque en medio de ella haya creyentes, su vivir es de fornicación y adulterio espiritual, porque adoran y sirven a un sin número de ídolos, representados en vírgenes, santos y hombres que los lideran: **“y en su frente un nombre escrito: MISTERIO, BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA”** (Apocalipsis 17.5).

¡Cuánta revelación y visión necesitamos para hacer realidad el hecho de que la supereminente grandeza del poder de Dios haya puesto a Cristo por Cabeza de la iglesia, que es Su cuerpo!

Seguramente no hay ningún cristiano que niegue que Cristo es la cabeza de la iglesia y no hay un solo grupo en el cristianismo que no diga que sigue a Cristo. Pero, en la realidad, en el diario vivir, ¿es Cristo su cabeza? ¿Es Él quien los gobierna? ¿Le permiten al Señor hacer Su voluntad? ¿Él está satisfecho con el vivir de esos creyentes?

Decir solamente que Cristo es mi cabeza, es una doctrina muerta y sin sentido, se convierte en vana palabrería; pero si en oración le suplicas que Él te revele, te dé visión y te ayude a

vivir en tu realidad cotidiana el hecho de que Él sea tu cabeza; si cada día le abres tu ser para que lo llene de Sus riquezas y haga Su voluntad en tu vida, si buscas con todo tu corazón seguirlo solamente a Él y no a los hombres, si diariamente escuchas Su palabra y te esfuerzas en la gracia por obedecerlo, entonces puedes decir de manera genuina que el Señor es tu cabeza y que vives bajo Su encabezamiento.

No olvidemos lo que dice Juan 15.5 **“separados de Mí nada podéis hacer”**. Nuestra unión con Cristo es una unidad orgánica; estamos unidos a Él mediante Su vida divina; hemos sido injertados en Él, y en la medida que nos disponemos, Él transmite Su vida santa, divina, incontaminada e inmarcesible a nuestro ser, para que nosotros vivamos nuestro día a día mediante Su vida. Si en verdad Él es nuestra Cabeza, no deberíamos pensar, decir, desear ni hacer nada, sin antes contar con Su consentimiento y aprobación.

Tal vez te parezca muy difícil tener esta realidad, pero no lo es. Si bien es cierto que esta realidad no se produce automáticamente, igualmente es cierto que lo único que necesitas es tu disposición. En la medida que el creyente se dispone a buscar el deseo y la voluntad del Señor, Él

lo va llenando lentamente, hasta que llega el momento en que todas sus actividades de pensamiento, hablar, decisiones y hechos dependen total y absolutamente del Señor y Él se agrada en esa persona. Ensayá a practicarlo diariamente y verás los maravillosos resultados.

Los creyentes de este tiempo necesitamos hacer realidad en nuestra vida el hecho de que Cristo es la Cabeza de la iglesia y es a Él a quien debemos seguir y no a hombres que se levantan como líderes de las congregaciones. Eso lo afirma el Señor en Juan 10, pero los cristianos no han podido entender Sus palabras, porque no se acercan a Él a pedirle revelación. Por ejemplo, lee y ora detenidamente lo que dice el versículo 3: ***“Y cuando ha sacado fuera todas las suyas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz”***.

En este pequeño versículo hay cuatro aspectos que consideraremos rápidamente. **En primer lugar**, el Señor dice que viene a los rediles y saca fuera todas las ovejas que son Suyas. Como en este libro estamos hablando de oración, es necesario que ores y le ruegues al Señor que te saque del redil en que estás prisionero a merced de satanás y de los hombres.

En segundo lugar dice que Él va delante de ellas, es decir, es Él quien marca el camino a recorrer. El camino no puede ser trazado por un líder, por una organización, por determinado ministerio ni por ciertas doctrinas; es el Señor quien debe ir delante de nosotros. El Señor es el único líder, el único dirigente y guía de la iglesia. Ningún hombre puede tomar esa atribución.

En tercer lugar, es necesario seguirlo a Él. Esta es una de las características de las Primicias relatada en Apocalipsis 14.4: ***“Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va”***. Observa bien y ve que quienes han de ser las primicias no siguen a líderes, ni a organizaciones, ni a ministerios particulares ni a ciertas doctrinas, sino al Señor Jesucristo, al Cordero, y lo siguen a todo lugar adonde Él va.

En **cuarto lugar**, preguntará: ***“¿Cómo lograré seguir al Señor? —Eso es muy difícil, necesito ser guiado por un pastor”***. Ahí está el detalle y el engaño de satanás; él ha enseñado a los hijos de Dios a pensar y a confesar que necesitan ser guiados por alguien, porque el Señor se fue y está en el cielo y Él ha puesto en su remplazo a pastores y otros géneros de liderazgo, para que guíen a Su pueblo.

¡Mentira, esa es una gran mentira! Acabamos de leer que las Primicias siguen al Cordero; sí a Él y solamente a Él.

¿Entonces por qué todo el cristianismo sigue a hombres? Porque no conocen la voz del Cordero. Y ¿cómo oír y conocer la voz del Cordero? Muy sencillo, siguiendo la unción que ha sido dada a cada creyente y que mora en su espíritu: **“Y en cuanto a vosotros, la unción que vosotros recibisteis de Él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero como Su unción os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como ella os ha enseñado, permaneced en Él. Y ahora, hijitos, permaneced en Él, para que cuando Él se manifieste, tengamos confianza, y en Su venida no nos alejemos de Él avergonzados”** (1 Juan 2.27-28). Solamente abre tu ser a la unción que mora en ti y ella te guiará a todas las cosas, te enseñará todas las cosas, especialmente a seguirlo, porque la unción es el Señor, es el Cordero; la unción es el Pastor de las ovejas.

Dos versículos más de Juan 10 que podemos considerar son el 10 y 11: ***“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. Yo soy el buen Pastor; el buen Pastor pone Su vida por las ovejas”***. Curiosa-

mente, en el versículo 10 cuando dice yo he venido para que tengan vida, la palabra traducida del griego como vida es ***zoe***, refiriéndose a la vida eterna, la vida de Dios; mientras que en el versículo 11, cuando el buen Pastor pone Su vida por las ovejas, la palabra traducida como vida es ***psique***, refiriéndose a Su vida humana, la vida que adquirió cuando se encarnó.

Preguntamos a los flamantes líderes del cristianismo contemporáneo: ¿Quiénes de ustedes pueden dar vida eterna a los demás? Si son honestos y sinceros y si se bajan del pedestal de la soberbia que los caracteriza, tendrán que decir que ninguno, que ni ustedes, ni nadie distinto al Señor Jesús, quien es Dios, está en capacidad de dar vida eterna a otros.

Solamente nuestro amado Señor Jesucristo tiene la vida eterna y solamente Él tiene la capacidad y la posibilidad de suplirla cada día a los Suyos.

Entonces les hacemos la segunda pregunta: Líderes, ustedes que se ufanan de tener mucho poder, de ser los siervos y los enviados de Dios, ¿pueden poner su vida humana, sus almas, por los que dirigen y “pastorean”? Los soberbios y altaneros responderán con un sí rotundo,

engañándose a ellos mismos y a quienes los siguen. Los honestos y sinceros dirán que no, y se humillarán delante del Señor y permitirán que Él sea el Pastor, al único que deben seguir, porque no hay otro.

Creyentes, hijos de Dios de toda la tierra, líderes y no líderes, oigan esta palabra, esta súplica que sale de un espíritu mezclado con el Señor: permitan que el Señor sea su Pastor, que sea la Cabeza de ustedes y de la iglesia; vuélvanse a Él de todo corazón y síganlo solamente a Él. Ya no sean más Sus opositores, dejen que Él lleve adelante Su plan y que tenga una plataforma para venir a la tierra y tomar posesión de los reinos que hay en ella. Sigán al Señor Jesús, solamente a Él. Dejen de ser uno con satanás, más bien háganse uno con el Señor, para que el reino de las tinieblas sea totalmente aniquilado.

Un versículo más que no podemos pasar por alto en el tema que estamos tratando es el 14: ***“Yo soy el buen Pastor; y conozco Mis ovejas, y las Mías me conocen”***. Nuestra relación con el Señor es una relación de conocimiento mutuo. Él nos conoce plenamente a nosotros y nosotros lo vamos conociendo cada día, hasta que llegaremos al pleno conocimiento.

¿Será, querido lector, que el Señor te conoce a ti? Si tú eres de aquellos que siguen a hombres, a organizaciones, a ministerios particulares y a doctrinas, puedes tener la certeza de que eres un completo desconocido para el Señor. Si eres un promotor de movimientos cristianos, si eres un líder congregacional, puedes estar totalmente seguro de que no eres conocido del Señor.

Si una cualquiera de estas es tu condición, estás en el lado de las vírgenes insensatas de la Parábola de las diez vírgenes, a quienes el Señor les dirá en Su venida: ***“Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco”***.

Si eres un líder congregacional, no dudes de que estás en la condición que el Señor describe en Mateo 7.21-23, de aquellos que le reclamarán en el Tribunal de Cristo por las profecías, las obras prodigiosas, los milagros y la expulsión de demonios. El Señor les dará una respuesta bien particular: ***“Nunca os conocí; apartaos de Mí, hacedores de iniquidad”***.

Si tú amado lector estás en una cualquiera de estas condiciones, y el Señor te ha dado la oportunidad de leer estas lí-

neas, y has logrado alguna revelación, no dudes que el Señor te está llamando, te está dando la oportunidad de arrepentirte, de volverte a Él, de salir definitivamente del engaño al que satanás te ha sometido todo este tiempo.

Ve al Señor y suplícale que se te revele, que se te dé a conocer, que tú también necesites ser conocido por Él, que te perdone, porque nunca has tenido comunión con Él, que aunque Él mora en tu espíritu como la unción, durante tu vida cristiana lo has tratado como un desconocido, como si Él no existiera. No tengas duda de que esa oración

será oída por el Señor y hará lo necesario para reconciliarte con Él.

Es muy grande, alta y elevada la revelación, la luz y la práctica que el Señor puede darnos a través de esta oración consignada en Efesios 1.15-23, pero consideramos que hasta aquí llega nuestra carga. Todo lo demás lo dejamos para que el lector pueda hallarlo mediante su búsqueda personal del Señor y pueda enriquecerse con los tesoros de la sabiduría y el conocimiento de Dios, que están escondidos en Cristo, y a la vez pueda ayudar a otros creyentes a que se enriquezcan con el Señor.

Oraciones trascendentales (3)

7

FORTALECIMIENTO DEL HOMBRE INTERIOR

Estamos muy agradecidos con el señor por Su misericordia, al abrírnos Su palabra y revelarnos poco a poco algunos de los muchos misterios que hay en Su corazón.

En los capítulos anteriores de este libro hemos obtenido revelación y visión acerca de la oración, y esperamos y deseamos que el Señor nos siga revelando y nos siga mostrando Sus secretos, para que practicándolos podamos tener un vivir que lo agrade, y de esa manera logremos fruto para Su satisfacción. Siendo así Él nos limpiará para que nuestro fruto abunde más y más, y muchos hijos de Dios puedan ver, y puedan hacerse uno con el Señor, ser constituidos por Él como Las Primicias, y así Su regreso sea un hecho muy

cercano.

Estamos considerando en estos capítulos algunas oraciones importantes y trascendentales que el Espíritu ha tenido a bien incluir en la Biblia, las cuales son fuente de revelación elevada y profunda, para ayudarnos a tener un conocimiento claro de la oración que agrada al Señor y que Él está pronto a contestar, porque es hecha conforme a Su voluntad.

En este capítulo nos disponemos a examinar la segunda oración que el Espíritu sopló a través del apóstol Pablo y que encontramos en Efesios 3.14-21: ***“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de Su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior***

por Su Espíritu; para que Cristo haga Su hogar en vuestros corazones por medio de la fe, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios. Ahora bien, a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos, según el poder que actúa en nosotros a Él sea gloria en la iglesia y en Cristo Jesús, en todas las generaciones por los siglos de los siglos. Amén”.

Comenzando el capítulo 3 de Efesios, Pablo muestra que él es un prisionero de Cristo Jesús por causa de los gentiles, y que a él le fue dada la administración de los misterios de Dios a favor de nosotros, especialmente en lo relacionado con el misterio de Cristo, que en el pasado no le había sido revelado a ningún hombre, pero ahora es revelado por medio del Espíritu, misterio que contiene las inescrutables riquezas de Cristo, con el fin de que todos podamos ser dispensados con esos misterios y tengamos claridad en el plan que el Señor, según Su sabiduría, ha trazado para el hombre.

Cuando llega al versículo 14, Pablo se propone liberar una nueva oración, sobre la que es necesario que tengamos revelación y visión, para que alcancemos una vida de oración apropiada conforme al deseo del Señor.

En primer lugar, Pablo dice lo siguiente: **“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra”** (vs. 14-15).

Aquí habla de una causa. Esa causa es la necesidad que tenemos todos los santos de ganar revelación y visión acerca de los misterios de Dios, de las insondables riquezas de Cristo, revelación y visión de la que hemos hablado con alguna profundidad en capítulos anteriores de este libro.

Valga la ocasión para insistir que, si no hay revelación en nuestro espíritu humano, visión en nuestra alma y un vivir práctico diario de la palabra revelada y visualizada, ésta se convierte en una doctrina muerta que no es provechosa, se torna infructuosa y llega a ser letra que mata.

Ahora Pablo dice que él dobla Sus rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra. Esta

es la actitud más sabia y espiritual frente a la oración: humildad. Cuando nos acercamos al Señor debemos hacerlo con humildad, sin soberbia ni presunción, porque **“Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da gracia”** (1 Pedro 5.5).

Si nos acercamos a Dios con soberbia encontraremos Su rechazo, pero si nos acercamos a Su trono de gracia, vestidos de la humildad que está en Cristo Jesús, inmediatamente encontraremos torrentes de Su gracia fluyendo hacia nosotros.

Doblar las rodillas no se refiere tanto al aspecto físico de arrodillarse, porque puede ocurrir que las rodillas estén dobladas, pero el corazón lleno de soberbia y altivez.

Doblar las rodillas en realidad significa acercarnos al Señor con un corazón contrito y humillado, reconociendo que no tenemos nada que darle, que no podemos exigirle nada, sino agradecerle Su misericordia al permitirnos acercarnos a Su trono de gracia, para ser llenos de Sus insondables riquezas: **“Al corazón contrito y humillado no desprecias tú, oh, Dios”** (Salmos 51.7).

Debemos acercarnos al Señor con humildad, sin soberbia, sin pretensión, ni presunción y sin altivez, sino reconociendo que Él

es santo, humilde, puro y justo, y que nosotros no tenemos nada de lo que Él es, pero que, por Su misericordia, Él nos ha hecho partícipes de todas Sus riquezas y que podemos disfrutarlas cada día y acercarnos con confianza a Su trono, para obtener todo lo que Él como Padre ha reservado para nosotros, Sus hijos.

Una vez más, el apóstol hace realidad lo que el Señor Jesús nos enseña en cuanto a quién se debe dirigir la oración: al Padre. Y esa relación que nosotros tenemos con Dios como Padre tiene un significado amplio, elevado y rico.

Que Él sea nuestro Padre quiere decir que Dios no es un extraño, que no es un ser lejano que está en el cielo lleno de gloria y nosotros aquí en la tierra saturados de miseria, sino que siendo todo lo que Él es, tuvo la misericordia de acercarse a nosotros, de engendrarnos, dándonos Su vida divina, haciéndonos parte de Su familia y mezclándose con nosotros en una unión orgánica, que nadie puede descomponer. Que Dios sea nuestro Padre implica que estamos sentados con Él en los lugares celestiales, disfrutando de todas Sus riquezas y que diariamente podemos disfrutar de Su gloria.

Ser de la familia de Dios, como somos, es el privilegio más

grande que podemos hallar en el universo. El Dios santo, amoroso, lleno de vida, justo y lleno de luz, nos ha hecho partícipes de Su naturaleza divina, mediante la encarnación, muerte y resurrección del Señor Jesucristo, y ahora somos parte de una familia feliz, en la que Él es el Padre y nosotros somos Sus hijos.

Ser parte de la familia de Dios quiere decir que nosotros estamos en Él y Él está en nosotros, que Él es nuestro hogar y nosotros somos el hogar de Él; que Él es nuestra satisfacción, gozo y alegría y nosotros somos todo eso para Él. A eso se refiere el Espíritu cuando impele a Pablo a decir que él dobla sus rodillas delante del Padre, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra.

Inmediatamente después de esta pequeña introducción, Pablo entra a considerar el tema de la oración, que contiene varias peticiones, las cuales deseamos considerar con la profundidad que el Señor en Su misericordia nos permita.

1. Fortalecimiento del hombre interior

Pablo, debido a que era un hijo de Dios que vivía en el Espíritu, tenía mucha claridad sobre las necesidades que tiene un creyente, y la primera que trata

en ésta, su segunda oración, es la de ser fortalecidos en el hombre interior.

Lo primero que hemos de averiguar es, quién o qué es el hombre interior. Nosotros sabemos que el hombre tiene tres partes: espíritu y alma y cuerpo. Igualmente tenemos conocimiento de que el cuerpo es la parte física del hombre, que le permite tener contacto con las cosas físicas y por medio de los sentidos, percibir en el alma todas las sensaciones que el hombre está en capacidad de percibir.

El alma tiene que ver con la parte psicológica del hombre, y es la persona humana. Los hombres somos almas vivientes: ***“Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente”*** (1 Corintios 15.45). Podemos afirmar que el alma es la parte más importante del hombre, porque es el centro de sus actividades. En el alma, el hombre toma todas las decisiones de su vida, y por ella hay una fuerte lucha entre Dios y satanás. Cada uno quiere ganarla para sí: ***“Porque la carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu, y el espíritu tendencias contrarias a las de la carne, pues uno y otro se oponen de manera que no hagáis lo que queréis”*** (Gálatas 5.17).

El espíritu humano, por su

lado, es la parte del ser humano más profunda y es el resultado del aliento que Dios sopló en el cuerpo del hombre, una vez lo hubo formado del polvo de la tierra. El espíritu humano fue creado por Dios en el hombre, con el fin de que Él, que es Espíritu, pueda mezclarse con el hombre, para que este sea totalmente saturado de la naturaleza divina, es decir, pueda ser lleno de las riquezas de Dios, en su espíritu, alma y cuerpo.

Si observamos detenidamente la palabra veremos que, cuando la Biblia hace referencia al espíritu humano, se refiere a la parte más interior. Por ejemplo, el interlineal griego para Mateo 6.6, se traduce literalmente así: ***“Mas tú cuando ores, entra en el aposento más interior de ti...”***.

Esto nos lleva a inferir que cuando Pablo ora al Padre pidiendo que nos conceda ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu, está rogando al Padre para que supla la necesidad que tenemos de ser fortalecidos en nuestro espíritu humano.

De otro lado, debemos considerar cada una de las palabras que hay en la primera frase de esa oración. Pablo dice que el fortalecimiento en el hombre interior debe ser conforme a Sus riquezas en gloria.

Esto quiere decir que, si disfrutamos todas las riquezas del Señor, entonces seremos fortalecidos. El fortalecimiento no se logra porque hacemos cursos de fortalecimiento en un instituto bíblico, ni porque un “ministro famoso” impone las manos y ora por nosotros pidiendo que seamos fortalecidos, ni por estar en determinada organización del cristianismo, sino porque cada creyente, individual y corporativamente, disfruta de todas las riquezas que tiene el Señor, riquezas de las que hemos hablado abundantemente en este libro y los otros que componen la saga¹.

En la medida que disfrutamos esas abundantes e insondables riquezas que el Señor ha provisto a nuestro favor como nuestra herencia, nuestro hombre interior, es decir, nuestro espíritu humano, se va haciendo fuerte, más fuerte y fortísimo.

Ese fortalecimiento lo produce el Espíritu Santo, en la medida que permitimos que trabaje en nuestro interior por medio de

1. Hay una carga muy fuerte que el Señor nos ha dado, y que hemos escrito en este y en otros cuatro libros que se titulan ***La Degradación de la Iglesia; Los Vencedores: Las Primicias, el Hijo Varón y los Vencedores de la Gran Tribulación; el Reino de Dios y el Reino de los Cielos; y ¿Cuál Iglesia?*** Para ganar una visión completa, recomendamos la lectura de los cinco.

nuestro disfrute de todas Sus riquezas en gloria. Cada vez que nos volvemos al espíritu, siempre que en nuestra mente pensamos en las cosas del Espíritu, nuestro hombre interior se va fortaleciendo; es bien sencillo.

¿Y por qué es necesario que el espíritu humano sea fortalecido? La respuesta es muy sencilla. Nosotros sabemos que, los creyentes, cuando recibimos al Señor Jesús, Dios vino como Padre, Hijo y Espíritu —el único Dios—, y se mezcló con nuestro espíritu. De esa manera fuimos regenerados, nacimos de nuevo, es decir, Dios como vida, vino a morar en nuestro espíritu.

Sabemos igualmente que nuestra alma, es un alma caída porque se mezcló con satanás desde el Huerto de Edén, y que todos los hombres hemos recibido esa herencia de nuestros padres, desde Adán, y que vivimos diariamente esa herencia. El hecho de que Dios haya venido a mezclarse con nuestro espíritu no hace que nuestra alma cambie automáticamente, sino que solo el Señor puede transformarla en la medida que permitimos que Él la llene con Sus riquezas.

En todo creyente, hijo de Dios, hay una lucha diaria entre el espíritu y el alma. Si el espíritu es fuerte, si está fortalecido con el poder de las riquezas de

la gloria del Señor, el alma se somete a él y va siendo llena de las riquezas del Señor, y en ese caso el creyente es gobernado por su espíritu y al ser gobernado por su espíritu, en verdad es gobernado por Dios, quien mora en el espíritu humano. Esto es perder el alma, negar la vida del alma.

Pero, si, por el contrario, el hombre interior—espíritu humano— no es fuerte, el alma está llena de poder y domina al espíritu, y en ese caso, el creyente es gobernado por satanás, porque, no podemos olvidar que, aunque el Señor llevó al hombre viejo —la mezcla de la naturaleza satánica con el alma humana— a la cruz y lo mató, si nuestra alma no se sujeta al espíritu, vivimos en el viejo hombre, somos opositores de Dios, nos hacemos uno con satanás y nuestra alma no puede ser trasformada.

Por eso la palabra liberada por el Espíritu en Romanos 5.5-6 dice: ***“Los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, [piensan] en las cosas del Espíritu. Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz”***. Cuando la mente del creyente piensa en las cosas de la carne, está en la carne, la condición del creyente es una condición carnal y está lleno de muerte; pero, si, por el contrario, el

creyente piensa en las cosas del espíritu, su ser es espiritual y él está lleno de vida.

Cabe recordar aquí que la carne no hace referencia solo a las cosas malas y pecaminosas, sino que ella incluye todo lo que es bueno, pero que no se origina en el Señor; este es el árbol de la ciencia del bien y del mal.

En palabras sencillas, el creyente tiene una lucha continua, entre ser gobernado por su alma, en ese caso por el hombre viejo, que es satanás amancebado con el hombre; o ser gobernado por su espíritu humano regenerado —el nuevo hombre—, que en este caso es Cristo resucitado y mezclado con la naturaleza humana de cada creyente: ***“que os desnudéis, tocante a vuestra pasada manera de vivir, del hombre viejo, que es corrupto, conforme a las concupiscencias engañosas; y que seáis renovados en el espíritu de vuestra mente, y que os revistáis del hombre nuevo, el cual, según la imagen de Dios, es creado en justicia y santidad procedentes de la verdad [realidad]”*** (Efesios 4.22-24).

El Señor desea gobernar-nos desde nuestro espíritu, sometiendo a él nuestra alma, compuesta de mente voluntad y emoción. Esto es posible solamente si nuestro espíritu es fuerte, si ha sido fortalecido por

las riquezas de gloria del Espíritu. Por otro lado, satanás anhela tenernos bajo su control y dominio y esto es posible cuando nuestro espíritu es débil y no tiene la potencia para gobernar nuestro ser.

Esta es la lucha permanente que hay en todo creyente. El deseo de Dios, contra el deseo de satanás, y quien decide por quién ha de ser gobernado es el creyente, eres tú. Si como hijos de Dios pensamos en las cosas del Espíritu, si abrimos nuestro ser al Señor y disfrutamos sin cesar Sus riquezas, el espíritu humano será muy fuerte y poderoso, el alma se someterá a él y la victoria será contundente para el Señor y nosotros.

Pero, si por el contrario, somos personas que mantenemos la mente puesta en la carne, en nuestras cosas, en las cosas del mundo, en nuestras preocupaciones, afanes y angustias, el espíritu humano será subyugado por el alma, el Señor no tendrá ninguna oportunidad y estaremos bajo el gobierno y el dominio de satanás.

Establecer una línea divisoria entre estas dos situaciones es bien difícil, y solamente el creyente sabe por revelación del Espíritu Santo, cuándo su mente está en la carne y cuándo está en el espíritu. Cada momento de

nuestra vida debemos probarnos delante del Señor y conocer de Él si nuestros pensamientos, palabras y hechos, son realizados conforme a Él o si por el contrario estamos siendo uno con el enemigo, y en consecuencia oponiéndonos a Dios.

Una ilustración bien clara la encontramos en Génesis 3, cuando satanás se presentó ante Eva en forma de serpiente para inducirla a comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. Veamos el diálogo sostenido por los dos y las consecuencias de vivir en el alma, en la mente sin ponerla en el espíritu, como le ocurrió a Eva.

“Pero la serpiente era más astuta que cualquiera de los animales del campo que Jehová Dios había hecho; y dijo a la mujer: ¿Conque ha dicho Dios: No comeréis de ningún árbol del jardín?” (Génesis 3.1). Obsérvese la malicia del diablo al formularle la pregunta a Eva. Él pregunta tendenciosamente que si Dios les había prohibido comer de todos los árboles del Huerto.

Para entenderlo, leamos Génesis 2.8-9: **“Y Jehová Dios había plantado un jardín en Edén, a la parte del oriente, y puso allí al hombre que formó. Y Jehová Dios había hecho nacer del suelo toda suerte de árboles gratos a la vista y buenos para comer, y el**

árbol de vida que estaba en medio del jardín, y el árbol del conocimiento de bien y del mal”. Dios hizo nacer de la tierra del Huerto de Edén todo árbol que era delicioso a la vista y bueno para comer. Esto quiere decir que Dios deseaba que el hombre comiera de los árboles, especialmente del árbol de vida, que estaba en el centro del Huerto.

No obstante, Dios sí le prohibió al hombre que comiera de un árbol: el de la ciencia del bien y del mal **“Y Jehová Dios mandó al hombre, diciendo: De todo árbol del jardín podrás libremente comer; mas del árbol del conocimiento del bien y del mal, no comerás; porque en el día que comieres de él, de seguro morirás”** (Génesis 2.16-17).

Nosotros sabemos que el árbol de la vida representa a Dios y que el árbol de la ciencia del bien y del mal, hace referencia a la naturaleza de satanás, que es el pecado, y que la consecuencia de comer de ese árbol es la muerte.

Pero satanás hace a Eva una pregunta de doble filo y llena de malicia: **“¿Conque ha dicho Dios: No comeréis de ningún árbol del jardín?”** Lógicamente Dios estaba interesado en suplir comida al hombre, y por esa razón hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista y bueno para co-

mer, pero el enemigo, con el fin de tocar la mente de la mujer, le hizo una pregunta tendenciosa y contradictoria.

Recordemos que la mente es una parte muy prevaleciente del alma humana; Eva se equivocó abriendo su mente a satanás y permitiendo que él entrara en ella sin ninguna restricción. Eso lo demuestra en su respuesta: ***“¿Del fruto de los árboles del jardín bien podemos comer: mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis, no sea que muráis”*** (Génesis 3.2-3).

El primer cometido que logró satanás en la mente de Eva fue confundirla. ¿Por qué? Observe cuidadosamente la respuesta de Eva: mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis, no sea que muráis. Eva no tenía claridad en cuanto al árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal.

En Génesis 2.9, el Señor habló del árbol de vida como el que estaba en medio del Huerto de Edén, del cual deseaba que el hombre comiera, y no habló del árbol de la ciencia del bien y del mal como el árbol central del Huerto y del que expresamente le prohibió comer.

Eva no había visto que el árbol que Dios puso como centro del Huerto de Edén es el árbol de la vida, y de ese árbol, Dios deseaba que ella y su marido comieran. La respuesta de Eva, al estar confundida, es que Dios les había prohibido comer del árbol de la vida.

El diablo aprovechó la confusión para tratar de mostrarle que Dios estaba equivocado y que si ellos comían del árbol de la ciencia del bien y del mal se harían iguales a Dios conociendo el bien y el mal: ***“Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal”*** (Génesis 3.4-5).

Satanás, que es mentiroso por naturaleza, trató de hacerle ver a Eva que Dios era el mentiroso y no él. ¡Qué manera más astuta de engañar, de envolver y de torcer la mente de las personas! Aún hoy él sigue actuando así.

Observa el resultado de abrir el alma, especialmente la mente, a satanás, como lo hizo Eva: ***“Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió, así como ella”*** (Gé-

nesis 3.6).

Cuando la mujer abrió su mente al enemigo, inmediatamente tuvo una visión; ella fue convencida por el diablo de que Dios no les había dicho la verdad, porque ella vio la “*bondad*” del árbol de la ciencia del bien y del mal, lo agradable que era a los ojos y se despertó en ella la codicia de ser sabia, pero no con la sabiduría que viene de lo alto, sino con la sabiduría terrenal y diabólica: **“*porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía*”** (Santiago 3.15-17).

Finalmente, la mujer tomó el fruto, lo comió y le dio también a su marido, el cual también lo comió. Desde entonces satanás sentó su morada en el alma de los seres humanos y ahí continúa estando.

No obstante, nosotros, los santos, quienes hemos creído en el Señor y lo hemos recibido, tomamos la obra del Señor en la cruz, mediante la cual mató al viejo hombre, que es la mezcla de satanás con la naturaleza hu-

mana, y al resucitar se mezcló con nosotros en nuestro espíritu y ahora no vivimos en el viejo hombre, sino en el nuevo, que es Cristo resucitado, ascendido, entronizado y glorificado, mezclado con nuestro espíritu humano y llenando desde allí nuestra alma con toda Su obra.

Sin embargo, la mayor parte de los cristianos contemporáneos no conocen esta obra del Señor y no la hacen realidad en su vida, sino que viven en el viejo hombre, contristando al Espíritu y agradando a satanás. Aquí es donde toma razón de ser la oración liberada por Pablo, estando en el espíritu: **“*para que os dé, conforme a las riquezas de Su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu*”** (Efesios 3.16).

Cada día necesitamos que el Señor nos conceda fortaleza en nuestro hombre interior—el espíritu humano y nuestra alma sujeta al espíritu—, conforme a Sus riquezas de gloria, para que nuestro espíritu sea muy fuerte y pueda someter al alma. Siendo así, satanás no tendrá ninguna oportunidad en nosotros y seremos totalmente gobernados por el Señor. De esa manera viviremos la realidad del reino de los cielos y el Señor se agradará en nuestro vivir.

Oraciones trascendentales (4)

8

FORTALECIMIENTO DEL HOMBRE INTERIOR (2)

2. Cristo haga Su morada en nuestros corazones.

Una vez nuestro hombre interior—el espíritu humano—, ha sido fortalecido y está en capacidad de cumplir la función para la cual Dios lo creó, hay una serie de hechos que deben darse en nuestra vida, y el primero de ellos es que Cristo, mediante la fe, haga Su morada en nuestros corazones.

Como sabemos, Cristo, que es Dios Padre, Hijo y Espíritu, una vez que lo hemos recibido, ha venido a morar en nuestro espíritu humano y ahí vivirá por la eternidad, como el Espíritu de realidad. Pero Dios no está completamente satisfecho con vivir en nuestro espíritu, sino que anhela abarcar el resto de nuestro ser, y especialmente anhela

hacer Su morada, Su hogar, en nuestro corazón.

Veamos entonces qué es nuestro corazón. La mayoría de las personas piensan que el corazón es esa bomba muscular que hace que la sangre recorra todo nuestro organismo y alimente cada órgano y la totalidad de las células de nuestro cuerpo.

No es a ese corazón al que se refiere la Biblia, sino al corazón psicológico, que está compuesto por la conciencia, la intuición y la comunión que hacen parte del espíritu humano, y las tres partes del alma: mente, voluntad y emoción. El corazón humano entonces, está conformado por seis funciones: conciencia, intuición, comunión, mente, voluntad y emoción, y podemos decir que es la conjunción, o el punto de convergencia del espíritu humano con el alma. En Él

desea habitar el Señor.

En la inmensa mayoría de los creyentes, debido a la falta de revelación y de visión con respecto al Señor y Su plan, Dios está confinado, encarcelado, en su espíritu y no ha podido ni puede saturar el alma, porque los creyentes no tienen una práctica saludable de permitir y pedir al Señor que llene sus corazones. No debemos olvidar que la parte más notoria, más importante y dominante del ser humano es el alma; fuimos creados como almas vivientes y somos almas vivientes. Nosotros decidimos en nuestra alma, especialmente en nuestra voluntad, si permitimos que el Señor nos gobierne, saturando el alma con Sus riquezas, desde nuestro espíritu, o si permitimos que satanás, que en el Huerto de Edén logró capturar el alma del hombre, viva cómodo en ella y nos gobierne.

En la medida que ponemos nuestra alma, especialmente la mente, en el espíritu, es decir, en la medida que pensamos en las cosas del Espíritu, estamos abriendo una compuerta para que todas las riquezas de Dios fluyan desde el espíritu al alma y de esa manera, ésta se vaya llenando de Dios, hasta ser completamente saturada de Él y Sus riquezas.

En esa medida, Cristo va tomando posesión de nuestra conciencia y nosotros vamos siendo irreprochables delante del Señor, porque nuestra conciencia va siendo purificada y satanás no tendrá ningún motivo para acusarnos y nosotros seremos irreprochables. Así, Cristo estará cómodo y satisfecho en nuestra conciencia: **“Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres”** (Hechos 24.16). Aunque satanás no puede habitar en nuestra conciencia, sí puede mancharla y llenarla de ofensas, por medio de inducirnos a cometer pecados, activando su naturaleza pecaminosa en nuestra alma, siempre que dejamos de vivir en el espíritu.

Hay dos eventos que satanás podría hacer en nuestra conciencia. La primera de ellas es cauterizarla, volverla insensible a la voz del Espíritu. Siempre que en nosotros hay ofensas para Dios y para los hombres, el Espíritu por medio de la conciencia nos lleva al arrepentimiento, pero si no actuamos oportunamente, la conciencia se va debilitando, y aunque el Espíritu nos hable de arrepentimiento, la insensibilidad de nuestra conciencia nos mantiene indiferentes frente al deseo del Señor.

Otra cosa que satanás puede

hacer para que tengamos una conciencia anormal es volverla hipersensible, donde el creyente considera que todo es pecado. En nuestra vida de creyentes conocimos a hermanos casados que estaban convencidos de que sus relaciones íntimas eran pecaminosas e inmundas, desaprobadadas por Dios, y estar en intimidad se convertía en una verdadera tortura para ellos. Para otros, comer ciertos alimentos, estar con personas incrédulas y cosas así, son pecaminosas. La vida de estos creyentes se convierte en una horrible tortura y el Señor es impedido de morar en sus corazones.

Debemos rogar al Señor que no nos permita llegar a ninguno de estos extremos, sino que sea Él quien gobierna nuestra conciencia con sabiduría y equilibradamente.

Así mismo, cuando ponemos nuestra mente en el Espíritu y en las cosas de Dios, la intuición de nuestro espíritu humano es avivada y desde ella el Señor comienza a fluir hacia nosotros la revelación de Su persona y Su plan, que nosotros necesitamos para permanecer en Él, crecer y madurar.

Un hijo de Dios que no tiene revelación en su espíritu, por medio de la intuición, es como

un carro que lleva muchos años sin ser usado y cuando ha de usarse está totalmente descompuesto y no puede desarrollar la función para la que fue creado.

La revelación en nuestro espíritu es el principio, el punto de partida, para que podamos relacionarnos con Dios, para conocer Su voluntad y que ella sea ejecutada en nuestra voluntad; mediante la revelación conocemos a Dios y nuestra mente, nuestros pensamientos, nuestros planes, son totalmente llenos del Señor, de Sus pensamientos, Sus planes y Sus deseos.

De esta manera, en nosotros se despierta una tercera función del espíritu humano que es la comunión. Ésta no es más que el fluir mutuo que se da entre Dios y nosotros y entre nosotros y Él. El Señor nos dispensa Sus inmensurables riquezas, nos alimenta con ellas; esas riquezas son procesadas en nosotros, producimos frutos y Él se deleita cenando con nosotros, disfrutando de Su trabajo que ha realizado en nuestro ser.

La comunión es el ingrediente principal de la oración; orar en la voluntad de Dios, orar en el espíritu, no es nada distinto a un mutuo fluir que hay entre Dios y su hijo; Dios se dispensa hacia nosotros y nosotros nos

dispensamos hacia Él, con los elementos que, mediante la comunión-oración, Él va depositando en nuestro corazón.

Luego el Señor quiere avanzar un poco más y llenar nuestra mente, de tal manera que nuestros pensamientos sean todos de Él, y satanás no pueda tener un solo pensamiento suyo en nuestra mente: **“y al llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”** (2 Corintios 10.5).

Para que Cristo haga Su hogar en la parte de nuestro corazón que se llama mente, es necesario que nos renovemos cada día en el espíritu de nuestra mente, que hagamos realidad la obra del Señor en la cruz de despojarnos del viejo hombre: **“sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El para que el cuerpo de pecado sea anulado, a fin de que no sirvamos más al pecado como esclavos... en cuanto a la pasada manera de vivir, os despojéis del viejo hombre, que se va corrompiendo conforme a las pasiones del engaño, y os renovéis en el espíritu de vuestra mente”** (Romanos 6.6; Efesios 4.22-23).

Nuestra mente tiene la tendencia natural a vivir en el viejo hombre, porque este viejo hombre vive en ella desde hace cerca de seis mil años, y no tiene el hábito de someterse al espíritu,

ni de pensar en las cosas del espíritu. Por eso, el creyente debe obtener esta práctica hasta habituarse completamente a vivir en el espíritu, a ser renovado y a vivir en el nuevo hombre. Es por esa razón que el Espíritu nos anima en Romanos 12.2: **“No os amoldéis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestra mente, para que comprobéis cuál sea la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable y lo perfecto”**.

Cuando estas cosas ocurren en nuestra vida, el Señor hace Su hogar en nuestra mente; puede utilizarla para manifestar Sus pensamientos, y de esa manera satanás no tendrá ninguna participación en aquello que pensamos, planeamos y recordamos. Cristo es nuestro todo.

La quinta función de nuestro corazón es la voluntad, y es la parte del alma y del corazón, con la que Dios tiene una gran lucha. La voluntad caída, que hace parte del alma caída, es insumisa, férrea, terca y obstinada. En ella, satanás logró inocular su soberbia, su orgullo, su obstinación, su insumisión, y la humanidad ha vivido en ese camino desde hace seis mil años.

No se crea que por el hecho de que el Señor nos regeneró viniendo a morar en nuestro espíritu, que por ese solo hecho,

nuestra alma ha sido transformada y nuestra voluntad automáticamente se vuelve sumisa a la voluntad de Dios. Los cristianos contemporáneos piensan que los rebeldes son solamente los israelitas del Antiguo Testamento, que se caracterizaron por ser duros de cerviz frente al Señor y a todo el cuidado que Él tenía con ellos; pero no, ellos no son los únicos duros de cerviz.

Cuando el Señor Jesús vivió en esta tierra como hombre, la mayor oposición la encontró entre los de Su pueblo. Ellos no quisieron reconocerlo como Dios, no quisieron entender que Él era Emanuel —Dios con nosotros—, sino que lo rechazaron, lo persiguieron, lo difamaron lo calumniaron y hasta consiguieron que el gobernador romano lo condenara a muerte.

Una vez que el Señor ascendió a la diestra de la majestad en los lugares celestiales, la situación hacia el Señor no observó un cambio significativo y vemos a las sectas del judaísmo, a los sacerdotes y a los gobernantes judíos oponiéndose tenazmente al Señor, quien era expresado en los discípulos. Por ejemplo, en Hechos 7, cuando Esteban les habló a los gobernantes de toda la trayectoria de Jesús como Dios y como hombre, tuvieron una actitud de desprecio con quien

les hablaba: **“Pero ellos, dando grandes voces, se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él”** (v. 57).

En el mismo pasaje, Esteban les advierte de la condición de muerte en que se encontraban: **“¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros os oponéis siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido traidores y matadores”** (Hechos 7.51-52).

Pero esta actitud no tiene que ver solamente con épocas pasadas, sino que el cristianismo contemporáneo es igualmente opositor al deseo y a la voluntad del Señor. Si quieres comprobarlo mira los miles de grupos cristianos—**“iglesias”**—, que hay entre el pueblo del Señor, cada una siguiendo a líderes, a doctrinas y a organizaciones, que se hacen una con satanás y se oponen al deseo y la voluntad del Señor.

¡Qué difícil es encontrar hoy en la tierra, hijos de Dios que sigan al Señor, que se dejen guiar por la unción, que sea el Señor mismo morando en ellos, y que quieran hacer Su voluntad! ¡Casi no se encuentra un cristiano que busque la voluntad de Dios, que

la conozca y la realice!

Todos están haciendo sus propias obras, pero no buscan que sea el Señor quien los guíe. Su voluntad es férrea, insumisa, tenaz e insubordinada. Cuando el Señor habló en Lucas una parábola acerca de la necesidad de orar sin desmayar, concluye con esta frase: ***“Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”*** (Lucas 18.1-9). Él pregunta si a Su regreso a la tierra habrá algunos de Sus hijos que lo esperen, que le han permitido transformar sus almas, que anhelan Su regreso, que Él tenga por quiénes venir, que hayan crecido hasta lograr la madurez que Él desea para cada uno.

Nadie conoce mejor nuestras almas que el Señor y sabe lo complicado que es transformarlas, especialmente nuestra voluntad, que es la parte del alma que nos lleva a decidir entre diferentes alternativas, que acepta o rechaza personas y cosas. Por eso, cuando el Señor nos enseñó a orar, nos enseñó a dirigirnos al Padre, y uno de los puntos principales de la oración es: ***“Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”*** (Mateo 6.10).

La lucha mayor que tiene el Señor hoy es porque Sus hijos hagan Su voluntad, pero lamen-

tablemente, la mayoría de ellos, ni conocen ni hacen la voluntad del Padre, sino que, sin saberlo, se han hecho uno con satanás y hacen la voluntad de él, convirtiéndose así en opositores del Señor.

Por eso cuando el Señor Jesús habla del reino de los cielos, muestra un requisito único para entrar en él: hacer la voluntad del Padre: ***“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Mi Padre que está en los cielos”*** (Mateo 7.21). Hay un requisito único, sin el cual no es posible entrar en el reino de los cielos a la venida del Señor: hacer la voluntad del Padre.

Ahora bien, no es posible hacer la voluntad de Dios si no se conoce, y hay una única manera de conocer la voluntad del Padre: mediante revelación. Si el Señor no revela Su voluntad en el espíritu del creyente, no hay nada que hacer: ***“Todas las cosas me fueron entregadas por Mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar... que por revelación me fue dado a conocer el misterio, como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo... para que el***

Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de El” (Mateo 11.27; Efesios 3.3-4; 1.17).

Por un lado, el Señor le revela Su voluntad a quien quiere, pero por otro lado a quien busca esa revelación, pidiéndola al Padre. Como hijos de Dios debemos tener el anhelo profundo de conocer Su voluntad y rogarle que una vez nos sea revelado, sea Él quien hace Su voluntad en nosotros, porque debemos recordar que **“separados de Mí nada podéis hacer”** (Juan 15.5).

Esta es una gran carencia que existe en el cristianismo contemporáneo. Los pocos hijos de Dios que hay en el seno del cristianismo, ignoran completamente la voluntad de Dios, porque no han aprendido a tener comunión con el Padre buscando conocerlo y conocer Su voluntad. Al no conocer la voluntad del Padre, están convencidos de que el Señor los salvó para que hagan muchas obras para Él, y no se dan cuenta que todas esas obras son abominables delante del Señor.

Por esa razón, el Señor tiene una terrible declaración para todos aquellos hijos Suyos que se dedican a hacer obras para Dios fuera de la voluntad del Padre: **“Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos**

en Tu nombre, y en Tu nombre echamos fuera demonios, y en Tu nombre hicimos muchas obras poderosas? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de Mí, hacedores de iniquidad” (Mateo 7.22-23). El Señor solo puede reconocer las obras que han sido hechas en Él, bajo Su voluntad, o para decirlo más enfáticamente, las obras que Él hace en y por medio de cada creyente, cuando éste le permite al Señor obrar en él.

Aquel día es el día del Tribunal de Cristo, donde casi todos los hijos de Dios serán juzgados, conforme a las obras que hicieron mientras vivieron en la tierra, la mayoría—muchos—lamentablemente escucharán de la boca del Señor esa terrible frase descalificadora: **Nunca os conocí; apartaos de Mí, hacedores de iniquidad**

Otra palabra que nos puede ayudar a comprender aún más el asunto de hacer la voluntad del Padre lo encontramos en Lucas 6.46: **“¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que Yo digo?”**. Debemos aprender a abrir nuestros oídos para oír la palabra del Señor y en ese hablar podremos conocer la voluntad del Padre y ponerla en práctica.

Hasta aquí creo que hemos hecho un diagnóstico más o me-

nos completo, para mostrar la carencia que tenemos en cuanto al conocimiento de la voluntad del Padre, y el Señor nos ha mostrado la terrible ignorancia de la que adolecemos en cuanto a Su voluntad, pero ¿de qué nos sirve un diagnóstico sin un remedio adecuado, para sanar la dolencia que nos aqueja?

Ya hemos visto que, por un lado, el Señor revela Su voluntad a quien la busca en intimidad con Él, pero hay aún otro aspecto que debemos considerar. Hemos visto que el mayor problema de la voluntad del alma está en vivir en las obras de la carne, inoculadas por satanás desde el Huerto de Edén y a lo largo de los siglos, tales como la terquedad, la obstinación, el orgullo, la soberbia, la dureza de cerviz, la altivez y otras.

Para sanar estas dolencias, el Señor nos muestra en Su palabra un camino bien sencillo: enyugarnos con Él: ***“Tomad sobre vosotros Mi yugo, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”*** (Mateo 11.29). Tal vez sabemos qué es un yugo y enyugarnos con el Señor es permitir que Él sea nuestro Único Pastor, que sea Él quien nos gobierne, que sea Él quien suministre nuestras almas con todas Sus riquezas, que sea

Él quien marque el camino por el que hemos de andar, teniendo en cuenta que Él es el camino. Haciendo así, conoceremos Su voluntad, la pondremos en práctica y hallaremos un descanso profundo y hermoso.

Él, y solamente Él, es manso y humilde. Como hombre aprendió estas virtudes por medio del sufrimiento: ***“aunque era Hijo, aprendió la obediencia por lo que padeció”*** (Hebreos 5.8), y si nos acercamos a Él y nos hacemos uno con Él, está dispuesto a enseñarnos. ¡Corramos a Él y enyuguémonos inmediatamente! De esta manera, Cristo el Señor podrá tener Su morada también en nuestra voluntad.

El sexto componente de nuestro corazón es la emoción que está relacionada con los sentimientos que hay en nuestra alma humana. En ella también desea el Señor hacer Su morada y esto se facilita si tenemos un espíritu fortalecido, y logramos esa fortaleza cuando la pedimos al Señor, en oración.

La emoción es la función de nuestra alma, con la que amamos, repudiamos, preferimos o aborrecemos personas, cosas o actitudes. Con ella sentimos alegrías y tristezas, lloramos y reímos, nos llenamos de nostalgias y de recuerdos gratos e ingra-

tos, aunque recordar es propio de la mente, pero la emoción manifiesta estados sentimentales de diversa índole basada en los recuerdos de la mente. Con la emoción tenemos profundas satisfacciones o grandes insatisfacciones.

El deseo de Dios es que Él pueda desde nuestro espíritu llenar esa parte de nuestra alma, a tal punto que podamos cumplir el mandamiento que el Señor Jesús dijo que era el primero y como consecuencia llegar a cumplir cabalmente el segundo: “Jesús le dijo: **“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente”**. Este es el grande y primer mandamiento. Y el segundo es semejante: **“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”** (Mateo 22.37-39).

La Biblia nos dice que cuando Dios trazó un plan y ejerció Su voluntad para desarrollarlo, dándonoslo a conocer, produjo en Él un buen placer, una satisfacción inmensa: **“dándonos a conocer el misterio de Su voluntad, según Su beneplácito, el cual se había propuesto en Sí mismo”** (Efesios 1.19). A Dios le satisfizo inmensamente trazar un plan, incluir en él al hombre y revelárnoslo.

Igualmente dice la Biblia que a Dios le produjo un inmenso

placer el hecho de haber decidido predestinarnos para que lleguemos a ser Sus hijos, que es la filiación: **“predestinándonos para filiación por medio de Jesucristo para Sí mismo, según el beneplácito de Su voluntad”** (Efesios 1.5)

Así como Dios siente inmenso placer por las obras que planea y ejecuta, también desea que nosotros igualmente nos satisficemos con Sus deseos, Sus planes y Sus ejecutorias.

Una de las causas de la degradación de la iglesia consiste en que los hijos de Dios lo rechazaron a Él como el primer amor, como el centro de su vivir, como el primero en todo, y comenzó a ocurrir en la expresión de Éfeso, al comienzo de la iglesia: **“Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor”** (Apocalipsis 2.4).

Dejar el primer amor es una de las características más notables de la iglesia contemporánea, donde el Señor no ocupa el primer lugar, sino que ese lugar de privilegio está ocupado en casi todos los hijos de Dios, o por un líder llamado pastor, apóstol, reverendo, papa, obispo, hermano responsable, anciano, profeta, cura, sacerdote y muchos otros títulos; o está ocupado por una organización, por unas doctrinas y por diversos nombres que les dan a las

llamadas iglesias, pero el Señor ha sido relegado a un segundo o tercer plano.

Si deseamos ser los vencedores de la última manifestación de la iglesia, en este tiempo que antecede a la venida del Señor, necesitamos darnos cuenta de lo serio que ha sido dejar al Señor como el primero y ocuparnos de tantas cosas distintas a Él, de hacer tantos planes y obras que el Señor no ha iniciado ni que son hechos conforme a Su voluntad.

Por dondequiera que usted mire a la iglesia contemporánea en sus miles de congregaciones denominadas y libres, si tú, querido lector, tienes un mínimo de discernimiento espiritual, encontrarás que ninguna de las muchas obras que se hacen en ellas son del Señor, que nada es hecho conforme a Su voluntad, sino conforme a la voluntad de los hombres y que ninguna de las realizaciones de esos grupos complace al Señor.

Los pocos creyentes que hay en medio de los miles de falsos creyentes infiltrados en el cristianismo de hoy, no saben agrandar al Señor, no conocen Su voluntad y aunque proclaman amarlo, en realidad son opositores del Señor.

Volver al primer amor consiste, en primer lugar, en seguirlo

sólo a Él y dejar de seguir a hombres: **“las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las conduce fuera. Y cuando ha sacado fuera todas las suyas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz”** (Juan 10.3-4).

Si aspiras a ser parte de las primicias o del Hijo Varón, debes seguir al Cordero por donde quiera que va: **“Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va”** (Apocalipsis 14.4), no debes seguir a hombres ni a organizaciones.

Volver al primer amor es vivir por la unción que es el Señor mismo después de haber pasado por el proceso de encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión, entronización y glorificación. Después de pasar por todo ese proceso, Él ha venido como el Espíritu a morar en nuestro espíritu humano, para desde allí llenar nuestra alma, hasta saturarla con todas Sus riquezas, y guiarnos y enseñarnos todas las cosas que necesitamos para crecer en Él hasta llegar a la madurez: **“Y en cuanto a vosotros, la unción que vosotros recibisteis de El permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero como Su unción os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como ella os ha enseñado, permaneced en Él”** (1

Juan 2.27).

3. Arraigados y cimentados en amor

Es tiempo, amados hermanos, de volvernos al Señor; es tiempo de no seguir más a hombres, por espirituales y sabios que aparenten ser; es tiempo de no dejarnos engañar por doctrinas muertas y enseñanzas humanas y es tiempo de seguir al Señor y permitirle que Él como la unción nos guíe en nuestro diario caminar y nos enseñe todas las cosas. Vea bien que es la Biblia quien lo dice. Al escribir estos renglones no estamos inventando nada; simplemente estamos mostrando a los lectores la revelación y la visión que el Señor, en Su misericordia, nos ha mostrado y quiere mostrarte a ti. ¡No desprecies al Señor!

Todo esto tiene que ver con la necesidad que tiene el Señor de que Cristo haga Su morada, Su hogar en nuestros corazones, y por ello debemos acercarnos al trono de la gracia del Padre a pedirle que, conforme a las riquezas de Su gloria, nos conceda fortaleza en nuestro hombre interior—espíritu—, para que Cristo pueda vivir satisfecho en las seis partes de nuestro corazón: conciencia, intuición, comunión, mente, voluntad y emoción. ¡Que éste sea nuestro clamor permanente!

Un creyente genuino debe tener raíces profundas en el Señor y estar firme en Él, para que las pruebas y las dificultades por las que tiene que pasar no alteren en lo más mínimo Su amor y su fidelidad al Señor.

Ser arraigado consiste en profundizarse en la intimidad con el Señor, lo cual se logra mediante una continua comunión con Él. Un creyente que piensa cada vez más tiempo en las cosas del Espíritu, poco a poco sus raíces van ganando más profundidad en el Señor, y así como una planta que tiene raíces profundas en la tierra, absorbe sin impedimento las riquezas que ella le suministra para su nutrición apropiada y para dar fruto, así mismo, el creyente que se enraíza en el Señor, constantemente está absorbiendo Sus insondables riquezas y la producción de fruto para deleite del Señor es continua e ininterrumpida.

A esto se refiere el Señor cuando afirma en Juan 15.2: ***“Todo pámpano que en Mí no lleva fruto, lo quita; y todo aquel que lleva fruto, lo poda, para que lleve más fruto”*** (Juan 15.2). ¿Cuál es la razón, para que un pámpano no produzca fruto? Solamente hay una razón y consiste en que ese pámpano no se ha mezclado

suficientemente con la vida verdadera, no tiene la capacidad de absorber todas las riquezas que hay en Él, y como consecuencia su nutrición es deficiente, no tiene la posibilidad de absorber, disfrutar y alimentarse con las riquezas que el Señor ha puesto a su disposición.

En otras palabras, un creyente que no aprende a ejercitar su espíritu humano, sino que vive por lo que piensa en su mente, separada del espíritu, un creyente que no se acerca con confianza al trono de la gracia para obtener la gracia y la misericordia del Señor; un creyente que no gana el hábito de estar en comunión con el Señor en todos los actos, pensamientos y palabras de su vida, es un creyente que, a pesar de tener a Dios morando en su espíritu, su alma, que es su persona, no se alimenta de las riquezas del Señor y se vuelve estéril; en su vivir no hay fruto, su vida no tiene sentido y se conforma con oír un mensaje los domingos y trata de hacer lo que el pastor o el líder le dice, pero no sabe oír la voz del Señor y mucho menos obedecerla. A esta clase de creyentes se refiere el Señor cuando afirma: ***“El que en Mí no permanece, es echado fuera como pámpano, y se seca; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden”*** (Juan 15.6).

Debemos echar raíces profundas en el Señor teniendo comunión permanente con Él, y esto no es difícil; sencillamente consiste en poner nuestra mente, nuestros pensamientos en Él, en la delicia de Su persona, en Su palabra, en Su plan; y en la medida que lo hacemos, nuestras raíces van penetrando profundamente en Él y vamos saboreando y degustando cada vez más Sus inmensurables riquezas, por medio de la revelación que Él nos da en la intuición de nuestro espíritu, hasta que llega el momento en que nuestra mente y toda nuestra alma están permanentemente en Él y no hacemos nada que lo desagrade.

Como consecuencia pensamos Sus pensamientos, hablamos Sus palabras, tomamos Sus decisiones y hacemos Sus obras. Dicho de otra manera, Él piensa por medio de nuestra mente, Él habla Sus palabras por nuestra boca, Él decide todas las cosas utilizando nuestra voluntad, Él hace Sus obras por medio de nuestro ser y amamos lo que ama, rechazamos lo que rechaza, nos alegramos con Sus alegrías y nos entristecemos con Sus tristezas. Esto es muy sencillo, si decidimos practicarlo diariamente.

Este hábito se logra penetrando en nuestro aposento más

interior, donde Dios mora como el Espíritu mezclado con nuestro espíritu, para vivir en continua comunión con el Señor. Así lo afirma el Espíritu en Hebreos 4.16: **“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”**.

Pero no es suficiente echar raíces y profundizarlas en el Señor, sino que hace falta ser cimentados, lo que equivale a tener una base, un cimiento poderoso en el Señor, para que nada pueda movernos de Él.

Si vemos el ejemplo de los grandes árboles, como el eucalipto, el roble o el cedro, encontraremos que no solo sus raíces son profundas, sino que también son gruesas y robustas, porque además de la función de alimentar a todo el árbol, las raíces cumplen la función de sostener al árbol enhiesto.

Hay algunos árboles de los mencionados que alcanzan alturas hasta de sesenta metros, llegando a tener un peso de cientos y hasta de miles de kilogramos. Para sostenerse en posición vertical, un árbol de esas características necesita unas raíces muy vigorosas, de tal manera que cuando hay vientos fuertes y grandes tempestades, por más que se bambolee no cae, porque

las raíces son suficientemente poderosas para sustentarlo y no dejar que caiga por tierra.

Espiritualmente ocurre lo mismo en el creyente. Si éste no tiene raíces suficientemente fuertes en el Señor, cualesquier vientos, lluvias o ríos, lo derriban y se arruina: **“Todo aquel, pues, que oye estas palabras Mías y las pone por obra, será semejante a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero todo el que oye estas palabras Mías y no las pone por obra, será semejante a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y golpearon contra aquella casa; y cayó, y grande fue su ruina”** (Mateo 7.24-27).

En este pasaje el Señor habla de dos clases de hombres: uno prudente y uno insensato, y establece con claridad la diferencia entre los dos.

El hombre prudente es aquel que oye las palabras que salen de la boca del Señor y las pone por obra, es decir, las practica. Aunque en este y en otros libros que componen esta serie de revelaciones hemos hablado

abundantemente del tema, consideramos prudente enfatizarlo nuevamente, para los lectores que no han leído esos libros o si los han leído para que repasen, que es muy beneficioso para el crecimiento espiritual.

En el capítulo anterior de este volumen, donde hablamos de la primera de las dos grandes oraciones que Pablo liberó en la carta a los Efesios, vimos que para conocer a Dios necesitamos primero que Él se revele en nuestro espíritu humano, porque no disponemos de otra parte de nuestro ser donde podamos recibir revelación de Dios, distinta a nuestro espíritu humano. Solamente en nuestro espíritu podemos tener conocimiento de Dios.

Vimos igualmente que, una vez que hemos logrado ser revelados en nuestro espíritu, requerimos visión en nuestra alma para poder entender cuál es la esperanza a la que Dios nos ha llamado, esperanza que consiste en que lleguemos a ser como el Señor Jesús en vida y naturaleza divinas, con excepción de que no llegaremos a tener la deidad, que es exclusivamente de Él.

Igualmente requerimos comprender cuáles son las riquezas de la herencia que Él nos legó a los santos; y, en tercer lugar, debemos comprender cuál es el

poder de Dios que en Su supereminente grandeza operó en Cristo resucitándolo de los muertos, sentándolo a la diestra de la majestad en las alturas por encima del reino de las tinieblas, conformado por satanás, los ángeles caídos, los demonios y los gobernantes del mundo, incluidos todos los incrédulos; y puso a Cristo por cabeza de la iglesia.

Necesitamos revelación en nuestro espíritu y visión en nuestra alma de estas cosas, que el señor quiere que conozcamos. Si no tenemos revelación, nuestra vida de creyentes es vacía, no tiene sentido y no podemos crecer en el Señor; pero si hay revelación y no hay visión, la revelación se torna infructuosa, no tiene ningún valor, no es provechosa; pero si hay visión sin revelación, la visión no es de Dios, sino que se vuelve una visión diabólica, procedente del árbol de la ciencia del bien y del mal; su resultado será muerte. Lamentablemente de estas visiones y de muerte está lleno el cristianismo contemporáneo, inclusive los pocos creyentes genuinos que hay en medio de él.

Partamos entonces del hecho que tenemos revelación del Señor en nuestro espíritu y una visión acorde con esa revelación. Hasta aquí hemos ganado dos pasos que son muy importantes,

pero aún falta un tercero que es tan importante como los dos anteriores: la práctica de la revelación y la visión. A eso se refiere el Señor cuando afirma, **todo aquel, pues, que oye estas palabras Mías y las pone por obra.** Oír la palabra que sale de la boca del Señor es el equivalente a tener revelación y visión del Señor, pero hace falta ese tercer elemento que es fundamental: poner por obra la palabra oída, es decir, practicarla.

Si no se tiene un vivir práctico diario de la revelación y la visión recibidas, éstas se convierten en doctrinas que llenan de muerte al creyente. Este es el mayor problema del cristianismo contemporáneo. Algunos hermanos han recibido un poco de revelación en su espíritu y algunos han logrado ganar un poco de visión, pero en el vivir práctico de ellos y sus seguidores, todo ha fallado y se han llenado de doctrinas y de muerte, sin fruto para el Señor.

Satanás aprovecha esa ocasión para engañarlos, aun siendo creyentes genuinos, y hace que ellos se proclamen como los siervos del Señor, como los ungidos, montan organizaciones, dividen más la iglesia y sin saberlo se convierten en opositores de Dios y Su plan. Aunque la revelación y la visión pudieron ser

genuinas, su resultado es una pérdida enorme para el Señor y para los santos.

Hablando del hombre prudente el Señor dice que lo compara con aquel que edificó su casa sobre la roca. ¿Quién es la roca? Si eres rápido para responder dirás que la roca es Cristo. Aunque tu respuesta es acertada, es superficial e incompleta. Sí, es verdad que la roca es Cristo, pero Cristo revelado en nuestro espíritu, alumbrado en nuestra alma y realizado en nuestro vivir.

Cuando Jesús habló de Cristo como la roca lo hizo con mucha profundidad. Veámoslo en Mateo 16.16-19: **“Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús y dijo: Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino Mi Padre que está en los cielos. Y Yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré Mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y lo que ates en la tierra habrá sido atado en los cielos; y lo que desates en la tierra habrá sido desatado en los cielos”**

Pedro tuvo revelación del Padre acerca de quién es Jesús: Dios mismo. El Señor le declaró inmediatamente que esa revela-

ción no había venido de su padre en carne, Barjona, sino del Padre celestial, y Jesús complementó la revelación afirmando que él ya no sería más Simón, que quiere decir caña, sino Pedro, que es una piedra pequeña (griego *petros*).

Cuando somos simplemente humanos somos cañas y somos inútiles para la edificación de Dios, pero cuando recibimos al Señor, en la medida que andamos con Él en el espíritu y disfrutamos de Sus riquezas, vamos siendo transformados en piedras, hasta que un día nuestra constitución será de oro, perlas y piedras preciosas y seremos la Nueva Jerusalén, que no es nada distinto a la mezcla total de Dios con los hombres.

Una vez que Pedro es revelado por el Padre en cuanto a quién es Jesús y que es revelado por Jesús en cuanto a su transformación y cambio de constitución, el Señor dice: **sobre esta roca edificaré Mi iglesia.**

El Señor dice que es Él quien edificará Su iglesia y no un hombre o una organización o una doctrina. Él y solamente Él es el edificador de Su cuerpo. Igualmente la edificará sobre esta roca. ¿Qué roca es esa? No es Pedro como afirma mentirosamente el catolicismo romano.

Esa es otra mentira satánica de las miles que tiene esa religión diabólica.

La palabra griega usada para roca, en esta parte del versículo es *petra*, distinta de *petros*, usada por el Señor cuando se refirió a Pedro, y el mismo apóstol lo confirma en su primera carta: **“Acercándoos a El, piedra viva, desechada por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual hasta ser un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo”** (1 Pedro 2.4-5).

La piedra viva es el Señor Jesús, a quien debemos acercarnos; y nosotros somos piedras vivas, con las que el Señor hace Su edificación. Por eso Pedro no pide que nos acerquemos a él, sino al Señor que es la roca, la piedra viva.

Esto nos demuestra que la roca a la que se refirió el Señor con la cual edificaría Su iglesia, de ninguna manera es Pedro, sino el Señor mismo. Luego es una patraña mentirosa que satanás inventó y propaló por medio del catolicismo romano, al afirmar que Pedro fue el primer papa y que éste es el vicario de Cristo —Su representante en la tierra—. Con esta inmensa men-

tira, casi toda la humanidad ha sido vilmente engañada durante miles de años.

El vicario de Cristo en la tierra hoy es Cristo mismo, con el Padre y por el Espíritu, viviendo en cada uno de Sus hijos: ***“El que me ama, Mi palabra guardará; y Mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.”*** (Juan 14.23)

La roca sobre la cual se edifica la iglesia es Cristo mismo, pero no Cristo a secas, sino la revelación que tenemos de Su persona y de Su obra. En otras palabras, en la medida que tenemos revelación del Señor y que vivimos esa revelación, vamos siendo edificadas como piedras vivas, y a eso se refiere el Señor cuando afirma en Mateo que el hombre prudente es aquel que edifica Su casa sobre la roca: ***“Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a quien has enviado, Jesucristo”*** (Juan 17.3).

Antes de seguir adelante, es bueno ver un detalle, cuando el Señor le dice a Pedro que a él le dará las llaves del reino de los cielos: ***Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos.***

Aquí el Señor determina un principio que debemos comprender y asimilar. ***En primer lugar***, el Señor no nombró a Pe-

dro como Su sucesor, ni como papa; simplemente le dio las llaves del reino de los cielos para que abriera, entrara y ayudara a otros a entrar. ***En segundo lugar***, el Señor no le entregó las llaves del reino de los cielos a la iglesia, que está conformada por todos los hijos de Dios, sino a Pedro, que es un miembro de la iglesia.

¿Por qué el Señor le entregó las llaves del reino de los cielos a Pedro y no a toda la iglesia, que en ese pasaje estaba representada por los discípulos? Si miramos el contexto del pasaje, veremos que el Señor les preguntó a todos quién decía la gente que era el Hijo del Hombre. Ninguno distinto a Pedro tuvo la revelación del Padre que declaró que Jesús es Dios hecho hombre. Por esa razón, a Pedro le fueron entregadas las llaves del reino de los cielos.

Eso nos lleva a la formulación del principio establecido por el Señor en esa ocasión: **no hay manera de entrar en el reino de los cielos a menos que tengamos revelación del Padre, del Hijo y del Espíritu.** Si no hay revelación no hay llaves y si no tenemos las llaves no hay cómo abrir la puerta para entrar en el reino de los cielos.

Si tú querido lector deseas

entrar en el reino de los cielos, debes ir al Señor y suplicarle que te dé espíritu de revelación en el conocimiento de Él, que alumbre tu corazón para que puedas comprender la revelación, y que en Su misericordia te ayude a tener realidad en tu diario vivir de la revelación y la visión que Él te suministra, es decir, que la revelación y visión que has recibido se convierta en una práctica de tu vida. Cuando esto sea verdad, tú tendrás las llaves del reino de los cielos para entrar en él.

Volviendo al tema de edificar la casa sobre la roca, que esperamos haya quedado claro, cuando un creyente está siendo edificado sobre la revelación de la persona y de la obra del Señor Jesús, nada ni nadie puede conmovirlo: ***“Y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca”*** (Mateo 7.25).

La lluvia debe referirse a las pruebas que vienen del cielo, que el Señor permite para disciplinarnos, azotarnos y castigarnos, a fin de que seamos probados como el oro, y seamos aprobados. Si estamos edificados sobre la revelación de Cristo, por mucho que el Señor nos pruebe, permaneceremos fir-

mes, asidos de Él. El Señor dice que Él hace llover sobre justos y sobre injustos: ***“para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir Su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos”*** (Mateo 5.45).

Los vientos tienen que ver con los ataques del reino de las tinieblas conformados por ángeles caídos que están en los aires como principados, potestades, huestes de maldad y gobernadores del mundo de tinieblas. A pesar de sus ataques, si nuestra roca es el Cristo revelado y vivido por nosotros, nada podrá movernos de Él.

Los ríos tienen que ver igualmente con el reino de las tinieblas, principalmente por ejércitos de maldad, los demonios y los hombres que son uno con satanás, que no han sido salvos, entre ellos también los que ostentan los poderes gubernamentales de la tierra.

Si somos hombres prudentes que estamos sobre edificando con oro, plata y piedras preciosas, es decir, sobre la persona de Cristo revelada y vivida en nosotros, ni las pruebas del Señor, ni los ataques de satanás y su reino nos conmovrán. Observa con cuidado que todo esto consiste simplemente en oír las palabras de Dios y hacerlas: ***“Todo aquel,***

pues, que oye estas palabras Mías y las pone por obra” (Mateo 7.24).

No obstante existe la otra cara de la moneda, la otra orilla del río, que es el hombre insensato: **“Pero todo el que oye estas palabras Mías y no las pone por obra, será semejante a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y golpearon contra aquella casa; y cayó, y grande fue su ruina” (Mateo 7.26-27).**

Obsérvese que uno y otro, el hombre prudente y el insensato, oyeron las palabras del Señor. La diferencia entre uno y otro está en que el primero puso por obra las palabras del Señor, es decir, vivió esas palabras, mientras que el segundo simplemente las

oyó y se llenó de indiferencia frente a ellas.

¿No es esa la condición del cristianismo contemporáneo? Lamentablemente en casi el cien por ciento de las congregaciones cristianas y en el mismo catolicismo romano, no hay ninguna revelación ni visión de la Biblia y mucho menos existe la práctica. Entonces los pocos hijos de Dios que están en medio de ellos, están edificando su casa sobre la arena. Su resultado será una ruina inmensa.

Si el Señor nos ha mostrado estas verdades, lo hace para que nos volvamos a Él y Él pueda edificarnos sobre la roca. Haciendo así nada podrá movernos de Él y nada podrá arruinarnos. Ahora todo depende de tu decisión, querido lector.

Oraciones trascendentales (5)

9

FORTALECIMIENTO DEL HOMBRE INTERIOR (3)

4. *Comprender las dimensiones de Cristo*

El amor de Cristo, que es la persona misma de Dios, es inmensurable y el autor de la Biblia, el Espíritu Santo, trata de hacernos entender, comparándolo con las dimensiones del universo: la longitud, la altura, la anchura y la profundidad: ***“seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la altura y la profundidad”*** (Efesios 3.18).

Este versículo de la Biblia es tan profundo que es muy difícil encontrar palabras apropiadas en el idioma español para hablar de él. En primer lugar, en el universo físico y material, sólo hay tres dimensiones: longitud, altura y profundidad, pero

el Espíritu aquí habla de cuatro dimensiones: anchura, longitud, altura y profundidad. Debemos entender que el Espíritu utiliza estas dimensiones para tratar de mostrarnos lo ilimitado que es el amor de Cristo.

Entre más abarcamos y disfrutamos ese amor, encontramos que es más ancho y más largo. Mientras más caminamos en ese amor, su longitud se extiende mucho más allá de lo que podemos percibir; entre más nos profundizamos en Él, encontramos que es mucho más profundo de lo que podamos imaginar; entre más subimos en Él, notamos que Su altura está más allá de los límites que podamos imaginar. Cuando vivimos en el espíritu, en todo lugar donde nos halleemos, estamos dentro de la persona ilimitada e insondable de Cristo. ¡Qué alegría y qué paz que una persona así sea

el objeto de nuestro disfrute!

Aun así, el Señor dice: **“seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos”**. Cuando nos reunimos a disfrutar al Señor y dejamos que Él sea quien nos presida, y no tenemos nada preparado con antelación, todos y cada uno vamos disfrutando de este amor, que es más ancho que la anchura, más largo que la longitud, más alto que la altura y más profundo que la profundidad. ¡Cuán hermosa es la reunión de los santos, donde solo hay disfrute de las inmensurables riquezas del amor de Cristo!

El Señor anhela que seamos capaces de comprender con todos los santos lo ilimitado de Su amor. Cuando estamos reunidos, así sea solamente con un hermano, nuestra intención debe ser la de disfrutar de Sus insondables riquezas, de tal manera que Él sea agradado y nosotros alcancemos Su profundo placer al disfrutar de Su amor. Este es un hecho que solamente podemos experimentar, y no solo teorizar, y además nos cuesta mucho trabajo describir con palabras. Es decir, este asunto es eminentemente práctico; no podemos teorizar mucho sobre él.

5. Conocer el amor de Cristo y ser llenos de la plenitud de Dios

Dios está interesado en las tres partes del ser del hombre, y así como desea que el espíritu de Sus hijos sea plenamente fortalecido con las riquezas de Su gloria, desea que nuestro cuerpo sea transfigurado en un cuerpo espiritual, hecho que se hará realidad en la venida del Señor. Además, el Señor, tiene como propósito transformar nuestra alma llenándola con Sus riquezas que están en la gracia, y para ello es necesario que siendo fortalecido nuestro hombre interior, podamos comprender con los hermanos las dimensiones del amor de Cristo.

La oración que el Espíritu liberó a través de Pablo, una vez que hemos sido fortalecidos en el hombre interior, que Cristo habita en las seis partes del corazón, que hemos echado raíces profundas y nos hemos afirmado en la roca, y hemos comprendido las dimensiones de Cristo, continúa así: **“y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios”** (Efesios 3.19).

Dios desea darnos revelación en el espíritu y comprensión, entendimiento, en el alma y conocimiento del amor de Cristo.

La palabra declara que ese amor excede a todo conocimiento. Esto quiere decir que el amor de Cristo, que es la persona misma de Dios, porque Dios es amor, no tiene fin, no tiene fondo, no tiene límite; es insondable, es ilimitado y entre más conocemos ese amor, es más extenso; entre más lo disfrutamos, más grande es, se hace más denso, nos da más para disfrutar y para gozar.

No debemos olvidar que Dios está lleno de misterios profundos, misterios que Él desea revelar a Sus hijos, a aquellos que buscan fervientemente la revelación de Sus misterios, y en la medida que nos va revelando, el misterio se va profundizando, se va haciendo más extenso, a tal punto que ni siquiera en la eternidad podremos conocer todos los misterios de Dios. Aunque allí la revelación será continua, nunca llegaremos a conocer Sus misterios totalmente.

Dios desea que en este tiempo que vivimos en la tierra como creyentes, penetremos mediante nuestro espíritu en el Espíritu del Señor, que nos revela todas las cosas, y ganemos el hábito de obtener revelación y disfrutar la revelación. Entre más revelación y disfrute hay en la vida del creyente, más se va uniendo con el Señor, más se va fortaleciendo esa unión orgánica que Dios

desea constituir con Sus hijos. El gozo va en aumento, la vida del creyente se va tornando más placentera, más rica, más llena de emociones agradables, tanto para él como para el Señor.

De esa manera el alma se va llenando, se va saturando de las riquezas, de la persona y de la naturaleza divina de Dios, hasta el punto de que llegamos a ser llenos de toda la plenitud de Dios. Ser llenos hasta la medida de la plenitud de Dios quiere decir que, el alma humana del creyente, que fue creada como un vaso para ser lleno de las riquezas de Dios, se ha llenado hasta el borde y ya no cabe más Dios en ella.

Nuestra alma es un vaso que puede contener mucho, pero aun así es limitada y llega el punto en que está totalmente llena del Señor y ya no cabe más Dios en ella; ha sido llena hasta la plenitud, ha sido totalmente saturada por Él.

Un alma así, llena hasta la plenitud, es un alma que ha sido completamente transformada, que ha sido salva, que en todas sus áreas solo tiene lugar para el Señor. Un alma en esa condición no piensa nada distinto a los pensamientos de Dios; no toma decisiones distintas a aquello que es la voluntad de Dios; ama todo aquello que el Señor ama y abo-

recede lo que a Dios le desagrade. Un alma llena hasta la plenitud de Dios no habla ninguna palabra que no venga de Dios y no hace ninguna obra, por insignificante que sea, que no sea parte de las obras que Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas. Un hijo de Dios que es lleno hasta toda la plenitud de Dios nunca tendrá ni obrará sus propios planes, sino que en todo momento estará sometido a los planes, deseos y obras del Señor.

Es necesario e imprescindible que todos los hijos de Dios lleguemos al estado de ser totalmente llenos de Su plenitud; solamente que hay distintas épocas para lograrlo. Algunos hijos de Dios lo logran mientras viven en la tierra, antes de la Gran Tribulación, o si ya murieron lo hicieron mientras vivieron en la tierra. Éstos serán el Hijo Varón.

Los que estén viviendo para el comienzo de la Gran Tribulación y aprovecharon el tiempo para llenarse del Señor y alcanzaron la plenitud, serán transfigurados en sus cuerpos y arrebatados vivos al trono de Dios como las Primicias.

Aquellos que cuando llegue la Gran Tribulación no sean arrebatados, porque no se llenaron hasta la plenitud de Dios, tendrán que pasar por casi todos

los tres años y medio de la Gran Tribulación y ellos serán una multitud de toda tribu, lengua y nación que nadie podrá contar, pero que en ese tiempo, aunque relativamente corto, serán juzgados por el Señor y serán llenos de Él, para ser los vencedores que salen de la Gran Tribulación; ellos habrán vencido a la bestia, su nombre, su marca y su número y también podrán reinar con el Señor: ***“Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de toda nación y tribu y pueblo y lengua, que estaban de pie delante del trono y del Cordero, vestidos de vestiduras blancas, y con palmas en las manos... Y uno de los ancianos tomó la palabra, y me dijo: Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? Yo le dije: Señor mío, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus vestiduras, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en Su templo; y Aquel que está sentado sobre el trono extenderá Su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de***

ellos... Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían salido victoriosos sobre la bestia y su imagen y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios. Y cantan el cántico de Moisés, esclavo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son Tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son Tus caminos, Rey de las naciones. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará Tu nombre? pues sólo Tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y adorarán delante de Ti, porque Tus justos juicios se han manifestado" (Apocalipsis 7.9, 13-17; 15.2-4).

Tú puedes ver, apreciado lector, que es una multitud tan grande que no es posible contarla. Esto quiere decir que la inmensa mayoría de los creyentes que estén vivos pasarán por la Gran Tribulación. En otras palabras, no hay el arrebatamiento pre tribulacionista, ni medio tribulacionista ni post tribulacionista de toda la iglesia, que plantean los teólogos del cristianismo, sino que el arrebatamiento tiene varias etapas¹.

De otro lado, aquellos que durante su vida no fueron trans-

formados, es decir, no alcanzaron a ser llenos de la plenitud de las riquezas de Cristo en sus almas, tendrán mil años para alcanzarlo. Resucitarán muy cerca del final de la Gran Tribulación, serán juzgados en el Tribunal de Cristo y serán echados a las tinieblas exteriores, donde llorando y crujiendo los dientes, alcanzarán, lo que los otros creyentes, los vencedores, alcanzaron durante su vida en la tierra.

Una vez más, queridos santos, el Señor pone las cartas sobre la mesa y nos muestra caminos bien claros y definidos. Si tú decides delante del Señor que quieres ser un vencedor participando de las Primicias, o del Hijo Varón, o viviendo y sufriendo en la Gran Tribulación, o si quieres ser transformado en el milenio, viviendo sin poder tener el disfrute de Dios durante mil años, el Señor respetará tu decisión y lo hará según tu voluntad. ¡De ti depende!

6. Es el Señor quien lo hace

Llegando a la conclusión de esta preciosa oración, el Señor dice: ***"Ahora bien, a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos, según el poder que actúa en nosotros"*** (Efesios 3.20).

Nada de lo que el Señor desea

1. Este tema es tratado con amplitud en el libro ***Los vencedores: Las Primicias, el Hijo Varón y los Vencedores de la Gran Tribulación***, del mismo editor.

de nosotros, podemos hacerlo por nuestra cuenta o con nuestras fuerzas, porque no somos más poderosos que la hierba del campo y que la flor de la hierba que por la mañana es y por la tarde ya no existe: ***“Que todo mortal es hierba, y toda su gloria es como la flor del campo. La hierba se seca, y la flor se marchita; porque el viento de Jehovah sopla sobre ella. Ciertamente el pueblo es hierba. La hierba se seca, y la flor se marchita; pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre”*** (Isaías 40.6-8).

Aquí está la diferencia entre vivir en la carne y vivir en el espíritu. Un creyente que vive en la carne planea y ejecuta muchas obras para Dios y se esfuerza en su naturaleza caída, para agradarlo. Todo resulta en decepción y fracaso.

Un creyente que vive en el espíritu no trata de hacer nada para Dios, no planea obras grandes o pequeñas para Él, ni hace ingentes esfuerzos para agradarlo; simplemente dedica el tiempo de Su vida a disfrutar de las innumerables riquezas que el Señor ha dispuesto en Su gracia y que hoy están todas, completas, en el espíritu de cada uno de los hijos de Dios. Un creyente así vive pleno de gozo, de paz y de alegría, y en todas sus actitudes expresa y agrada al Señor.

Al concluir la oración, el Espíritu no dice que nos esforcemos en cumplir todo esto que Dios pide de nosotros, sino que por el contrario afirma que el Señor, quien es poderoso y tiene la capacidad de hacer las cosas mucho más abundantemente de lo que pensamos y pedimos, lo hará: ***“Fiel es el que os llama, el cual también lo hará”*** (1 Tesalonicenses 5.24).

Es tiempo de detenernos de hacer tantas cosas para el Señor como hace el cristianismo.

El Señor no creó al hombre para que se esforzara por hacer cosas para Él, ni siquiera para sí mismo. Fíjate bien que el arduo trabajo vino después de la maldición que Dios profirió sobre la tierra, después de la caída del hombre en el Huerto de Edén: ***“Y al hombre le dijo: “Por cuanto obedeciste a la voz de tu esposa y comiste del árbol que te había prohibido, maldita será la tierra por tu causa. Con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. “Espinos y cardos te producirá, y comerás las plantas del campo. “Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra de donde fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás””*** (Génesis 3.17-19).

Antes de que el hombre cayera Dios deseaba que el hombre comiera y se deleitara con

los árboles que Él había hecho brotar de la tierra, que eran deliciosos para comer y agradables a la vista. Si bien es cierto que antes de que el hombre cayera, Dios lo había puesto en el Huerto para que lo labrara y lo guardara, también es cierto que ese trabajo estaba lleno de deleite y la tierra sobreabundaba, porque aún no había sido maldecida.

Aun después de la caída, encontramos dos tipos de seres humanos que viven, uno conforme a la carne y otro conforme a Dios: Caín y Abel. El primero obtenía los frutos de la tierra que estaba maldita, mediante su esfuerzo y el sudor de su frente. Con esos frutos trataba de agradar a Dios y Dios no se satisfizo, ni de su persona ni de su ofrenda.

En cambio, Abel se dedicó a cuidar ovejas, pero él no las cuidaba para su sustento, sino para ofrecerlas en sacrificio de olor grato a Dios.

En otras palabras, Caín trató de agradar a Dios mediante su esfuerzo humano, pero Abel agradó a Dios cuidando ovejas para ofrecerlas a Él en sacrificio de olor grato; agradó a Dios: ***“Y aconteció que al transcurrir el tiempo, Caín trajo al SEÑOR una ofrenda del fruto de la tierra. También Abel, por su parte, trajo de los primogénitos de sus ovejas y de la grosura de los***

mismos. Y el SEÑOR miró con agrado a Abel y a su ofrenda, pero a Caín y su ofrenda no miró con agrado” (Génesis 4.3-5).

Hoy persisten esas dos líneas. La línea de Caín está conformada por los incrédulos que engañados por satanás, viven en alguna religión, practicando un sin número de ritos, convencidos de que con ellos agradan a Dios; igualmente está conformada esa línea por creyentes, también engañados por satanás, que hacen tantos esfuerzos, que practican tantas cosas, que ejecutan tantas obras poderosas, convencidos de que eso agrada al Señor, y no se dan cuenta de que todas esas cosas son abominables y profundamente desagradables para el Señor. Esta línea pertenece al árbol de la ciencia del bien y del mal y tiene como resultado la muerte; su fin es el lago de fuego o las tinieblas de afuera con lloro y crujiir de dientes.

La otra línea, la de Abel, conformada por una pequeña minoría de creyentes, son aquellos que no hacen ningún esfuerzo por hacer obras que agraden al Señor, sino que simplemente, de manera íntima y secreta, se dedican a disfrutar al Señor, abren su ser para que Él los llene cada día de todo lo que es, tiene y ha logrado. Estos hijos de Dios logran la conclusión de la oración

liberada por el Espíritu Santo a través de nuestro hermano Pablo: ***“a Él sea gloria en la iglesia y en Cristo Jesús, en todas las generaciones por los siglos de los siglos. Amén”*** (Efesios 3.21).

7. El Señor es glorificado

Vivir de esta manera, en un continuo disfrute de la gracia del Señor, que contiene todas las riquezas que Él ha depositado en nuestro espíritu, glorifica al Señor, y esa glorificación dura por todas las edades por los siglos de los siglos.

Glorificar al Señor no es gritar “gloria al Señor”; no es lo que hacen algunos líderes del

cristianismo que gritan: ***“a su nombre”***, y la congregación responde: ***“gloria”***. Esas son vanas repeticiones que ofenden y deshonran al Señor; esa es la línea de Caín; eso tiene como resultado la muerte. Glorificar al Señor es buscar que Él nos llene, disfrutando Sus riquezas y permitiendo que Él exprese Su esencia, Sus virtudes y Su obra de redención a través de nosotros. Esta es la línea de la vida eterna y tiene como resultado que seamos vencedores, reinemos con Él en el reino de los cielos y al final de éste, vivamos en la Nueva Jerusalén por la eternidad. ¡Que en nuestro diario vivir podamos glorificar al Señor!

Oraciones trascendentales (6)

1
0

LA ORACIÓN DEL SEÑOR JESÚS (1)

Hasta aquí el Señor nos ha abierto Su corazón y nos ha revelado puntos muy importantes acerca de la oración que lo complace, la oración que es hecha conforme a Su voluntad, la oración que sale de Su trono de gracia y regresa a Él: *“Otro Ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para que lo ofreciese junto con las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono. Y de la mano del Ángel subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos”* (Apocalipsis 8.3-4).

Sin embargo, la revelación no se ha detenido y Él quiere darnos un poco más, para que tengamos más fruto y para que

sigamos agradándolo, y quiere llevarnos en este capítulo a disfrutar la oración pronunciada por el Señor Jesús en Juan 17, la cual contiene entre muchos aspectos, el asunto de la unidad. Consideraremos cada uno de esos aspectos.

Leamos al respecto: *“Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a Tu Hijo, para que Tu Hijo te glorifique a Ti; como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a quien has enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra, acabando la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame Tú junto contigo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el*

mundo fuese. He manifestado Tu nombre a los hombres que del mundo me diste; Tuyos eran, y me los diste, y han guardado Tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de Ti; porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de Ti, y han creído que Tú me enviaste. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque Tuyos son, y todo lo Mío es Tuyo, y lo Tuyo Mío; y he sido glorificado en ellos. Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y Yo voy a Ti. Padre santo, guárdalos en Tu nombre, el cual me has dado, para que sean uno, así como Nosotros. Cuando estaba con ellos, Yo los guardaba en Tu nombre, el cual me has dado, y Yo los guardé; ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliese. Pero ahora voy a Ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan Mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les he dado Tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad; Tu palabra es verdad. Como Tú me enviaste al mundo, así Yo los he

enviado al mundo. Y por ellos Yo me santifico a Mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en Mí mediante la palabra de ellos, para que todos sean uno; como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros; para que el mundo crea que Tú me enviaste. La gloria que me diste, Yo les he dado, para que sean uno, así como Nosotros somos uno. Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en unidad, para que el mundo conozca que Tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a Mí me has amado. Padre, en cuanto a los que me has dado, quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean Mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo. Padre justo, aunque el mundo no te ha conocido, Yo te he conocido, y éstos saben que Tú me enviaste. Y les he dado a conocer Tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y Yo en ellos”.

Al Padre y en el espíritu

La primera actitud que tiene Jesús al hacer esta oración es levantar los ojos al cielo. Muchos piensan que esta actitud tiene que ver con mirar hacia arriba,

como si el cielo fuera un lugar físico, o como si pudiese encontrarse orientándose en el sentido de los puntos cardinales. Otros incluso afirman que Jesús abrió los ojos y que se debe orar con los ojos abiertos.

El hecho de que Jesús haya levantado los ojos al cielo, no se refiere a un asunto físico, de mirar arriba o abajo, sino que Él como hombre estaba dirigiendo Su oración al Padre que está en el trono y el trono está en el cielo; aunque el Padre también está en Jesús. Eso declara Juan en Apocalipsis 4. ***“Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo... Y al instante yo estaba en el espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado”*** (vs. 1, 2). Cuando Jesús oró al Padre lo hizo en Su espíritu humano; como hombre entró en comunión con el Padre en el trono de la gracia.

Una vez más el Señor nos enseña que toda oración debemos dirigirla al Padre y para orar debemos entrar en nuestro espíritu humano y llegar en él al trono de la gracia. En ese trono seremos suplidos con Su gracia y Su misericordia para orar conforme a Su voluntad, para orar Sus oraciones y no las nuestras.

Igualmente, Jesús está reconociendo en el Padre Su condi-

ción de Dios y Él reconociéndose como hombre; está humillándose, asumiendo en la oración una actitud de humildad y de dependencia absoluta de Su Padre.

La glorificación de Dios en la tierra

Inmediatamente el Señor añade: Padre, la hora ha llegado; glorifica a Tu Hijo, para que Tu Hijo te glorifique a Ti. Desprevenidamente podemos pensar que cuando Jesús ora esta frase estaba muy preocupado por la muerte que tendría que sufrir, pero Su preocupación no estaba centrada en la muerte por la que tenía que pasar, sino porque el Padre fuera glorificado, es decir, porque Dios fuera manifestado en la tierra, porque la gloria de Dios alcanzara la tierra. Para que Dios fuera glorificado en la tierra era necesario que el Hijo fuera glorificado en el Padre.

Hemos afirmado, en la exposición de la revelación que el Señor nos ha entregado, que la gloria es el ámbito, el ambiente en el cual Dios vive y se mueve. Dios nunca actúa, ni está fuera de Su gloria, y Su ambiente de gloria nunca puede ser penetrado ni permeado por nada inmundo.

Sin embargo, el Señor Jesús como Hijo de Dios, se despojó

de la gloria para hacerse hombre, se despojó de Su gloria para encarnarse y vivir entre la humanidad como hombre: ***“Haya, pues, en vosotros esta manera de pensar que hubo también en Cristo Jesús, el cual, existiendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a Sí mismo, tomando forma de esclavo, haciéndose semejante a los hombres”*** (Filipenses 2.5-7). Cuando Jesús se hizo hombre, se despojó de Su gloria, para vivir entre una humanidad caída, en la que no estaba la gloria de Dios.

Ahora, para poder retomar Su gloria, era necesario que esa humanidad a la que se había unido mediante Su nacimiento como hombre, muriese, para destruir la humanidad caída que estaba despojada de la gloria de Dios: ***“porque todos han pecado, y carecen de la gloria de Dios”*** (Romanos 3.23). Una vez que esa vieja humanidad fue terminada por medio de la muerte del Señor, Él tiene una humanidad nueva, sin pecado, sin ninguna relación con satanás, dispuesta para entrar en la gloria.

Por esa razón Él ora al Padre y le dice que ha llegado la hora en que el Hijo sea glorificado para que el Padre sea glorificado en Él. La muerte de Jesús garantizaba que la humanidad podía

salir de la sentencia que Dios había determinado sobre ella, en el Huerto de Edén, en caso de que el hombre decidiera unirse a satanás comiendo del árbol de la ciencia del bien y del mal, como efectivamente ocurrió; y una vez liberado de esa situación, Jesús como hombre podía entrar en la plenitud de la gloria, que como Dios tenía antes de que el mundo existiera y de que en Adán hubiese entrado el pecado.

Después el Señor en Su oración le dice al Padre que Él le había dado autoridad sobre toda carne para darle vida eterna y explica en qué consiste la vida eterna: ***como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a quien has enviado, Jesucristo.***

Es necesario observar cuidadosamente que la vida eterna no es dada a todos los hombres, sino a aquellos que el Padre ha determinado dar al Hijo: ***para que dé vida eterna a todos los que le diste.*** En otras palabras, y de acuerdo con la Biblia, el Señor escogió a un determinado número de hombres y mujeres y los predestinó para hacerlos Sus hijos, recibiendo la vida eterna: ***“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que***

nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor... Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el Primogénito entre muchos hermanos” (Efesios 1.3-4; Romanos 8.29).

De otro lado, la vida eterna no es algo que sale de Dios solamente, sino que es Dios mismo, es decir, Dios se ha dado a nosotros como vida, porque es una de las características de Su esencia: Dios es vida y vida eterna. Esa vida eterna se hace realidad conociendo al Padre y al Hijo que Él ha enviado: **“Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a quien has enviado, Jesucristo”**. Hay que tener en cuenta que el conocimiento referido no es un conocimiento mental sino espiritual, aquel conocimiento que se da en nuestro espíritu y por revelación, tal como lo hemos tratado en el capítulo 3 de este libro: **“Todas las cosas me fueron entregadas por Mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”** (Mateo 11.27).

Cuando el Padre es revelado

en Sus hijos por medio del Espíritu y de acuerdo con el querer del Hijo, el Padre, el Hijo y el Espíritu, es expresado por medio de los creyentes y Dios es glorificado en la tierra.

Esa es la razón por la cual el Señor profiere inmediatamente estas frases: **“Yo te he glorificado en la tierra, acabando la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame Tú junto contigo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese. He manifestado Tu nombre a los hombres que del mundo me diste; Tuyos eran, y me los diste, y han guardado Tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado proceden de Ti; porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de Ti, y han creído que Tú me enviaste”** (Juan 17.4-8).

El Hijo glorifica al Padre, por lo menos en dos aspectos, que consideraremos a continuación:

1. Haciendo la obra que el Padre le dio

Jesús como hombre, mientras vivió en carne, nunca hizo nada distinto a las obras que el Padre le dio que hiciese y en eso glorificó al Padre: **“¿No crees que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí? Las palabras que Yo os**

hablo, no las hablo por Mi propia cuenta, sino que el Padre que permanece en Mí, El hace Sus obras. Creedme que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí; y si no, creedme por las mismas obras” (Juan 14.10-11).

Este es un claro ejemplo para los hijos de Dios hoy. No debemos inventar obras y hacerlas, creyendo que con eso estamos agradando y glorificando a Dios. Lo agradamos solamente andando por el espíritu en las obras que Él ha preparado de antemano, para que caminemos en ellas: **“Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”** (Efesios 2.10).

Tampoco glorificamos a Dios como acostumbran a hacer algunas congregaciones del cristianismo, creyendo que darle la gloria a Dios es gritar individual o corporativamente: *“gloria a Dios, gloria a Dios”*, o como en sentido cacofónico enseñan algunos líderes gritando: *“a su nombre”* y la congregación responde al unísono: *“gloria”* y así lo hacen un buen número de veces. Estas son vanas repeticiones similares a los rezos del catolicismo del ave maría y otros rezos propios de esa religión, que en nada glorifican al Señor, sino que exaltan a satanás y a su

reino de tinieblas.

Esas repeticiones son parecidas a los mantras que usan las religiones orientales.

Jesús como hombre, siempre se limitó a hacer las obras que el Padre le dio que hiciese, nada hizo por iniciativa propia, sino que en todas Sus obras dependió del Padre y trabajó con el Padre. En otras palabras, como Él lo declara en Juan 14, quien en verdad hacía las obras de Jesús era el Padre. El Señor Jesús nada hizo separado del Padre; nada hizo que no fuese hecho por el Padre; todo lo hizo el Padre en Él y a través de Él.

Este es un magnífico ejemplo para nosotros hoy, y especialmente para los líderes del cristianismo contemporáneo, que están llenos de obras y de hechos en los que el Padre no tiene ninguna participación, pues hacen un sin número de obras que en lugar de glorificar al Padre, lo ofenden y se oponen a Su plan. Con sus obras exaltan a satanás.

Bueno es recordar y orar Efesios 2.10, hasta que esa palabra sea una realidad que los hijos de Dios vivamos a diario: **“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”**.

2. Manifestando el Padre a los discípulos

El segundo aspecto en que el Señor Jesús glorificó al Padre es en manifestar el nombre del Padre a los discípulos: ***“He manifestado Tu nombre a los hombres que del mundo me diste; Tuyos eran, y me los diste, y han guardado Tu palabra”*** (Juan 17.6).

El Señor vuelve a enfatizar el hecho de que el Padre le ha dado unos hombres para que fuesen de Él. Todos nosotros estábamos en el mundo y pertenecíamos al reino de las tinieblas, éramos uno con satanás y andábamos de acuerdo con él, obedeciendo lo que nos mandaba y siendo enemigos de Dios; pero Dios en Su misericordia, amor y longanimidad para con nosotros, nos rescató del reino de satanás y nos trajo a Él: ***“Y vosotros estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, del espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros nos conducíamos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás; pero Dios, que es rico en***

misericordia, por Su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvos), y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús” (Efesios 2.1-6).

Aun antes de que Él hubiese creado cosa alguna, escogió a algunos seres humanos y los hizo Suyos, entre los cuales estamos tú y yo, y cuando el Hijo se manifestó en carne, el Padre se los entregó para que les diera a conocer el nombre del Padre, para que infundiese en ellos Su palabra y para que ellos la guardaran, como efectivamente ocurre hoy con algunos de los hijos del Señor, y como ocurrió con la mayoría de los discípulos que anduvieron con Jesús mientras estuvo en carne.

Dar a conocer el nombre del Padre no tiene nada que ver con que Jesús hubiese dicho que el Padre tuviese un nombre especial, sino que un nombre hace referencia a la persona misma de quien lo ostenta, y Jesús, manifestó al Padre, expresándolo y glorificándolo en Su vivir diario, y en esto consiste que Él les haya dado a conocer el nombre del Padre, en que en todo el vivir de Jesús siempre fue expresado el Padre con Sus atributos y virtudes.

No solo ellos recibieron el nombre del Padre y la palabra, sino que tenían un claro conocimiento de que todas las cosas que Jesús había recibido no son de Él, sino que tienen como origen al Padre, porque proceden del Padre: **“Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de Ti”** (Juan 17.7). Jesús como hombre, nunca hizo nada que no se originara en el Padre. Sus palabras y Sus hechos todos se originaron en Dios; nada fue de Su propia iniciativa, nada hizo independiente del Padre, nada dijo que no lo hablara el Padre a través de Él, nada pensó que no estuviese centrado en el Padre, ni que no fuera originado en el Padre.

He aquí el gran desvío del cristianismo, que se manifiesta en una profunda degradación de la iglesia. Los cristianos de hoy tienen tantas obras, hablan tantas palabras, elaboran tantos planes y opinan de tantas maneras, que en nada de eso está, ni se manifiesta el Padre, porque Él no está en sus múltiples actividades. El cristianismo hace obras separados del Padre.

Quiera el Señor abrir los ojos de los muchos genuinos hijos de Dios que hay en la tierra, y puedan tener revelación acerca de la palabra de Juan 17. Si hubiese revelación y visión de esta palabra, si los velos fuesen quitados,

seguramente el Señor podría hacer mucho para concluir Su plan, podría ganar un gran número de Sus hijos para que lo sigan solamente a Él, levantaría las Primicias y Su venida no tendría por qué dar más espera.

Cuando el Señor dice que los discípulos han conocido que todas las cosas que el Padre le dio proceden del Padre, está afirmando que los discípulos habían tenido revelación en su espíritu y visión en su alma, procedentes de Dios.

Una vez más el Señor nos muestra la gran carencia del cristianismo contemporáneo. Entre los hijos de Dios que están en medio de la iglesia degradada no hay revelación ni visión procedentes de Dios, por eso ellos no pueden conocer si las cosas que hacen y dicen proceden del Padre o se originan en la ambición de los líderes, y lo que es más terrible, proceden de satanás, lo que en verdad ocurre en casi todos los casos.

El Señor Jesús siendo Dios y hombre, en Su condición humana, recibió las palabras de Dios, las dio a Sus discípulos y ellos las recibieron: **“porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de Ti, y han creído que Tú me enviaste”** (Juan 17.8).

Esto es glorificar al Padre, permitir que el Padre sea manifestado no solo en Jesús, sino también en Sus discípulos. Por su parte los discípulos recibieron Sus palabras, las guardaron, las vivieron y llegaron a conocer que el Señor Jesús había salido del Padre y que el Padre lo había enviado.

Cuando el Señor usa la frase “**salí de tí**”, la preposición **de**, es traducida de la preposición griega **pará**, que tiene el significado de dos preposiciones: **de** y **con**, lo cual debería traducirse **de contigo**.

¿Qué quiere decir esto? Que **el Señor además de salir del Padre vino con el Padre**, que el Padre nunca se separó del Hijo y cuando el Hijo vino, vino con el Padre y el Padre vino con el Hijo, porque es imposible que entre el Padre y el Hijo haya separación. Este conocimiento lo tenían los discípulos mediante revelación que les otorgó el Padre. Cuando el Hijo vino, también vino el Padre y nada hizo en la tierra separado del Espíritu; todas Sus obras fueron hechas por el Espíritu Santo: **“Pero si Yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, entonces ha llegado a vosotros el reino de Dios”** (Mateo 12.28).

Este es un profundo y gran misterio que no podemos com-

prender totalmente con nuestra mente, pero debemos aceptarlo y disfrutarlo para evitar caer en el triteísmo que reina en casi todo el cristianismo, donde se habla, de manera tácita e inconsciente de la separación del Padre, del Hijo y del Espíritu, como tres dioses.

Tampoco podemos caer en el error de los llamados unitarios, quienes enseñan que el Padre existió en el pasado y que dio lugar al Hijo y que ahora el Hijo ha desaparecido para dar lugar al Espíritu Santo. Tanto unos como otros están en orillas totalmente equivocadas. Los primeros son triteístas, porque de manera inconsciente afirman que hay tres dioses y los segundos niegan que el Padre sea Dios eternamente, que el Hijo sea Dios de eternidad a eternidad y que el Espíritu Santo sea Dios por la eternidad.

Los tres de la Deidad son Dios eternamente y ninguno de ellos desaparece para dar lugar al otro, sino que cuando uno se manifiesta lo hace con los otros dos, pues nunca se pueden separar.

Tratar de comprender esto en nuestra mente, que hace parte del alma, es necedad. Solamente aceptemos la verdad de que Dios es Uno y solamente Uno y a la vez es tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que cuando ven-

ga lo perfecto, es decir cuando el Señor venga, y nuestra alma haya sido totalmente transformada y nuestro cuerpo transfigurado, se nos revelarán todos los misterios y conoceremos todas las cosas tal como Dios las ha concebido: ***“mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte quedará anulado... Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré plenamente como fui conocido”*** (1 Corintios 13.10, 12).

Sobre estos puntos necesitamos mucha misericordia y revelación del Señor. En la medida que nos acercamos a Él en nuestro espíritu, que entramos en nuestro aposento más interior y que cerramos la puerta para tener comunión con nuestro querido Padre, tendremos más revelación sobre el particular, y mientras más revelación haya en nuestro espíritu y visión en nuestra alma, más expresaremos al Padre y mientras más lo expresemos Él será más glorificado y la oración que hizo el Señor Jesús será una realidad en el universo.

***EL SEÑOR NO ORÓ
POR EL MUNDO
SINO POR LOS DISCÍPULOS***

Un gran error que comete el cristianismo contemporáneo

es pensar que Dios tiene algún interés en el mundo y por esa equivocación hacen considerables esfuerzos, profieren muchas oraciones y edifican obras colosales, para tratar de ganar al mundo, cuando Dios no tiene ningún interés en ganarlo.

Leamos bien y oremos lo que el Señor afirma en Su oración: ***“Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque Tuyo son, y todo lo Mío es Tuyo, y lo Tuyo Mío; y he sido glorificado en ellos. Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y Yo voy a Ti. Padre santo, guárdalos en Tu nombre, el cual me has dado, para que sean uno, así como Nosotros. Cuando estaba con ellos, Yo los guardaba en Tu nombre, el cual me has dado, y Yo los guardé; ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliese”*** (Juan 17.9-12).

Atendamos bien a estas dos pequeñas frases: ***“Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo”***. El Señor no está rogando por el mundo, ni por la gente que es del mundo, porque a Él no le interesa el mundo, ya que el mundo es enemistad contra Dios y las cosas que están en el mundo no proceden del Padre: ***“Adúlteros, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que de-***

cide ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios... Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vana gloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo” (Santiago 4.4; 1 Juan 2.16).

Reiteramos que Dios no tiene ningún interés en el mundo ni en la gente que está en él y que pertenece al mundo. Si bien es cierto que algunos hijos de Dios estuvieron en el mundo, anduvieron conforme a la corriente del mundo, también es cierto que el Señor los había escogido desde la eternidad antes del tiempo, y cuando vino el tiempo predeterminado por Él, los llamó y los sacó del mundo y ya no pertenecen a él, ya no son parte del mundo ni son uno con el mundo.

Debemos tener claridad de que el reino de las tinieblas además de estar conformado por satanás, los ángeles caídos y los demonios, también está integrado por los hombres que no han sido escogidos por Dios que viven en el mundo y están conformados al mundo. En cambio, los creyentes somos parte del reino de la luz, del reino del Hijo del amor, porque el Señor nos sacó del mundo y nos trasladó al reino del amor, el reino de la luz: **“el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y**

trasladado al reino del Hijo de Su amor” (Colosenses 1.13).

Por esa causa el Señor Jesús no rogó por el mundo, ni ruega por él, entonces ¿por qué debemos hacer nosotros lo que no agrada a Dios ni Él hace? ¿Para qué esas oraciones vanas en las que los cristianos piden que el mundo sea mejor, que los gobernantes sean justos, si no será así? Todo el mundo está bajo el maligno y nadie que esté en el mundo escapa de él: **“Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está en el maligno”** (1 Juan 5.19).

Quienes vivimos en esta tierra tenemos una disyuntiva: o somos hijos de Dios o somos hijos del diablo. Eso les dijo el Señor a los judíos en Juan 8.44: **“Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer”**. Y nadie puede venir al Hijo si el Padre no lo trae: **“Ninguno puede venir a Mí, si el Padre que me envió no le atrae”** (Juan 6.44). Por más esfuerzos que tú hagas, si una persona no ha sido escogida por el Señor, nunca será salva. Lo que tienes que aprender es a entrar en tu espíritu para que el Señor te indique quiénes han sido escogidos, para que Él los llame y los atraiga al Hijo, no a tu congregación, a tu grupo o a tu **“iglesia”** particular, sino al Señor.

Si acostumbras a tener comunión con el Señor, a vivir en el trono de la gracia, en tu lugar más interior, enyugado con Él, no dudes de que el Señor te mostrará a quiénes ha escogido, tú fluirás desde tu espíritu la palabra del Señor y esa persona creará, será salva y se volverá al Señor. Pero si alguien no ha sido escogido desde antes de la fundación del mundo, por más esfuerzos que se hagan, nunca vendrá al Señor: ***“según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor... Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el Primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”*** (Efesios 1.4; Romanos 8.29-30).

Una vez más insistimos en que el Señor no ruega por el mundo, sino por Sus discípulos, es decir, por aquellos que el Padre ha escogido antes de la fundación del mundo y los ha dado al Hijo. Así es que sus vanas oraciones deben cambiar y debe orar conforme al deseo y al corazón del Señor.

El Señor al rogar por Sus discípulos y no por el mundo, expone una razón que debe llenarnos de satisfacción, de gozo, de paz y de amor por el Señor: ***“porque Tuyos son, y todo lo Mío es Tuyo, y lo Tuyo Mío”*** (Juan 17.9-10). Nosotros somos de Dios, siempre hemos sido de Él, pues nos escogió desde antes de la fundación del mundo. Por ese hecho somos del Padre y del Hijo, pertenecemos a Él, somos de Su exclusiva pertenencia y así mismo, Él nos pertenece a nosotros.

Igualmente, el Señor ruega por nosotros, porque Él se ha glorificado y se glorifica en los Suyos, es decir, Él se expresa por medio nuestro, porque vive en nosotros y paulatinamente va llenando nuestra alma de Sus riquezas, hasta que estando pletóricos de ellas, las manifestamos: ***“y he sido glorificado en ellos”*** (Juan 17.10). ¡Cuánta ternura, amor y benevolencia hay en la oración que el Señor hace al Padre pidiendo por los Suyos! Podríamos escribir millones de líneas y nunca agotaríamos tanta riqueza que hay en estas sencillas palabras del Señor. Cada día podemos disfrutarlas hasta que seamos llenos de ellas y vivamos Su realidad.

Oraciones trascendentales (7)

I

I

LA ORACIÓN DEL SEÑOR JESÚS (2)

El asunto de la unidad (1)

En los versículos subsiguientes, hasta el final del capítulo 17, el Señor Jesús sigue liberando Su maravillosa oración con respecto a Sus discípulos, y queremos disfrutar, aunque sea en una pequeña medida cada una de Sus palabras: “Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y Yo voy a Ti” (Juan 17.11).

Para entender estas frases es necesario entender la diferencia que hay entre el mundo y la tierra. La tierra es el planeta que Dios creó para poner en ella al hombre y llevar a cabo Su propósito. Cuando Dios creó al hombre, lo puso en el Huerto de Edén para que lo labrara y lo guardara: “Tomó pues Jehová Dios al hombre, y le puso en el jardín de Edén, para que lo labrara

y lo guardase” (Génesis 2.15). ¿De quién debía ser guardado el Huerto? Lógicamente de satanás, sus ángeles caídos y los demonios, que en ese entonces ya existían.

Sin embargo, Adán no cumplió cabalmente el encargo del Señor y permitió que satanás entrara en el Huerto y se posesionara de él y del ser del hombre. Cuando satanás logró esta entrada, a partir de ahí estableció en la tierra un sistema diabólico que la Biblia identifica como el mundo y que hace al hombre enemigo de Dios.

El mundo es un sistema diabólico que pretende resolver las necesidades básicas del hombre, de sustento, diversión y seguridad, y por dondequiera que veas ese sistema, lo encontrarás encaminado a resolver estas tres necesidades del hombre. De paso, el mundo te esclaviza,

te impide que te relaciones con Dios y te constituye enemigo de Él.

Esta es la razón por la cual tú encuentras que todas las personas que están en el mundo viven en esclavitud, luchando por obtener el sustento—comida, y abrigo—, por mitigar su deseo insaciable de placer y por encontrar seguridad para sus vidas. El mundo, aparentemente suple estas tres necesidades, pero nunca sacia la sed de ellas y al final su oferta se convierte en un engaño, porque mucha gente no tiene cómo suplir su sustento, y quienes lo tienen no están totalmente satisfechos; por más diversiones que hay en el mundo, quienes acceden a ellas jamás se satisfacen, y el mundo no es un lugar donde se pueda vivir con seguridad.

De otro lado, quienes confiamos plenamente en el Señor, quienes estamos ocupados en Su reino y Su justicia, tenemos con seguridad el suplemento de las necesidades básicas, porque el Señor sí las otorga, y más abundantemente de lo que esperamos y pedimos: ***“Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús... Ahora bien, Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos, según el po-***

der que actúa en nosotros... No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos? Porque los gentiles buscan con afán todas estas cosas. Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Por lo tanto, buscad primeramente el reino de los cielos y el hacer lo que es justo delante de Dios, y todas esas cosas se os darán por añadidura” (Filipenses 4.19; Efesios 3.19; Mateo 6.31-33)

Es verdad que el mundo está en la tierra, pero la tierra no es el mundo. Por eso el Señor dice: Y ya no estoy en el mundo. Esto no quiere decir que Él abandonaría la tierra y se iría para no estar más en ella. Lo que el Señor quiere decir es que, al morir, resucitar, ascender, ser entronizado y entrar en la gloria, el mundo, el sistema diabólico, no podría tener ningún contacto ni relación con Él; ni siquiera pudo afectarlo mientras vivió en carne.

Dios vive en gloria y nada in-mundo puede penetrar la gloria del Señor. Cuando el Señor fue a la cruz, el mundo fue crucificado y perdió toda influencia sobre Él. Esta es la genuina interpretación de las palabras del Señor cuando afirma que Él ya no está en el mundo y que va al Padre.

Inmediatamente el Señor aña-

de: **“mas éstos están en el mundo, y Yo voy a Ti”** (Juan 17.11). El Señor Jesús está preocupado por nosotros y en Su oración ruega al Padre que nos guarde del maligno, porque aún estamos en el mundo. Si bien es cierto que el Señor mediante Su muerte venció la totalidad del mundo, nosotros aún tenemos carne, nuestro proceso de transformación está en camino y somos afectados por el mundo. A diferencia del Señor Jesús, cuando nacimos, nacimos con la naturaleza de pecado y fuimos esclavos del mundo durante casi toda nuestra vida. Aunque hoy tenemos al Señor Jesús morando en nuestro espíritu, aun el mundo puede afectarnos si no somos cuidadosos y salimos del espíritu.

El hecho de que Él vaya al Padre no quiere decir que Él y el Padre estuviesen separados, porque esa separación es imposible: **“Yo y el Padre uno somos... Porque el que me envió, conmigo está; Él no me ha dejado solo, porque Yo hago siempre lo que le agrada”** (Juan 10.30; 8.29).

Tampoco quiere decir que el Señor se fue al cielo y envió a cambio al Espíritu Santo como Su reemplazo, pues esto lo afirma la mayoría del cristianismo. Ellos dicen que el Padre está en el cielo, el Hijo estaba en la tierra, pero que luego Él se fue al

cielo y el Espíritu Santo se quedó en la tierra reemplazándolo. Esta es una interpretación superficial y carnal de la Biblia.

Algunos argumentarán diciendo que en Hechos 1 el Señor fue ascendido y lo ocultó una nube y que nunca más regresó. Eso es verdad, pero no debemos olvidar que la noche de la resurrección, Él se sopló como el Espíritu Santo, y se quedó a morar por siempre en el espíritu de los Suyos: **“Y habiendo dicho esto, sopló en ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”** (Juan 20.22).

Igualmente, antes de morir, dijo a los discípulos que, si lo amaban y guardaban Sus mandamientos, Él haría morada con el Padre en ellos: **“Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, Mi palabra guardará; y Mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”** (Juan 14.23).

En la misma ocasión dijo que rogaría al Padre para que les diera otro Consolador, que estuviera con ellos para siempre y para que les enseñara todas las cosas. Inmediatamente replica que Él no los dejaría huérfanos: **“Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de realidad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis,**

porque permanece con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vengo a vosotros... Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en Mi nombre, Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que Yo os he dicho” (Juan 14.16-18, 26).

Cuando Jesús viene no viene solo, viene con el Padre y el Espíritu Santo. Cuando el Espíritu Santo viene, no está solo, sino con el Padre y el Hijo. Cuando el Padre está presente, lo está con el Hijo y con el Espíritu. Los Tres son Uno y esa unidad no se puede disolver.

El hecho de que Jesús vaya al Padre quiere decir por un lado que vuelve a la gloria que tuvo con el Padre antes de que el mundo fuese, y por otro lado que, como hombre, logró todo lo que Dios se había propuesto para redimir al hombre y ahora como hombre es glorificado en la gloria del Padre.

Así como es verdad que Jesús ascendió al cielo, también es verdad que Él permanece en Sus hijos como el Espíritu, y el Padre permanece con Él. En otras palabras, el Hijo con el Padre y por el Espíritu mora en el espíritu de los creyentes y desde allí está llenando el alma para transformarla. Por eso el Señor declaró en Juan 14.23, 16-20: **“El que me**

ama, Mi palabra guardará; y Mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él... Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de realidad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque permanece con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vengo a vosotros. Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque Yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en Mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros”.

La noche de la resurrección el Señor vino a Sus discípulos y se sopló en ellos como el Espíritu Santo para morar eternamente en ellos y el día de Pentecostés descendió como el Espíritu de poder para investirlos, para uniformarlos y vivir siempre con ellos y con nosotros: **“Y habiendo dicho esto, sopló en ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo... Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas, como de fuego, que se repartieron asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo”** (Juan 20.22; Hechos 2.2-4).

En pocas palabras, Jesús as-

cendió al cielo, al trono de gloria para ser glorificado y a la vez se quedó en nosotros Sus hijos con el Padre y como el Espíritu.

De otro lado, cuando Él ascendió, no lo hizo solo, sino que nos llevó en Su ascensión y nos sentó junto con Él en lugares celestiales: **“y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús... voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez, y os tomaré a Mí mismo, para que donde Yo estoy, vosotros también estéis... Padre, en cuanto los que me has dado, quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo”** (Efesios 2.6; Juan 14.2-3; Juan 17.24)

A continuación, el Señor suplica al Padre: **“Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu Nombre, en ese Nombre que me has dado, para que sean uno, como lo somos nosotros”** (Juan 17.11).

Aquí el Señor pide que el Padre guarde a los discípulos en el nombre del Padre. ¿Cuál es ese nombre? Indudablemente no es Padre, porque un hombre que es padre, además de serlo tiene un nombre que lo identifica. Entonces Padre es una función de Dios, porque Él tiene muchos hijos, pero Padre no es un nombre. Para verlo, no tenemos

que ir muy lejos, solamente entrar en la sencillez de la palabra buscando revelación en el Señor. Inmediatamente el Señor añade: **en ese Nombre que me has dado**. Observe bien que el Señor declara que el Padre le dio al Hijo Su nombre, y ¿cuál es el nombre del Hijo? **Jesús**. Entonces, ¿cuál es el nombre del Padre? No cabe duda: **Jesús**.

Esperamos que no te escandalices, sino que creas la palabra de Dios. Ahí está en la Biblia, no estamos inventando doctrinas, solamente nos estamos ciñendo al Espíritu y a la Biblia, que mezclados, son la palabra de Dios.

Una vez más el Señor insiste que aquellos que son Sus discípulos, le han sido dados por el Padre y Él anhela que el Padre los guarde en Su nombre, y no debemos olvidar que ese nombre es la persona misma. En otras palabras, el Señor Jesús oró para que el Padre nos guardara dentro de Él y nosotros vivimos dentro del Padre, el Hijo y el Espíritu. Igualmente Él vive dentro de nosotros.

Existe en el idioma español una palabra apropiada para explicar este hecho: **coínerencia**, la cual podemos hacerla un verbo: **coínerer**. Dos cosas o personas que coíneren significa que uno está dentro del otro y

no hay posibilidad de ser separados. Decir que el Padre, el Hijo y el Espíritu son coherentes, es lo mismo que decir que el Padre está dentro del Hijo, el Hijo está dentro del Espíritu, el Hijo está dentro del Padre y dentro del Espíritu y el Espíritu está dentro del Padre y dentro del Hijo. ¿Entiendes esto? Bueno, yo tampoco lo entiendo a cabalidad, pero lo he disfrutado por cerca de treinta años y es maravilloso que nuestro Dios Padre Hijo y Espíritu Santo sean coherentes.

Pero aún hay algo más elevado y excelso: que no solo nuestro amado Dios es coherente, sino que nosotros somos coherentes con Él. Es decir, el Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo vive dentro de nosotros y nosotros vivimos dentro de Él. A eso se refiere el Señor Jesús cuando clama al Padre: ***Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu Nombre.***

Y aquí está, según nuestro parecer, el asunto más importante y destacado que el Señor trata en Su oración: ***para que sean uno, como lo somos nosotros.*** Querido hermano, abre bien tus ojos espirituales para que veas y tus oídos interiores para que oigas y procura conocer en tu espíritu y entender en tu alma, la sencillez de estas palabras. El Señor dice que anhela que Sus discípu-

los sean uno, así como ellos son uno.

Una vez más el Señor insiste sobre la unidad de la Deidad, enfatizando el hecho de que Él y el Padre son uno, porque no hay más que un Dios que a la vez es Padre, Hijo y Espíritu, como la Biblia lo reitera en múltiples ocasiones, por ejemplo, en Mateo 28.19: ***“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”***. Sería interesante preguntar aquí de cuántos nombres habló el Señor. Si eres descuidado responderás que habló de tres nombres, pero observa que no dice los nombres, sino en el nombre (uno, singular).

Hay un solo nombre, pero hay tres: El Padre, el Hijo y el Espíritu, y en el versículo de Juan 17 que estamos considerando, habla de uno y de nosotros. ¿Puedes entender esto? Yo tampoco, pero lo creo, lo proclamo, lo hago realidad y lo disfruto. Dios, el único Dios, nuestro Dios en quien creemos, es uno y solamente uno y a la vez es tres.

Esta es la base para la genuina unidad, la unidad de la que habla el Señor: ***para que sean uno, como lo somos nosotros.*** La unidad no puede darse de la manera como pretende el cris-

tianismo degradado, en torno al papa, al pastor, al reverendo o al líder; tampoco hay unidad en torno a unas doctrinas aparentemente bíblicas y mucho menos se da la unidad alrededor de una organización.

La unidad se da en torno a la persona del Dios Uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El Espíritu Santo hablando de la unidad por medio de nuestro hermano Pablo afirma: ***“diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”*** (Efesios 4.3). El Espíritu nos dice que la única unidad que debemos guardar es la unidad del Espíritu, no la de la congregación, ni la unidad denominacional, ni la unidad de la doctrina, ni la unidad del líder llamado papa, pastor, reverendo, obispo, profeta, apóstol, hermano responsable, líder, ungido de Dios, anciano u otros apelativos.

Para guardar la unidad genuina, la que se origina en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que son uno, debemos vivir en la única comunión, que es la del Hijo Jesucristo nuestro Señor, a la cual todos los hijos de Dios fuimos llamados por el Padre: ***“Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión de Su Hijo, Jesucristo nuestro Señor”*** (1 Corintios 1.9).

Guardar la unidad del Espíritu es tan sencillo, como son sencillas todas las cosas del Señor. Consiste simplemente en que cada uno de los creyentes aprenda y practique ser uno en su espíritu humano con el Espíritu de Dios.

Sabemos que Dios como el Espíritu mora en el espíritu humano de cada creyente; el problema está en que los cristianos ignoran el morar del Señor en ellos y viven como si Dios no viviera en su espíritu. Pero si nos habituamos a tener comunión con el Señor en nuestro espíritu, a oír Su voz, a obedecerlo en lo que Él nos pide y a agradarlo, espontáneamente, sin saberlo, estamos guardando la unidad del Espíritu y eso trae paz entre nosotros, con Dios y con nosotros mismos.

Si un hermano determinado es diligente en ser uno en su espíritu con el Espíritu y otro hermano hace igual y otro y otro, esos hijos de Dios están guardando la genuina unidad, la unidad del Espíritu, y en esos santos el Señor tiene el camino apropiado para hacer Su obra, para hacer lo que le agrada y para llevar adelante Su plan.

Guardando la unidad del Espíritu, fácilmente vendrá la unanimidad, es decir, serán uno en

el alma, y así los hermanos que guardan la unidad del Espíritu tendrán el mismo pensamiento, el mismo sentir y el mismo deseo; pensamiento, sentir y deseo que no será el de un hermano determinado, el de un líder, sino el pensamiento, el sentir y el deseo del Espíritu: **“Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en un mismo sentir y en un mismo parecer”** (1 Corintios 1.10). Así llegaremos a ser uno como son uno el Padre y el Hijo en el Espíritu.

Después, en el versículo 21, el Señor recaba en el tema de la unidad: **“para que todos sean uno; como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros; para que el mundo crea que Tú me enviaste”**. En este versículo el Señor muestra la esencia y el camino que lleva a la unidad. Primero Él dice que en el Padre y el Hijo hay un ejemplo y una realidad de la unidad, porque el Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre y los dos son el Espíritu. Esta es la coherencia. El Padre está dentro del Hijo y el Hijo está dentro del Padre y no pueden separarse, no hay como romper esa unidad, en ella es imposible una ruptura: **“como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti”**.

Para que los hijos de Dios, lo

discípulos del Señor sean uno y vivan en unidad, es necesario estar en ellos, dentro del Padre y del Hijo y esa unidad es posible solamente si aprendemos a vivir en el Espíritu y por el Espíritu y a andar por ese Espíritu: **“Digo, pues: Andad por el Espíritu, y así jamás satisfaceréis los deseos de la carne... Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”** (Gálatas 5.16, 25).

Insistimos que las unidades que han hecho los hombres son unidades falsas. Por ejemplo, el catolicismo romano tiene una unidad basada en el papa, a quien proclaman como el representante de Cristo en la tierra, y sus feligreses y sus ministros, engañados por satanás, no se dan cuenta de que no hay ningún papa en la Biblia, que el Señor nunca tuvo el más pequeño pensamiento de establecer tan diabólico personaje y que todas las doctrinas del catolicismo y sus prácticas son una soterrada adoración a satanás, a los ángeles caídos, a los demonios y a los hombres.

La iglesia ortodoxa de oriente es una iglesia católica muy parecida a la romana, solamente que sus papas, es decir sus patriarcas, que son cuatro principales, no son tan conocidos como el de Roma, pero igualmente están llenos de idolatría y de enseñan-

zas de demonios.

Y por el lado del protestantismo, el tema no tiene mucha variación. Aunque los que profesan esa religión no adoran ni veneran imágenes ni estampas, sí idolatran a sus líderes, no siguen al Señor y siguen un gran número de doctrinas, que, aunque son aparentemente bíblicas, no se originan en el Espíritu y vienen a tener las mismas raíces de las dos iglesias católicas. Sus unidades son falsas y mentirosas, porque ellos no son uno con el Espíritu, es decir, no guardan la unidad del Espíritu.

Por eso el Señor dice que también ellos, el Padre, el Hijo y el Espíritu estén en Nosotros. La unidad de los hijos de Dios no la alcanzan las organizaciones por grandes y excelentes que parezcan ser; tampoco se puede llegar a la unidad siguiendo a un líder, pequeño o grande, ni se alcanza la unidad teniendo como base algunas doctrinas y enseñanzas aparentemente bíblicas. Todas estas son poderosas herramientas que satanás ha usado a lo largo de los siglos y con ellas ha logrado engañar a todos los religiosos e inclusive a la gran mayoría de los creyentes, los hijos de Dios, que están en medio de ellos.

La verdadera unidad, la única

unidad, la genuina unidad solo es posible cuando los hijos de Dios estamos dentro del Padre y el Hijo por el Espíritu, y esa unidad llevará a que las gentes que están en el mundo crean que el Señor Jesús es enviado por el Padre y que solamente Él es Su enviado y no existe ni podrá existir otro enviado.

Si miramos un poco al interior de cada religión, cada una propala la enseñanza de que su dios ha enviado a un hombre como su profeta. Por ejemplo, el islamismo proclama que Mahoma es su profeta, enviado por alá y que ascendió al cielo. El budismo habla de Siddhartha Gautamábuda— como el iluminado enviado de Dios; igualmente ocurre con Zoroastro. En cada religión hay uno o varios enviados por su dios.

No podemos descartar en esa sarta de mentiras a todo el cristianismo. El catolicismo romano proclama que el papa es el representante de Dios en la tierra y sus enseñanzas son infalibles, entre otras miles de mentiras que sostiene esa religión. Para los católicos orientales de Europa, los patriarcas de Constantinopla, Antioquía, Alejandría y Jerusalén son los pequeños papas que rigen esas iglesias, mientras que en el protestantismo son miles los enviados, de-

nominados como siervos de Dios, reverendos, doctores, apóstoles, ungidos y un gran número de títulos, por los que tratan de demostrar que ellos son los enviados.

Pero el Señor en Su oración no profirió palabras tales como, para que el mundo crea en mis enviados, sino para que el mundo crea que Tú me enviaste. Esta es una clara demostración de que solo hay uno que fue enviado por el Padre: Su Hijo Jesucristo. **No hay más enviados, solamente Él.**

Podrás refutar diciendo que en la Biblia hay algunos pasajes donde el Señor envió a los discípulos, y tienes toda la razón. Es más, todos los hijos de Dios somos Sus enviados, pero ni los primeros discípulos, ni nosotros fuimos enviados por el Señor para hacer discípulos para nosotros y montar una organización religiosa particular, para que sus miembros sean nuestros seguidores. Leamos lo que dice el Señor al respecto: ***“Id, pues, y haced discípulos entre todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado: y he aquí que estoy yo con vosotros siempre, hasta la consumación del siglo”*** (Mateo 28.19-20).

Ten en cuenta algunos detalles que hay en estos versículos: **en primer lugar**, el Señor envió Sus discípulos, a que hicieran discípulos entre todas las naciones, pero no discípulos para ellos, sino para el Señor. Por eso inmediatamente después afirma: ***bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo***. La preposición ***en***, usada en la frase en el nombre, es traducida de la preposición griega ***eis***, que, quiere decir, ***dentro de***. En otras palabras, el Señor Jesús envía a Sus discípulos para que entre las naciones hagan discípulos y al bautizarlos los introduzcan dentro del nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, no en una determinada organización cristiana.

Observa la coherencia de este hecho con el contenido de la oración del Señor en Juan 17 cuando afirma: ***que también ellos estén en Nosotros***. Esta es una demostración contundente del camino y la forma que el Señor tiene para lograr la unidad de los Suyos. Hacerla o no hacerla y vivirla o no, depende de ti. El Señor nos ha revelado con toda claridad cuál es Su camino. Tú tienes el balón en tu campo. Mira bien cómo lo juegas.

Si guardamos esa unidad que el Señor desea y que está esperando que nosotros le permita-

mos realizar, ni siquiera el mundo tendrá excusa para negar que el Único enviado por el Padre sea el Señor Jesucristo.

En los versículos de Mateo 28 que transcribimos, el Señor hace una afirmación más, que no debemos dejar pasar desapercibida. Él ordena a los Suyos que además de hacer discípulos introduciéndolos dentro del nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, deben enseñarles que guarden todas las cosas que Él ha mandado. Una vez más llamamos la atención del lector para que sea cuidadoso con los detalles.

El Señor pide a los discípulos que enseñen a los nuevos discípulos las cosas que Él les ha mandado, no las que a ellos se les ocurra o imaginen. Este es el gran problema del cristianismo: las enseñanzas que imparten a sus correligionarios no son las palabras y los mandamientos del Señor, sino las ocurrencias de los líderes. Tantas doctrinas y tantas enseñanzas hay en el cristianismo y en ellas no está el Señor, porque no se originan en la revelación del Señor en el espíritu de quienes fungen de líderes.

Finalmente, en ese pequeño pasaje el Señor remata: **“y he aquí que estoy yo con vosotros siempre, hasta la consumación**

del siglo”. Es bien curioso que Mateo no termine su evangelio hablando de la ascensión del Señor, sino con la frase que acabamos de transcribir.

Lógicamente esto no quiere decir que el Señor no haya ascendido, porque Su ascensión es un hecho tan cierto como Su encarnación, vivir humano, muerte y resurrección, sino que, debido a que Mateo fue encargado por el Espíritu de hablar en su evangelio acerca del reino de Dios y del reino de los cielos, es necesario mostrar que aunque el Señor ascendió, por otro lado se quedó en Sus discípulos para ejecutar Su obra de establecer Su reino en la tierra y para eso está con nosotros todos los días hasta que el siglo sea consumado, es decir, hasta que Él venga nuevamente a la tierra de manera visible, para reinar sobre ella con Sus vencedores.

Al afirmar que está con Sus discípulos siempre, hasta la consumación del siglo, implica que es el Señor quien hace Sus obras por medio de ellos, y no son los discípulos quienes hacen sus obras separados del Señor.

Oraciones trascendentales (8)

1

2

LA ORACIÓN DEL SEÑOR JESÚS (3)

El asunto de la unidad (2)

La oración del Señor en Juan 17 es tan cuidadosa y completa que Él tuvo en cuenta a aquellos que creeríamos en Él por medio de la palabra de los que allí estaban presentes: ***“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en Mí mediante la palabra de ellos”*** (v. 20). ¡Qué hermoso es el Señor, cuán amoroso y cuidadoso, que hace ya 2000 años se acordó de nosotros y rogó al Padre!

Y el Señor vuelve a enfatizar el asunto de la unidad, y lo hace en los mismos términos del versículo 11, donde pide no solamente por los que estaban

allí en ese momento: ***“para que todos sean uno; como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros; para que el mundo crea que Tú me enviaste”*** (Juan 17.21). ¿Por qué este énfasis del Señor? Porque Él conocía las muchas disculpas que esgrimirían los cristianos en los siglos posteriores, argumentando miles de excusas para no guardar la unidad.

Ellos alegan que en la iglesia primitiva el número de creyentes era menor, que las naciones donde había creyentes eran pocas, que las congregaciones eran reducidas en número y muchos otros argumentos. Pero ignoran que la Cabeza y el Líder de la iglesia es el Señor Jesús y no los hombres, y aunque haya millones de creyentes y cientos de países

y miles de lugares, Él es poderoso para encabezarlos, guiarlos y gobernarlos a todos, si Sus hijos aprenden a seguir la unción que mora dentro de ellos: ***“Y en cuanto a vosotros, la unción que vosotros recibisteis de Él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero como Su unción os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como ella os ha enseñado, permaneced en Él”*** (1 Juan 2.27).

Seremos genuinamente uno, si aprendemos a seguir la unción que está dentro de nosotros, sin importar si somos diez o cien o mil o millones. Él es poderoso para guardar la unidad de Su iglesia, Su cuerpo.

Es insensato buscar la unidad fuera del Padre, el Hijo y el Espíritu. Solamente cuando los creyentes decidan vivir dentro del Dios Tres-Uno, alcanzarán la unidad.

Es igualmente insensato buscar la unidad en el catolicismo romano, “iglesia” que se considera una, católica y apostólica, y están unidos en torno al papa, a sus herejías y a sus mentiras. Esa “iglesia” es una, pero una con satanás, y no hay mayor fuente de degradación, de engaño y falsificación que la que proporcionan el catolicismo romano y el catolicismo ortodoxo

de oriente. Esa diabólica organización es en verdad la madre de las rameras de la que habla Apocalipsis 17.5: ***“y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA”***.

Debido a que es madre, tiene hijas e hijos, hay dos muy destacadas a lo largo y ancho de la tierra: el catolicismo ortodoxo oriental y el protestantismo. En esas tres organizaciones llamadas cristianas, nadie es uno con el Padre y el Hijo como dice el Señor en Su oración de Juan 17, y si no hay esa unidad con Él, no hay una genuina unidad y toda unidad que ellos propalan se vuelve una unidad con satanás, y se oponen a Dios.

Para que se llegue a la genuina unidad con el Padre y el Hijo y por el Espíritu, el Señor mostró algunos elementos en Su oración, que bien vale la pena considerar.

En primer lugar, para llegar a la unidad con Dios es necesario recibir la palabra de Él y guardarla: ***“Yo les he dado tu palabra”*** (Juan 17.14). Observa bien lo que el Señor dice, en el sentido de que Él no les dio a los discípulos cualquier clase de palabra sino la palabra del Padre, la palabra de Dios, que es la persona misma del Señor Jesús

y es el Espíritu: **“En el principio era la Palabra, y la Palabra era con Dios, y la Palabra era Dios. Esta era en el principio con Dios”** (Juan 1.1, 2).

Las organizaciones religiosas cristianas se jactan de tener la palabra de Dios, pero están muy lejos de poseerla. Ellos tienen mucha palabrería, algunas veces con base aparente en la Biblia, pero esa no es la palabra de Dios. Sí, es verdad que la palabra de Dios está en la Biblia, y que Dios no hace ni dice nada que contradiga la Biblia, pero también es verdad que la Biblia sin el Espíritu Santo, sin revelación en el espíritu humano del creyente y sin visión en su alma, es letra que mata, que produce muerte: **“el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, ministros no de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, mas el Espíritu vivifica”** (2 Corintios 3.6).

El cristianismo está lleno de un sin número de doctrinas sin vida, que producen muerte, que no edifican a quienes las escuchan y las practican, que no hacen que el creyente llegue a ser uno con el Padre y con el Hijo, y en consecuencia no producen la genuina unidad.

Es por esta razón que en el complemento del versículo el Señor afirma: **“y el mundo los**

aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Juan 17.14). El cristianismo de hoy está totalmente amoldado al mundo y todas las palabras que hablan y las obras que hacen están diseñadas para agradar al mundo, no para agradar al Padre. Quienes recibimos la palabra del Señor y procuramos crecer en ella, somos aborrecidos por el mundo y en este caso en ese mundo se incluye al cristianismo.

Cuando tenemos revelación en nuestro espíritu y luz en nuestra alma, somos aborrecidos aún por los mismos creyentes que están subyugados por satanás en el cristianismo. Si esa es tu condición amado lector, procura hacer realidad la oración que el Señor hizo por ti hace veinte siglos.

Aunque nosotros estamos en el mundo, no somos del mundo, no pertenecemos a Él, no necesitamos nada de Él y entre más la gente mundana nos aborrezca, entre mayor sea la furia de satanás contra nosotros, es señal inequívoca de que el Padre se agrada de nosotros.

Es por eso por lo que el Señor Jesús añade en Su oración: **“No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno”** (Juan 17.15). Mien-

tras vivimos en esta tierra estamos en el mundo, no podemos evitar estarlo. A diario tenemos contacto con las gentes que están en el mundo, que aman el mundo, y debemos orar al Señor para que le impida al maligno usar el mundo para contaminarnos y para sustraernos del Señor. Nuestro vivir es un vivir de estar escondidos en Dios con Cristo y el mundo no puede tocarnos: **“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”** (Colosenses 3.3).

Nosotros ya morimos con Cristo y uno de los aspectos de nuestra muerte fue con respecto al mundo. Ahora estamos en resurrección, disfrutando la preciosa obra de redención realizada por nuestro amado Jesús y vivimos en resurrección y para Él: **“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí... Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”** (Gálatas 2.20; 6.14).

Aunque estamos en el mundo, en realidad vivimos como si no estuviésemos en él. Un ejemplo en este caso nos será de mucha utilidad: un barco de gran calado está en el mar, está sobre el

mar, pero el mar no está ni sobre, ni dentro del barco. El día que el mar logre penetrar en el barco sufrirá un daño muy grande y será echado a pique. De la misma manera, nosotros estamos en el mundo, pero el mundo no está en nosotros, porque el Señor Jesús lo eliminó con Su muerte y nos dio plena libertad. Hoy el Señor nos guarda del maligno y de su corrupto sistema llamado el mundo.

Luego el Señor reafirma esta verdad diciendo: **“No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”** (Juan 17.16). Mientras el Señor vivió en carne por más de treinta años, estuvo en el mundo, pero el mundo nunca pudo penetrar en Él, por el contrario, en todo Su vivir humano, continuamente venció al mundo: **“Estas cosas os he hablado para que en Mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero tened valor, Yo he vencido al mundo”** (Juan 16.33).

¿Y cómo podemos vencer hoy al mundo? En Su oración, el Señor nos muestra el camino: **“Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”** (Juan 17.17). El camino para ser guardados del mundo y del maligno, es la santificación. Y ¿qué es la santidad? Seguramente, cada lector tendrá un concepto de la santidad. Algunos dicen que ser santo es no co-

meter pecados, otros dicen que la santidad consiste en no contaminarse con nada que ofenda a Dios y hacen grandes esfuerzos, que terminan siempre en un rotundo fracaso. Logran guardar su “santidad” por un poco de tiempo y luego les pasa lo de la cerda, que después de lavada de revuelca en el cieno o lo del perro que come su propio vómito: **“Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno”** (2 Pedro 2.22).

La santidad no se logra porque no pequemos, o porque no nos contaminemos, o porque no toquemos, no hagamos, no miremos; ni tampoco porque hagamos ingentes esfuerzos para comportarnos de determinada manera, que es considerada por la religión como santidad.

Para poder entender el asunto de la santidad, debemos saber que en el universo solamente hay un ser que es santo, y ese ser es nuestro Dios. Él es separado de todo lo que es común, de todo lo que es inmundo y de todo lo que contamina, y Él tuvo el amor y la misericordia de pasar por el proceso de encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión, entronización y glorificación, para entrar en nuestro espíritu humano y morar

en él por la eternidad.

Desde que entró en nuestro espíritu nos hizo partícipes de Su santidad, porque se mezcló con nosotros, y dejamos de ser inmundos para llegar a ser santos. Por eso Pablo, guiado por el Espíritu Santo, nos escribió en ese sentido: **“a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, los santos llamados, con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro”** (1 Corintios 1.2).

Aquí el Espíritu Santo declara sin ambages que somos santificados y somos santos. Y somos santos porque el Señor que es santo vive en nosotros.

No obstante, la santificación no es instantánea, sino que es un proceso dinámico que dura por lo menos toda nuestra vida aquí en la tierra, o mil años del reino venidero. En la medida que lo buscamos, el Señor va llenando nuestra alma desde nuestro espíritu y en la medida que la va llenando de Él, la va santificando, porque la va llenando con Su esencia santa y santificadora.

Esto quiere decir que la santidad no es algo que logramos con nuestros esfuerzos, pues todos ellos son vanos, sino que vamos siendo santos en la medida

que disfrutamos las insondables riquezas de Cristo y permitimos que Él nos vaya llenando de Su naturaleza santa. Entre más llenos somos de la persona de Cristo en nuestra alma, vamos siendo más santificados, hasta que alcanzamos Su nivel de santidad, es decir somos la misma santidad, que insistimos, no es nada distinto a la persona del Dios en quien creemos y a quien amamos.

Llegar a la plena santidad no es nada diferente a llegar a estar completamente saturados de Dios, y todos los hijos de Dios tenemos que llegar a ese estado, bien sea en esta era que vivimos aquí en la tierra, en los tres años y medio de la Gran Tribulación o en el milenio, pero todos llegaremos a obtener la plena santidad de Dios. En la medida en que somos santificados no pecamos, no nos contaminamos con nada. La santificación es nuestro blindaje contra satanás, el mundo y el pecado.

Es por eso por lo que tú, amado lector, debes abandonar los conceptos religiosos que has aprendido sobre la santidad, y volverte al Señor para disfrutar de Sus estupendas riquezas. En la medida que Él sature tu alma, vas siendo santo, santo y más santo. Si no lo haces ahora, tendrás que ser santificado o en

la Gran Tribulación si estás vivo para entonces; o en el milenio.

Con nuestro cuerpo no hay problema, porque será transformado, transfigurado y santificado en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, cuando venga el Señor: ***“en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transfigurados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad”*** (1 Corintios 15.52-53).

De otro lado cuando el Señor afirma que nuestra santificación se da por medio de la verdad y que la verdad es Su palabra, está llevándonos nuevamente a la necesidad de alcanzar revelación de Su palabra en nuestro espíritu y visión en nuestra alma. En la medida que la Palabra del Señor, que es el Espíritu, fluye por nuestro ser, se convierte en algo así como un poderoso caudal de agua que va eliminando todas las inmundicias, todas las cosas ajenas a Dios y a nuestra humanidad y va agregando a nuestro ser la naturaleza divina y santa de nuestro Señor: ***“Cristo amó a la iglesia, y se entregó a Sí mismo por ella para santificarla, purificándola por él lavamiento del agua en la palabra, a fin de***

presentársela a Sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin defecto” (Efesios 5.25-27).

Debemos recordar que cuando Dios creó a Adán era un vaso totalmente limpio, sin ninguna mancha, completamente puro y totalmente apto para recibir al Señor; pero, lamentablemente, satanás penetró en el hombre y lo contaminó, le añadió su naturaleza y lo corrompió.

Ahora Cristo ha venido en carne, ha muerto y con Su muerte ha aniquilado todas las cosas que pertenecen a la naturaleza satánica; después de Su muerte ha resucitado y se ha depositado en el espíritu de Sus hijos y desde ahí está fluyendo como la palabra, como el Espíritu, como el agua, y por medio de ese fluir está eliminando todas las cosas inmundas que satanás depositó en el hombre y está limpiando nuestra humanidad para que vuelva a ser ese vaso limpio que el Señor creó inicialmente y así podamos llenarnos de la naturaleza divina. Esa naturaleza humana, totalmente pura, mezclada con la naturaleza divina y santa de Dios es el nuevo hombre, en el cual debemos vivir los hijos de Dios hoy.

Mientras vivimos en esta tierra estamos en el mundo y pare-

ciera que estamos en riesgo de ser contaminados por el mundo, pero las palabras que el Señor profiere en Juan 17.15, son muy dicientes en cuanto a nuestra situación frente al mundo: **“No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno”**.

Algunas versiones al español traducen este versículo como que los guardes del mal, traducción que es incompleta, porque no debemos olvidar que a Dios no le interesa si lo que decimos, pensamos y hacemos es bueno o malo, porque tanto el bien como el mal pertenecen al árbol de la ciencia del bien y del mal, árbol que representa la persona y la naturaleza de satanás. A Dios le interesa que nuestros pensamientos palabras y obras se originen en Él, que está representado por el árbol de la vida.

En otras palabras, el mundo que es el sistema diabólico, mediante el cual satanás atrapa a las personas, tiene cosas buenas, muy buenas y excelentes, a la vez que tiene cosas malas, muy malas y ruines, y todas tienen como fuente a satanás y su reino de tinieblas.

Por eso el Señor ora al Padre rogando por nosotros: No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno.

no. Estar en el mundo no es ni debe ser ningún problema para los hijos de Dios, el problema está en que seamos atacados y engañados por el maligno. Para evitarlo, el Señor Jesús ya rogó por nosotros al Padre para que nos guarde del maligno. Lo que debemos hoy es hacer realidad esta oración en nuestro diario vivir. Aún más, debemos orar al Padre contra satanás, para que el Padre lo maldiga y aplaste y destruya su reino de tinieblas.

Inmediatamente después el Señor ratifica una verdad que debemos hacerla nuestra realidad cada día: ***“No son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo”*** (Juan 17.16). Debemos vivir esta palabra diariamente: nosotros estamos en el mundo, pero no pertenecemos a Él, no tenemos nada en él y él nada tiene en nosotros.

Nosotros somos de Cristo, pertenecemos al Padre y estamos y vivimos en el Espíritu. Hoy podemos decir con toda confianza las palabras que Él dijo al respecto del príncipe del mundo: ***“No hablaré ya mucho con vosotros: porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en Mí”*** (Juan 14.30).

Si estamos en el Señor, y el príncipe de este mundo nada tiene en Él, tampoco tiene nada en nosotros, somos libres de sus

asechanzas y de todas sus maquinaciones. Estamos en el mundo, pero no somos del mundo.

El Señor inmediatamente ora así: ***“Como Tú me enviaste al mundo, así Yo los he enviado al mundo”*** (Juan 17.18). El Señor Jesús fue enviado por el Padre al mundo y de la misma manera Él envía a Sus discípulos al mundo. Para poder tener luz y revelación acerca de esta frase, debemos saber que en el griego hay dos palabras que se traducen al español como mundo; estas son *kosmos* y *aion*, y las dos tienen idéntica traducción al español.

Kosmos hace referencia al orden de las cosas creadas, al universo y especialmente a la tierra y todo lo que en ella Dios ha creado. En este sentido podemos afirmar sin equívocos, que Dios creó el *kosmos*, que insistimos, en la Biblia se traduce como mundo. Dios creó el universo, y en él creó la tierra y todas las cosas que hay en ella. Todo eso fue creado de manera maravillosa y en perfecto orden.

La otra palabra traducida como mundo, *aion*, se refiere a la corriente del mundo y esta corriente no fue creada por Dios, sino que fue introducida por satanás en el Huerto de Edén, cuando logró que el hombre comiera del árbol de la ciencia del

bien y del mal, que no es nada distinto a la naturaleza satánica. Desde ese entonces satanás introdujo en la tierra el *aion*, el mundo, su sistema engañoso, y lo ha venido desarrollando a lo largo de los siglos, especialmente por medio de las religiones, incluido el cristianismo.

Con esta aclaración, estamos en capacidad de afirmar que el Padre envió a Su Hijo a la tierra, el *kosmos*, pero no dentro del *aion*, es decir, aunque Jesús vivió en esta tierra en carne, nunca fue contaminado por el sistema satánico llamado mundo—*aion*—, sino que se mantuvo inmune frente a él.

De la misma manera, el Señor nos envía a Sus discípulos al mundo, el *kosmos*, y somos guardados por el Padre y el Hijo, para que de ninguna manera, la corriente de satanás nos contamine: ***“Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra, Por tanto, id, y haced discípulos entre todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”*** (Mateo 28.18-19).

Y para mostrar que estar en el mundo sin contaminarnos no es un asunto que se logre mediante el esfuerzo humano, el Señor añade en el versículo 19 de Juan 17: ***“Y por ellos Yo me***

santifico a Mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad”. Una vez más el Señor muestra la íntima unidad que hay entre Él y Sus discípulos. El Hijo se santifica a Sí mismo, y recuerde que la santificación consiste en llenar el alma, el corazón, de las riquezas de Dios.

En la medida que el Señor se santifica a Sí mismo, nosotros somos santificados en Él. En otras palabras, si vivimos diariamente en Él, si caminamos con Él, si nos acercamos confiadamente al trono de la gracia, somos totalmente saturados de las riquezas de Dios, y nada del mundo, ni siquiera una molécula, puede penetrar en la naturaleza de Dios que, mediante la santificación, invade todo nuestro ser.

Luego en el versículo 22 el Señor añade a este respecto: ***“La gloria que me diste, Yo les he dado, para que sean uno, así como Nosotros somos uno”***. Recordemos que la gloria es el ámbito, la esfera donde Dios se mueve, vive y obra. Dios hoy no hace nada fuera de Su gloria y en esa gloria no hay nada inmundo, nada contaminante, nada mundano y no hay muerte. Es un ámbito de vida, justicia, amor, luz y santidad, y esa gloria nos ha sido dada por el Padre, en el Hijo, a través del Espíritu Santo. Somos partícipes de esa gloria y

mientras estamos en el mundo, vivimos en ella.

Por esa razón el Señor dice en el versículo 24: ***“Padre, en cuanto los que me has dado, quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean Mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo”***. Estar con Él, donde Él está, no hace referencia solamente al futuro, sino que mientras estamos en este cuerpo de carne y vivimos en este mundo corrupto, podemos vivir en la gloria del Señor acercándonos diariamente al trono de la gracia, al Lugar Santísimo que está en nuestro espíritu y disfrutar de Sus incontables riquezas, que son Su gracia: ***“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”*** (Hebreos 4.16).

Aún más, aunque nosotros estamos en el mundo, en el *kosmos*, ya no pertenecemos a esta creación, que es la vieja creación. Antes pertenecemos a ella y vivimos en ella, y nos contaminamos con el *aion*, la corriente satánica. Sin embargo, cuando Jesús vino, murió, resucitó, ascendió y fue entronizado en gloria, y cuando creímos en Él, fuimos trasladados a la nueva creación, ahora ni siquiera per-

tenecemos al *kosmos*, sino que estamos totalmente sumergidos en la nueva creación, que no tiene ninguna relación con el mundo.

El remate de la oración del Señor es tan rico y a la vez enriquecedor como toda la oración: ***“Padre justo, aunque el mundo no te ha conocido, Yo te he conocido, y éstos saben que Tú me enviaste”*** (Juan 17.25). Primero el Señor exalta uno de los grandes atributos de Dios: Su justicia. En todo el universo solo hay uno que es justo: Dios, y Él nos ha hecho partícipes de Su justicia. Nosotros hemos sido justificados en Cristo y en Él hemos sido hechos la justicia de Dios: ***“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en Él”*** (2 Corintios 5.21).

Esto quiere decir que Dios hoy no ve en nosotros ninguna injusticia, sino que nos ve justos, porque Él no nos ve directamente, sino que nos ve en Cristo. Cuando Dios nos mira, ve en nosotros a un Cristo corporativo, Su cuerpo, del cual, el Señor Jesús es la cabeza y nosotros somos Sus miembros, somos una entidad única; nosotros somos el Cristo y Cristo es nosotros.

Esta es una de las mayores verdades y realidades del proceso de redención, la que para los

religiosos es motivo de escándalo y osarán acusarnos de herejes, pero es una realidad que nadie puede negar, y consiste en que Dios se ha hecho uno con nosotros y nos ha hecho uno con Él. No importa cuáles sean las circunstancias, somos una unidad orgánica e indivisible con nuestro Dios y nadie puede separar ni difuminar esa unión.

Cosa distinta es que la mayoría de Sus hijos no han aprendido a vivir esa realidad, porque desconocen que tienen un espíritu humano, que en ese espíritu vive Dios como el Espíritu y que siempre que ponemos nuestra mente en ese espíritu mezclado, nuestra unión y unidad con Dios se hace realidad, y que un día seremos transfigurados en nuestro cuerpo para manifestar por la eternidad esa maravillosa unidad.

Es por esa razón que el Señor añade: aunque el mundo no te ha conocido, Yo te he conocido. Las personas que están en el mundo y que son del mundo no pueden conocer al Padre, porque no les es dado conocerlo, pero el Señor Jesús, como hombre que estaba en el mundo, sí lo conoció y nos lo ha dado a conocer a nosotros Sus discípulos.

Por eso los discípulos que anduvieron con Él mientras estaba

en carne conocieron al Padre y tuvieron la certeza de que el Señor había sido enviado por el Padre. Nosotros, los discípulos que ahora andamos con Él en el espíritu, también lo conocemos y tenemos la certeza de que Jesús ha sido enviado por el Padre y de que es el único enviado por Dios: y éstos saben que Tú me enviaste. **Todos los demás que se llaman** enviados, han sido enviados por satanás, no para salvar ni para suplir vida, sino para engañar, matar y corromper.

En el último versículo de Juan 17 el Señor dice: **“Y les he dado a conocer Tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y Yo en ellos”** (v. 26). Es un remate de oración alto y admirable, donde el Señor establece Su vínculo de unión con Sus discípulos a través del nombre del Padre y del amor con que el Padre ama al Hijo y el Hijo ama al Padre, el cual está en nosotros y dentro de nosotros.

El vínculo indestructible entre el Padre y el Hijo es el amor y ahora nosotros somos partícipes de ese vínculo y nada ni nadie pueden arrebatarlos ese amor y separarnos del Padre y del Hijo. Todo eso nos es dado por el Espíritu de realidad, que es Dios morando en nosotros desde ahora y por la eternidad.

La necesidad de orar

1

3

Consideramos que hasta este punto el Señor ha sido benévolo, longánimo y misericordioso con nosotros, porque nos ha mostrado muchos de Sus secretos acerca de la oración, revelándolas en nuestro espíritu e iluminándolas en nuestra alma.

No obstante, corremos el grave peligro de dejar que esta revelación y visión se convierta en doctrina muerta, porque la leemos, nos gozamos con ella, pero no la ponemos en práctica, no la hacemos realidad en nuestro diario vivir.

El Señor en Su longanimidad, a lo largo de los siglos, a muchos creyentes les ha dado múltiples oportunidades y periódicamente ha tenido diversos comienzos; pero la mayoría de los creyentes no han tenido el suficiente coraje para mantenerse fieles al Señor y casi todas las revelaciones

y visiones que el Señor ha suministrado han sido convertidas en doctrinas y en organizaciones, para combatir y competir con otras organizaciones y todo se ha estropeado, todo ha sido usado por satanás para confundir más a los hijos de Dios y dividir la iglesia.

Como resultado, el Señor se ha visto en la necesidad de abandonar a los hermanos a quienes se ha revelado y esperar en el tiempo para encontrar otros que quieran seguirlo solamente a Él, oír Su voz y Su palabra y obedecerlo fielmente.

Él nos ha encontrado. El Señor nos está revelando Sus cosas grandes y ocultas y espera que entre nosotros pueda ganar las Primicias, para transfigurarlas y levantarlas y poder así regresar a la tierra para tomar posesión de los reinos del mundo y gobernarlos con verdadera

justicia.

El Señor desea que de una vez por todas tomemos esta palabra y la hagamos realidad en nuestro diario vivir. Él nos está llamando para que abandonemos toda organización religiosa y con valentía decidamos seguirlo por donde quiera que va y podamos participar como las Primicias, cantando el cántico nuevo que solo lograrán aprender los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron comprados como primicias para Dios y para el Cordero, de entre los hombres y de entre los de la tierra (vea Apocalipsis 14.1-5) .

El Señor anhela fervientemente que de esta generación sean levantadas las Primicias. Él no desea prorrogar más Su venida. Esta es Su gran necesidad y debe ser también la nuestra. Dios desea fervientemente regresar a la tierra, y nosotros anhelamos ardientemente Su regreso. ¡Señor, te necesitamos en la tierra! ¡Deseamos que vengas a tomar posesión de los reinos del mundo! ¡Ven ya Señor! ¡Gáñanos como las Primicias y no demores en venir!

Si tomamos las palabras que el Señor nos habla por medio de la Biblia y el Espíritu, pronto seremos cualificados para ser las Primicias, y la venida de Él será

un hecho. Procuremos cada día tener esta realidad.

En capítulos anteriores el Señor nos ha mostrado cuáles son las oraciones que le agradan, porque se originan en Él mismo; igualmente nos ha mostrado algunos ejemplos de personas que han agradado a Dios con Su vivir de oración; también hemos visto tres grandes oraciones, una de ellas proferida por el Señor Jesús mismo, y las otras dos exteriorizadas por medio de Pablo. Esperamos que los lectores vean en los capítulos anteriores todo lo que el Señor nos ha dado y lo vivan diariamente. Esto será muy agradable al Señor.

En este capítulo deseamos hablar acerca de una parábola relatada por el Señor Jesús en Lucas 18, que establece la necesidad de orar y no desmayar, y deseamos en el Señor mirar cada una de Sus palabras, tratando de encontrar revelación y visión en ellas.

Leamos lo que el Señor dice al respecto: ***“También les dijo Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por***

algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote. Y dijo el Señor: Oíd lo que dice el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a Sus escogidos, que claman a El día y noche aunque los haga esperar? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?» (Lucas 18.1-8)

El Señor acostumbró a hablar por parábolas cuando trató con personas que no eran Sus discípulos, y en Mateo 13 explica la razón de Su actitud: **“Porque a vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les ha sido dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. Y se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice: «De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos han oído pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y Yo los sane». Pero bienaventurados vuestros ojos,**

porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron” (Mateo 13.11-17).

Aquí el Señor estableció varios principios, pero hay uno que llama vigorosamente nuestra atención y es aquel cuando afirma: **Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.** El Señor nos dio inicialmente, cuando creímos en Él, un poco de Sus riquezas, pero Él desea que mediante el ejercicio de nuestro espíritu aumentemos rápidamente esas riquezas en nuestro vivir. Si no las aumentamos, las quitará, pero si nos damos a Él, si vivimos diariamente en el espíritu, si disfrutamos la porción de riquezas que nos dio, éstas aumentarán, Él nos dará más y más hasta que rebosemos de abundancia.

Volviendo al tema, las multitudes están conformadas por incrédulos, que se acercan al Señor no para buscar Su voluntad sino para satisfacer las necesidades personales, y muchas veces ese acercamiento tiene un carácter morboso. Para un ejemplo véase el relato de Juan 6.

De otro lado, debemos entender que la palabra de Dios es

profunda y misteriosa, y como tal requiere revelación y visión para poder ser entendida. Una parábola está escrita en un lenguaje cuyo significado no es visible ni entendible fácilmente, sino que las palabras que contiene son una especie de velo que oculta el verdadero significado del contenido de la parábola. Para entenderla hace falta que el Señor nos dé espíritu de sabiduría y de revelación.

Es así como el Señor viene a mostrarnos una vez más la necesidad que tenemos de acercarnos diariamente al trono de la gracia, con el fin de hallar gracia y misericordia para el oportuno socorro, y dentro de la gracia se encuentra también la revelación que el Señor quiere otorgar a nuestro espíritu y la visión que debe llenar nuestra alma.

El Señor entonces libera una parábola en la que quiere mostrarnos la necesidad de orar siempre y no desmayar. En este versículo hay dos frases que deben llamar nuestra atención: orar siempre, la primera; y la segunda, no desmayar. En nuestro corazón debemos ganar el hábito de orar siempre, debemos lograr la costumbre de orar sin cesar: **“Orad sin cesar”** (1 Tesalonicenses 5.17).

En todas las actividades de

nuestro diario vivir, el Señor debe ocupar el primer lugar en nuestro corazón, debemos recobrar la pérdida del primer amor, la cual es el comienzo de toda degradación de la iglesia, como el Señor lo relata en Apocalipsis 2, cuando le reclama al ángel de la iglesia en Éfeso, y le dice que la causa de Su degradación ha sido el haber caído del primer amor: **“Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor”** (v. 4).

Lamentablemente tenemos que decir que la mayor parte del día, los creyentes ignoran al Señor. Algunos acostumbran a tener un poco de comunión en algún momento, especialmente al comienzo del día, y después se dedican a sus cosas y lo ignoran completamente. En esto consiste caer del primer amor y este es un factor poderoso que hace, y ha hecho, que la iglesia se degrade y se separe del Señor.

Por eso, antes de liberar la palabra, el Señor pone una condición: la necesidad de orar siempre. Orar siempre es el genuino arrepentimiento de haber caído del primer amor.

Para los incrédulos existe un gran pecado por el cual serán juzgados en el juicio del trono blanco: No haber creído en el enviado del Padre, Su Hijo, nues-

tro Señor Jesucristo. Este juicio será para condenación eterna.

Igualmente, para los creyentes hay un terrible pecado, por el cual serán juzgados en el Tribunal de Cristo: no vivir diariamente al Señor Jesús, no reconocerlo ni tenerlo como su primer amor, tenerlo en un segundo lugar, vivir una vida de indiferencia frente a Él, no darle el lugar que le pertenece en nuestro vivir.

Si somos honestos con Él y con nosotros mismos, tenemos que reconocer, aun con tristeza y dolor en nuestro corazón, que esa es nuestra condición diaria. La mayor parte de los 86.400 segundos que tiene un día, los pasamos fuera de la comunión de Él. Pensamos, decimos y hacemos, decenas y centenares de cosas sin contar con Su aprobación; nos acordamos de Él cuando hemos hecho las cosas, especialmente cuando estas no resultan como pretendemos y deseamos que sean.

Este es un gran pecado del que adolece la mayoría de los creyentes. El Señor nos advierte para que nos arrepintamos, nos volvamos a Él de corazón, nos reconciliemos con Él, volvamos al primer amor, para que haciendo así, el candelero no sea quitado de nuestro lugar; porque si es

quitado quedaremos en tinieblas y perderemos completamente la visión de Su voluntad, Su deseo y Su beneplácito.

Es por esto por lo que el Espíritu afirma en 2 Pedro 3.4: ***“El Señor no se retrasa con respecto a la promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es longánimo para con vosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”***. Observa que el Señor aquí habla de arrepentimiento y éste no se da entre los incrédulos. Quienes nos arrepentimos somos los creyentes, quienes hemos creído en el Señor Jesús ganamos la capacidad de arrepentirnos, porque ésta es otorgada por el Espíritu, a quienes lo han recibido.

El Señor afirma que Él no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedamos al arrepentimiento. ¿De qué debemos arrepentirnos? Ya lo hemos dicho: de no vivir al Señor en nuestro día a día, de no darle el primer lugar en nuestro corazón, lugar que le corresponde exclusivamente a Él. Debemos arrepentirnos de no vivir en comunión con Él; debemos arrepentirnos del poco tiempo que disponemos para entrar en nuestro aposento y cerrando la puerta tener intimidad con Él. Necesitamos arrepentirnos de la costumbre mal sana de

ignorarlos en la mayor parte de las áreas de nuestra vida.

Si hacemos un inventario del tiempo que permanecemos en comunión con Él quedaremos asombrados frente al pequeño, casi insignificante, porcentaje de tiempo que le dedicamos. Sabemos y entendemos que no es fácil ganar el hábito de depender en todo del Señor, pero si procuramos cada día estar en Su presencia un poco de tiempo, al siguiente día ganaremos un poco más, hasta que tengamos la realidad de que en todo dependemos de Él y las 24 horas del día serán de permanente comunión con nuestro Señor.

Los hábitos no se logran en un momento, en un instante, sino que se ganan por el continuo y constante cultivo de ellos. Cuando estábamos en el mundo no podíamos ganar el hábito de tener comunión con Dios. Sin embargo, cuando creímos en el Señor, caímos en grupos religiosos donde no se enseña a los hijos de Dios a vivir en comunión con su Padre.

Ahora que el Señor nos ha sacado de toda organización religiosa y nos ha traído a Él, poco a poco podemos cultivar el hábito de vivir en Su presencia, de consultarle nuestras decisiones, de poner en Su presencia nuestras

necesidades, de tener un andar diario en íntima comunión con Él. Esta práctica nos llevará al punto en que ni un solo pensamiento, ni una sola palabra, ni un solo hecho de nuestra vida serán separados del Señor. Si aspiramos a ser vencedores, a entrar en el reino de los cielos y a reinar con Él en el reino milenario, esta es la medida mínima que debemos alcanzar. Si nos falta, así sea solo un poco, no lograremos el reino de los cielos.

Esa es la razón por la cual la Biblia nos muestra que hay una necesidad y esta es la de orar siempre y no desmayar. Las dos condiciones implican que debe hacerse diariamente, a toda hora y hasta la venida del Señor o hasta que muramos y vayamos al paraíso a reposar y a esperar la resurrección de entre los muertos.

Por eso debemos aprovechar bien el tiempo que tenemos para vivir aquí en la tierra, porque si partimos de ella sin alcanzar esta meta, tendremos que vivir mil años en las tinieblas exteriores, lejos de la presencia del Señor, hasta que alcancemos esos requisitos que el Señor ha determinado: ***“Mirad, pues, atentamente cómo andéis, no como necios sino como sabios, redimiendo el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no***

seáis insensatos, sino entended cuál es la voluntad del Señor” (Efesios 5.15-17).

Una vez que el Señor nos ha hablado de estos dos requisitos, comienza a expresar la parábola de la viuda y el juez, que esperamos revelar en la medida y la profundidad que Él nos supla en Su misericordia.

Al comienzo, la parábola dice que **había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre**. La parábola muestra que el hecho narrado ocurre en una ciudad, lo cual quiere decir que se desarrolla en la tierra, en cualquier lugar.

En esa ciudad había un juez omnipotente, porque no temía a Dios ni respetaba a hombre. El único omnipotente que está por encima de los hombres y que no necesita temer a Dios es el Señor, porque es Dios mismo; luego esta parábola quiere mostrarnos una faceta de Dios, exceptuando el asunto de injusticia porque en el Él no hay injusticia, Él es justo. Simplemente el fondo del tema quiere mostrar el contraste manifiesto entre la justicia de Dios y la injusticia de los hombres, sembrada por satanás en ellos.

Luego continúa diciendo la parábola: **Había también en aquella ciudad una viuda**. El

otro lado de la parábola es una viuda, una mujer que ha perdido a su marido porque ha muerto y no tiene amparo, no tiene en quien apoyarse, no tiene quien la defienda ni le provea sus necesidades. Los creyentes hoy son como esta viuda, especialmente aquellos que no tienen realidad en su diario vivir de quién es el Señor, de la obra de redención que ha realizado por ellos, e ignoran el hecho de que Dios mora en sus espíritus y desde allí desea ganar sus almas, si se disponen para llenarla.

Esa viuda, esa mujer desamparada, recurrió al juez que no temía a Dios ni respetaba a hombre, para que éste le hiciera justicia de su adversario: **la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario**. Es interesante notar la intención y el interés de la viuda. Ella no le pidió al juez que le diera riquezas, que ordenara que le fueran entregados casas, terrenos o bienes materiales, sino que le hiciera justicia de su adversario.

Cuando leemos esta frase inmediatamente recordamos uno de los apartes de la constitución del reino de los cielos, consignado en Mateo 5: **“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”** (v. 6). La viuda viene al juez para que le haga justi-

cia de su adversario, y el Señor dice que uno de los requisitos para ser ciudadano del reino de los cielos es vivir hambriento y sediento de justicia. Cuando tenemos hambre y sed de justicia el Señor nos sacia.

Debemos tener claridad de qué es la justicia y saber que la justicia es la persona de Dios, es Dios mismo. En nadie distinto a Dios hay justicia. Satanás es injusto y todos los hombres están llenos de injusticia, porque han sido permeados por el injusto. La misma palabra lo declara así: **“Según está escrito: No hay justo, ni aun uno”** (Romanos 3.10).

Si la viuda viene al juez a pedirle que le haga justicia de su adversario, en verdad lo que está pidiendo es que la llene de justicia, que le proporcione justicia y la justicia se encuentra solo en el Señor. En palabras sencillas, lo que la viuda desea es ser llena de Dios. No olvidemos que la Biblia dice al comienzo del pasaje que Jesús les refirió una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar.

Esto nos lleva a inferir que la gran necesidad que debemos exponer en nuestra oración es la de ser llenos de la justicia de Dios, que es Él mismo. Una oración así expresa la sed y el hambre que los hijos de Dios

tenemos de justicia, de Él mismo, y Él nos saciará, nos hará Su justicia, nos justificará y nos hará justos como Él: **“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”** (2 Corintios 5.21).

No podemos perder de vista el hecho extraordinario de que nosotros somos el cuerpo de Cristo, somos Sus miembros, somos parte de Él. El Señor ya no es un Dios distante, sino que ahora nosotros estamos en Él y Él está en nosotros, somos una sola entidad orgánica con Él, somos miembros de Su cuerpo; nosotros disfrutamos de Su naturaleza y Su vida divinas y Él se complace en hacer parte Suya nuestra naturaleza y vida humana, totalmente regenerada, transformada y resucitada como el nuevo hombre.

Qué distintas son las oraciones que enseñan y practican en el cristianismo degradado. Es muy raro oír en los grupos cristianos católicos y protestantes que se exprese una oración, en la cual se ruega al Señor que los llene de Él, que los supla con Sus riquezas espirituales, que los haga crecer hasta alcanzar Su estatura.

Por el contrario, las oraciones que hablan se reducen a pedir sanidades, a que Dios supla

necesidades materiales, de empleo y hasta que les vaya bien en los juegos, porque tengan prosperidad material, pero ninguna de esas oraciones son hechas en la voluntad del Padre, ni son agradables a Dios. Dios nunca oye ni responde esa clase de rezos, porque son oraciones carnales, que tienen su origen en el alma caída y en consecuencia, su autor es el diablo.

Toda oración que agrada al Señor se origina en el espíritu humano del creyente donde está Dios como Espíritu y cada palabra, actitud o hecho se origina únicamente en el Señor y no en el pensamiento humano, separado del Señor.

Insistimos que el pedido de la viuda no es por riquezas materiales o por salud física o por éxito en sus empresas o por cualquier cosa terrenal, sino porque le haga justicia de su adversario. No cabe duda que nuestro adversario, así como el adversario de Dios, quien se opone al desarrollo de Su plan, es satanás.

El adversario procura diariamente oponerse a que el Señor crezca en nosotros, se opone a que Dios llene y transforme nuestra alma, se opone a que tengamos comunión con nuestro Señor, a que vivamos en intimidad con Él, a que busquemos,

conozcamos y hagamos Su voluntad.

Por eso es necesario que como la viuda vivamos continuamente en Su trono suplicándole que nos llene de Él, que nos suministre Sus abundantes riquezas que están contenidas en Su gracia, fortaleciendo nuestro espíritu y llenando nuestra alma para que el adversario no tenga ninguna oportunidad en nosotros y no pueda oponerse al trabajo que Dios desea hacer en nuestro ser, hasta transformarlo y hacerlo crecer hasta Su estatura.

Frente a la solicitud de la viuda de que le hiciera justicia de su adversario, el juez tuvo una actitud particular: no quiso oírla por algún tiempo: ***“Y él no quiso por algún tiempo”*** (Lucas 18.4).

En primer lugar, el Señor quiere mostrar aquí la característica más sobresaliente de la justicia impartida por los seres humanos. No debemos olvidar que entre los hombres no hay justo ni siquiera uno, porque así lo declara la Biblia, según lo vimos ya en este capítulo.

Los hombres que están en el mundo, aquellos que viven conforme al mundo, no pueden ser justos, porque por naturaleza son injustos, ya que en ellos mora el injusto, satanás. Un hombre es justo solamente si el Señor, que

es el único justo, mora en su espíritu humano, y ese hombre le permite a Él expresarse a través de su alma, es decir, solamente si somos hijos de Dios y disfrutamos cada día Sus riquezas llenando de ellas nuestra alma, podemos ser justos y expresar a Dios como la justicia.

Es por eso que el Espíritu dice en 1 Corintios 1.30: ***“Mas por Él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho de parte de Dios sabiduría: justicia y santificación y redención”***. Solamente si vivimos la realidad de Cristo en nuestra alma, quien ha sido hecho para nosotros justicia de Dios, podemos expresarlo como nuestra justicia.

Las gentes que están en el mundo claman porque los hombres que tienen autoridad les hagan justicia, pero lo que para unos es justo para otros es injusto, y nunca pueden ser satisfechos mediante la justicia impartida por los hombres, porque la justicia que ellos imparten pertenece al árbol del conocimiento del bien y del mal, el cual es la naturaleza de satanás. Jamás el hombre caído, no regenerado, podrá ser justo y mucho menos impartir justicia.

Solamente aquellos seres humanos que han sido regenerados en su espíritu humano, porque han recibido al Dios Padre, Hijo

y Espíritu, y que mediante su diario vivir permiten que el Señor llene sus almas con Sus riquezas divinas, pueden ser justos e impartir justicia, porque en ese caso es Dios quien se expresa por medio de ellos como el nuevo hombre, que ha sido creado según Dios en justicia, santidad y realidad: ***“y os vistáis del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la realidad”*** (Efesios 4.24).

En los versículos 4 y 5 de Lucas 18, el Señor continúa relatando la parábola: ***“pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia no sea que, viniendo de continuo me agote”***. El juez reflexionó en sí mismo y decidió que era mejor no permitir que la viuda le agotara la paciencia. En su decisión no tuvo en cuenta ni el temor a Dios ni el respeto por el hombre, sino que en su soberanía decidió responder la petición de la mujer. Esta es una manifestación de la forma soberana en que Dios actúa con respecto a las peticiones de Sus hijos.

El Señor nunca puede ser coaccionado ni manipulado y jamás oye ni responde una oración que no sea hecha según Su voluntad.

En el cristianismo degradado ocurre todo lo contrario en las oraciones que hacen. La inmensa mayoría de esas oraciones no son conforme a la voluntad del Padre, porque no se realizan en el aposento más interior —espíritu humano— de quienes las liberan, ni son secretas como le agrada al Padre: ***“Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres; de cierto os digo que ya tienen toda su recompensa. Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento [el aposento interior de ti – Gr], y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”*** (Mateo 6:5-6).

No se puede pretender forzar a Dios mediante la oración, a que haga conforme pedimos y de acuerdo con nuestro querer y deseo, sino que una vez que estemos frente al trono de la gracia debemos esperar a que sea Él quien inicia la oración, la continúe y la responda.

Un esquema más o menos cercano a la oración que agrada a Dios, sería el siguiente: en primer lugar, Dios tiene una carga en Su corazón por los asuntos en que Su voluntad debe ser hecha en la tierra; en segundo lugar, Él procura encontrar a alguien en la

tierra—un hijo o hijos Suyos—, que quiera(n) ser uno con Él, para entregarle(s) Su carga. En tercer lugar, cuando ha encontrado a ese hijo dispuesto, pone Su carga en el creyente y éste ora conforme a la voluntad del Padre. Por último, Dios responde la oración, porque salió de Él y volvió a Él.

Esta es la razón por la cual el juez demoró algún tiempo en atender la petición de la viuda. Hay millones de oraciones que Dios nunca responde, porque no las oye, y no las oye porque no contienen el ingrediente de Su voluntad, porque no se originan en Él, son hechas en el alma caída de los creyentes, no se originan en el aposento más interior que es el espíritu humano, donde nos encontramos con Dios en Su trono de gracia.

¡Cuán equivocadas son las oraciones de los grupos cristianos y de los cristianos en general! ¡Cuánto intento de manipular a Dios hay en su vana palabrería! No hay diferencia con los rezos del catolicismo. Dios nunca oye y menos responde esa clase de oraciones, porque son vanas y se originan en el alma caída, es decir, su fuente es satanás.

Después el Señor afirma: ***“Oíd lo que dice el juez injusto”*** (Lucas 18.6). Una vez más el

Señor recalca que no podemos esperar justicia de los hombres. En las naciones, las personas encargadas de impartir justicia se denominan jueces, y nota que, aunque el juez decidió hacerle justicia a la viuda, aun así, el Señor lo califica de injusto. La justicia de los hombres es injusticia; aunque algunos se esfuerzan por impartir justicia nunca lograrán hacerlo y todo su impartir de justicia es injusto. Esta es la razón por la que el Señor dice que el juez es injusto.

Después el Señor manifiesta el mensaje central de la parábola: **“¿Y acaso Dios no hará justicia a Sus escogidos, que claman a El día y noche aunque los haga esperar?”** (Lucas 18.7)

El Señor pregunta acerca de si Dios no hará justicia a Sus escogidos que claman a Él día y noche. En primer lugar, el Señor dice que hace justicia a Sus escogidos. La justicia de Dios es para los Suyos, para aquellos que Él escogió antes de la fundación del mundo, no para todas las personas y no a todos Sus escogidos, sino aquellos que claman a Él día y noche.

Una vez más tenemos que insistir que este clamor no tiene nada que ver con las cosas que a cada creyente se le ocurran, no tiene relación con las oraciones

que se originan solamente en la emoción, la voluntad o la mente del creyente, sino en aquellas que se originan en el espíritu del creyente donde mora Dios como el Espíritu.

Hace falta entender que Dios tiene una prioridad y una necesidad: Su reino, que se haga Su voluntad en la tierra y que Su reino sea establecido aquí. Esta es la razón por la cual, cuando el Señor Jesús nos enseñó a orar, dijo que una de las prioridades en la oración de los creyentes es que la voluntad del Padre sea hecha en la tierra y que a la tierra venga Su reino: **“Vosotros, pues, oraréis así... Venga Tu reino. Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”** (Mateo 6.9, 10).

La voluntad del Padre es que Su reino, el reino de los cielos y el reino de Dios, sea establecido en la tierra, y este debe ser el clamor de Sus escogidos que claman a Él día y noche, para que el Padre les haga justicia. A esto también se refirió el Señor Jesús cuando habló de una de las características interiores de los ciudadanos del reino de los cielos en Mateo 5.6: **“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”**.

Cuando ésta llega a ser nuestra oración, podemos estar segu-

ros de que el Señor no se tardará en respondernos. El gran problema es que Dios no ha encontrado a muchos que se pongan en esa brecha y clamen a Él día y noche, para que Su reino sea establecido en la tierra.

Hoy ocurre exactamente lo que ocurría en el Antiguo Testamento, cuando el Señor declara que estaba admirado porque buscaba a alguien que se pusiera en la brecha para que no destruyese la tierra, y no lo halló: ***“Y busqué entre ellos hombre que construyese el vallado, y que se pusiese a la brecha delante de mí, a favor de la tierra, a fin de que yo no la destruyese; mas no hallé ninguno”*** (Ezequiel 22.30).

Tenemos la esperanza de que el Señor te haya encontrado a ti y a tu familia y así encontrará a muchas familias como la tuya. Siendo un buen número los que claman al Señor día y noche porque venga Su reino y Su voluntad sea hecha en la tierra como se hace en el cielo, la respuesta del Señor no se hará esperar mucho tiempo, y la respuesta a esa oración consistirá en que Él vendrá a la tierra a tomar posesión de los reinos que hay en ella y a establecer Su gobierno de justicia junto con los vencedores, que son aquellos que claman a Él día y noche por Su venida: ***“Os digo que pronto les hará justicia”*** (Lu-

cas 18.8).

No obstante, nuestro clamor no debe ser solamente porque el Señor venga, sino porque transforme nuestra alma, ya que en la medida en que ésta sea llena de Sus insondables riquezas, el Señor tendrá por quiénes venir y tendrá a qué venir.

Por eso el Señor para finalizar la parábola hace una pregunta que nos llama profundamente la atención: ***“Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”*** (Lucas 18.8).

La pregunta es bien significativa, si se tiene en cuenta la actitud de las gentes de estos tiempos hacia Dios y la actitud de los creyentes contemporáneos hacia nuestro Señor. Parece ser que en la medida que se acerca el día de la venida del Señor, la fe va menguando y el Señor cuenta hoy con muy pocos de Sus hijos que lo sigan a Él, que lo amen de corazón sincero, que tengan interés solamente en Sus deseos y que cumplan Su voluntad.

La mayoría de los hijos de Dios que viven en la tierra en este tiempo, se han asociado en organizaciones que no siguen al Espíritu, sino que siguen a ministerios particulares, a líderes, a enseñanzas humanas que no provienen del Espíritu, a doctri-

nas y a organizaciones que, en lugar de hacer la voluntad del Señor, se convierten en aliados de satanás y en opositores a la voluntad de Dios.

El tema central de la parábola tiene que ver con la necesidad de orar siempre y no desmayar, y para concluir la parábola, el Señor hace esa pregunta que resuena hasta lo más profundo de nuestro ser: ***cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?***

El Señor pregunta si a Su regreso habrá hijos Suyos que lo amen, que lo busquen, que vivan en comunión con Él, que oigan Su palabra y la pongan por obra, que amen Su venida, que le permitan prepararlos transformando Sus almas para entrar en el reino de los cielos.

Esta es la razón por la cual las Primicias, que son los creyentes que el Señor transformará y llevará vivos a Su trono, son tan pocos, comparados con la población total del mundo y con el número total de cristianos y de creyentes genuinos, solamente 144.000, según Apocalipsis 14.1-5. Actualmente en la tierra hay más de siete mil ochocientos millones de personas y en el cristianismo hay cerca de 2.200 millones; por supuesto la mayoría de ellos no son creyentes ge-

nuinos, sino falsos creyentes.

Si consideramos que el diez por ciento de las personas que se dicen ser cristianas son creyentes genuinos, estamos hablando de 220 millones de creyentes genuinos, hijos de Dios que han nacido de nuevo, que han sido regenerados, porque han creído en el nombre del Señor Jesús, lo han recibido y se han constituido en hijos de Dios: ***“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”*** (Juan 1.12-13).

No obstante de esos hipotéticos 220 millones de creyentes genuinos que puede haber en este momento en la tierra, solamente 144.000 serán las primicias, número que equivale a un 0.065% (6 por cada 10.000 creyentes) de los creyentes vivos; pero teniendo en cuenta que los ciento cuarenta y cuatro mil no es un número literal sino real, que hace referencia a aquellos creyentes que en su vida en la tierra han alcanzado la plena saturación de la vida y la naturaleza divina en su alma, pueden ser menos de ese número o más que ellos¹.

1. La lectura del libro ***Los Vencedores: Las Primicias, el Hijo Varón y los Vencedores de la Gran Tribulación***

Consideramos pertinente haber aquí dos aclaraciones acerca de los 144.000 para evitar malentendidos.

En primer lugar, debemos saber que hay en la Biblia, específicamente en Apocalipsis, dos grupos de 144.000. El primer grupo está en Apocalipsis 7, donde serán sellados 144.000 de las doce tribus de Israel, 12.000 de cada tribu, con el fin de que durante la Gran Tribulación el anticristo lo les haga daño. Estos son israelitas, hacen parte del pueblo de Israel: ***“Vi también a otro Ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado potestad para hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los esclavos de nuestro Dios. Y oí el número de los sellados: Ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel: De la tribu de Judá, doce mil sellados. De la tribu de Rubén, doce mil. De la tribu de Gad, doce mil. De la tribu de Aser, doce mil. De la tribu de Neftalí, doce mil. De la tribu de Manasés, doce mil. De la tribu de Simeón, doce mil. De la tribu de Leví, doce mil. De la tribu de Isacar, doce mil. De la tribu de Zabulón, doce mil. De la tribu de José, doce mil. De la***

tribu de Benjamín, doce mil sellados” (Apocalipsis 7.2-8).

El segundo grupo de 144.000, totalmente diferente del anterior, tiene que ver con las Primicias, y está registrado en Apocalipsis 14.1-5: ***“Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con El ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de Él y el de Su Padre escrito en la frente. Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de arpistas que tocaban sus arpas. Y cantan un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron comprados de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron comprados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha”***.

Estos 144.000 son tomados de entre los de la tierra y de entre los hombres, y son aquellos santos, hijos de Dios, que aprovecharon su estancia en la tierra para saturar sus corazones con las insondables riquezas de Cris-

te dará mucha revelación sobre el tema

to.

Estos 144.000 serán, unos resucitados—el Hijo Varón— y otros transfigurados y arrebatados vivos antes de la Gran Tribulación y llevados directamente al Trono de Dios, con el fin de cantar un cántico nuevo que solo ellos pueden aprender, y serán la primera parte de la gran cosecha de Dios.

El resto de la cosecha, será segada en dos tiempos diferentes: una gran multitud que nadie podía contar en el cielo, de toda tribu, lengua y nación, que habrán pasado por la Gran Tribulación: **“Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de toda nación y tribu y pueblo y lengua, que estaban de pie delante del trono y del Cordero, vestidos de vestiduras blancas, y con palmas en las manos; y claman a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivos; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén. Y uno de los ancianos tomó la palabra, y me dijo:**

Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? Yo le dije: Señor mío, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus vestiduras, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en Su templo; y Aquel que está sentado sobre el trono extenderá Su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” (Apocalipsis 7.9-17).

La última parte de la cosecha será segada al final del milenio, para entrar en la Nueva Jerusalén, cuando haya finalizado el milenio y con él, el reino de los cielos. Estos son los que no lograron ser vencedores antes ni durante la Gran Tribulación.

La segunda aclaración que consideramos conveniente hacer con respecto a los 144.000 tiene que ver con la posición asumida por algunos cristianos y por una secta no cristiana conocida como los testigos de Jehová. Ellos afirman sin tener claridad ni discernimiento sobre los dos grupos de 144.000, que este

número hace referencia al total de personas que han de ser salvas y que ellos son esos 144.000, con lo cual circunscriben la salvación solamente a unos pocos de esa secta. Cae de su peso afirmar que esta es una falsa interpretación de la Biblia, como son falsas todas las enseñanzas de los testigos de Jehová.

Dadas las aclaraciones podemos concluir que las primicias, es decir, los hijos de Dios que, en este tiempo cercano a Su venida, siguen al Cordero por donde quiera que va, son un número muy pequeño, y por eso el Señor afirma: **“No temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre se ha complacido en daros el reino”** (Lucas 12.32).

El Señor actualmente no está trabajando con multitudes, sino que está buscando unos pocos en cada lugar, que decidan con gallardía apartarse de toda organización humana, dejar de lado los ministerios particulares, las doctrinas de apariencia bíblica y seguir al Cordero por donde quiera que va.

Todos esos grandes esfuerzos que hacen el catolicismo romano, el catolicismo ortodoxo oriental y los líderes de los grupos evangélicos protestantes, supuestamente por predicar el evangelio, no son nada más que

negocios religiosos que suministran poder económico y político a sus líderes. Son obras vanas planeadas por satanás con la colaboración de sus súbditos, que contribuyen a entorpecer el desarrollo del plan de Dios.

Si no puedes creerlo, te invito a que leas con oración el pasaje de Mateo 7.21-23: **“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en Tu nombre, y en Tu nombre echamos fuera demonios, y en Tu nombre hicimos muchas obras poderosas? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de Mí, hacedores de iniquidad”**. Como ya lo hemos comentado ampliamente, no queremos ser repetitivos y solamente esperamos que Dios te dé revelación y luz, y así puedas ver el engaño a que satanás ha sometido al cristianismo.

Cuando el Señor dio conclusión a la parábola preguntando si encontraría fe cuando regresara a la tierra, está inquietando el corazón de aquellos hijos que quieran buscarlo en espíritu y con realidad, aquellos hijos que solo yengan interés en Él, en Su persona y en Su plan.

En otras palabras, Dios te está llamando a ti, amable lec-

tor, para que escuches Su voz, salgas del redil en el que tal vez has estado encerrado por muchos años, le abras la puerta y le permitas cenar contigo y a la vez tú puedas cenar con Él: **“He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”** (Apocalipsis 3.20).

Una vez que tú y el Señor han alcanzado mutua satisfacción, mediante el disfrute recíproco, el Señor quiere conducirte a delicados pastos y a fuentes de agua viva, para que juntos puedan tener un vivir de pleno disfrute y tú seas preparado para entrar en las Bodas del Cordero, celebración que está muy cercana en el tiempo, está a las puertas.

El Señor hoy nos ha preguntado si a Su regreso encontrará fe en la tierra, si hallará quién o quiénes lo estén esperando, quiénes le hayan permitido hacer Su trabajo de transformación en sus almas, quienes hayan crecido hasta ganar Su estatura.

El Señor desea que a Su regreso haya quienes han preparado Su venida. Si Él no dispone de embajadores adecuados no tiene a qué venir, porque los hombres serían hostiles a Su regreso. Él desea que haya quien lo reciba con amor, con dedicación, con

entrega y con interés; Él desea que Su voluntad sea hecha en la tierra.

Todos los lectores de este libro están siendo llamados por el Señor para que sean Sus embajadores, para que sean aquellos que preparan Su venida, que lo esperan, que desean que Él venga a tomar posesión de los reinos de la tierra. Tú y tu familia necesitan ser aquellos que, como la viuda, suplican noche y día al Juez, que en este caso es el Señor, para que les haga justicia, para que los llene de todas Sus riquezas, para que supla abundantemente su hambre y sed de justicia.

Si miras al cristianismo actual y lo haces a la luz del Espíritu, estamos seguros de que sentirás una profunda tristeza, porque verás cómo satanás ha engañado aun a los creyentes genuinos y los ha desviado llevándolos a andar detrás de líderes, ministerios particulares, enseñanzas aparentemente bíblicas y organizaciones, para que no puedan tener revelación y no puedan ver lo que el Señor quiere y está haciendo con respecto al desarrollo de Su plan.

Tú y tu familia, amado lector, han de ser quienes responden afirmativamente la pregun-

ta que el Señor ha formulado al final de la parábola de la viuda y el juez, que en verdad es la **Parábola de la Necesidad de Orar Siempre y no Desmayar**, y decirle que están dispuestos a ser aquellos que el Señor encuentre clamando día y noche, cuando Él regrese.

Como hemos visto, el porcentaje de creyentes que alcanzarán el reino de los cielos antes de la Gran Tribulación, estando vivos, es ínfimo. En otras palabras, las Primicias son un pequeño número, comparado con el número de creyentes genuinos que suponemos existen en la tierra. Lógicamente no contamos los falsos creyentes que son la mayoría dentro del cristianismo.

En la tierra actualmente hay cerca de 1'962.000 ciudades en 247 países. Si de todas esas ciudades hubiese unas 14.400 en las que el Señor pudiera hallar en promedio 10 creyentes genuinos que sean uno con Él, que caminen en Su comunión, que tengan como única meta hacer Su voluntad, pensamos que, en un lapso muy breve, Él podría constituir las Primicias y dar comienzo al proceso de Su segunda venida.

A Él no le interesan las multitudes ni las mega iglesias; Él está buscando familias que quie-

ran amarlo, que le permitan ser el centro de Sus vidas, que lo sigan por donde quiera que va, y tú amado lector, estás siendo llamado junto con tu familia para que te hagas uno con Él.

Todos esos esfuerzos que hacen los líderes evangélicos por ganar miles de adeptos para su causa no tiene que ver nada con el deseo del Señor; Él no está ahí, en esos movimiento no tiene ningún interés, porque no son nada distinto a la búsqueda de fama y de riquezas materiales para los líderes, engañando a sus seguidores por medio de falsificar la palabra con sus falsas enseñanzas: **“Pues no somos como muchos, que medran adulterando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo”** (2 Corintios 2.17) .

El Señor no ha venido no porque no quiere o porque ha decidido retardar Su regreso, sino porque entre Sus hijos no encuentra aunque sea unos pocos que decidan seguirlo como el único Pastor, que vivan por la unción que está dentro de ellos y que sean encabezados por Él; en otras palabras, está esperando que Sus hijos procedan al arrepentimiento, como lo expresa el Espíritu por medio de Pedro: **“El Señor no se retrasa con respecto**

a la promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es longánimo para con vosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3.9).

El arrepentimiento solo pueden tenerlo los creyentes, no los incrédulos, luego esta palabra está dirigida a todos los creyentes genuinos que hay en la tierra. Por falta de arrepentimiento el Señor no ha podido cumplir Su promesa de regresar a la tierra.

¿Arrepentimiento de qué? De no permitir que haga Su obra en nosotros, de impedirle que nos encabece, de estorbarle que llene nuestra alma de Sus riquezas para que podamos

crecer hasta alcanzar la plena madurez, llegar a Su estatura y estar preparados para entrar en Su reino.

Tenemos la esperanza de que la revelación y la visión que el Señor nos ha dado, lleguen a muchos de Sus hijos; que sus velos sean corridos y puedan ver lo que el Señor desea hacer y está haciendo.

Tú amado lector, debes buscar revelación y visión del Señor y convertirte en un difusor de esta. Si lo hacemos así, cuando menos pensemos, el Señor habrá completado las Primicias y aun podremos reclamarle que venga. ¡Que Él nos supla con Su gracia y podamos cumplir este propósito Suyo!

Oraciones modelo (1)

1
4

Expondremos en este capítulo y en los dos siguientes, algunas oraciones proferidas por algunos hombres que a lo largo de la Biblia han servido al Señor, y consideraremos especialmente la oración de Moisés, la oración de Josué y dos oraciones de los santos en el Nuevo Testamento, además de las ya tratadas en capítulos anteriores de este libro.

1. La oración de Moisés

Un tiempo después de que el Señor había sacado a los israelitas de Egipto y los había establecido temporalmente en las estribaciones del Monte Sinaí, Moisés fue llamado por Dios a que subiera a la cima del monte, donde le daría la ley escrita en dos tablas de piedra.

Moisés obediente al llamamiento del Señor subió al monte acompañado por Josué, pero a este no le fue permitido llegar

a la cumbre, sino que allí solo estuvo Moisés en comunión con Dios durante cuarenta días.

Ante la tardanza de Moisés, el pueblo se afanó por no saber lo que le hubiese podido acontecer al hombre que Dios había usado para sacarlos del cautiverio egipcio, y pidieron a Aarón hermano de Moisés, que les hiciese dioses que fueran delante de ellos para guiarlos en el camino que habrían de seguir.

Después de más de cuatrocientos años que los israelitas habían vivido en Egipto, la mayor parte de ellos en esclavitud, se habían habituado a la idolatría y a pesar de los prodigios que Dios había hecho liberándolos de la esclavitud y pasándolos en seco por el Mar Rojo, el pueblo desconocía al Señor y pensaban que Dios podía ser representado por medio de imágenes o esculturas.

Por eso le pidieron a Aarón

que les hiciera dioses que fueran delante de ellos. Aarón había vivido con el pueblo la esclavitud en Egipto y seguramente, así como ellos, se había acostumbrado a adorar ídolos.

Tal vez Aarón no estaba habituado a consultar al Señor, y cuando el pueblo le pidió la hechura de dioses, simplemente les dijo: ***“Apartad los zarcillos de oro que están en las orejas de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestras hijas, y traédmelos. Entonces todo el pueblo apartó los zarcillos de oro que tenían en sus orejas, y los trajeron a Aarón; y él los tomó de las manos de ellos, y le dio forma con buril, e hizo de ello un becerro de fundición. Entonces dijeron: Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto. Y viendo esto Aarón, edificó un altar delante del becerro; y pregonó Aarón, y dijo: Mañana será fiesta para Jehová. Y al día siguiente madrugaron, y ofrecieron holocaustos, y presentaron ofrendas de paz; y se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a regocijarse”*** (Éxodo 32.3-6).

Aarón y el pueblo estaban convencidos de que esta era una representación adecuada de Jehová, y por eso al fundir y acabar con buril el becerro, exclamó: *Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto.*

to. Esta es una prueba de que el pueblo estaba acostumbrado a adorar los ídolos que adoraban los egipcios, pues esta nación se caracterizó desde la antigüedad por su paganismo y por su politeísmo.

Una vez obtenido el ídolo, Aarón edificó un altar delante del becerro y propuso que al día siguiente festejaran, creyendo que con eso estaban agradando al Señor. Por eso, al día siguiente madrugaron, tomaron animales y los sacrificaron y los ofrecieron al becerro de oro, en forma de holocausto y ofrenda de paz.

Mientras tanto, Dios estaba escribiendo con su dedo los diez mandamientos, en las tablas de piedra que Moisés había llevado al monte, entre los cuales hay uno donde el Señor muestra lo aborrecible que es la idolatría delante de Él, porque adorar un ídolo, cualquiera que sea, es remplazar a Dios por un pedazo de yeso, madera o metal, por una estampa, o por alguna de sus criaturas. A esto le llama la Biblia fornicación y adulterio espiritual.

El mandamiento que habla contra la idolatría es el segundo, y dice así: ***“No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a***

ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos” (Éxodo 20.4-6).

El catolicismo romano, que es una de las mayores expresiones del cristianismo degradado, llegó a tal grado de corrupción que, deliberadamente, de sus enseñanzas eliminó el segundo mandamiento, y para completar los diez, dividió el último en dos, y de esa manera justifica la idolatría que practica e induce a sus feligreses a practicar.

Es por eso por lo que en Apocalipsis 2, el Señor hablando al ángel de la iglesia en Tiatira le dice: **“Pero tengo contra ti que toleras a esa mujer Jezabel, que dice ser profetisa, y enseña y seduce a Mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos”** (v. 20).

En el Antiguo Testamento Jezabel era una mujer gentil, es decir, no tenía ascendencia en el pueblo de Israel, sino que era descendiente de un rey gentil que gobernaba a Tiro; esta mujer se casó con Acab, quien llegó a ser rey de la casa de Israel, y corrompió al pueblo, enseñándole a adorar ídolos, a ofrecer-

les sacrificios y a cometer fornicación espiritual, llevándolos a dioses extraños.

En el Nuevo Testamento, Jezabel hace su aparición en el seno de la iglesia, y hace tres cosas para corromper a los hijos de Dios. **En primer lugar**, se dice profetiza, es decir, ella se auto proclama como la portavoz de Dios en la tierra. La doctrina católica enseña erróneamente que el papa es el vicario de Cristo en la tierra.

El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, define así el término **vicario**: **“Que tiene las veces, poder y facultades de otra persona o la sustituye”**. El catolicismo proclama y enseña que el papa tiene las veces, el poder y las facultades del Señor Jesucristo y lo sustituye en la tierra. ¡Cuán atrevido es satanás!

El Señor Jesucristo no ha nombrado a nadie como su vicario, ni sustituto, ni reemplazo, porque es Él mismo quien mora en los creyentes como su vida, y es Él quien lidera la iglesia, la sustenta y la cuida: **“sino que la sustenta y la cuida con ternura, como también Cristo a la iglesia”** (Efesios 5.29).

Esa mujer Jezabel, que es el papa y toda la organización católica, ni es el portavoz de Dios

en la tierra, ni es el vicario, ni es profetisa, ni ha sido enviado por Dios, sino es una mentirosa, una emisaria y una enviada de satanás para engañar al mundo entero.

En segundo lugar, Jezabel enseña y seduce a los siervos del Señor, es decir, a los hijos de Dios a fornicar. El catolicismo romano es la mayor fuente de fornicación espiritual que hay en el mundo. Tiene como objeto de adoración a miles de santos y miles de vírgenes y las gentes son guiadas de manera ingenua a adorar a esos ídolos inmundos, detrás de los cuales están satanás mismo, los ángeles caídos y los demonios.

Cuando una persona adora, venera o reverencia a cualquier objeto o a cualquier criatura, está fornicando espiritualmente, está ofendiendo al Señor, y en esa práctica se ha especializado la iglesia católica romana y también la iglesia católica ortodoxa de oriente. Esas organizaciones tienen una gran habilidad para seducir y enseñar a los hombres a fornicar, teniendo como sus objetos de adoración a ídolos de yeso, madera, metal y estampas que representan a hombres y animales.

La consecuencia inmediata de esta actitud es que Dios deja

a las personas y las entrega a pasiones vergonzosas, de las cuales la más destacada es el homosexualismo: ***“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que reprimen la verdad con la injusticia; porque lo que de Dios se conoce es manifiesto en ellos, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de Él, Su eterno poder y características divinas, se han visto con toda claridad desde la creación del mundo, siendo percibidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su corazón, falto de entendimiento, fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonran entre sí sus propios cuerpos. Ellos cambiaron la verdad de Dios por la mentira, adorando y sirviendo a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. Por esto Dios los entregó a pasiones deshonorosas; pues sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hom-***

bres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, comiéndolos hechos impropios hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío. Y como ellos no aprobaron tener en su pleno conocimiento a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de toda injusticia, maldad, codicia, malicia; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, insolentes, soberbios, jactanciosos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, sin misericordia; quienes, a pesar de conocer bien el justo juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican” (Romanos 1.18-32). Aquí hay una lista de pecados bastante extensa, que son consecuencia de la idolatría practicada por muchas religiones, especialmente por el catolicismo romano.

En tercer lugar, la mujer Jezabel seduce y enseña a los siervos a comer cosas sacrificadas a los ídolos. Todo lo que el catolicismo enseña, todo lo que practica y todo su culto son sacrificios hechos a los ídolos, y

tras ellos hay ángeles caídos y demonios. Las misas, las ceremonias de distintas épocas, los matrimonios, los bautismos de los niños, las confirmaciones, las procesiones, las fiestas de la asunción, de la ascensión, del corpus cristi, la semana santa, la navidad, las fiestas de los reyes magos, las fiestas de san Pedro y san Pablo y todas las fiestas, dedicadas al numeroso santoral con que cuenta esa perversa organización religiosa, son cosas sacrificadas a los ídolos, a las cuales están seducidas y enseñadas las personas que profesan esa religión, creyendo que con esas celebraciones agradan a Dios, cuando en verdad lo están ofendiendo a lo sumo.

Llama la atención la palabra seducir que usa el Señor en la Biblia, y es muy interesante la definición que de tal término da la Real Academia: **“Engañar con arte y maña; persuadir suavemente para algo malo. Embargar o cautivar el ánimo”**¹. Esta es la especialidad de la mujer Jezabel que está muy bien representada por el catolicismo romano, el catolicismo ortodoxo oriental y también el protestantismo.

Regresando al tema que veníamos tratando acerca de la

1. Tomado del DRAE, Diccionario de la Real Academia Española, 22ª Edición.

oración de Moisés, estábamos disertando acerca de que Dios había llamado a Moisés al Monte Sinaí, para escribir en dos tablas de piedra la ley que había de darle a Su pueblo.

Mientras Moisés estaba en una íntima, elevada y hermosa comunión con su Señor, el pueblo se desenfrenaba haciendo un ídolo, adorándolo y ofreciéndole sacrificios. Esto fue tan ofensivo, triste y doloroso para el Señor, que le dijo a Moisés: ***“Anda, descende, porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido. Pronto se han apartado del camino que yo les mandé; se han hecho un becerro de fundición, y lo han adorado, y le han ofrecido sacrificios, y han dicho: Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto”*** (Éxodo 32.7-8).

Ya no era el pueblo de Él, sino que declara que es el pueblo de Moisés. Ya no se atribuye el hecho de haberlos sacado de Egipto, sino que le da la honra a Moisés.

Para el Señor fue tan dolorosa la actitud del pueblo, que no le habla a Moisés de ***“Mi pueblo”***, sino de ***“tu pueblo”***. La actitud del pueblo es tan vergonzosa que el Señor no dice que fue Él quien sacó a Israel de Egipto, sino que le dice a Moisés que fue él quien lo sacó de allí. La

decepción para el Señor era tan grande que pareciera que Él ya no quería relacionarse más con ese pueblo desobediente, indisciplinado e ingrato.

Ellos habían cambiado a Dios por un becerro de oro que les había fundido Aarón y habían proclamado que ese becerro, esa figura inanimada de metal, eran los dioses que los habían sacado de Egipto. Es difícil encontrar una actitud más ofensiva y despectiva del pueblo, frente a su Dios que los había sacado con poder y con ternura de debajo de la tiranía de Faraón y de la horrible esclavitud de los egipcios, y ahora estaban cambiando a ese Dios tierno, amoroso, cuidadoso y todopoderoso, por la escultura de un animal doméstico, ofreciéndole holocaustos y ofrendas de paz. ¡Qué desplante y qué ingratitud más grande mostró Israel para con el Dios vivo y verdadero!

Luego el Señor continúa hablándole a Moisés: ***“Dijo más Jehová a Moisés: Yo he visto a este pueblo, que por cierto es pueblo de dura cerviz”*** (Éxodo 32.9). El Señor ahora ve en Israel a un pueblo indómito, de dura cerviz, ingrato y desleal. A pesar de los prodigios que Él había hecho con Israel, castigando a Egipto con diez plagas para que Faraón los dejara salir, luego guiándolos de

día y de noche hasta llevarlos a las costas del Mar Rojo, abriendo enseguida el mar para que ellos y sus ganados pudiesen pasar en seco, permitiendo que Faraón y su ejército entraran en el mar y ahogándolos hasta exterminarlos completamente, luego estando al otro lado, los sustentó con alimento y con agua, y aun así el pueblo despreció al Señor y adoró un ídolo. Dios entonces le dijo a Moisés que Él había tomado una decisión con Israel: ***“Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma; y de ti yo haré una nación grande”*** (v. 10).

El Señor sabía que solo podía contar con Moisés, porque él estaba atento a la voz de Dios y con él deseaba hacer una gran nación, después de que se encendiera Su ira y destruyera totalmente a los israelitas.

¡Qué gran oportunidad se le presentaba a Moisés para ser el líder de una nueva nación, que fuera obediente al Señor y a él! Este sería el decir de los líderes del cristianismo contemporáneo: ***“Sí Señor, destrúyelos, porque son un pueblo inclinado a la rebeldía, no han estimado ni apreciado todo lo que Tú has hecho por ellos y no merecen nada diferente a ser barridos de la faz de la tierra”***.

Sin embargo, esa no fue la actitud de Moisés, sino que, por el contrario, su actitud fue de humildad y de cuidado por Dios. Moisés manifestó un deseo sincero de que el Señor no fuera vituperado ni vilipendiado por las gentes de los pueblos que conocían la situación. Por eso Moisés le respondió a Dios así: ***“Oh Jehová, ¿por qué se encenderá tu furor contra tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte? ¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel tus siervos, a los cuales has jurado por ti mismo, y les has dicho: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo; y daré a vuestra descendencia toda esta tierra de que he hablado, y la tomarán por heredad para siempre”*** (Éxodo 32.11-13).

Moisés le hizo ver a Dios que si en Su ira, que era por demás justa, Él destruía a Su pueblo que había sacado de Egipto, los egipcios se burlarían de Dios diciendo que los había sacado no para bendecirlos, sino para hacerles mal, para matarlos en los montes y para raerlos de la faz de la tierra, y todos los prodigios que Dios había hecho con ellos

caerían por tierra y el nombre del Señor sería vilipendiado.

Igualmente le recordó la promesa que había hecho a Abraham, Isaac y Jacob, ante los cuales había jurado que multiplicaría su descendencia como las estrellas del cielo y que les daría la tierra de Canaán para que moraran en ella para siempre. Pero ahora, si los mataba en ese lugar, lo criticarían diciendo que no había tenido la capacidad y el poder suficientes para introducirlos en la tierra de la promesa.

¡Qué actitud tan humilde y hermosa la de Moisés! En su oración no se preocupó por su liderazgo, ni por sus necesidades personales, ni por su fama, ni por ser grande, sino por la honra y la gloria del Señor, porque el nombre de Él no fuera tomado en vano y porque Su persona no fuera vituperada. Moisés se preocupó porque Dios no diera de qué hablar en Su contra para que lo deshonraran.

Una oración así se da siempre que estamos en comunión con Él en el Lugar Santísimo, en el trono de la gracia, en nuestro espíritu. Cuando oramos, no debemos anteponer nuestros intereses y nuestras necesidades, y debemos procurar que nuestra oración sea hecha conforme a

la voluntad y el deseo del Señor y que en ella haya una genuina preocupación por el bienestar, la satisfacción y el agrado del Señor, y por el avance del desarrollo de Su plan en la tierra.

Fue tal la complacencia del Señor frente a la actitud de Moisés, que el versículo 14 nos causa gran admiración: ***“Entonces Jehová se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo”***.

Imaginen la voluntad del Señor siendo *“dirigida”* por un hombre que tiene la actitud de procurar agradar a Su Señor. Imaginen al Señor todopoderoso, creador de todas las cosas, arrepintiéndose de algo que había decidido hacer con toda la justicia, como era destruir al pueblo de Israel a causa de su idolatría, de su desobediencia y su desprecio por su Dios amoroso, pero ahora desistiendo porque la actitud mansa y humilde de un hombre que lo amaba lo indujo a ejercer Su misericordia y a cambiar Su decisión. ¡Esto es excelente y maravilloso!

¡Cuánto desea el Señor encontrar en la tierra, aunque sea a unos pocos de Sus hijos que estén preocupados por Su plan y Sus deseos y no por sus ministerios particulares, por sus organizaciones, por su fama y por sus

riquezas! Triste es decirlo, pero de esto hay muy poco, prácticamente nada, en el cristianismo.

Los líderes del cristianismo de hoy han rebajado la honra debida al Señor a mucho menos que el becerro de oro que adoraron los israelitas. Los cristianos de hoy adoran cualquier bagatela, se reúnen en grandes locales para adorar y seguir a hombres, pero no para tener comunión con el Señor y honrarlo y adorarlo a Él. Van a los cultos en busca de migajas, tales como bienestar económico, sanidades de enfermedades y unas pocas añadiduras más, pero no porque deseen encontrar al Señor del cielo y de la tierra para adorarlo, alabarlo y honrarlo.

Que el Dios de nuestro amor pueda encontrar en ti amable lector a uno que lo sigue por encima de todas las cosas. Que el Señor pueda hallar en ti a uno que decide salir de toda organización cristiana y seguirlo a Él como Su pastor, como Su Señor y como el Cordero que va avanzando para completar el plan de Dios y levantar las Primicias para poder regresar a la tierra que le pertenece y que nos pertenece, pero que actualmente está usurpada por satanás y su reino de tinieblas.

El ejemplo de Moisés es con-

tundente y digno de ser imitado. Debemos aprender a entrar en nuestro espíritu donde está el Señor Espíritu y aprender a orar conforme a Su deseo, para agradarlo, para llevar fruto y así satisfacerlo plenamente. Que el Señor nos ayude a tener esa clase de vivir.

Si bien es verdad que Dios perdonó al pueblo y no lo destruyó, no debemos llamarnos a engaño pensando que el pecado cometido por el pueblo no iba a tener justa retribución. Dios cambió Su ira por misericordia para Israel, pero no lo dejó sin castigo. Veamos el relato que sigue en Éxodo 32.

Moisés continuó su descenso de la cumbre del monte hasta donde estaba el pueblo, llevando en sus manos las dos tablas que Dios había hecho y en las cuales, Él mismo, había escrito los diez mandamientos: ***“Y volvió Moisés y descendió del monte, trayendo en su mano las dos tablas del testimonio, las tablas escritas por ambos lados; de uno y otro lado estaban escritas. Y las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios grabada sobre las tablas”*** (vs. 15-16).

Cuando Moisés llegó al campamento y vio la orgía en que estaba el pueblo no pudo menos que airarse, tomar las tablas

que eran obra del Señor y en las que Él mismo había escrito, y quebrarlas al pie del monte: **“Y aconteció que cuando él llegó al campamento, y vio el becerro y las danzas, ardió la ira de Moisés, y arrojó las tablas de sus manos, y las quebró al pie del monte”** (Éxodo 32.19). Un momento de insensatez de quienes amamos al Señor causará siempre un daño muy profundo a Su obra y nosotros seremos damnificados.

Inmediatamente Moisés tomó el becerro de oro, lo quemó en el fuego y lo molió hasta reducirlo a polvo, lo esparció en las aguas e hizo que Israel lo bebiera: **“Y tomó el becerro que habían hecho, y lo quemó en el fuego, y lo molió hasta reducirlo a polvo, que esparció sobre las aguas, y lo dio a beber a los hijos de Israel”** (Éxodo 32.20). Después le hizo ver a Aarón cómo él había sido el culpable de la deshonra del Señor frente a sus enemigos.

Enseguida Moisés se puso en la puerta del campamento y pidió que se unieran a él quienes estaban con Jehová. Cuando se juntaron los hijos de Leví, Moisés les pidió que pasaran de puerta en puerta por el campamento y mataran a espada cada uno a su hermano, su amigo y su pariente, y en ese día murieron como tres mil israelitas.

Amado lector, el Señor te ha

llamado y contigo a algunos más, para que lo sigan a Él, para que salgan de ese sistema cristianizado de idolatría, para que ya no seas más un gestor y patrocinador de idolatría y deshonra para el Señor. No dudes más, sal de una vez y síguelo por donde Él va. El Señor hoy está en tu espíritu. Penetra en él, ten comunión con el Señor y pídele que te enseñe a seguirlo; Él lo hará.

El Señor puede gobernar a cada uno de Sus hijos mediante la unción, que es Dios mismo, que ha depositado en el espíritu de ellos, para que sean gobernados, dirigidos y guiados por ella: **“Y en cuanto a vosotros, la unción que vosotros recibisteis de El permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero como Su unción os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como ella os ha enseñado, permaneced en El”** (1 Juan 2.27).

2. La oración de Josué

Antes de que Moisés muriese Dios le ordenó que designara a Josué como el israelita que conduciría al pueblo a la tierra que el Señor les había prometido que les daría como herencia.

En el último capítulo de Deuteronomio Dios llamó a Moisés a que subiera a la cumbre de Pisga en el monte Nebo que se

encuentra en la tierra de Moab. Desde allí le mostró la tierra de Canaán y después murió.

A pesar de que Moisés le había suplicado a Dios que le permitiera pasar y entrar en la tierra prometida, Dios negó su petición, por el incidente que había ocurrido cuando el pueblo de Israel vagaba por el desierto y no tenía agua. Dios le dijo a Moisés que le hablase a la roca; y él, junto con su hermano Aarón, en lugar de hablarle, la golpeó dos veces. La desobediencia a la palabra del Señor fue castigada impidiendo que Moisés y Aarón entraran con Israel en la tierra que Dios les había prometido.

El Señor había previsto que, ante la ausencia de Moisés, sería Josué quien lideraría al pueblo para introducirlo en la buena tierra. No obstante, Josué era solamente un mediador entre Dios y el pueblo, una figura del verdadero y único mediador, el Señor Jesús, quien fue el genuino líder que introdujo a Israel en la tierra prometida: ***“Porque hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús hombre”*** (1 Timoteo 2.5).

El primer escollo que había que superar era el paso del río Jordán, para el cual el Señor había preparado hasta el más

pequeño detalle. Lo único que tenía que hacer Josué era oír la palabra de Dios, instruir al pueblo con ella y obedecerla.

Si se es cuidadoso en la consideración de la Biblia, en el capítulo 3 de Josué, se notará que el paso del río Jordán estaba presidido por el arca del testimonio, que era llevada por los sacerdotes levitas. El arca, sus materiales y lo que en ella había es un testimonio de la persona y la obra del Señor Jesucristo. Entonces podemos afirmar que quien en verdad lideraba a Israel era el Señor Jesús.

Cuando los sacerdotes que transportaban el arca llegaron a la orilla del río Jordán y pisaron el agua, que estaba desbordada, pues era el tiempo de la siega; cuando ellos pisaron el agua, Dios hizo que las aguas de arriba se detuvieran en un montón y el lecho del río se secó y así se mantuvo hasta que pasaron todos los hijos de Israel.

Cuando una persona, un grupo de personas, una comunidad, una ciudad, un país y aun un continente se proponen oír la voz del Señor y deciden obedecerlo, Él hace entre ellos cosas maravillosas, como ocurrió en esta ocasión en el paso del río Jordán.

Una vez que el pueblo hubo

cruzado el río, se encontraba en la tierra que Dios había prometido darles desde la época de Abraham, pero este era solamente el comienzo, pues no era suficiente estar en la tierra, sino que ahora era necesario conquistar cada una de sus ciudades y campiñas, ocupadas hasta entonces por siete tribus cananeas.

Una vez superado el escollo gigante de cruzar un río grande y desbordado, se presentaba ante ellos una ciudad inexpugnable, guardada por anchos muros que la hacían inconquistable; esta es la ciudad de Jericó.

Los israelitas no tenían ni armas ni tecnología con las que pudieran derribar los muros ni derrotar a los jericóenses. Sin embargo, este no era un problema que debían ni podían solucionar los israelitas. Era el Señor quien se había comprometido a introducirlos en la buena tierra y esos problemas, sin solución para ellos, el Señor los solucionaría a Su manera. Lo único que requerían los israelitas era tener comunión con Él y obedecer todo lo que les mandase.

Fue así como el Señor le ordenó al pueblo que, con siete sacerdotes delante de ellos con bocinas de carnero, cada día, durante seis días rodearan la

ciudad, en silencio. Al séptimo día debían rodear la ciudad siete veces y al concluir la séptima vuelta los sacerdotes deberían tocar los cuernos y al oír el sonido de los cuernos todo el pueblo debía gritar. Cuando el grito unánime del pueblo de Israel fue oído, el Señor derribó de una sola vez los inexpugnables muros de Jericó.

De esa manera extraordinaria, opuesta a toda lógica humana, el Señor entregó en manos de Su pueblo una ciudad que se constituía en el primer baluarte que debía ser derribado a la entrada de la buena tierra.

Para el mundo, la toma de Jericó no es más que un mito, pero para nosotros los creyentes, es un hecho maravilloso histórico obrado por el Señor para Su pueblo, demostrando Su cuidado amoroso y manifestándoles la seguridad que ellos encontraban en el Dios que los había elegido como Su especial tesoro.

La toma de Jericó, además de ser una señal extraordinaria para el pueblo de Israel y para los creyentes hijos de Dios de todos los tiempos, se convirtió en una prueba de obediencia ante la cual fracasó un hombre y con su fracaso perturbó a todo el pueblo y él con su familia fueron muertos.

Una vez que los israelitas habían cruzado el río Jordán y habían tomado a Jericó, debían conquistar una ciudad más pequeña que no ofrecía mayor resistencia ni tenía grandes complicaciones.

Antes de tomarla Josué consideró pertinente enviar algunos hombres como espías para que averiguaran cómo era la ciudad y cuál habría de ser la mejor manera de tomarla.

Cuando los espías regresaron y le informaron a Josué las condiciones de Hai, le recomendaron que no fatigara a todo el pueblo subiendo a tomar la ciudad, ya que sus habitantes no eran numerosos, y con dos mil o tres mil hombres sería suficiente para conquistarla.

Subieron entonces alrededor de tres mil hombres, pero los de Hai les opusieron resistencia y los obligaron a dar la espalda. Ese día fueron muertos treinta y seis israelitas. Esta situación produjo perplejidad en el pueblo de Israel y en Josué, al punto de que éste rasgó sus vestidos y durante todo el día junto con los ancianos de Israel se postraron ante el arca del testimonio y echaron polvo sobre sus cabezas.

El pueblo desfalleció y Josué también, hasta el extremo

de murmurar delante del Señor diciendo: **“Josué le dijo a Dios: —Señor y Dios, ¿por qué hiciste que este pueblo cruzara el Jordán, y luego lo entregaste en manos de los amorreos para que lo destruyeran? ¡Ojalá nos hubiéramos quedado al otro lado del río! Dime, Señor, ¿qué puedo decir ahora que Israel ha huido de sus enemigos? Los cananeos se enterarán y llamarán a los pueblos de la región; entonces nos rodearán y nos exterminarán. ¿Qué será de tu gran prestigio?”** (Josué 7.7-9).

Causa asombro la actitud de incredulidad y desconfianza de Josué. Siendo el hombre que Dios había perfeccionado durante tanto tiempo al lado de Moisés, a quien le había dado grandes promesas de que **“Yo os he entregado, como lo había dicho a Moisés, todo lugar que pisare la planta de vuestro pie. Desde el desierto y el Líbano hasta el gran río Éufrates, toda la tierra de los heteos hasta el gran mar donde se pone el sol, será vuestro territorio. Nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida; como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré, ni te desampararé. Esfuérzate y sé valiente; porque tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra de la cual juré a sus padres que la daría a ellos. Solamente esfuérzate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la**

ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas” (Josué 1.1-7).

El Señor había hablado, no que Él le entregaría la tierra que ellos pisaren, sino que ya se la había entregado y no solo la ciudad de Jericó, sino toda la tierra de Canaán que se extendía desde el río Éufrates hasta el mar grande (en la actualidad el Mar Mediterráneo) y Josué en lugar de creer en las palabras del Señor, dudó y hasta le reprochó el hecho de que hubiese secado el lecho del río Jordán para que el pueblo pasara a la tierra de la promesa.

Ante la duda y la perplejidad de Josué el Señor le respondió: **“¡Levántate! ¿Qué haces ahí postrado?”** (Josué 7.10). Es necesario aprender a ser sencillos de corazón en el trato con el Señor. Él le había prometido a Josué que les entregaría toda tierra que pisaran con la planta de su pie. Si lo había prometido, Él lo haría, solamente había que creer que el Señor es fiel a Su palabra, cumple lo que promete; así no fue Josué en este caso.

Si Josué hubiese tenido un corazón más sencillito, habría ido al Señor a preguntarle cuál era la causa por la cual los pocos de

Hai habían obligado a los israelitas a dar la espalda y habían matado a treinta y seis de ellos. El Señor inmediatamente se lo hubiese revelado y Josué hubiese evitado todo ese drama que hizo junto con los ancianos de Israel.

Los cristianos generalmente son así, porque su corazón ha sido poco trabajado por el Señor, es complicado y viven en el viejo hombre. Hacen largas oraciones pidiendo al Señor cosas que no es necesario pedir. Por ejemplo, no es extraño oír en las denominaciones cristianas oraciones en las que piden a Dios que le mande el Espíritu Santo, y hasta cantan canciones en ese sentido. ¡Para qué pedir algo que el Señor ya hizo! Si eres un creyente, si abriste tu corazón y tu espíritu para recibir al Señor, el Espíritu Santo mora en ti y no es necesario que ores a Dios pidiendo que te lo envíe.

Si haces ese tipo de oraciones, el Señor te responderá inmediatamente: **“¡Levántate! ¿Qué haces ahí postrado?”**. Orar pidiendo al Señor que haga lo que ya hizo es insensato y demuestra una carencia de fe y falta de creer en la palabra del Señor.

A pesar de que Josué no fue sabio en la forma cómo debía orar al Señor para saber la causa

por la cual había permitido que los de Hai derrotaran a los israelitas, el Señor en Su misericordia se la mostró: ***“Israel ha pecado y violado mi pacto: han tomado de lo destinado al anatema; han robado y faltado a la fidelidad, y lo han escondido entre su equipaje. Ya no podrá Israel hacer frente a sus enemigos, sino que huirá de ellos; por haberse contaminado reservándose algo del anatema: no estaré más con vosotros hasta que exterminéis al que es reo de esta maldad”*** (Josué 7.11-12).

Dios no puede tolerar entre Su pueblo el pecado de desobediencia. Por hermanos que cometen esa clase de pecado ni siquiera se debe orar; aquí hace referencia a los pecados de muerte de los que habla Juan en su primera carta: ***“Si alguno ve a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y le dará vida; a saber, a los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida”*** (1 Juan 5.16). En el cristianismo, en muchas de sus congregaciones se tolera a los *“hermanos”* que practican distintas clases de pecado: fornicación, adulterio, homosexualismo, avaricia y otros de ese estilo. Éstos son pecados de muerte.

Es común el caso de líderes de congregaciones cristianas

que caen en adulterio y las congregaciones les toleran su pecado, o cuando son expulsados, van y organizan otra congregación, sin tener el más mínimo recato y arrepentimiento por los pecados que practican, porque no conocen la palabra de Dios o no tienen ningún deseo de obedecerla. Éstos son falsos creyentes, de los que está lleno el cristianismo hoy: ***“vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se hace insípida, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres”*** (Mateo 5.13).

Como Josué no tuvo la capacidad de visualizar la causa de la derrota de los israelitas y mucho menos estaba en capacidad de encontrar una solución, el Señor le presentó un panorama completo al respecto: ***“Levántate, santifica al pueblo, y di: Santificaos para mañana, porque el SEÑOR el Dios de Israel dice así: Anatema [hay] en medio de ti, Israel; no podrás estar delante de tus enemigos, hasta tanto que hayáis quitado el anatema de en medio de vosotros. Os acercaréis, pues, mañana por vuestras tribus; y la tribu que el SEÑOR tomare, se acercará por sus familias; y la familia que el SEÑOR tomare, se acercará por sus casas; y la casa que el SEÑOR tomare, se acercará por los varones; y el que fuere cogido en el anatema, será quemado a fuego, él y todo***

lo que tiene, por cuanto ha quebrantado el pacto del SEÑOR, y ha cometido maldad en Israel” (Josué 7.13-15).

En la toma de Jericó Dios les había dado un mandato preciso con respecto a apropiarse de los bienes que allí encontraran, en el sentido de que nadie podía tomar nada. Sin embargo, a pesar de la advertencia, hubo un israelita de la tribu de Judá que se dejó llevar por la codicia y tomó para sí un manto babilónico, plata y oro. Por esa causa el Señor estaba ofendido y le había dado la espalda a Israel hasta tanto no eliminara el anatema.

Josué junto con el pueblo de Israel no tuvieron una opción distinta a obedecer: **“Josué, pues, levantándose de mañana, hizo acercar a Israel por sus tribus; y fue tomada la tribu de Judá; y haciendo acercar la tribu de Judá, fue tomada la familia de los de Zera; haciendo luego acercar la familia de los de Zera por los varones, fue tomado Zabdi; e hizo acercar su casa por los varones, y fue tomado Acán, hijo de Carmi, hijo de Zabdi, hijo de Zera, de la tribu de Judá. Entonces Josué dijo a Acán: Hijo mío, da ahora gloria al SEÑOR el Dios de Israel, y dale alabanza, y declárame ahora lo que has hecho; no me lo encubras. Y Acán respondió a Josué, diciendo: Verdaderamente yo he pecado contra**

el SEÑOR el Dios de Israel, y he hecho así y así. Que vi entre los despojos un manto babilónico muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un lingote de oro de peso de cincuenta siclos; lo cual codicié, y tomé; y he aquí que está escondido debajo de tierra en el medio de mi tienda, y el dinero debajo de ello. Josué entonces envió mensajeros, los cuales fueron corriendo a la tienda; y he aquí [que todo estaba] escondido en su tienda, y el dinero debajo de ello. Y tomándolo de en medio de la tienda, lo trajeron a Josué y a todos los hijos de Israel, y lo pusieron delante del SEÑOR” (Josué 7.16-23).

Una vez que fue descubierta la desobediencia de Acán, que él confesó su pecado y que fueron traídos delante del pueblo y del Señor los objetos del anatema, vino una solución, que a la luz de los sentimientos humanos es muy triste: **“Entonces Josué, y todo Israel con él, tomó a Acán hijo de Zera, y el dinero, y el manto, y el lingote de oro, y sus hijos, y sus hijas, y sus bueyes y sus asnos, y sus ovejas, y su tienda, y todo cuanto tenía, y lo llevaron todo al valle de Acor; y dijo Josué: ¿Por qué nos has turbado? Túrbete el SEÑOR en este día. Y todos los israelitas los apedrearon, y los quemaron a fuego, [después de] apedrearlos con piedras; y levantaron sobre ellos un gran montón de piedras,**

hasta hoy. Y el SEÑOR se tornó de la ira de su furor. Y por esto fue llamado aquel lugar el Valle de Acor, hasta hoy” (Josué 7.24-26).

El lector observará que Dios no pidió que el pueblo de Israel clamara, gimiera y pidiera por Acán, pues Él había advertido claramente lo que le ocurriría a quien tomara del anatema y Su palabra debía cumplirse por encima de toda consideración. Con su actitud Acán no solamente se afectó a sí mismo, sino que llevó su familia a la muerte.

Esto concuerda con el tratamiento que Dios ordenó por medio de Pablo, que se le diera al hermano que en Corinto fornicaba con la mujer de su padre: **“En el Nombre del Señor nuestro Jesús, [el] Cristo, juntaos vosotros y mi espíritu, con la facultad del Señor nuestro Jesús [el] Cristo, el tal sea entregado a Satanás para muerte de la carne, para que el espíritu sea salvo en el día del Se-**

ñor Jesús” (1 Corintios 5.4-5).

También concuerda con lo dicho por Juan con respecto a quienes cometen pecados que son de muerte: **“Si alguno viere pecar a su hermano con pecado que no es de muerte, pedirá [a Dios], y él le dará vida; [digo] a los que pecan no de muerte: Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que ruegues. Toda maldad es pecado; mas hay pecado que no es de muerte”** (1 Juan 5.16-17).

Lo descrito nos lleva a concluir que debemos ser cuidadosos en los temas por los que oramos. Hay situaciones que son tan evidentes que no requieren oración, sino acción. En el caso que estamos tratando Josué debió preguntarle al Señor solamente por la causa del fracaso y una vez el Señor se lo revelara, poner en acción los mandatos del Señor.

Oraciones

modelo (2)

1

5

En el capítulo anterior vimos un par de oraciones que podemos considerarlas como modelo y en este capítulo veremos una más.

3. LA ORACIÓN DE LOS CIENTO VEINTE

Antes de Su ascensión, el Señor llevó a Sus discípulos al Monte del Olivar y les dio algunas instrucciones con respecto al futuro inmediato, que desembocaría en el establecimiento y la manifestación de la iglesia en la tierra.

En primer lugar, les dijo que serían bautizados en el Espíritu Santo, y gracias a ese bautismo serían testigos de Él en Jerusalén, en Judea, en Samaria y el resto de la tierra: **“pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y seréis Mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”** (Hechos 1.8).

También les dijo el Señor que no se fueran de Jerusalén, sino que permaneciesen en la ciudad hasta que recibiesen la promesa que Él les había prometido del Padre, promesa que consistía en ser bautizados con el Espíritu Santo: **“Y estando reunido con ellos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de Mí. Porque Juan bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de no muchos días”** (Hechos 1.4-5).

Los discípulos, obedientes al Señor, se quedaron en la ciudad, fueron a una casa y se recluyeron en ella, en la planta superior y se dedicaron a orar: **“Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte que se llama del Olivar, el cual está cerca de Jerusalén, camino de un día de sábado. Y entrados, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Juan y Jacobo y Andrés, Felipe y**

Tomás, Bartolomé y Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hermano de Jacobo. Todos éstos perseveraban unánimes en oración, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con Sus hermanos.” (Hechos 1.12-14).

Ellos se dedicaron durante los días siguientes a la oración y de ese hecho podemos rescatar muchas enseñanzas valiosas.

En primer lugar, es maravilloso el hecho de que ellos pudiesen estar juntos y orar durante tanto tiempo, máxime si tenemos en cuenta que cuarenta días antes, cuando el Señor los llevó a Getsemaní y Él comenzó a padecer angustia, por las cosas que debía sufrir en las horas subsiguientes, los discípulos no tuvieron la capacidad de velar con el Señor una hora: **“Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro. Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo. Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú. Vino luego**

a sus discípulos, y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?” (Mateo 26.36-40).

En ese entonces no tuvieron capacidad de velar con el Señor una hora, no obstante, ahora fueron capaces de permanecer juntos, durante diez días y en oración. ¿Qué los capacitaría para permanecer tanto tiempo juntos y en oración? Diez días antes no tuvieron las fuerzas para velar con el Señor una hora, y teniendo en cuenta que Él estaba con ellos, pero ahora no permanecieron solamente una hora, sino diez días.

¿De dónde venía ese poder? Recordemos que cuarenta días antes el Señor había resucitado y la noche de ese mismo día, el primero de la semana, vino y se introdujo en ellos como el Espíritu Santo. **“Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto de pie en medio, les dijo: Paz a vosotros...Y habiendo dicho esto, sopló en ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”** (Juan 20.19, 22).

La capacidad de orar y estar juntos no venía de los discípulos, sino del Señor, quien como el Espíritu Santo moraba en ellos. En

verdad era el Espíritu quien los motivaba y les daba las fuerzas necesarias para poder permanecer juntos en oración, y el Señor aquí establece un principio consistente en que nada que hagan Sus hijos dependiendo de sus fuerzas y habilidades puede agradarlo ni cumplir Su voluntad, sino solamente aquello que Él hace en nosotros: **“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de Mí nada podéis hacer”** (Juan 15.5).

Lamentablemente este principio se perdió muy rápido y satanás que no descansa en hacer cosas para oponerse a la ejecución del plan eterno del Señor, instigó a los mismos santos a que ignoraran este principio, y es así como hoy vemos millones de organizaciones, llamadas iglesias, encabezadas por hombres, no por el Señor, en donde se hacen ingentes esfuerzos por realizar la obra del Señor y no quieren darse cuenta de que todas esas obras son abominables para Él.

Debido a que los ciento veinte que estaban en el aposento alto dependían totalmente del Espíritu, no estaban compitiendo por un liderazgo, ni estaban tratando de ser nombrados pastores, o papas o curas, o reverendos o apóstoles, ni obreros, ni servidores, ni hermanos res-

ponsables, ni ancianos, ni ningún otro título, porque todo eso que tienen en los grupos cristianos para destacar liderazgos, no es según la voluntad de Dios.

Los hermanos allí congregados estaban teniendo la realidad del primer paso que se requiere para la existencia de la iglesia: guardaban la unidad del Espíritu: **“diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”** (Efesios 4.3). La iglesia genuina, la que es del Señor, no puede llegar a ser real a menos que los hermanos tengan como base este principio: **guardar la unidad del Espíritu**.

Tristemente, este principio no se da en ninguna de las iglesias cristianas, porque los genuinos hijos de Dios que allí se congregan no tienen la más pequeña idea de qué es guardar la unidad del Espíritu, y menos se puede esperar que haya esa revelación en los falsos creyentes que son la inmensa mayoría de los congregados en los grupos cristianos—católicos y protestantes—.

Al faltar revelación y al no poder poner en práctica ese principio, no se puede esperar que ninguno de los millones de grupos cristianos sea la iglesia que el Señor ha establecido, sino que todos ellos se convierten en las iglesias de los hombres. Ninguna de ellas es la iglesia genuina del Señor.

Guardar la unidad del Espíritu no es nada distinto a que cada uno de los hijos de Dios son uno en su espíritu humano con el Espíritu de Dios, y guardar esa unidad es un asunto personal, lo cual quiere decir que nadie puede guardar la unidad del Espíritu por otro. Tú debes aprender a vivir en tu espíritu, poniendo tu mente, tus pensamientos en las cosas del Señor, yo debo hacer lo mismo; cuando tú y yo tenemos esa práctica, estamos guardando la unidad del Espíritu y ahí sí está la genuina iglesia que el Señor ha pensado desde la eternidad antes del tiempo y que lo satisface plenamente.

Esta era la actitud de los ciento veinte discípulos que estaban reunidos en el Aposento Alto; cada cual era uno en su espíritu con el Espíritu del Señor y eso trajo como consecuencia la paz: ***“diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”***.

Cuando guardamos la unidad del Espíritu, automáticamente hay paz entre los hermanos y esa es la razón por la que ellos no estaban disputando por liderazgos, ni estaban haciendo planes para obedecer el mandato que el Señor les había dado en el sentido de ser Sus testigos en Jerusalén, en Judea en Samaria y en el resto de la tierra; solamente estaban permitiendo que

desde su espíritu el Señor llenara el alma de cada uno, y cuando esa llenura es un hecho, entonces se manifiesta la unanimidad, que consiste en ser todos de una sola alma, basados en cuatro aspectos importantes, de acuerdo con lo dicho por el Espíritu en 1 Corintios 1.10: ***“Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en un mismo sentir y en un mismo parecer”***

Un solo hablar.

Esta es la primera manifestación de la unanimidad, la que a la vez depende de ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu.

Debemos tener claridad en que ese hablar no puede ser el de ningún hombre, ningún líder, ningún hermano destacado, sino el hablar del Espíritu Santo, el hablar del Señor Jesucristo; por eso Pablo nos ruega ***“por el nombre de nuestro Señor Jesucristo”***, lo cual implica que el hablar de todos los hijos de Dios en la iglesia del Señor no debe ser cualquier hablar, sino el hablar del Señor Jesucristo.

En cada uno de los millones de grupos cristianos cada congregación tiene su propio hablar, pero en ninguna de ellas está el

único hablar que debemos tener los hijos de Dios, que es el hablar del Señor Jesucristo-el Espíritu Santo. Y más terrible aún es que a nivel congregacional, cada uno de los miembros de la congregación tiene su propio hablar, hablares que no son del Espíritu Santo, sino que se originan en la mente carnal de los feligreses. Por eso, nunca llegarán a ser uno, no podrán ser unánimes, por más esfuerzos, concilios, congresos, reuniones a nivel local, regional y mundial que realicen, nunca alcanzarán la unidad, porque esta se alcanza solamente si seguimos los principios que el Señor ha establecido, y el primer principio, el punto de partida es poner toda diligencia para guardar la unidad del Espíritu.

Sin divisiones.

El segundo aspecto que manifiesta la unanimidad—una sola alma— es no tener divisiones.

La palabra **división** está conformada por el prefijo **di** que quiere decir dos y el nombre **visión**. Luego estar divididos es tener más de una visión, es decir, no tener la única visión que es la visión del Espíritu Santo.

Si somos diligentes en guardar la unidad del Espíritu, es natural que el Espíritu Santo nos dé a cada uno Su única visión y de ninguna manera estaremos divi-

didos. Debemos tener claridad que el Espíritu es uno y único y no puede mostrar distintas visiones a cada uno de Sus hijos, sino que la visión será la misma para aquellos que viven el Espíritu y guardan la unidad en Él.

La única manera mediante la cual se puede obtener la única visión es estando en el espíritu y ganando revelación en la parte del espíritu que se conoce como la intuición. Esa función del espíritu nos permite relacionarnos con Dios, conocer Su persona y Su obra. Cuando Dios es revelado en nuestro espíritu, entonces todos los hijos de Dios lograremos tener una única visión, la visión del Espíritu: ***“para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de Él, para que, alumbrados los ojos de vuestro corazón, sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos”*** (Efesios 1.17-18).

Las iglesias regentadas por hombres no tienen ninguna visión; ellos se limitan a hablar unas palabras conforme a la letra de la Biblia, pero sin ninguna visión porque no tienen revelación, ellos no saben cómo utilizar su espíritu donde el Señor se revela. Si hay alguna visión entre los grupos cristianos, son vi-

siones iguales a la que tuvo Eva en el Huerto de Edén, cuando satanás la engañó y la presionó para que comiera del árbol de la ciencia del bien y del mal, es decir para que recibiera en su ser la naturaleza de satanás que se llama pecado: **“Así, vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y que era el árbol deseado para alcanzar conocimiento. Y tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que estaba con ella, y él comió”** (Génesis 3.6).

Observa que la mujer vio, es decir, tuvo una visión, pero el origen de esa visión no era el Señor, sino que la visión se originó en satanás. Es lo mismo que ocurre hoy en el multitudinario cristianismo: tienen muchas visiones provenientes de satanás, porque no saben usar su espíritu, no buscan revelación y el diablo los engaña.

Un único sentir [una mente, un pensamiento].

Es otro aspecto que nos lleva a colegir que vivimos en unanimidad, porque somos diligentes en guardar la unidad del Espíritu.

Tener un mismo sentir es lo mismo que tener una sola mente, un único pensamiento. Antes de que el Señor Jesús muriese, resucitase y ascendiera, entre

los discípulos había ambiciones de posición y liderazgo: **“Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, adorándole y pidiéndole algo. Él le dijo: ¿Qué quieres? Ella le dijo: Di que estos dos hijos míos se sienten uno a Tu derecha y otro a Tu izquierda en Tu reino. Entonces Jesús respondiendo, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que Yo he de beber? Y ellos le dijeron: Podemos. Él les dijo: Mi copa sí la beberéis, pero el sentarse a Mi derecha y a Mi izquierda, no es Mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por Mi Padre. Cuando los diez oyeron esto, se indignaron por los dos hermanos. Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de los gentiles se enseñorean de ellos, y los que son grandes ejercen sobre ellos potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro esclavo; así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar Su vida en rescate por muchos”** (Mateo 20.20).

Los hijos de Zebedeo, Juan y Santiago tenían ambición de que el Señor les diera un lugar destacado en el reino, hecho que manifestó la ambición de los dos discípulos porque el Señor le diera lugar de preeminencia,

y los restantes discípulos manifestaron su condición de envidia porque sus compañeros llegasen a ser encumbrados por encima de ellos. Estas son claras manifestaciones de la carne de los discípulos.

Pero, después de que ellos recibieron el Espíritu todo cambió, porque habían aprendido a no manifestar el viejo hombre —por medio de la carne—, ya que éste había sido muerto en la cruz y dejado en la tumba de Jesús, y ahora vivían en el nuevo hombre que es el Señor resucitado y mezclado con nuestra humanidad restaurada y limpia mediante la muerte y resurrección del Señor.

Por eso los ciento veinte hermanos que vivían en el aposento alto, estaban despojados de toda ambición de liderazgo; ellos esperaban de manera sencilla la dirección del Espíritu Santo y conforme a ella actuaban.

Un único parecer.

Es la cuarta conducta que manifiesta que los creyentes son de una sola alma—unánimes—gracias a que son diligentes en guardar la unidad del Espíritu.

Una vez más el Señor nos lleva a insistir que ese parecer, la decisión que en cada situación es necesario tomar no es según el parecer de un hermano connotado, de un líder, sino que en

la iglesia genuina es el Espíritu Santo, el Señor Jesús como la Cabeza quien manifiesta Su parecer y ese parecer se convierte en el de todos y cada uno de los santos.

Los ciento veinte discípulos manifestaron la realidad de la unanimidad al punto de que cuando el Espíritu Santo tomó a Pedro para mostrar la necesidad que tenía el Señor de que fuese establecido un sustituto de Judas, quien había traicionado al Señor y había sido excluido de su parte en el ministerio, entre los santos allí presentes no se formó un contubernio político, para descubrir cuál de los dos candidatos debía ser designado: ***“Y en aquellos días Pedro se levantó en medio de los hermanos (un grupo como de ciento veinte estaba reunido allí), y dijo: Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura, en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, quien se hizo guía de los que prendieron a Jesús, y era contado con nosotros, y se le asignó una porción de este ministerio. Este, pues, con salario de injusticia adquirió un campo, y cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron. Y fue notorio a todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel campo se llama en su propia lengua Acéldama, que quiere decir, Campo***

de sangre, Porque está escrito en el libro de los Salmos: «Sea hecha desierta su habitación, y no haya quien more en ella»; y: «Tome otro su cargo». Es necesario, pues, que de estos hombres que nos han acompañado todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue llevado arriba, uno sea hecho testigo con nosotros de Su resurrección. Y propusieron a dos: a José, llamado Barsabás, que tenía por sobrenombre Justo, y a Matías» (Hechos 1.15-23).

Es notorio el hecho de que el Señor haya tomado a Pedro para hablar sobre una necesidad del Señor y no a otro de los discípulos. ¿Qué razón tendría el Señor para tomar esa actitud? No debemos olvidar que cuando el Señor requirió un testimonio de quién era Él, Pedro fue el único de los discípulos que tuvo revelación del Padre para testificar que Jesús es Dios, el Hijo del Dios viviente: **“Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a Sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; “y otros, Jeremías, o uno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del**

Dios viviente” (Mateo 16.13-16).

Pedro no hizo esa afirmación porque fuese un hombre versado en las Escrituras ni estudioso de ellas, sino porque en ese momento tuvo una revelación del Padre. Esta es la mayor necesidad que diariamente tenemos los hijos de Dios: que nos conceda un espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Él. Este es un principio y un punto de partida para obtener realidad del Señor, Su persona y obra.

Si no tenemos revelación en nuestro espíritu, todo nuestro vivir de hijos de Dios resulta vano e igualmente las oraciones serán vacías e inaceptables delante del Señor.

Como consecuencia de que Pedro haya tenido revelación del Padre, el Señor Jesús complementó la revelación diciéndole que en adelante él ya no sería una caña sacudida por el viento, sino una piedra apropiada para la edificación de la iglesia: **“Entonces le respondió Jesús y dijo: Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino Mi Padre que está en los cielos. Y Yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré Mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16.17-18).**

El Señor no edifica Su iglesia con incrédulos, solamente lo hace con Sus hijos, pero con aquellos hijos que le permitan al Señor realizar en ellos un proceso de transformación y ese proceso se da mediante revelación en el espíritu del creyente y transformación en el alma de este. La iglesia es edificada en la medida que los hijos de Dios obtenemos revelación y nuestra alma va siendo transformada hasta alcanzar la plenitud de la imagen del Hijo de Dios.

Una vez que Pedro fue revelado por el Padre y por el Hijo, está listo para recibir un encargo y una función de parte del Señor: ***“Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y lo que ates en la tierra habrá sido atado en los cielos; y lo que desates en la tierra habrá sido desatado en los cielos”*** (Mateo 16.19).

El Señor puso en las manos de Pedro las llaves del reino de los cielos, y una llave es usada para abrir una puerta y permitir que quienes deseen entrar por ella puedan hacerlo.

Es interesante notar que el Señor no entregó la llave del reino de los cielos a la iglesia, que en este caso estaba representada por todos los discípulos, sino a uno de sus miembros: a Pedro. ¿Por qué a él? Porque Pedro tuvo revelación, mientras que los otros discípulos no la tenían.

Esto nos permite ver un principio que el Señor ha establecido: para entrar en el reino de los cielos, es necesario que se nos dé la llave para abrir la puerta y entrar, y esa llave solo se da a quienes buscan y alcanzan revelación que el Señor da a quienes se humillan delante de Él a suplicarle esa revelación.

Bajo ese principio, encontramos a Pedro ejerciendo su encargo en medio de los ciento veinte en el Aposento Alto; él estaba usando la llave para abrir la puerta del reino de los cielos, en este caso para suplir la necesidad que el Señor tenía, consistente en que Judas fuera reemplazado entre los doce apóstoles, ya que ese número es muy importante para el Señor, pues los cimientos del muro de la Nueva Jerusalén han de tener los nombres de los doce apóstoles del Cordero: ***“Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero”*** (Apocalipsis 21.14).

Una vez que Pedro expuso la necesidad del Señor de completar doce apóstoles con uno que reemplazara al traidor Judas, y de exponer en el espíritu algunos de los requisitos, encontraron que había dos hermanos que llenaban esas exigencias; José-Barsabás-Justo y Matías.

No se armó una contienda

para saber cuál de los dos obtenía más admiradores o más votos, como harían hoy las congregaciones del degradado cristianismo, sino que suplicaron al Señor que decidiera cuál de los dos sería el reemplazo de Judas: **“Y orando, dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido, para que tome la parte de este ministerio y apostolado, de que se desvió Judas para irse a su propio lugar”** (Hechos 1.24-25).

Como esta era una oración conforme a la voluntad del Señor, Él la respondió inmediatamente y mediante echar suertes el designado fue Matías; ahora el número de apóstoles estaba completo nuevamente.

Así como en la elección inicial de los doce apóstoles fue el Señor quien en Su soberanía determinó quiénes conformarían ese grupo, igualmente en este caso fue Él quien determinó quién reemplazaría a Judas, solamente que ahora, ya no lo hizo Él solo, sino que en esa designación participaron los miembros de Su cuerpo; así estaba conformado EL CRISTO, el cuerpo, el Señor Jesús como la Cabeza y los ciento veinte los demás miembros de Su cuerpo para conformar EL CRISTO.

Que delicia es encontrar un grupo de seres humanos total-

mente compenetrados y fundidos con Dios, como ese que estaba en el Aposento Alto; se cumple lo que dice el Salmo: ***allí envía el Señor bendición y vida eterna.***

No hay nada que agrade más al Señor que Sus hijos vivamos en armonía, pero esa armonía no se logra por las acciones de los hombres, por las buenas intenciones de los hermanos, sino que la armonía la produce el Espíritu Santo cuando encuentra hijos de Dios que se dispongan para que Él haga Sus obras.

Esos días estuvieron llenos de gloria, llenos de la expresión del Señor; Él no encontró ningún obstáculo para llenar sus corazones y expresarse por medio de ellos; ahora en la tierra había ciento veinte personas que eran uno con el Señor; Dios estaba completamente mezclado con esos hijos que Él había escogido antes de la fundación del mundo y que en el tiempo los había llamado y los había regenerado.

Por esta razón, cuando llegó el día de Pentecostés, la gloria del Señor fue expresada plenamente: ***“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos.”*** (Hechos 2.1).

Cuando entre los hijos de Dios hay unanimidad, está el terreno listo para que el Señor pueda manifestarse según Su so-

beranía.

Durante los cincuenta días posteriores a la resurrección del Señor Jesús, los hermanos que anduvieron con el Señor mientras estuvo en carne, fueron diligentes en guardar la unidad del Espíritu y alcanzaron la unanimidad; ellos dejaron su propio hablar y permitieron que el Espíritu hablase por ellos, se compenetraron con la única visión que el Espíritu les suministraba, se llenaron del parecer y del sentir que el Señor desde su espíritu les impartía; por eso afirma la Biblia que estaban todos unánimes y juntos.

Este es un hecho por demás maravilloso al que debemos atender y rogarle al Señor que, en este tiempo de tinieblas y desazón, nos lleve a vivir esa realidad.

Los ciento veinte lograron este estado de unidad del Espíritu y unanimidad por medio de la oración, pero hay que destacar que esta oración no fue de hipocresía, para ser notados por los demás, tampoco de vanas repeticiones como los gentiles, sino que fue una oración del espíritu, donde cada uno de los presentes estaba es su aposento más interior —espíritu humano— y con la puerta cerrada, orando al Padre en la intimidad, en lo secreto y viviendo en íntima comunión con Él, como debe ser la genuina

oración. Se debe recordar que el ingrediente destacado en la genuina oración es la comunión y esta no es nada diferente al mutuo fluir de las riquezas de Dios hacia el creyente y el reflujo de esas riquezas convertidas en fruto, hacia Dios, para el disfrute de Él. En la comunión, nosotros disfrutamos de la persona y la obra de Dios —Sus riquezas— y Él disfruta de los frutos que Su trabajo ha producido en nosotros.

Cuando uno o más creyentes tienen esta realidad, el corazón del creyente —la tierra— está abonado y listo para que el Señor pueda hacer según Su voluntad.

Es así como al llegar el día de Pentecostés y debido a que los ciento veinte eran unánimes, el Espíritu pudo desarrollar lo que el Señor había planeado: ***“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen”*** (Hechos 2.1-4).

Solamente donde los hijos de Dios son unánimes, unanimidad

que procede de guardar la unidad del Espíritu, el Señor puede obrar según Su deseo, y esa era la condición de los santos que estaban en Jerusalén en el Apuesto Alto.

Es por eso por lo que la Biblia afirma que de repente, esto quiere decir que el evento no había sido planeado por los ciento veinte ni por los “líderes”, porque el único líder que había entre ellos y el único líder de la iglesia genuina, es el Señor Jesús, contrario a las iglesias de los hombres que no pueden existir si no cuentan con un líder, individual o corporativo.

En verdad este evento sí tenía una planeación meticulosa, porque Dios no improvisa, sino que Él es muy detallista, pero esa planeación no había sido hecha en la tierra ni por hombres, sino que había sido realizada en el trono y por el Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por esa razón dice que fue de repente.

Aunque los hechos realizados en Pentecostés se dan en la tierra, ninguno de ellos fue terrenal, sino que todos fueron celestiales: **vino del cielo**. Nada de aquello que vivimos en el Señor puede venir de la tierra, todo aquello que ocurre en nuestra vida, individual y colectiva, debe ser celestial, debe originarse en el trono y en la persona de nuestro Señor. Todo lo que es distinto

a esto pertenece al viejo hombre, y el viejo hombre es satanás mezclado con la naturaleza humana y expresado mediante la carne: **“porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía”** (Santiago 3.15-16).

Continuando con la narración de las cosas que ocurrieron en Pentecostés, dice el Señor que vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados.

Es interesante notar que los ciento veinte hermanos estaban sentados, manifestando una actitud de reposo, de satisfacción, sin afanes; no había entre ellos discusiones ni altercados, sino que todos estaban en completa paz, la cual proviene de ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu: **“diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”** (Efesios 4.3).

En ese ambiente solo había satisfacción de parte del Señor y también de los hermanos. Así es la genuina vida de iglesia, cuando en verdad vivimos en el es-

píritu; y a ella debemos aspirar todos los hijos de Dios. Lograrlo no depende del esfuerzo humano, sino de nuestra disposición para que Dios haga en nosotros lo que le agrada.

El pasaje continúa diciendo que el estruendo como de un viento recio que soplaba y que llenó toda la casa donde los hermanos estaban sentados, manifiesta la promesa que el Señor les había hecho en el monte de los Olivos minutos antes de que Él ascendiera en forma visible y esa promesa es el bautismo en el Espíritu Santo: **“Y estando reunido con ellos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de Mí. Porque Juan bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de no muchos días”** (Hechos 1.4-5). Por un lado, la casa donde estaban los discípulos y por otro, ellos también fueron llenos del Espíritu Santo. El griego, idioma en que fue escrito este pasaje, utiliza dos vocablos distintos para las dos llenuras: la de la casa y la de los discípulos.

En el primer caso —la casa— emplea la palabra griega *eplerosen* que quiere decir llenar por dentro y es el caso que ocurrió con los discípulos la noche de la resurrección del Señor, cuando fueron llenos interior-

mente del Espíritu Santo cuando el Señor sopló en ellos; y en el segundo caso, cuando afirma que fueron todos llenos del Espíritu Santo, el término griego que utiliza para llenos es *eplestesan*, que quiere decir llenar exteriormente, en otras palabras, ser cubiertos, es decir ellos fueron cubiertos plenamente por el Espíritu Santo, o sea que los discípulos fueron sumergidos en el Espíritu.

Por un lado, este es el cumplimiento de la promesa que el Señor Jesús les había hecho al comienzo del libro de Hechos cuando les dijo que de aquí a pocos días ellos serían bautizados en el Espíritu Santo.

Por otro lado, este es el genuino significado del bautismo en el Espíritu Santo, del cual los cristianos tienen poca o ninguna revelación.

Para muchos de ellos el bautismo en el Espíritu Santo es un hecho que tiene como manifestación hablar lenguas extrañas y los cristianos de corte pentecostal afirman que si un cristiano no habla en lengua desconocida no ha obtenido ese bautismo; otros cristianos ni siquiera se fijan en el hecho, pues debido a la falta de revelación y a la ignorancia que en ellos hay, no le dan ninguna importancia.

Pero para el Señor este he-

cho es de vital importancia y así debe serlo para los hijos de Dios, pues este se constituye en el último paso que el Señor da en Su proceso de redención por nosotros, y con él concluye el trabajo de redención que efectuó por medio del Hijo Jesucristo.

La palabra bautismo se deriva de la palabra griega *ebaptizein*, que quiere decir, **sumergir, meter dentro de, cubrir con, sumergir en**. Ser bautizado en el Espíritu Santo es ser sumergido en Él, ser cubierto por Él y es exactamente lo que le ocurrió a Jesús después de que fue bautizado por Juan en el río Jordán, que vino el Espíritu Santo y descendió sobre Él: **“Y Jesús, después que fue bautizado, en seguida subió del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre Él”** (Mateo 3.16).

Con los ciento veinte que estaban en el Aposento Alto, el Señor dio este paso y los capacitó para hacer la obra de anunciar el evangelio, o dicho de manera más apropiada, el Espíritu Santo tomó a los discípulos dentro de Él para hacer Su obra que había planeado desde la eternidad pasada, cumpliendo lo que Jesús les había dicho antes de la ascensión: **“pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y se-**

réis Mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1.8).

El Señor tenía la intención de que Él como el evangelio fuese anunciado en toda la tierra, comenzando por Jerusalén, siguiendo hasta Judea, llegando a Samaria y alcanzando toda la tierra, y ahora tenía ciento veinte con y por medio de quienes llevará a cabo Su obra, porque ahora está totalmente mezclado con ellos.

Eso nos ha ocurrido a nosotros quienes hemos recibido al Señor creyendo en Su nombre. En el momento en que lo hemos recibido, Él ha entrado en nuestro espíritu, lo ha reavivado, ha restablecido sus funciones de conciencia, intuición y comunión, y desde allí paulatinamente va llenando nuestra alma, hasta que seamos totalmente saturados de Sus riquezas y alcancemos Su estatura.

Igualmente, exteriormente nos ha llenado de Él, es decir, hemos sido sumergidos en Él, para que por medio nuestro y en absoluta unión con Él llevemos adelante la obra que el Señor quiere desarrollar en la tierra, especialmente con aquellos que Él ha escogido desde antes de la fundación del mundo.

Como testimonio exterior de

que esa obra ha sido realizada en nosotros, nos bautizamos en agua y así damos testimonio ante los hombres, ante los ángeles y ante satanás, de que hemos sido trasladados del reino de satanás al reino de Dios. Este es el verdadero significado del bautismo.

Gracias a esta condición es que el Espíritu Santo desarrolla en Jerusalén, el día de Pentecostés, todo lo que, en el trono de Dios en el cielo, había sido planeado.

En primer lugar, los discípulos, ahora saturados interiormente del Espíritu y llenos exteriormente de Él, comienzan a hablar en nuevas lenguas; pero si miramos atentamente veremos que no eran los ciento veinte quienes hablaban, sino que el Espíritu hablaba usando las bocas de ellos; esta es la manifestación del misterio de la piedad: Dios mezclado con el hombre y siendo expresado por medio de éste.

Cuando llegamos a este punto ya no es Dios sólo quien hace Su obra, pero tampoco es el hombre quien hace la obra de Dios, sino que los dos, Dios y hombre, totalmente mezclados y amalgamados, llevan adelante el desarrollo de la magnífica obra del Señor. Esta es la razón por la que la Biblia afirma: y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.

¡Qué magnífica enseñanza que nos da el Espíritu! El hablar de los hijos de Dios no debe ser cualquier hablar, sino el hablar del Espíritu a través de nosotros; igualmente, nuestros pensamientos ya no deben tener origen en nuestra mente separada del espíritu, sino que todos nuestros pensamientos deben tener origen en el Espíritu Santo que mora en nosotros y está mezclado con nuestro espíritu. Así mismo nuestras acciones deben tener como fuente el obrar del Espíritu Santo en y por medio de nosotros.

¿Y qué decir de nuestras oraciones? La oración que Dios escucha y en la que se agrada, debe salir del sentimiento y de la acción del Espíritu Santo, y no de las vanas repeticiones y del deseo de ser vistos y alabados por los hombres, que es lo que tienen las oraciones de los cristianos: ***“Además, de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.”*** (Romanos 8.26).

El Espíritu Santo tomó a los ciento veinte que estaban en el Aposento Alto y habló por cada uno de ellos en lenguas que fueran comprensibles para las personas de distintos idiomas que

estaban allí reunidas, y ese hablar no fue de cualquier tema sino que se limitó a expresar las maravillas de Dios, a tal grado que los espectadores fueron inquietados por el hecho de que Dios les hablase de Sus maravillas y en la lengua de cada uno, de tal manera que sus palabras fuesen comprensibles: **“Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propio dialecto. Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestro dialecto en el que hemos nacido?”** (Hechos 2.6-8).

Ante un evento tan extraordinario, no hubo demora para que hubiese una reacción de satanás y mediante ella, por medio de algunos de los judíos presentes, acusar a los hermanos de que estaban ebrios, llenos de mosto: **“Mas otros, burlándose, decían: Están llenos de mosto”** (Hechos 2.13).

Esta es una de las actividades más frecuentes de satanás: buscar por medio de las actitudes de los hombres que están bajo su dominio, burlarse y tratar de estorbar el desarrollo del plan de Dios.

Sin embargo, el Espíritu aprovecha cada ocasión para llevar adelante Su obra, y en ésta,

tomó a doce de los hermanos que estaban reunidos, y por medio de Pedro habló al pueblo para mostrar que la embriaguez no era la causa de ese hablar en sus propios dialectos, sino que en ese día y hora se estaba cumpliendo entre ellos lo que Dios les había prometido por medio de los profetas del Antiguo Testamento, consistente en que a partir de ese entonces, Dios ya no sería alguien extraño, invisible y lejano, sino que Él estaba derramándose como el Espíritu sobre toda carne, según lo había anunciado hacía varios siglos el profeta Joel, a tal grado que desde ahora, Dios y el hombre estarían mezclados en uno, tal como había sido el propósito original de Dios, desde el Huerto de Edén, pero que debido al proceder equivocado de Adán, Dios no se mezcló con el hombre, sino que éste se unió con satanás.

Una vez que Dios se había encarnado en Jesús y había pasado por la muerte, mediante la cual deshizo toda la obra de satanás, ya no existía ningún obstáculo para que Dios se hiciera uno con aquellos que había escogido antes de la fundación del mundo y eso exactamente era lo que el Señor había hecho con esos ciento veinte judíos, quienes durante diez días se habían recluido en el Aposento alto, a esperar el cumplimiento de la promesa, que el Señor Jesús les había he-

cho antes de ascender, como era la de bautizarlos en el Espíritu Santo.

El Espíritu hablando por Pedro, que estaba de pie con los once, les dijo además que la promesa no era solo para los ciento veinte, sino que también era para ellos, para sus descendientes y para todos aquellos que en Su soberanía el Señor llamare: ***“Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame a Sí”*** (Hechos 2.39).

El Espíritu tampoco desaprovechó la ocasión para anunciar uno de los hechos más elevados de la obra de redención que el Señor ejecutó a nuestro favor, cual es el de la resurrección del Señor Jesucristo, hecho que no solo involucró a Jesús, sino que también cubrió a los judíos que estaban allí presentes y que habían de creer en Él, así como a todos los que a través de los siglos habíamos de recibir al Señor como nuestra vida eterna.

El resultado de todos estos hechos que comenzaron cuando los ciento veinte se quedaron en el Aposento Alto y se dedicaron a orar durante diez días, es que más de tres mil nuevos creyentes fueron añadidos a la iglesia y de esa manera y por primera vez, el Señor manifestó visiblemente a EL CRISTO, que es la

iglesia, el Cuerpo de Cristo.

Si eres buen observador, notarás que los ciento veinte, durante los diez días que estuvieron juntos, en su oración no pidieron por cosas particulares, ni usaron vanas repeticiones como hace el cristianismo de hoy en sus oraciones.

Ellos estaban compenetrados exclusivamente con las necesidades del Señor. Era indispensable que, como consecuencia de la encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión, entronización y bautismo en el Espíritu Santo, hechos realizados por el Señor Jesús, la iglesia fuese manifestada en la tierra, y a los hombres que Dios había escogido desde la eternidad se les diese la oportunidad de entrar en el reino de Dios y de hacer parte del Cuerpo de Cristo de manera real.

Este es un buen ejemplo para que nuestras oraciones sean agradables al Señor y sean oídas y atendidas por Él: **que estén centradas no en nuestras necesidades, porque de ellas el Señor tiene cuenta y se encarga de suplirlas oportunamente, sino que se centren en las necesidades de Dios, de la que es sobresaliente el establecimiento de Su reino en la tierra.**

Si miramos, aunque sea su-

perfidamente, la historia de Dios con el hombre en la tierra, veremos que cuando Dios quiso establecer Su reino con Adán, éste se rebeló y se entregó a satanás y el Señor no logró obtener lo que deseaba, Su reino en la tierra. Después intentó hacerlo mediante el pueblo de Israel, pero ese pueblo lleno de rebeldía, en gran medida se unió a satanás y se opuso a que el Señor obtuviera Su reino en la tierra; a pesar de las distintas fases de disciplina que Dios trajo sobre ellos, no fue posible establecer Su reino con él.

El Señor entonces, se hace hombre en Jesús y después de un proceso conocido por nosotros, Dios como el Espíritu Santo, se mezcla con aquellos que había seleccionado antes de la fundación del mundo; y en Pentecostés... ¡por fin!, nuestro precioso Señor, tiene establecido Su reino en la tierra, tiene Su iglesia.

Aunque con el pasar del tiempo, satanás ha logrado penetrar la iglesia y degradarla, no obstante, el Señor ha encontrado a través del tiempo, hijos Suyos que hemos decidido seguirlo y ser fieles a Sus deseos y voluntad; y, la realidad del reino, en estos últimos veinte siglos, no ha dejado de existir, así seamos una manada pequeña, de la que esperamos que tú, querido lector hagas parte.

Esta es la razón por la cual, uno de los puntos centrales en la oración que el Señor Jesús nos enseñó en Mateo 6, es la de que Su reino sea establecido en la tierra y de que hagamos Su voluntad de la misma manera que es hecha en el cielo: ***“Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, Santificado sea Tu nombre. Venga Tu reino. Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”*** (Mateo 6.9-10).

Es necesario recabar que la oración de los genuinos hijos de Dios debe centrarse en la necesidad que tiene el Señor de establecer Su reino entre nosotros; lo demás son oraciones basadas en vanas repeticiones que el Señor jamás oirá.

Imploramos al Señor Su misericordia para los lectores de este libro y para todos los hijos de Dios, que puedan volver Su corazón al Señor, para que los velos que satanás ha interpuesto entre ellos y el Señor sean corridos, y los santos puedan ver estas cosas, tan sencillas en apariencia, pero que colman el deseo, el anhelo y la voluntad del Señor.

Oraciones modelo (3)

1
6

LA ORACIÓN DE CORNELIO Y DE PEDRO.

Concluimos en este capítulo las oraciones modelo que el Señor nos legó por medio de hermanos que Él ha utilizado a lo largo de Su historia con el hombre.

La Biblia está llena de oraciones y la mayoría son modelos que podemos seguir, pero para no alargarnos demasiado en este libro, consideraremos finalmente la oración de Cornelio y de Pedro, que fue el preámbulo para que la iglesia se estableciera entre los gentiles, ya que uno de los pasos que el Señor dio mediante Su muerte fue reconciliar a judíos y gentiles con Dios y hacer de los dos un solo pueblo: **“Por tanto, recordad que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión, hecha por mano en la carne. Recordad**

que en aquel tiempo estabais separados de Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque Él mismo es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno y derribó la pared intermedia de separación, la enemistad, aboliendo en Su carne la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en Sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, habiendo dado muerte en ella a la enemistad. Y vino y anunció la paz como evangelio a vosotros que estabais lejos y también paz a los que estaban cerca; porque por medio de Él los unos y los otros tenemos acceso en un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedi-

zos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios” (Efesios 2.11-19).

En Pentecostés, el Señor estableció la iglesia entre los judíos; después la estableció entre los samaritanos en Hechos 8 por medio de Felipe. Los samaritanos eran una mezcla de judíos y gentiles, y a ellos el Señor envió a Felipe para que los introdujera en el Señor Jesús, en los versículos 4-25 del capítulo mencionado.

Faltaba que los gentiles fueran introducidos en el Cristo y vinieran a hacer parte de la iglesia. Veamos los pasos que el Señor dio, para que Su voluntad en este aspecto se cumpliera.

“Había en Cesarea un hombre llamado Cornelio, centurión de la cohorte llamada la italiana, devoto y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre. Este vio claramente en una visión, como a la hora novena del día, que un ángel de Dios entraba donde él estaba, y le decía: Cornelio. Él, mirándole fijamente, y atemorizado, dijo: ¿Qué es, Señor? Y le dijo: Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios. Envía, pues, ahora hombres a Jope, y haz venir a Simón, el que tiene por sobrenombre Pedro. Este posa en casa de un cierto Simón curtidor, que tiene su

casa junto al mar. Ido el ángel que hablaba con Cornelio, éste llamó a dos de sus criados, y a un devoto soldado de los que le asistían; a los cuales envió a Jope, después de haberles contado todo” (Hechos 10.1-8).

En este caso podemos ver la forma tan prodigiosa como actuó el Señor. El pasaje transcrito dice que en Cesarea, que era la capital política de palestina, porque en esa ciudad estaba el palacio del gobernador romano que regentaba esa provincia, había un hombre que respondía al nombre de Cornelio; él era centurión, lo que es equivalente en el tiempo actual a ser el comandante de un batallón del ejército.

Este hombre era romano, pero a la vez era temeroso de Dios con toda su familia, hacía limosnas para el pueblo de Israel y oraba fervientemente.

Si miramos la Biblia descuidadamente, tratando de entenderla solamente en nuestra mente sin usar el espíritu, afirmaremos que Dios tuvo en cuenta a Cornelio porque oraba, porque hacía limosnas y porque era temeroso de Dios; un punto de vista totalmente religioso y apartado de la verdad.

Cornelio era temeroso de Dios, daba limosna a los israeli-

tas y oraba fervientemente porque había sido escogido por Dios, desde antes de la fundación del mundo, para ser santo y sin mancha delante de Él: ***“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor”*** (Efesios 1.3-4).

Aunque Cornelio aún no había sido regenerado, sin embargo, el Espíritu lo estaba santificando, porque él había sido escogido antes de la fundación del mundo, igualmente había sido predestinado para ser hecho conforme a la imagen del Hijo, y por esa razón el Espíritu Santo lo movía a orar fervientemente, a dar limosnas y a amar a Dios junto con su familia.

Quienes somos salvos no lo somos por nuestras obras, sino porque el Señor en la eternidad pasada nos escogió, nos dio el destino anticipado para que lleguemos a tener la forma del Hijo, en el tiempo nos llamó, nos justificó y nos glorificó: ***“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el Primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos***

también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó” (Romanos 8.29-30).

Entonces en Hechos 10, llegó el tiempo de llamar a Cornelio junto con su casa para que fuesen salvos.

Ninguno que ha sido escogido por nuestro Señor se perderá, y ninguno que no ha sido escogido por el Señor logrará la salvación. Ser o no ser salvo es un asunto de exclusiva competencia de la soberanía del Señor. Por eso nosotros debemos ser muy gratos con Él, porque en Su gran misericordia nos alcanzó.

Cornelio estaba un día orando a eso de las tres de la tarde y en medio de la oración tuvo una clara visión en la que un ángel de Dios vino al lugar donde se encontraba Cornelio y le habló, reconociendo que las obras de él eran agradables a Dios y que debía enviar a Jope para hacer que viniera Pedro y él lo orientaría para que Cornelio y su familia recibieran al Señor y fueran agregados a la iglesia.

Es curioso apreciar por qué el Señor no le anunció el evangelio directamente por medio del ángel, sino que prefirió hacer que Pedro viniera. ¿Cuál crees tú que fue la razón? Porque en Mateo 16 el Señor le entregó las llaves del

reino de los cielos, debido a que él entre los discípulos fue quien tuvo revelación del Padre acerca de quién es el Señor Jesús; entonces, como Pedro tenía la llave, era él quien debía abrir la puerta para que los gentiles entraran en el reino de los cielos. Por eso el Señor no lo hizo por medio de Juan, Mateo o alguno de los demás apóstoles.

Este hecho nos muestra un principio establecido por el Señor: **necesitamos recibir revelación para que el Señor nos dé la llave y podamos entrar en el reino de los cielos.** Tener revelación es el principio fundamental que nos permite hacer parte de EL CRISTO, la iglesia, el cuerpo, la extensión de Dios, Su expresión en la tierra. Si no hay revelación todo es vano y nunca podremos alcanzar la meta que el Señor ha establecido para nosotros.

Este debe ser uno de los principales temas de nuestra oración, porque el Padre de gloria, nos conceda un espíritu de sabiduría y de revelación para que podamos conocerlo a Él, Su persona y Su obra: ***“para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de Él”*** (Efesios 1.17)

Cornelio después de hablar

con el ángel envió a dos criados y a un soldado a Joze para que Pedro viniese y cumpliera lo que el Señor había determinado.

Joze era una ciudad que distaba unos 48 km y estaba ubicada al sur de Cesarea, y allí se encontraba Pedro donde había sido llevado por el Espíritu, después de que huyó de Jerusalén donde el rey Herodes lo había puesto prisionero con el fin de asesinarlo, pero un ángel vino a la cárcel donde estaba y lo liberó de manera milagrosa.

Al día siguiente de haber sido enviados, cuando estaban llegando a Joze, Pedro había subido a la azotea de la casa donde se encontraba hospedado, con el fin de tener comunión con el Señor en oración; esto ocurría a las doce del medio día y Pedro tuvo mucha hambre y mientras en casa le preparaban comida, le sobrevino un éxtasis y con él la visión de un lienzo que bajaba del cielo a la tierra y en él había toda clase de animales cuadrúpedos, reptiles y aves y una voz lo incitaba a que matara los animales y los comiera.

Pedro era conocedor de la ley mosaica, y en ella Dios había prescrito al pueblo de Israel que había unos animales considerados inmundos de los cuales no les era permitido comer y otros

animales limpios con los que se podían alimentar. Tú puedes disfrutar de esa palabra en Levítico 11.

En la conciencia de Pedro era claro que comer cualquier animal inmundo era motivo de enemistad con Dios y de ninguna manera llevaría a su boca cualquier animal de las cinco categorías que había en Levítico y que estaban bajo la clasificación de inmundos.

El Señor, para mostrarle a Pedro que la ley estatutaria había sido cumplida en su totalidad por el Señor Jesús y que él ahora estaba bajo la ley del Espíritu de vida, le dijo que Él había limpiado todo y que en consecuencia Pedro no podía llamarlo común ni inmundo: ***“Al día siguiente, mientras ellos iban por el camino y se acercaban a la ciudad, Pedro subió a la azotea para orar, cerca de la hora sexta. Y tuvo gran hambre, y quiso comer; pero mientras le preparaban algo, le sobrevino un éxtasis; y vio el cielo abierto, y que descendía algo semejante a un gran lienzo, que atado de las cuatro puntas era bajado a la tierra; en el cual había de todos los cuadrúpedos terrestres y reptiles y aves del cielo. Y le vino una voz: Levántate, Pedro, mata y come. Entonces Pedro dijo: Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás. Volvió la voz***

a él la segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llames tú común. Esto se hizo tres veces; y aquel lienzo volvió a ser recogido en el cielo” (Hechos 10.9-16).

Mediante esta visión, que se convirtió para Pedro nuevamente en una revelación, lo que nos impele a ver que siempre que el Señor comienza a darnos revelación, ésta no cesa, si vamos a Él a pedirla incesantemente.

El Señor, como si estuviera jugando una partida de ajedrez, mueve Sus fichas coordinada y armoniosamente, de tal manera que lo que desea se da en el momento y bajo las circunstancias que Él ha determinado, y fue así como mientras Pedro se asombraba de la visión que había tenido y que era totalmente contraria a sus prejuicios religiosos, los hombres que Cornelio había enviado a buscarlo llegaron a la puerta de la casa donde estaba.

Como Pedro era un hombre que no estaba acostumbrado a dar su brazo a torcer, el Espíritu tuvo que hablarle nuevamente para decirle que tres hombres lo estaban buscando y que no tuviese duda en ir con ellos, pues era el Espíritu quien los había enviado: ***“Y mientras Pedro estaba perplejo dentro de sí sobre lo que significaría la visión que había visto, he aquí los hombres que habían sido enviados por***

Cornelio, los cuales, preguntando por la casa de Simón, llegaron a la puerta. Y llamando, preguntaron si moraba allí un Simón que tenía por sobrenombre Pedro. Y mientras Pedro pensaba en la visión, le dijo el Espíritu: He aquí, tres hombres te buscan. Levántate, pues, y desciende y no dudes de ir con ellos, porque yo los he enviado” (Hechos 10.17-20).

Es interesante observar que Pedro y Cornelio no estaban orando el mismo día ni a la misma hora; mientras Cornelio lo hacía el día anterior a las tres de la tarde, Pedro oraba al día siguiente hacia el medio día. El Señor prepara las circunstancias para que en el tiempo preciso se dé todo lo necesario para que se haga Su voluntad.

El diálogo de Pedro con los enviados de Cornelio se centró no en los gustos de cada uno, sino en las instrucciones dadas por el Señor por intermedio del ángel. Este es el vivir de los genuinos creyentes: no hacen nada por simpatía o antipatía, por sus sentimientos, gustos o caprichos, sino que buscan continuamente la revelación del Señor y hacer Su voluntad.

El lector podrá argumentar que esto es muy difícil, porque hoy no tenemos las visiones que tuvo cornelio, ni los éxtasis que

tuvo Pedro y que por esa razón es más difícil conocer y hacer la voluntad del Señor.

Para suplir esta carencia el Espíritu Santo nos habla así: **“por cuanto no miramos nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”** (2 Corintios 2.18).

Hoy nosotros tenemos la unción y debemos ejercitarnos continuamente para que ella nos enseñe todas las cosas; si somos aquellos hijos de Dios que aprendemos a vivir en el Espíritu, podemos tener la certeza de que nunca erraremos el blanco, siempre estaremos siguiendo la unción: **“Os he escrito esto sobre los que os desvían. Y en cuanto a vosotros, la unción que vosotros recibisteis de Él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero como Su unción os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como ella os ha enseñado, permaneced en Él. Y ahora, hijitos, permaneced en Él, para que cuando Él se manifieste, tengamos confianza, y en Su venida no nos alejemos de Él avergonzados”** (1 Juan 2.26-27).

El Espíritu mediante Juan, para hablar de la unción y de sus funciones, nos advierte que hay

quienes nos desvían, que hoy son todos los líderes del cristianismo instigados por satanás: **Os he escrito esto sobre los que os desvían.**

Para evitar esos desvíos, el Espíritu afirma que nosotros hemos recibido la unción de manera permanente, y que ya no es necesario que hombres vengan a enseñarnos, sino que es la unción —el Señor mismo— quien nos enseña todas las cosas, pero hay una condición: permanecer en Él. Esto quiere decir que debemos mantener nuestra mente fija en el espíritu, debemos mantener todo el tiempo nuestro pensamiento pensando en las cosas del Espíritu. Eso nos llevará a permanecer en la unción y ser enseñados directamente por el Señor.

De esa manera nunca nos desviaremos del camino, seremos compañeros de Cristo y cuando el Señor venga no tendremos que escondernos como Adán en el Huerto después de que pecó, sino que podremos estar delante del Señor con toda confianza: **“y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos”** (Hebreos 8.11).

Si somos descuidados en la interpretación que el Espíritu da

a la Biblia y hacemos como los maestros del cristianismo que aíslan versículos y montan doctrinas que tuercen a sus feligreses, entonces diremos que no es necesario que haya hermanos que enseñen en la iglesia.

Un punto de vista así es completamente erróneo. No debemos olvidar que EL CRISTO es el Cuerpo y en Él están completamente mezclados Dios y los hombres que Él escogió y predestinó antes de la fundación del mundo y que en el tiempo llamó, justificó y glorificó. Dios sigue ejercitando el misterio de la piedad uno de cuyos aspectos es que Él se manifiesta en carne; es decir Dios piensa, habla y actúa por y a través de Sus hijos.

La Biblia no se contradice y en ella el Señor dice que es necesario que seamos maestros: **“Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido”** (Hebreos 5.12).

Hay dos formas de llegar a ser maestros: una consiste en que el maestro se autonombra, o lo nombran en un seminario o una “iglesia” lo hace maestro o una asociación de pastores lo nom-

bra como tal, y en ese caso se convierte en un falso maestro, que son todos los que se han levantado como tales en el cristianismo.

La otra forma de ser maestros consiste en que el Señor constituya a los hermanos como tales y en ese caso se hace real la palabra de Hebreos 5.12. Un maestro que ha sido constituido por el Señor es uno que no enseña directamente a los hermanos según sus puntos de vista, ni sus conocimientos, sino que permite que el Señor, debido a que los dos viven en continua comunión, sea quien enseñe a otros; en otras palabras, ningún hermano tiene la autoridad de enseñar a la iglesia, sino es el Señor quien lo hace, pero Él no lo hace solo sino, mezclado con aquellos que viven en Su comunión, y este es el ejercicio real y práctico de la unción que mora en nosotros.

Es por esto por lo que el Señor afirma en Mateo 23.8, 10: **“Pero vosotros no seáis llamados Rabí; porque uno es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos... Ni seáis llamados preceptores; porque uno es vuestro Preceptor, el Cristo”**.

De otro lado, el principio fundamental para que estas cosas sean reales, es la revelación. Nuestra oración debe tener un punto de partida, rogarle al Se-

ñor que nos conceda un espíritu de sabiduría en el conocimiento de Él y que alumbre los ojos de nuestro corazón; así podremos conocer Su voluntad y en todas nuestras acciones, obedecerla: **“para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de Él, para que, alumbrados los ojos de vuestro corazón, sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos”** (Efesios 1.17-18).

Retomando la línea que traíamos, Pedro guiado por el Espíritu Santo, ya sin ninguna duda, seguramente entendió lo que el Señor les había dicho en Hechos 1, que ellos debían ser testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y en el resto de la tierra, con lo que les estaba indicando que el evangelio no era solamente para los judíos, sino que debía llegar hasta los gentiles, y en esta ocasión este pueblo representado por Cornelio y su casa entraron a formar parte del único cuerpo, la iglesia.

Es maravilloso cuando el Señor encuentra hijos Suyos que están siempre en comunión con Él y dispuestos a hacer Su voluntad, como es el caso de Cornelio y Pedro.

Estos dos hermanos no vivían en la misma casa, ni siquiera en el mismo pueblo, sino que estaban distanciados unas cuantas decenas de km, pero cuando el Señor necesitó usarlos para cumplir Su plan, estaban completamente disponibles y dispuestos.

Antes de que ascendiera, el Señor Jesús dijo a los discípulos que era necesario que ellos fueran Sus testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y en toda la tierra, pero que antes vendría la promesa que Él les había dado, consistente en ser bautizados en el Espíritu Santo.

Una vez que ellos fueron introducidos en el Espíritu, ese mandamiento del Señor se cumplió primero en Jerusalén, el día de Pentecostés, luego el Señor usó a Felipe y a Pedro y Juan para introducir a los samaritanos en Su cuerpo. Solo faltaban los gentiles para ser introducidos en la iglesia, el reino de los cielos.

Hemos sido reiterativos afirmando que después de que el Señor resucitó, Él ya no hace nada individualmente, sino que lo ejecuta por medio de Su cuerpo, usando a los miembros que encuentra dispuestos, y es así como encuentra a un gentil que Él había escogido desde antes de la fundación del mundo, teniendo comunión con Él y disponiéndose

para cumplir Su voluntad.

Por otro lado, el Señor contaba con un discípulo muy querido como era Pedro, que había tenido unas experiencias únicas cuando el Señor estaba en carne, quien así mismo obtuvo revelación del Padre acerca de quién es Jesús y por esa razón, al Señor le plació entregarle la llave del reino de los cielos. Era entonces Pedro quien debería abrir la puerta a los gentiles para que estos entrasen en ese reino.

Es admirable observar que Cornelio estaba orando un día a las 3 de la tarde en Cesarea, mientras Pedro oraba al día siguiente en una localidad que distaba 48 km de donde estaba Cornelio y que se llamaba Jope. En ambos casos el Señor, escuchando la oración de estos dos hijos Suyos, les dio las instrucciones exactas para que Su voluntad fuese hecha, en el sentido de introducir a los gentiles en el Cristo, la iglesia.

En Pedro se halló un poco de resistencia a obedecer al Señor, debido a la profunda influencia que la religión judía había labrado en el apóstol; sin embargo, el Señor, pacientemente, instruyó a Pedro acerca de la necesidad de superar esos rudimentos de la ley ritual, y de despojarse de la influencia malsana de la re-

ligión. Finalmente, el hermano cedió su voluntad al Señor y se dirigió a la casa de Cornelio junto con las personas que habían ido a buscarlo y se hizo acompañar de algunos hermanos que estaban con él en Jope.

Al día siguiente, cuando llegaron a Cesarea, en la casa de Cornelio lo estaban esperando él con su familia y con algunos amigos íntimos, todos ellos personas que el Señor había escogido antes de la fundación del mundo para hacerlos Sus hijos.

Pedro entonces hizo una disertación de acuerdo con lo que el Espíritu Santo quería hablar, disertación centrada en la persona del Señor Jesús, especialmente en los aspectos que Él era el Cristo, el ungido de Dios, que vino a la tierra para deshacer las obras del diablo, cómo había sido muerto y al tercer día había resucitado, hechos de los que ellos eran testigos, y que en Él se habían cumplido todas las profecías anunciadas por los profetas del Antiguo Testamento.

No era necesario trazar un discurso estilizado, sino dar un testimonio sencillo de quién era Jesús y resaltar que Dios lo había constituido en Juez de vivos y muertos.

La predicación de Pedro no fue en este caso una pieza re-

tórica magistral encaminada a tratar de convencer a los oyentes de que se arrepintieran, porque el Señor sabía que los allí reunidos estaban destinados para vida eterna; por esa razón ***“Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían la palabra. Y los creyentes de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios. Entonces respondió Pedro: ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros? Y mandó bautizarles en el nombre de Jesucristo. Entonces le rogaron que se quedase por algunos días”*** (Hechos 10.44-48).

Notará el lector que los hechos ocurridos en la casa de Cornelio fueron exactamente iguales a los ocurridos en Jerusalén el día de Pentecostés.

Esto demuestra claramente que la Iglesia de Dios es una y es única y en ella no hay el más pequeño indicio de división, ni hay diferencia en sus prácticas en ámbitos geográficos distintos.

Debemos destacar la importancia de la oración, recabando

que el ingrediente más importante de la oración es la comunión y que esta es una función del espíritu humano.

Cuando vivimos en comunión con nuestro Señor Él puede hacer Su voluntad bien sea con respecto a nosotros mismos o con respecto a otros hermanos.

En nuestra experiencia hemos aprendido que no hay fórmulas que podamos aplicar en la oración; podemos decir con plena certeza que la única manera de aprender a orar es orando. Es necesario aprender a vivir en nuestro aposento más interior, que es nuestro espíritu humano y permitir que sea el Espíritu Santo quien interceda por nosotros.

No debemos presentarnos al Señor con oraciones preconcebidas, porque esas se convierten en vanas repeticiones, para las que el Señor es sordo.

Debemos recordar que un in-

grediente básico y muy importante en la oración es la comunión, que no es nada distinto a un mutuo fluir que se establece entre el Señor y nosotros, cuando entramos en nuestro espíritu. El Señor nos permite orar conforme a Su voluntad, nosotros oramos, el Señor se agrada en nuestra oración y desde ahí se establece un mutuo fluir sin fin en el que tanto el que ora como el Señor están plenamente agradados y son suplidos.

Es necesario evitar las clasificaciones de la oración que hacen los cristianos que solo ven la letra de la Biblia. Debemos ser sencillos en la oración; disponemos nuestro corazón, poniendo nuestra mente en el Espíritu y de ahí en adelante es el Señor quien determina qué y cómo orar. Una oración así, sin duda agradará al Señor y cumplirá Sus deseos.

¡Rogamos al Señor que les conceda a los lectores una oración de realidad y agradable a Él!

El ayuno (1)

1

7

Es imposible no incluir en este libro un tema que el Señor nos ha mostrado en profundidad, que es centro de batalla de la mayoría de los grupos cristianos y que es muy mal interpretado y mal enseñado en el cristianismo contemporáneo, y en consecuencia su práctica es un total fracaso. Por esa razón en los grupos cristianos es totalmente contrario a la voluntad de Dios, al deseo de Su corazón, a Su palabra y es desagradable delante de Él. Se trata del ayuno.

Deseamos en el Señor que los lectores puedan encontrar en las palabras de estos capítulos un manantial de revelación y luz, y que puedan tener una práctica de ayuno de acuerdo con el corazón y el deseo de nuestro Señor.

Tenemos que decir para comenzar, que el ayuno no tiene nada que ver con comer o dejar de comer, con manifestar sen-

timientos de tristeza o de nostalgia o de sufrimiento, sino que tiene un significado totalmente diferente. Esta afirmación podemos probarla por lo que dice la Biblia con respecto al ayuno en Mateo 6.16-18: ***“Cuando ayunéis, no os hagáis los decaídos, como los hipócritas, que descuidan su apariencia para mostrar a los hombres que ayunan. De cierto os digo que ya tienen su recompensa. Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lávate la cara, de modo que no muestres a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto. Y tu Padre que ve en secreto te recompensará”***.

Hay tres cosas que debemos practicar los creyentes, en las cuales Dios se agrada que las hagamos en secreto: dar limosna, es decir, ofrendar, la primera; orar, la segunda; y, ayunar, la tercera. Hacer cualquiera de ellas públicamente lleva al creyente a caer en hipocresía, y es

ofensivo para el Señor.

En la versión Reina Valera dice que cuando ayunemos no seamos **austeros como los hipócritas, porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan**. Cualquiera que sea la versión, al Señor le disgustan los hipócritas, y tratar de hacer notar a los hombres que se ayuna es un acto de hipocresía que no le agrada. Por otro lado, la austeridad tiene que ver también con abstenerse de alimentos y ser áspero con respecto a los gustos, siendo esta la actitud principal que los religiosos observan en el ayuno. El Señor dice cuando ayunéis no seáis austeros como los hipócritas.

Hace muchos años leí un libro sobre el ayuno, escrito por un connotado líder religioso del cristianismo, donde afirmaba que él había ayunado cuarenta y un días, para superar el ayuno del Señor que duró cuarenta días. Este autor ignoró totalmente la palabra del Señor y manifestó su hipocresía y el deseo de ser recompensado por los hombres. En la década de los setenta y ochenta del siglo XX fue uno de los líderes más admirados en el mundo cristiano hispano hablante.

Si durante tu ayuno, amado lector, deseas ser visto de los hombres y admirado por ellos, no agradarás al Señor; tendrás

tu recompensa, no del Señor, sino de los hombres, y tu ayuno se convertirá en una manifestación de hipocresía propia de los seguidores de satanás; pero si ayunas en secreto como le complace al Padre, tendrás recompensa de Él.

Una de las características del ayuno de los hipócritas es demudar su rostro, es decir, poner una cara de tristeza, de sufrimiento y de nostalgia, para que otros vean que están ayunando. Si el ayuno es colectivo —que es la práctica más corriente en el cristianismo—, las oraciones que se dan en él, con lamentos, confesiones públicas de pecados, lloro y tantas otras manifestaciones emocionales, que más que una reunión para disfrutar al Señor se convierte en un muro de lamentaciones, plagado de hipocresía.

Si por algo debemos lamentarnos es porque hayamos cometido algún pecado, pero eso debe ser estrictamente privado entre el Señor y el ofensor, o entre el Señor y los hermanos que estén involucrados en el asunto. El encuentro de un creyente con el Señor debe estar caracterizado por una permanente expresión de júbilo, gozo, alegría y disfrute de todo lo que el Señor ha hecho en él y de todas las riquezas que ha puesto a su disposición.

En una reunión de creyentes genuinos no debe haber expresiones de tristeza, dolor o angustia, pues esa clase de expresiones no manifiestan la obra gloriosa de redención que el Señor ha realizado a nuestro favor. Cuando nos reunimos, el hecho más notorio debe ser el de alabar al Señor por todo lo que Él es, agradecerle por esa magnífica obra redentora a nuestro favor, manifestar nuestro gozo por Su gran misericordia de hacernos partícipes de Su naturaleza y de habernos escogido para ser parte de Su plan y para introducirnos en Su cuerpo y hacernos parte de Él.

En una reunión de creyentes genuinos que es encabezada por el Espíritu Santo, sólo debe haber disfrute de las insondables riquezas de Cristo, de todo lo que Dios es, es decir, de Sus atributos divinos, Sus virtudes elevadas y Sus logros mediante la redención que realizó en Su encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión, entronización y glorificación. Todo esto está disponible en nuestro espíritu humano, en el trono de la gracia, para nuestro disfrute diario y permanente. Solo tenemos que poner la mente en el Espíritu y gozar todo este deleite indescriptible.

Esta es la razón por la cual el Señor nos instruye con respec-

to al verdadero ayuno: ***Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará.***

La primera instrucción que el Señor nos da en cuanto al ayuno es lavar nuestro rostro y ungir nuestro cabello, con el fin de no mostrar a otros que estamos ayunando, sino que el ayuno debe ser estrictamente secreto, entre el Padre y el creyente. Esa clase de ayuno es recompensado por el Padre.

A quienes están sumergidos en el cristianismo contemporáneo les encantan las manifestaciones públicas, en aquellas actividades en las que a Dios le agrada el secreto: las ofrendas, la oración y el ayuno.

Hay un capítulo en el libro de Isaías que nos da un panorama claro y detallado acerca del ayuno que agrada al Señor. Vamos a verlo en el espíritu, escondidos con Dios en Cristo, buscando revelación y visión en Él; y procurando eliminar todos los paradigmas y hábitos malsanos que satanás ha sembrado en el corazón de los hermanos, usando para ello a los falsos maestros disfrazados como ángeles de luz, que pululan en el cristianismo y que han tomado por asalto los grupos cristianos con-

temporáneos.

En el capítulo 58, el Señor le pide al profeta que alce su voz para declarar la rebelión de Su pueblo y su pecado, consistente en que buscan al Señor y quieren conocer Sus caminos, pero practican la injusticia e ignoran la ley que Dios les ha prescrito. Quieren acercarse a Dios y que Él los juzgue con justicia, pero a su modo, no sometándose a la voluntad y al deseo del Señor: **“¡CLAMA a voz en cuello, no te detengas! ¡Eleva tu voz como trompeta! ¡Declara a mi pueblo su transgresión, a la casa de Jacob sus pecados! Y con todo, me buscan de día en día, y tienen deleite en aprender mis caminos, como si fuera nación que obra justicia, y que no abandona la ley de su Dios; me piden las ordenanzas de justicia, y se complacen en acercarse a Dios”** (Isaías 58.1-2).

El pueblo religioso reclama de Dios Su atención, diciendo que ayunan, y que Dios no les ha hecho caso, que se han humillado delante del Señor y Él no les ha puesto atención. Desean que Dios los atienda pretendiendo acercarse a Él, obedeciendo a sus propios métodos y maneras, haciendo un ayuno que no agrada al Señor y teniendo un quebrantamiento que no es según el deseo del corazón y la voluntad de Dios: **“¿Por qué, dicen ellos, hemos ayunado, y tú no ves?**

¿Por qué hemos afligido nuestra alma, y tú nos desatiendes? He aquí, en vuestro día de ayuno halláis vuestro propio gusto, y exigís todos vuestros trabajos” (Isaías 58.3).

Cuando leemos este pasaje de la Biblia, inmediatamente el Señor trae a nuestra memoria el incidente ocurrido con Caín y Abel, que merece la pena considerar detalladamente.

La Biblia nos muestra que Caín, quien, según la declaración de Eva al darlo a luz, había sido adquirido por la voluntad de Dios, se dedicó a cultivar la tierra. Después de Caín nació Abel y este se dedicó a pastorear ovejas. Dos oficios dignos y esforzados.

¿Para qué cultivaba Caín la tierra y para qué Abel cuidaba ovejas? No cabe duda que Caín labraba la tierra para obtener de ella su sustento y el de su familia; y al cultivarla, seguramente tenía que hacer mucho esfuerzo y sudar, porque a causa de la caída, Dios había maldecido la tierra y le había dicho a Adán que con el sudor de su frente obtendría de ella su sustento: **“Y a Adam dijo: Por cuanto escuchaste la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé, diciendo, No comerás de él; maldita sea la tierra por tu causa; con trabajo comerás de ella todos los días de**

tu vida, y te producirá espinos y abrojos, y comerás de las plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra de donde fuiste tomado; porque polvo eres, y al polvo tornarás” (Génesis 3.17-19).

Debido a que el hombre había comido del árbol de la ciencia del bien y del mal, del cual Dios le había prohibido comer, porque ese árbol es la naturaleza satánica, que la Biblia identifica como el pecado; por esa causa Dios maldijo la tierra y le dijo al hombre que comería de ella todos los días de su vida, pero ese comer sería doloroso, porque la tierra produciría cardos y espinos, es decir, la tierra, además de producir algunas hierbas para la manutención del hombre, por causa de la maldición con que Dios la maldijo, produciría también maleza, que no es útil para el hombre y que además hace que la tierra se torne estéril e infructífera.

Debido a la maldición de la tierra, para obtener fruto de ella, Adán debía sudar en su frente. Esta es una clara mención de que el esfuerzo que el hombre hace para que la tierra le dé sustento, esfuerzo que se manifiesta en el sudor de su frente, es una maldición.

Podemos concluir entonces que el oficio de Caín era un es-

fuerzo humano y que el sudor de su frente para cultivarla no era agradable a Dios, sino que, por el contrario, era una manifestación de Su maldición.

Por su lado Abel, se dedicaba a cuidar ovejas. ¿Qué destino le daba Abel a las ovejas que cuidaba? Las ovejas que Abel cuidaba no eran para su sustento. Él no las comía, porque en esa época al hombre no le era permitido comer carne. Cuando el Señor creó al hombre y lo puso en el Huerto de Edén, le dijo **“He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer”** (Génesis 1.29).

De la misma manera, en Génesis 2 cuando dice que el Señor puso al hombre en oriente en el Huerto de Edén y que hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista y bueno para comer, no se menciona ningún animal como comida, lo cual es una reiteración de que el hombre comía cereales y frutos de los árboles: **“Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado. Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal”** (Génesis 2.8-9).

Igualmente, cuando Dios le dio un mandato al hombre sobre la comida, le ordenó que comiera vegetales: **“Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”** (Génesis 2.16-17). No hay incluida en esa dieta ninguna clase de carne de animales.

Aun, después de haber maldecido la tierra, Dios le dijo al hombre que comería plantas del campo.

Entonces Abel no cuidaba ovejas para comer, para su sustento. ¿Para qué entonces las cuidaba? Adán había desobedecido a Dios, comiendo del árbol de la ciencia del bien y del mal, y permitiendo así que la naturaleza de satanás, conocida como el pecado, fuera introducida en él. Adán transmitió esa naturaleza pecaminosa a Caín y Abel cuando los engendró, y los dos necesitaban redención y ellos lo sabían, y tenían conocimiento que la redención requería derramamiento de sangre.

¿Cómo lo sabían? Muy sencillo; después de que Eva y Adán comieron del árbol de la ciencia del bien y del mal, vieron que estaban desnudos. Para cubrir su desnudez hicieron vestidos con hojas de higuera y se vistieron.

Lógicamente, esos vestidos que cosieron no eran duraderos y en poco tiempo volvió a manifestarse su desnudez. Cuando Dios vino a buscarlos y los encontró desnudos, les hizo vestidos con pieles de animales y los vistió.

¿De dónde sacó Dios las pieles? No hay duda de que Él sacrificó algunos animales, tal vez ovejas, debido a que la oveja es un animal limpio. Al sacrificar una o varias ovejas, hubo derramamiento de sangre, tipificando la sangre del Señor Jesús, por medio de la cual obtenemos redención: **“El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino del Hijo de Su amor, en quien tenemos redención, el perdón de pecados”** (Colosenses 1.13-14).

Abel sabía que tenía una naturaleza pecaminosa y que Dios, en Su misericordia, había establecido un camino para ser redimido, y esa remisión solo era posible con el derramamiento de sangre. Por eso él cuidaba ovejas para ofrecerlas a Dios en sacrificio de holocausto, y al hacerlo, no solo disfrutaba un tipo de la redención de Cristo, sino que en realidad disfrutaba de Cristo mismo, porque Apocalipsis 13.8 declara que el Cordero fue inmolado desde la fundación del mundo: **“Y la adorarán todos**

los moradores de la tierra cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo”.

Teniendo esta claridad, podemos ver dos líneas de servicio que el hombre puede ofrecer a Dios: la línea de Caín y la línea de Abel. Veámoslo en la Biblia: **“Aconteció después de un tiempo que Caín trajo, del fruto de la tierra, una ofrenda a Jehovah. Abel también trajo una ofrenda de los primerizos de sus ovejas, lo mejor de ellas.”** (Génesis 4.3-4).

Cada uno de los dos hijos de Adán y Eva trajo una ofrenda a Dios, según la actividad que cada quien desarrollaba. Caín trajo de los frutos de la tierra porque su oficio era el de un agricultor. Sin duda alguna Caín debía esforzarse demasiado para cultivar la tierra, porque ella había sido maldecida por Dios.

Abel aprendió del ejemplo que Dios mismo le dio, pues cuando Él sacrificó el cordero para hacer vestidos con sus pieles y vestir a sus padres, comprendió que debido al pecado cometido por Adán y Eva, al comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, para acercarse a Dios necesitaban ser redimidos, y que esa redención solamente la podía suministrar Dios mismo, mediante derramamiento de

sangre, y para que hubiese derramamiento de sangre, se necesitaba el sacrificio de un animal, en este caso de un cordero, convirtiéndose este hecho en un pre sabor del verdadero sacrificio por nuestra redención, como fue el sacrificio de Cristo: **“Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no hay perdón”** (Hebreos 9.22).

Cuando Adán y Eva comieron del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, es decir cuando permitieron que satanás introdujese en ellos su naturaleza pecaminosa, vieron que estaban desnudos. Inmediatamente intentaron cubrir su desnudez cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales: **“Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales”** (Génesis 3.7). En otras palabras, ellos trataron de cubrir a su manera la vergüenza del pecado.

Sin embargo, Dios tiene una manera que es bien distinta a la del hombre. Él vino y cuando los vio desnudos, hizo túnicas de pieles y los vistió: **“Y Jehovah Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió”** (Génesis 3.21). Necesariamente Dios tuvo que sacrificar animales para obtener las pieles y hacer

las túnicas, indicando con esto que para que haya remisión de pecados se requiere derramamiento de sangre, y para que ésta sea derramada, es necesario que haya muerte del animal, constituyéndose esta en tipo del sacrificio de Cristo, que es el verdadero sacrificio, capaz de erradicar el pecado del hombre.

Es interesante notar que mientras Adán y Eva se hicieron delantales para tratar de cubrir su desnudez, Dios les hizo túnicas. Los delantales cubrían solo una parte de la desnudez de ambos, mientras que las túnicas que Dios les confeccionó la cubrían totalmente.

Esto nos hace concluir que por más esfuerzos que haga el hombre, jamás podrá justificarse a sí mismo. De esta manera queda desnudada y desmentida tajantemente la doctrina satánica de la reencarnación, creída y practicada por cientos de millones en el mundo, mediante las cuales enseñan que el alma humana tiene que reencarnar muchas veces y en distintos seres, hasta que obtenga su total purificación. Esta doctrina enseñada por religiones como el budismo, el brahmanismo, los hare krisna y otras de ese estilo, es una mentira emanada del mentiroso satanás.

Además, el Señor afirma terminantemente: ***“Y de la manera***

que está reservado a los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9.27). Si el destino de los hombres es vivir una sola vez, necesariamente tiene que nacerse solamente una vez, contrario a lo que afirma la mentirosa doctrina de la reencarnación.

El único camino para ser redimido, para ser reconciliado con Dios es recibiendo a Su Hijo, creyendo en la obra de redención que Él realizó a nuestro favor, haciéndose hombre por medio de la encarnación, teniendo un vivir humano, en el cual expresó plenamente la gloria del Padre, muriendo en la cruz para derrotar al pecado y a satanás, limpiándonos de nuestros pecados y acabando el mundo, resucitando, ascendiendo y entronizándose en la gloria de Dios, como Dios y como hombre.

Recibir esa obra maravillosa que Dios hizo en Su Hijo por nosotros, nos libra del pecado, nos viste de Él y hace realidad el sacrificio que Dios hizo al principio para vestir a Adán y Eva: ***“Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo”*** (Apocalipsis 13.8)

Volviendo al tema que nos ocupa, los dos hijos de Adán y Eva trataron de servir a Dios, presentando ofrendas de aquello en que cada uno laboraba.

Caín trajo su ofrenda del fruto de la tierra, de lo que obtenía de ella con mucho esfuerzo y sacrificio; esta era una ofrenda obtenida con el sudor de su frente, fruto salido de la tierra que estaba maldita por Dios y de la que Él había dicho que produciría cardos y espinos. Tal vez Caín se levantaba muy temprano en la mañana para ir a la era a luchar con la tierra para que le diera fruto para su sustento, y cuando vino el tiempo de ofrendar a Dios, trajo el producto de su ardua labor, aquello que había obtenido con el sudor de su frente.

Abel por su lado, trajo a Dios una ofrenda de lo que producía su labor, pero la ofrenda de Abel tenía algunas cualidades que la hacían distinta de la ofrenda de Caín: ***“Y aconteció andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas”*** (Génesis 4.3-4).

Mientras que Caín simplemente trajo del fruto que le producía la tierra gracias a su tesón y a su arduo esfuerzo, Abel trajo no cualquier oveja, sino de los primeros frutos de las ovejas que cuidaba y de las más gordas.

Cultivar la tierra y cuidar ovejas son actividades bien distintas que requieren distintas

actitudes y acciones de quienes las hacen.

Para lograr que la tierra produjese frutos, Caín tenía que hacer ingentes esfuerzos, a pleno rayo de sol, doblar sus espaldas, sudar, resistir un cansancio insoportable, teniendo en cuenta que en su época no había una sola máquina que aliviara su esfuerzo y así lograba producir algo para sustentarse y algo para presentar a Dios como ofrenda.

Mientras tanto, Abel cuidando las ovejas hacía un esfuerzo mínimo. En las mañanas, cuando calentaba el sol, las sacaba del redil y las llevaba a pastos frescos para que se alimentaran, las guiaba a fuentes de agua para que bebieran y mitigaran la sed; cuando alguna se extraviaba la buscaba, si estaba herida la cargaba sobre sus hombros y la llevaba al rebaño, procuraba que todas estuviesen juntas, si alguna no comía o no bebía se preocupaba por su salud. En fin, su trabajo de cuidar ovejas no requería mayor esfuerzo, no lo hacía sudar, sino que solo le demandaba dedicación, cuidado y amor.

Hemos visto que, en el tiempo de Caín y Abel, al hombre no le era permitido comer carne, y con esto no estamos apoyando la doctrina equivocada de los adventistas que, al igual que otras sectas diabólicas, prohí-

ben consumir tales alimentos, sino manifestando aquello que Dios había ordenado en el tiempo de Caín y Abel, para demostrar que mientras Caín luchaba por su sustento, por satisfacerse a sí mismo, Abel laboraba con empeño y amor para satisfacer y agradar a Dios.

Es por eso por lo que el relato de la ofrenda de los dos hermanos continúa: **“Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante”** (Génesis 4.4-5). Dios no sólo miró la ofrenda de Abel con agrado, sino que también miró la persona de Abel y se agradó de ella; pero no fue así con Caín, sino que no aceptó ni su ofrenda, ni su persona.

¿Por qué Dios actuó así? La Biblia nos da una respuesta clara y contundente: **“Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus dones; y por medio de la fe, estando muerto, aún habla”** (Hebreos 11.4). Dios actuó así porque el sacrificio de Abel era excelente y Dios dio testimonio de que era justo. Esto no quiere decir que Abel era una persona correcta y Caín no lo era, o que Caín era malo y Abel bueno, como interpreta la mayoría de

las personas. A Dios no le interesa si nuestras obras son buenas o son malas, porque el concepto de bien y mal pertenece al árbol de la ciencia del bien y del mal y no debemos olvidar que este se relaciona con satanás, lo cual quiere decir que en satanás hay cosas buenas y malas, y que ni una ni otra le interesan al Señor. A Dios le interesa si las cosas se originan en Él o no.

Debido a la excelencia del sacrificio de Abel, éste alcanzó testimonio delante de Dios no de que era bueno, sino que era justo. Recordemos que justo no hay en el universo sino solo uno: Dios. Si Dios testifica que Abel era justo al igual que su ofrenda, es porque la labor que Abel desempeñaba en la tierra, de cuidar ovejas, y el sacrificio que él ofrecía, tenía como único objetivo agradar, complacer y satisfacer a Dios, y era hecha en la voluntad del Señor.

Mientras que Caín pretendió servir a Dios según su esfuerzo y su punto de vista, Abel, por el contrario, sirvió a Dios según el deseo y la voluntad del Señor. ¿Resultado? Abel agradó a Dios y fue aceptado por Él, mientras que el servicio de Caín fue totalmente desagradable a Dios y rechazado por Él.

Desde este momento se establecieron dos líneas de servicio a Dios: la línea de Caín, que

pretende servir a Dios por medio de esfuerzos humanos, según el punto de vista de los hombres y en esa línea está sumergido todo el cristianismo hoy. Los cristianos hoy hacen grandes esfuerzos para servir a Dios, lo sirven con el sudor de su rostro y no se percatan de que ese sudor es señal de maldición, que el Señor nunca aceptará, porque le es desagradable.

La otra línea de servicio es la de Abel, que sirve al Señor escondido en Cristo, aceptando y haciendo realidad toda Su obra de redención y disfrutando todas Sus riquezas y llenando su alma con la vida y naturaleza divinas, haciendo en todo la voluntad del Padre.

Las dos líneas tienen una conclusión diferente. La línea de Caín, que se ha desarrollado a lo largo de seis mil años inicialmente en Babilonia, y actualmente en las religiones modernas, especialmente el cristianismo, tendrá su conclusión en el Lago de Fuego. Hoy esa línea pertenece a la Gran Babilonia religiosa y material, cuya destrucción está descrita en Apocalipsis 17 y 18 respectivamente.

Por su parte, la línea de Abel que se ha desarrollado en un remanente que ha sido fiel al Señor a lo largo de los siglos, tendrá su conclusión en el reino de los cielos y en la Nueva Jerusalén.

Finalmente, de ella harán parte todos los hijos de Dios, aquellos que Él escogió antes de la fundación del mundo y que está transformando y transformará en distintas eras.

Volviendo al tema del ayuno, que es el punto central tratado en este capítulo, y retomando el capítulo 58 de Isaías, el pueblo de Israel convirtió las enseñanzas del Señor en mandamientos de hombres y se alineó con Caín, sirviendo al Señor mediante ayunos, que Él no aceptó, porque no manifestaban Su voluntad.

Esta es la razón por la cual el Señor declara con respecto al ayuno de los israelitas: ***“Que me buscan cada día, y quieren saber mis caminos, como gente que hubiese hecho justicia, y que no hubiese dejado la ley de su Dios; me piden justos juicios, y quieren acercarse a Dios. ¿Por qué, dicen, ayunamos, y no hiciste caso; humillamos nuestras almas, y no te diste por entendido? He aquí que en el día de vuestro ayuno buscáis vuestro propio gusto, y oprimís a todos vuestros trabajadores. He aquí que para contiendas y debates ayunáis y para herir con el puño inicuaamente; no ayunéis como hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto”*** (Isaías 58.2-4).

El mayor pecado que un hijo de Dios puede cometer es servir al Señor en su propia justicia,

sabiendo que solamente Dios es justo. En esta declaración con respecto a Israel, Él afirma que ellos se consideraban justos en sí mismos, y así querían acercarse a Dios y conocer Sus caminos. Ellos habían dejado la ley de Dios y habían convertido Sus mandamientos en mandamientos de hombres, muy alejados de la voluntad de Dios.

Hacían ayunos conforme a sus puntos de vista y se disgustaban con el Señor porque no los atendía. La humillación a que ellos se sometían no venía de un aprendizaje de humildad, la cual es propia solamente de Él, sino que, según su sentir, su deseo y su voluntad no tratados por la cruz del Señor, se acercaban a Dios con la pretensión de que Él se diera por entendido.

El Señor confirma estas apreciaciones en la siguiente frase: ***He aquí que en el día de vuestro ayuno buscáis vuestro propio gusto, y oprimís a todos vuestros trabajadores.*** El ayuno de los israelitas tenía como propósito agradarse a sí mismos y no buscar el gusto y el agrado de Dios. En otras palabras, la relación que ellos tenían con Dios era inapropiada; tampoco era adecuada la relación que ellos tenían con sus semejantes, porque el Señor afirma que mientras ayunaban, además de buscar su propio gusto, también oprimían a sus trabajadores.

Dios no quiere un ayuno donde el hombre haga sacrificios, donde tenga manifestaciones de tristeza, de nostalgia y de sufrimiento, ni que se ponga en saco de silicio, ni que se abstenga de alimentos. Todas esas actitudes desagradan y ofenden al Señor: ***“¿Es tal el ayuno que yo escogí, que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como junco, y haga cama de cilicio y de ceniza? ¿Llamaréis esto ayuno, y día agradable a Jehová?”*** (Isaías 58.5).

La descripción del ayuno que desagrada al Señor de este versículo es muy parecida a la práctica de ayuno de los musulmanes, el ramadán, en el que, en el curso de un mes, durante el día, desde el momento que apunta el sol hasta el ocaso, no comen nada y generalmente se juntan en lugares específicos para hacer ciertas oraciones. En la noche comen todo lo que dejaron de comer en el día. Ellos ayunan según su propia justicia y en esto, casi todos los cristianos son toscos imitadores.

A partir del versículo 6 el Señor nos muestra cada una de las características del ayuno que le agrada, las cuales deseamos, con la ayuda del Espíritu, revelar en su totalidad, con el fin de que el lector pueda romper todos los paradigmas en que la religión lo ha aprisionado y pueda tener un ayuno que agrade al Señor.

El ayuno (2)

1

8

Para comenzar, deseamos volver a leer los versículos que el Señor Jesús personalmente habló en Mateo acerca del ayuno: ***“Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará”*** (Mateo 6.16-18).

El ayuno puede convertirse en una actividad hipócrita si hay austeridad y demudación del rostro, tratando de mostrarse ante los hombres. Para ayunar y agradar al Señor es necesario lavar el rostro y ungir el cabello, con lo cual ningún hombre notará que un hijo de Dios está

en ayuno y de esta manera solamente el Padre, para quien se hace el ayuno y a quien le encanta el secreto, sabrá de la actividad de ayuno; Él se agradará y recompensará al creyente que actúe de esa manera.

Después de este énfasis vamos a ver los detalles del ayuno agradable al Señor que encontramos en Isaías 58.

Una vez que el Señor ha reprochado a los israelitas por convertir el ayuno en mandatos de hombres, en una actividad carnal practicada según los conceptos humanos, comienza a enseñarnos las características del ayuno que le agrada.

1. Desatar las ligaduras de impiedad

El versículo 6 dice: ***“¿No consiste, más bien, el ayuno que yo***

escogí, en desatar las ligaduras de impiedad, en soltar las cargas de opresión, en dejar libres a los quebrantados y en romper todo yugo?”. La primera característica del ayuno agradable al Señor habla de desatar las ligaduras de impiedad.

El misterio de la piedad

Para poder entender qué es la impiedad, debemos primero tener claridad acerca de qué es la piedad. Para algunos, especialmente los religiosos, la piedad consiste en tomar ciertas actitudes corporales como la de andar con una cara angulosa y seria, no mezclarse con nada para no contaminarse, no mirar a ninguno, mortificar el cuerpo por medio de prácticas ascéticas y una serie de actitudes que nada tienen que ver con la piedad.

Las gentes que están en el mundo hablan de mentiras pías, lo cual se convierte en una genuina blasfemia contra Dios, porque veremos que la piedad no es nada distinto a Dios siendo expresado, mientras que la mentira es propia de satanás, es su expresión, y quien miente expresa a satanás.

Debemos enfatizar que la verdad y la mentira no tienen que ver con conceptos filosóficos que los hombres aceptan como ciertos, sino que la verdad y la

mentira, desde el punto de vista de Dios, hacen referencia a dos personas: El Señor Jesucristo y satanás respectivamente. La verdad es Dios y solamente Él es real y verdadero: **“Jesús le dice: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí... Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres Tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que Yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye Mi voz”** (Juan 14.6; 18.37).

Cuando vivimos en la verdad y hablamos verdad, vivimos y expresamos a Dios, y ésta es la piedad. La mentira es igualmente una persona, satanás: **“Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de lo suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira”** (Juan 8.44). Cuando una persona vive en mentira y habla mentiras, expresa a satanás, se constituye en su hijo.

Si vemos un versículo de los que Pablo, guiado por el Espíritu, le escribió a Timoteo, tendremos mayor claridad sobre lo que es la piedad: **“E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado**

en la carne, Justificado en el Espíritu, Visto de los ángeles, Predicado entre las naciones, Creído en el mundo, Llevado arriba en gloria” (1 Timoteo 3.16).

La palabra traducida del griego como piedad es *eusebeia*, y no tiene una palabra exacta que sea su equivalente en español y tal vez en ningún idioma moderno.

Los lingüistas afirman que tiene que ver con el hecho del parecido entre dos personas, por ejemplo, un padre y su hijo; en la medida que el niño va creciendo, se va pareciendo tanto al padre, que pueden llegar a confundirse. Lo mismo ocurre con los hermanos gemelos; su parecido es tan grande que se confunde uno con otro.

Este versículo nos dice que la piedad es un misterio que tiene seis grandes pilares: **el primero**, que Dios fue manifestado en carne; en otras palabras, Dios tomó carne y sangre, se hizo un hombre. Cuando Jesús estaba en carne en la tierra, aunque los hombres no lo pudiesen reconocer, Él era el Dios eterno, el Dios creador, el Dios omnipotente, viviendo Su vida divina en un hombre, semejante a nosotros, solamente que sin la naturaleza pecaminosa que tenemos nosotros.

En este sentido, podemos afirmar que la piedad es Dios manifestado en carne, primero en Jesús, que como hombre tuvo un vivir perfecto, sin tacha ni reprensión, porque en Su vivir expresó solamente al Padre. Todo lo que pensó, dijo e hizo fue hecho por el Padre, que moraba en Él y que es Él mismo. Luego Dios necesita y desea ser expresado en nosotros, así como fue expresado en Jesús. La piedad, en este aspecto, es Dios completamente mezclado con el hombre y expresado en su totalidad por éste.

Como creyentes, es necesario que lleguemos a expresar completamente al Señor en nuestros pensamientos, palabras y hechos, para que el misterio de la piedad sea nuestra realidad cotidiana.

El segundo pilar de la piedad dice que Jesús fue justificado en el Espíritu. Ser justificado indica que en todo Su vivir y en Su obra fue justo, es decir, en todo expresó la justicia que es Dios mismo. La Biblia dice que en el universo no hay justo ni siquiera uno, pero refiriéndose a la creación; porque en el universo sí hay uno que es justo: Dios, porque Él es la misma justicia. En toda Su vida humana Jesús expresó la justicia de Dios, la vivió y la manifestó, y esa justicia fue

certificada por el Espíritu, que es Dios mismo.

Por esa razón, en dos ocasiones, mientras Jesús estuvo en carne en la tierra, el Padre habló para dar testimonio de la complacencia que tenía en el Hijo: ***“Y Jesús, después que fue bautizado, en seguida subió del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre Él. Y he aquí, hubo una voz de los cielos, que decía: Este es Mi Hijo, el Amado, en quien tengo complacencia... Mientras él aún hablaba, he aquí una nube luminosa los cubrió; y he aquí salió de la nube una voz que decía: Este es Mi Hijo, el Amado, en quien me complazco; a Él oíd”*** (Mateo 3.16-17; 17.5).

No podemos aspirar a tener nuestra propia justicia ni a ser justos por nosotros mismos, sino que en la medida que disfrutamos las riquezas del Señor y nos llenamos de ellas, nuestro vivir expresará a Dios como la justicia.

El tercer pilar de la piedad afirma que además de Dios haberse manifestado en carne y ser justificado como hombre dentro del Espíritu, fue visto por los ángeles. A Dios le gusta que de Sus hechos y realizaciones haya testigos, y como este misterio no puede ser visto por hombres

carnales para que testifiquen acerca de Él, puso como testigos a los ángeles. Ellos, aunque no pueden participar directamente en la obra de redención, ni ésta está dirigida a ellos, sí testifican el hecho maravilloso de que Dios se haya manifestado en carne, se haya hecho hombre, y testifican igualmente, que Dios como el Espíritu aprobó y selló Su obra de redención. A esto se refiere la palabra cuando afirma: Visto de los ángeles.

El cuarto pilar de la piedad dice que fue predicado entre las naciones. Cincuenta días después de que Jesús muriera y resucitara, los ciento veinte discípulos que estaban en el aposento alto en Jerusalén, cuando llegó el día de Pentecostés, comenzaron a anunciar a Jesús resucitado, primero entre los judíos, el pueblo de Dios del Antiguo Testamento, y pocos días después también lo anunciaron entre los gentiles. Desde entonces, en la historia de la humanidad, de una y otra manera, no se ha dejado de anunciar la maravillosa obra de redención, que Dios realizó en favor de los hombres.

A pesar de que satanás se ha opuesto por todos los medios, inventando religiones que se oponen totalmente al Señor, tales como el islam, el budismo, el

confusionismo, el brahmanismo, el hinduismo y otras tantas, y a pesar de que el mismo cristianismo es una religión que usa el nombre de Señor para oponerse a Dios, el evangelio genuino, el que está en la Biblia y sale del Espíritu Santo, no ha dejado de anunciarse ni dejará de hacerse, hasta que el Señor regrese a tomar posesión de los reinos de la tierra. Este hecho tiene que ver con la piedad.

El quinto pilar del misterio de la piedad atestigua que Dios, después de haberse hecho carne, fue justificado en el Espíritu, fue visto de los ángeles y fue anunciado a las naciones, es creído en el mundo.

En el mundo occidental, a pesar de la férrea oposición desplegada por satanás, el Señor ha sido anunciado y ha sido creído por millones de seres humanos, dentro de quienes Él vive, y éstos hacen parte de Su cuerpo, la iglesia.

Igualmente, en el mundo oriental, especialmente en los países árabes, en la India, la China y otras naciones, donde satanás atenaza a las personas y se esfuerza por impedirles que lleguen al conocimiento de Dios, el Señor, usando a algunos de Sus hijos, ha logrado que algunas personas crean en Él, y se dice

que en el mundo hay alrededor de 2.200 millones de cristianos. Sabemos que la inmensa mayoría de ellos son falsos creyentes, son la cizaña que satanás ha sembrado al lado del trigo, pero creemos que entre un 10% y un 12% de ellos son creyentes genuinos, lo que nos lleva a inferir que hay entre 220 millones y 260 millones de creyentes genuinos vivos en la tierra, porque Dios en Cristo es creído y recibido en el mundo.

Finalmente, como **sexto punto** de la piedad tenemos que Él fue recibido arriba en gloria. La culminación de la obra de redención realizada por Dios por medio del Hijo consiste en que Él fue entronizado como Dios, en el trono de gloria.

Como Dios, Jesús, el Hijo, vivió eternamente en la gloria del Padre, porque Él es Dios por la eternidad y Él es el Padre, pero como el Hijo, se despojó de Su gloria para hacerse hombre: ***“Haya, pues, en vosotros esta manera de pensar que hubo también en Cristo Jesús, el cual, existiendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a Sí mismo, tomando forma de esclavo, haciéndose semejante a los hombres”*** (Filipenses 2.5-7).

No podemos hacer a un lado

el hecho de que Jesús, además de ser Dios completo, es hombre, y antes de que Él viniese en carne, ningún hombre había podido ver y disfrutar la gloria de Dios, pero cuando Jesús murió, no murió como Dios, porque Dios no puede morir, aunque como Dios pasó por la muerte; Él murió como hombre.

Después de tres días resucitó, ascendió para presentarse al Padre como las primicias de entre los muertos y cuarenta días después ascendió para ser entronizado, entrando como hombre en la gloria de Dios por la eternidad. En esa gloria está hoy y desde esa gloria está llevando adelante Su plan con el hombre.

Diez días después de que Jesús fue entronizado en la gloria del Padre, que tenía antes de que el mundo fuese, pero de la que se despojó para hacerse hombre, se derramó como el Espíritu de poder en ciento veinte discípulos que estaban en el aposento alto en Jerusalén. En esa ocasión Él los tomó para que hablasen Sus maravillas y una multitud de judíos creyesen y fuesen añadidos a la iglesia, Su cuerpo. Desde entonces Él ha venido trabajando para hacerse de muchos hijos. Todo esto es el misterio de la piedad.

Las ligaduras de impiedad son

todas las cosas que pertenecen al hombre viejo y que impiden que Dios sea manifestado en nosotros, y al no ser manifestado en carne, no puede ser anunciado, no puede ser creído y no podemos entrar en la gloria en que Él está.

Por esto es necesario que aprendamos a ayunar, y de acuerdo con las consideraciones hasta aquí descritas, el ayuno no consiste en dejar de comer o en aguantar hambre, como practican los cristianos religiosos.

El verdadero ayuno consiste en tener una íntima y genuina comunión con el Padre, entrando en nuestro aposento más interior que es nuestro espíritu humano, entrando en Su luz, porque Él es luz, siendo iluminados en todas aquellas cosas que hay en nuestra alma que impiden que Dios fluya en nosotros, que impiden que Él pueda expresarse; una vez que vemos todas aquellas impurezas en nuestro ser las confesamos y le rogamos que nos limpie, hasta que Su fluir no tenga estorbos y Él pueda ser plenamente expresado en nuestro ser.

No debemos olvidar que cuando nacimos de nuestros padres nacimos en el viejo hombre, que ese viejo hombre es la mezcla de la naturaleza satánica con la

naturaleza humana y que, si demoramos algún tiempo en nacer de nuevo, satanás añadió más de su pérfida naturaleza al ser del hombre, cada día que pasamos sin el Señor.

En otras palabras, nuestro viejo hombre se fue corrompiendo conforme al engaño y ese proceso degenerativo se detuvo solamente cuando recibimos al Señor en nuestro espíritu, creyendo en Él: ***“en cuanto a la pasada manera de vivir, os despojéis del viejo hombre, que se va corrompiendo conforme a las pasiones del engaño”*** (Efesios 4.22).

Cuando creímos, solamente nuestro espíritu fue regenerado, recibió a Dios como vida y se mezcló con Él, pero nuestra alma que es nuestra persona no fue transformada, porque su proceso de transformación dura toda la vida y se da solamente en la medida en que el creyente se disponga a buscar al Señor para que Él la llene de Su vida y naturaleza.

Dicho de otro modo, cuando creímos fuimos regenerados, nacimos de nuevo, la vida de Dios fue agregada a nuestro espíritu, pero nuestra alma quedó en su estado caído y corrupto que tenía antes de haber creído. Solamente que ahora el creyente tiene la oportunidad de dispo-

nerse para que ella sea llena de la naturaleza y la vida de Dios.

Para ello, el creyente necesita disponerse diariamente para tener comunión íntima con el Señor, para entrar en el trono de la gracia y allí ser lleno de todas las riquezas de Dios, hasta que el alma sea totalmente saturada de Él y completamente transformada.

Por eso es necesario cada día ir a Su presencia, ser iluminados por Su luz, confesar todas aquellas cosas que en nuestra vida impidan que el misterio de la piedad, antes descrito, sea realidad en la vida del creyente. De esta manera se desatan las ligaduras de impiedad y nada impide que el Señor sea manifestado por medio de nosotros.

Este es un proceso lento y progresivo que no se da en un instante, sino que dura toda la vida del creyente, si éste es consciente de la necesidad que tiene de ser transformado en su alma, porque si es inconsciente y no se dispone para que el Señor lo llene y lo transforme, Dios tendrá que usar o la Gran Tribulación o el milenio para lograr esa transformación.

El verdadero ayuno consiste en tener diariamente comunión con el Señor para que Él nos muestre aquellas cosas que hay

en nuestro vivir que le impiden expresarse, y por tanto se convierten en ligaduras de impiedad, que no permiten Su plena expresión en nuestro diario vivir. En la medida que esas ligaduras de impiedad son rotas, el Señor se va expresando, hasta el punto de que seremos iguales a Él en vida y naturaleza. Llegaremos a ser Su plena expresión en la tierra. Este es el primer punto del verdadero ayuno, el ayuno que agrada al Señor.

2. Soltar las cargas de opresión

El segundo aspecto del ayuno que le agrada al Señor que es conforme a Su voluntad, consiste en soltar las cargas de opresión, y tiene que ver especialmente con el tamaño de nuestra fe y la confianza que tenemos en el Señor.

Igualmente tiene que ver con tomar las cargas que Él pone sobre nuestros hombros y llevarlas según Su voluntad: **“¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión?”** (Isaías 58.6).

Veamos. En la vida humana hay muchas cargas que nos oprimen y aplastan hasta llevarnos a la esclavitud. Los seres humanos tenemos tres necesidades básicas, cuales son las de sustento,

diversión y seguridad. Con respecto a ellas, satanás ha desarrollado un sistema que se llama el mundo y por medio de él, aparentemente suple esas necesidades básicas del hombre y lo mantiene bajo esclavitud.

Todos los hombres viven esclavizados por el mundo, luchando desesperadamente para obtener su sustento, para lograr algo de diversión y para obtener seguridad. Las gentes laboran 10, 12, 14 y hasta 16 horas en un día, todos los días de la semana y con ese sobrehumano esfuerzo logran ganar lo suficiente para sustentarse a sí mismos y a los suyos, pero no tienen un solo momento para tener, aunque sea alguna pequeña comunión con Dios, y en esta situación han caído la mayoría de los cristianos contemporáneos. Su relación con Dios se limita a asistir a un culto o a misa el domingo.

Cuando Dios creó al hombre no lo creó con el propósito de que el hombre viviera esclavo de su labor, sino que, por el contrario, después de la creación del hombre en el sexto día, vino el séptimo que fue de reposo para Dios y el hombre. En conclusión, el hombre fue creado para que descansara en Dios.

Aunque el Señor había puesto al hombre en el Huerto de Edén

y le había mandado que lo labrara y lo guardara, esa labor no producía fatiga, ni lo cansaba, y mucho menos lo esclavizaba. El trabajo que el hombre desarrollaba en el Huerto de Edén no era una carga de opresión, sino una delicia llena de libertad.

Lamentablemente el hombre desobedeció a Dios comiendo del árbol de la ciencia del bien y del mal, el hombre fue expulsado de ese ámbito de descanso y reposo, Dios maldijo la tierra y con esa maldición le dijo al hombre que tendría que trabajar arduamente en ella y que le daría el sustento con el sudor de su frente.

No obstante, en el tiempo determinado por Dios, Él se hizo hombre, vivió en la tierra en plena comunión con el Padre, murió en la cruz y al morir eliminó de nuestra vida toda maldición que pesaba sobre nosotros, resucitó y nos resucitó juntamente con Él, ascendió y fuimos ascendidos en Él y fue entronizado en la gloria, y nosotros estamos sentados con Él en gloria. Ahora vive en nuestro espíritu y quiere saturar nuestra alma: **“y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús”** (Efesios 2.6).

El problema para los creyen-

tes contemporáneos está en que la mayoría de ellos desconocen esta obra maravillosa que Él realizó a su favor y por no conocerla no la pueden vivir en la realidad de su diario vivir, y por esa razón viven llenos de opresión y no pueden servir al Señor con plena libertad.

Por eso el Señor dice que el verdadero ayuno consiste en soltar las cargas de opresión, es decir, es una renovación permanente de la confianza del creyente en el Señor y un aumento de su fe subjetiva, o sea, es el crecimiento del Señor en su alma.

Para ver un ejemplo en la palabra de Dios, leamos lo que dice el Señor en Mateo 6.25-34: **“Por tanto os digo: No os inquietéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, con preocuparse, añadir un codo a su estatura? Y por el vestido, ¿por qué os preocupáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no se afanan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón en toda su gloria se vistió**

como uno de ellos. Y si a la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos? Porque los gentiles buscan con afán todas estas cosas. Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente Su reino y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os inquietéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia inquietud. Basta a cada día su propio afán”.

Satanás desea que nuestras necesidades de sustento, comida, bebida y abrigo, diversión y seguridad, se conviertan en una carga de opresión, y ha logrado poner esa carga sobre todas las gentes del mundo. Por esa razón las personas viven desesperadas, angustiadas y oprimidas, luchando cada día por ganar el pan para su sustento, por encontrar nuevas y más fuertes diversiones y por vivir con seguridad, en un mundo que los amenaza constantemente con la muerte, con tragedias y con pesares de diversa índole.

En el cristianismo, satanás ha logrado que sus feligreses vivan angustiados por hacer las obras de Dios y por tratar de agradar-

lo, y por falta de revelación no se dan cuenta que el Señor no demanda nada de ellos, porque todas las obras que el hombre, de su propia iniciativa hace para Dios, son abominables y el Señor no puede soportarlas.

El Señor no necesita nada de ningún hombre, porque no hay nada que a Dios le falte y que el hombre pueda darle. Lo único que el Señor demanda, y lo demanda solamente de Sus hijos, es que vivamos en reposo en Él, que disfrutemos todas Sus riquezas que ha dispuesto como nuestra herencia.

En la medida que disfrutamos las riquezas que Él nos ha legado vamos creciendo, al crecer somos edificados como la iglesia y llegamos a la madurez; al crecer y madurar le prodigamos placer, satisfacción y beneplácito: total agrado para nuestro Señor.

En Mateo 13 el Señor Jesús habló una parábola que es conocida como la parábola del sembrador, en la que describe cómo puede ser el corazón de un creyente que está lleno de cargas de opresión: **“Y otras cayeron entre los espinos; y los espinos crecieron, y las ahogaron... Y el que fue sembrado entre los espinos, éste es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace in-**

fructuosa” (Mateo 13.7, 22).

Aunque estas personas tienen la oportunidad de oír la palabra del Señor, es decir, el Señor siembra la semilla en sus corazones, las preocupaciones diarias y el afán de las riquezas engañosas, que son los espinos, ahogan la plantita que está naciendo y en esas condiciones no puede llegar al estado de madurez para producir fruto.

Otro pasaje que nos advierte y nos ilustra sobre las cargas de opresión lo encontramos en Lucas 21.34-36: ***“Mirad también por vosotros mismos, no sea que vuestros corazones se carguen de disipación y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día como un lazo. Porque vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, en todo tiempo rogando para que logréis escapar de todas estas cosas que van a suceder, y estar en pie delante del Hijo del Hombre”***.

Infelizmente, muchos creyentes genuinos caen en esa trampa y se angustian por servir a Dios según su punto de vista, convirtiéndose en líderes del cristianismo, lo cual les asegura un porvenir económico. De otro lado, si trabajan secularmente, su vida está llena de afanes y su vivir es una continua carga

que los oprime y los aplasta y no tienen un vivir de sosiego y paz en el Señor: ***“porque el reino de Dios no es el comer y el beber, sino la justicia, y la paz, y el gozo en el Espíritu Santo”*** (Romanos 14.17).

Un ayuno que agrada al Señor en este punto consiste en ir a Su presencia y confesarle que no hemos aprendido a creer en Su palabra, que estamos afanosos por la comida y por la bebida, por el vestido y por el futuro, pero que necesitamos que nos ayude a confiar en Él, a creer Su palabra mediante la cual nos ha prometido que todas esas cosas, que son necesidades reales, Él las añadirá, y que no debemos estar preocupados en nuestra alma por esas añadiduras, y que nos enseñe qué es Su reino y Su justicia, y que nos ayude a ocuparnos de Él.

Un buen tiempo de comunión con el Señor estando en Su luz, nos ayudará a ver que en nuestra vida hay más cargas de opresión de las que podemos ver e imaginar, y que necesitamos ser despojados de todas ellas y vivir en la dulzura de Su compañía, siguiéndolo por donde quiera que Él va, andando como es digno de Él, llevando fruto para Su satisfacción, haciendo las obras que Él preparó de antemano para que caminemos en ellas y cre-

ciendo por medio de conocerlo.

Por otro lado, el Señor tiene la carga de llevar adelante Su plan y quiere compartir Su carga con nosotros: ***“Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí; porque soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y ligera mi carga”*** (Mateo 11.29-30).

Todas las cargas que no provienen del Señor son aplastantes y destructivas; solamente Su carga es ligera, y Él tiene muchas cargas que generalmente los creyentes desconocen, debido a su falta de comunión con Él.

Él desea, por ejemplo, ganar las Primicias para regresar a la tierra, pero son pocos Sus hijos que toman cotidianamente esa carga para orar, con el fin de que Él pueda ganar y transformar los 144.000 que han de ser los primeros frutos que Él arrebatara vivos de la tierra, al comienzo del proceso de Su regreso.

Cuando un creyente entra en una genuina comunión con su Señor, Él pondrá Su carga sobre sus hombros, carga que es ligera; ese creyente, totalmente sintonizado con el Señor llevará la carga en oración al trono de la gracia y el Señor la responderá y estará satisfecho de encontrar

uno de Sus hijos andando en las obras que Él preparó de antemano; en esto consiste enyugarnos con el Señor y tomar Su carga que es ligera.

Muchas veces el Señor desea encontrar a algún creyente que ore por una necesidad específica de alguno de Sus hijos y no lo encuentra, porque todos están aplastados con sus cargas de opresión y no les queda un rinconcito para que el Señor pueda mostrar Su voluntad en ellos.

El ayuno no consiste en aguantar hambre y en decir un poco de palabrerías al estilo gentil, pensando que el Señor oirá esa insustancial charlatanería, sino que hace falta entrar en Su presencia y en Su luz, que es Dios mismo; se hace necesario examinar cuántas cargas nos están oprimiendo, para soltarlas, entregarlas no al Señor, porque las cargas que oprimen no son de Él, sino que han sido impuestas por satanás.

Soltando esas cargas, se tiene plena libertad para tomar las cargas del Señor que no son opresoras, sino que son ligeras y fáciles de llevar. Además, cuando tomamos Su carga, no lo hacemos solos, sino que estamos enyugados con Él y llevamos juntos la carga.

Debemos recordar que una

de las estrategias de satanás consiste en poner cargas sobre nuestros hombros, para que seamos oprimidos, angustiados, desesperados y perjudicados. A él le agrada ver a la gente llena de desesperación, de afán, de angustia, de desasosiego, de depresión y de todas esas cosas que agobian a las personas, y muchas veces las conducen a la locura, a muchas enfermedades siquiátricas y finalmente a la muerte.

Si como creyentes llegásemos a caer en esa situación, es el tiempo de correr al Señor y descansar en Él: **“Venid a Mí todos los que trabajáis arduamente y estáis cargados, y Yo os haré descansar”** (Mateo 11.28).

Qué gratificante es tomar un tiempo cada día de nuestra vida para conversar con el Señor de todas estas cosas y vivir una vida de felicidad con Él, aun en medio de las circunstancias difíciles que tenemos en nuestro vivir. Este es un ayuno según la voluntad de Dios.

Hebreos 3.10–4.11 es un pasaje que nos da una profunda ilustración acerca de desatar las cargas de opresión y entrar en el reposo del Señor: **“A causa de lo cual me disgusté contra esa generación, y dije: Siempre andan extraviados en su corazón, y no han conocido Mis caminos. Como**

juré en Mi ira: ¡No entraran en Mi reposo!” Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad que lo haga apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: **“Hoy”**; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado (Porque hemos llegado a ser compañeros de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin la confianza inicial) entre tanto que se dice: **“Si oís hoy Su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación”**. ¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, le provocaron? ¿Acaso no fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés? ¿Y con quiénes estuvo Él disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en Su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad. Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en Su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Pues, también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva lo mismo que a ellos; pero no les aprovechó la palabra oída, por no ir mezclada con la fe en los que la oyeron. Porque los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que Él dijo: **“Como juré en Mi**

ira, ¡No entrarán en Mi reposo!” aunque Su obra creadora fue acabada desde la fundación del mundo. Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: “Y reposó Dios de todas Sus obras en el séptimo día”. Y otra vez aquí: “No entrarán en Mi reposo!” Por lo tanto, puesto que falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de desobediencia, otra vez el Espíritu Santo determina un día: hoy, diciendo después de tanto tiempo, en David, como dijo antes: “Si oís hoy Su voz, no endurezcáis vuestros corazones”. Porque si Josué les hubiera introducido en el reposo, el Espíritu no habría hablado después de otro día. Por tanto, queda un reposo sabático para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en Su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las Suyas. Procuremos, pues, con diligencia entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia”.

Todos los creyentes conocen la historia del pueblo de Israel después de que el Señor los sacó de la esclavitud egipcia, por mano de Moisés, y debemos saber que el Antiguo Testamento está colmado de tipos, sombras y figuras, que tienen realidad y cumplimiento en el Nuevo Testamento, por lo que tienen que

ver con nosotros, los hijos de Dios de los tiempos neotestamentarios.

Dios sacó a los israelitas de Egipto con el fin de introducirlos en la buena tierra, que representa el reposo del que habla el pasaje. La buena tierra es tipo de Cristo. Nosotros también anduvimos en el mundo —Egipto—, siendo esclavos de satanás —Faraón—, pero un día el Señor nos llamó para que saliésemos de allí y entrásemos en Cristo, nuestro descanso, reposo y gloria.

Para introducirlos en la tierra de Canaán, los israelitas debieron permanecer en las inmediaciones del Monte Sinaí por un lapso de dos años, en los cuales debían preparar los utensilios y los muebles del tabernáculo y levantarlo, con el fin de que pudiesen tener comunión con Dios.

Al comienzo de ese periodo bienal, el Señor le pidió a Moisés que subiera a la cumbre del Monte Sinaí con el fin de entregarle la ley y de mostrarle el modelo, basado en el cual debía ser construido el tabernáculo de reunión, lugar de encuentro entre Dios y Su pueblo. Debido a que Moisés tardó cuarenta días, el pueblo no supo esperar y se corrompió haciendo un becerro de oro y adorándolo. El capítulo 32 del libro de Éxodo relata las

consecuencias que tuvo la conducta desafortunada de Israel.

Sin embargo, el Señor obró en misericordia y perdonó el pecado de Israel. El tabernáculo fue construido y el pueblo fue preparado para marchar a través del desierto con el fin de llegar a la entrada de la buena tierra, marcha que duraría once jornadas.

En ese lapso, el pueblo pidió a Moisés que enviara espías a reconocer la tierra, Moisés lo consultó con Dios quien estuvo de acuerdo y fueron enviados doce espías, uno por cada una de las tribus que conformaban el pueblo.

Los espías reconocieron la tierra y regresaron al campamento a los cuarenta días. Diez de los espías trajeron noticias desalentadoras al pueblo, éste se rebeló contra Dios y contra Moisés, rebelión que desató la ira de Dios y decidió no permitirle la entrada en el reposo, que era la buena tierra.

Con respecto a ellos el Señor declara: ***“A causa de lo cual me disgusté contra esa generación, y dije: Siempre andan extraviados en su corazón, y no han conocido Mis caminos. Como juré en Mi ira: ¡No entrarán en Mi reposo!”***.

Si tú, apreciado lector, eres

cuidadoso al leer la palabra, notarás que aquí no hay una crítica contra el pueblo de Israel, sino una advertencia para el pueblo de Dios del Nuevo Testamento, es decir, para nosotros los creyentes neotestamentarios: ***Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad que lo haga apartarse del Dios vivo.***

¿Por qué los israelitas no pudieron entrar en el reposo del Señor? Porque tenían un corazón malo, no tenían fe, no creyeron en el Señor y en Su palabra, sino que se rebelaron contra Él, echaron Su palabra en las espaldas y no le creyeron que, por más que los habitantes de la tierra de Canaán eran gigantes, Él había prometido a Abraham, Isaac y Jacob, entregarle esa tierra a sus descendientes y el Señor lo haría; pero la respuesta de ellos fue de incredulidad.

Ahora la advertencia es para nosotros, en el sentido de que tengamos cuidado porque podemos tener un corazón malo de incredulidad que nos apartará de nuestro Señor, que es Dios dador de vida.

El mejor camino para evitar caer en un corazón malo de incredulidad es exhortarnos unos a otros todos los días y eso nos evitará ser engañados por el pecado: ***antes exhortaos los unos***

a los otros cada día, entre tanto que se dice: “Hoy”; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado.

Exhortar no es regañar, sino alentarnos cada día, mientras se dice hoy. Este es un genuino vivir que agrada al Señor. Como hijos de Dios, como miembros de Su cuerpo, no debemos pasar un solo día sin que nos busquemos para animarnos. No debemos hacer como hace la mayoría de los cristianos, qué limitan su “*vida cristiana*” a la reunión del domingo. Cada día debemos alimentarnos unos a otros con nuestro Cristo precioso, y nutrirnos unos a otros con Su palabra.

Nos dice además el Señor que fácilmente podemos ser endurecidos por el engaño del pecado. No debemos olvidar que el pecado es la naturaleza de satanás, es decir, es satanás mismo, y él procura engañarnos para endurecer nuestro corazón.

Continuando con el pasaje, el Señor nuevamente trae a nuestra memoria la actitud que tuvieron los israelitas que salieron de Egipto bajo la tutela de Moisés: **¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, le provocaron? ¿Acaso no fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés? ¿Y con quiénes estuvo El disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos**

cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en Su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad.

La incredulidad de ellos, la falta de confianza en el Señor y Su palabra, no les permitió llegar a la meta que el Señor les había asignado. Los cuerpos de todos aquellos que tenían más de veinte años cuando salieron de Egipto, quedaron postrados en el desierto, no lograron gustar de la promesa del Señor a causa de su incredulidad, su falta de fe.

Una vez más el Señor nos da una advertencia poniendo como ejemplo el fracaso del pueblo de Israel: ***Temamos, pues, no sea que, permaneciendo aún la promesa de entrar en Su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Pues, también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva lo mismo que a ellos; pero no les aprovechó la palabra oída, por no ir mezclada con la fe en los que la oyeron.***

Nosotros fuimos esclavos de satanás en el mundo, y el Señor haciendo uso de Su misericordia y longanimidad nos ha sacado del mundo perverso y cruel, donde éramos Sus enemigos, y nos ha traído a Él, con el fin de que seamos compañeros de Cris-

to reteniendo la confianza del principio, y también para que lo tomemos a Él como nuestro reposo.

El Señor nos ha anunciado y nos anuncia permanentemente Su palabra, pero debemos buscar revelación, visión y práctica diaria de ella, para que nos sea provechosa, para que ganemos el mayor provecho de ella y la hagamos nuestra realidad.

Como los israelitas no lograron alcanzar el deseo de Dios de entrar en Su reposo, y esta es una advertencia para nosotros, los creyentes del Nuevo Testamento, el Señor que es inmensamente misericordioso ha determinado que hoy, los creyentes del Nuevo Testamento, tanto judíos como gentiles, entremos en ese reposo.

Para entrar en el reposo necesitamos aprender a oír Su voz, aprender a oír Su palabra, y eso es posible solamente si entramos en el aposento interior, cerramos la puerta y tenemos comunión con Él: ***“Si oís hoy Su voz, no endurezcáis vuestros corazones”***. Si no tenemos el hábito de tener comunión con el Señor y de oír Su palabra, nuestros corazones serán endurecidos y la entrada en el reposo del Señor se convertirá en algo lejano y utópico.

Josué introdujo al pueblo de Israel en la tierra del reposo; sin embargo, aunque esa tierra tipifica a Cristo, la obra de Josué se convirtió en un tipo que debe tener su realidad en los creyentes neotestamentarios: ***Porque si Josué les hubiera introducido en el reposo, el Espíritu no habría hablado después de otro día. Por tanto, queda un reposo sabático para el pueblo de Dios.*** Este es el reposo al que debemos anhelar entrar.

¿Cómo lograremos entrar en el reposo de Dios? Seguramente nos imaginamos haciendo grandes esfuerzos, muchas obras, predicando el evangelio denodadamente, “edificando iglesias” y haciendo un sin número de cosas para tratar de agradar al Señor. Pero la palabra es muy diferente y ella nos muestra de manera sencilla cómo entrar en el reposo: ***Porque el que ha entrado en Su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las Suyas.*** Aunque desde la perspectiva del tiempo Dios hoy está trabajando, del lado eterno, Él trabajó durante seis días en los cuales hizo toda la recreación, incluyendo la creación del hombre a Su imagen, conforme a Su semejanza, y descansó en el séptimo día.

Es interesante ver que el pri-

mer día del hombre en la tierra fue de reposo, de descanso, como será el séptimo día milenario donde descansaremos plenamente en Él. Pero para alcanzar ese séptimo día milenario que es el reino de los cielos, debemos aprender a vivirlo hoy como las arras.

Por eso el Señor Jesús nos invita a que en nuestro día a día vayamos a Él a descansar: ***“Venid a Mí todos los que trabajáis arduamente y estáis cargados, y Yo os haré descansar”***. El genuino descanso, la entrada en el descanso sabático para el pueblo de Dios consiste en cesar nuestras obras, dejar de hacer obras para Dios y a cambio permitir que sea Él quien haga Sus obras en nosotros y a través de nosotros. Dios descansó de Sus obras y nosotros debemos descansar de las nuestras. Es necesario aprender a vivir en las obras que Él preparó de antemano para que nosotros andemos en ellas. Él hace Sus obras en nosotros: ***“Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”*** (Efesios 2.10).

Este es un llamado para todos los hijos de Dios que hoy viven en la tierra y que militan en el cristianismo, cualquiera sea su manifestación: Es el tiempo

de parar toda obra que ustedes están haciendo para el Señor. Todas esas obras colosales convertidas en ***“mega iglesias”***, en cruzadas donde se llenan grandes superficies con miles de espectadores, la adquisición de estaciones de radio y televisión, son obras que para nada interesan al Señor.

Quienes están haciendo esas obras no han entrado en el reposo del Señor y lo disgustan haciendo cosas que Él no ha planeado ni ordenado. Si ustedes no se detienen, finalmente despertarán la ira del Señor y lo harán jurar como juró frente al pueblo de Israel: ***Como juré en Mi ira: ¡No entraran en Mi reposo!***

Por eso el pasaje que estamos considerando aquí, remata así: ***Procuramos, pues, con diligencia entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia***. Un creyente, o un grupo de creyentes que ha(n) entrado en el reposo del Señor no hace(n) obras para Él, sino que va(n) cada día al Señor en su espíritu y descansan en Él. Si no descansa(n), caerá(n) en un gran ejemplo de desobediencia.

En 1 Corintios 10.1-5, El Señor nos aclara la situación: ***“Porque no quiero, hermanos, que ignoreis que todos nuestros padres***

estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar; y todos para con Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo. Pero de los más de ellos no se agradó Dios; por lo cual quedaron postrados en el desierto”.

Así como todos los israelitas disfrutaron las riquezas que Dios les proporcionó desde la salida de Egipto, la mayoría quedaron postrados en el desierto, porque no agradaron al Señor. De la misma manera, nosotros los creyentes neotestamentarios tenemos todas las riquezas de Dios como

nuestra herencia, pero en casi el cien por ciento de ellos ocurre que no disfrutaban de esas riquezas y al no disfrutarlas no tienen cómo agradar al Señor. Por eso en el mismo pasaje de 1 Corintios 10, el Señor añade: “Y estas cosas les acontecieron en figura, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos” (v. 11). Si no procuramos entrar en el reposo del Señor, si no buscamos agradarlo, quedaremos postrados en el desierto como le ocurrió a la gran mayoría de los israelitas. ¡Qué buen tema para orar!

El ayuno (3)

1
9

3. Dejar libres a los oprimidos

Un tercer aspecto que contempla el ayuno, que es según la voluntad de Dios, consiste en dejar libres a los oprimidos. Como vimos en el punto anterior, satanás desea atrapar a los hijos de Dios bajo sus cargas y oprimirlos hasta desesperarlos, y si es posible hacerlos renegar del Señor, entorpecerlos y llenarlos de dudas. Cuando eso le está ocurriendo a un hijo de Dios, el Señor busca a uno que quisiera estar en comunión con Él, para entregarle la carga con el fin de que éste ore y el Señor desate al creyente que está siendo oprimido por satanás.

El Señor hoy está deseando encontrar entre Su pueblo a algunos de Sus hijos que tengan el corazón de Samuel, que no cesaba de orar por los hijos de Israel:

“Así que, lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros; antes os instruiré en el camino bueno y recto” (1 Samuel 12.23), o el corazón de Pablo que era un hermano que constantemente oraba por los santos que conocía y aún por los que no conocía: ***“Siempre orando por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús, y del amor que tenéis a todos los santos”*** (Colosenses 1.3-4).

En una y otra ocasión encontramos en la Biblia oraciones de Pablo, pero no eran oraciones donde pedía por bienestar económico, o porque los hermanos fueran llenos de bienes materiales o porque fuesen sanados de alguna enfermedad, sino porque fuesen llenos de las riquezas del Señor, pues ese es el remedio más eficaz contra toda clase

de enfermedad y miseria. Veamos un ejemplo: ***“Por esta causa también yo, habiendo oído de la fe en el Señor Jesús la cual está entre vosotros, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, acordándome de vosotros en mis oraciones para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de Él”*** (Efesios 1.15-17).

La carga que el Señor ponía en Pablo no era por las añadiduras, sino que Pablo, en comunión con el Espíritu, oraba por los santos, para que ellos fuesen llenos de todas las riquezas que Dios nos dispensa a través de la gracia, y podamos andar agradando al Señor en todo: ***“Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del pleno conocimiento de Su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo por el pleno conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de Su gloria, para toda perseverancia y longanimidad con gozo, dando gracias al Padre que os hizo aptos para participar de la porción de los santos en la luz; el cual nos ha librado de la potes-***

tad de las tinieblas, y trasladado al reino del Hijo de Su amor, en quien tenemos redención, el perdón de pecados” (Colosenses 1.9-14).

Qué rico es tener un tiempo de comunión con el Señor para rogar por los hermanos, y ese ruego se convierta en un deleite en el que gozamos sin medida las inmensurables riquezas de Cristo, que el Señor nos ha otorgado y les ha concedido a nuestros amados hermanos. Este es un ayuno genuino, que no tiene nada que ver con poner una cara de angustia, sino con lavar nuestra cara y ungir nuestro cabello. Esto no es afligir el alma, sino deleitarnos en el Señor, porque nuestra vida de creyentes debe ser eso, un deleite continuo en el Señor.

Lamentablemente, esto no se ve entre los cristianos contemporáneos y muchos cometen el error de ayunar orando por otro, pero sin darse cuenta de que en su oración los están maldiciendo.

Recordemos que maldecir no consiste solamente en proferir palabras vulgares contra una persona, sino que el significado de maldecir es hablar mal, decir mal de otros. Por ejemplo, si un hermano ora diciendo que la persona por quien ora tiene uno

u otro defecto y que Dios debe corregirla, en verdad está maldiciendo a esa persona y satanás aprovechará esa clase de oración para oprimir y llenar de angustia al destinatario de la oración.

Siempre que oremos por otro santo, debemos bendecirlo, dirigiendo nuestra oración al Padre y rogándole que bendiga al hermano, que lo supla con todas las riquezas de Su gracia, que lo ayude en todas sus jornadas, que lo supla con Su naturaleza divina, que le dé espíritu de sabiduría y de revelación, que lo alumbre en su entendimiento, que fortalezca su hombre interior por Su Espíritu, que le supla todas las riquezas de Su gloria, que lo llene de sabiduría e inteligencia espiritual y en fin, que el Señor lo sature de Su persona, para que ese santo pueda alcanzar la estatura del Hijo y pueda llegar a ser un vencedor.

Tal vez nosotros hemos orado maldiciendo a los hermanos y en la comunión del ayuno, el Señor nos ilumina para que tengamos un arrepentimiento cabal de tales oraciones.

Tal vez, otros hermanos, seguramente sin saberlo, han orado contra nosotros y han colaborado con satanás para que nos oprima. En la comunión del ayuno, el Señor nos muestra esas si-

tuaciones, las rechazamos en el Señor y somos completamente libres.

En nuestras oraciones nunca debemos maldecir, es decir, no debemos hablar mal de los hermanos; a ellos debemos bendecirlos estando en comunión con el Padre. Lo que sí podemos pedir al Señor es que maldiga a satanás, que maldiga a los ángeles caídos y a los demonios y que destruya y arruine su reino de tinieblas.

4. Romper todo yugo.

Otro punto contenido en el verdadero ayuno consiste en romper todos los yugos que atan al creyente a cualquier cosa o persona que no sea el Señor Jesucristo.

Todos sabemos que un yugo es un medio que ata a dos seres vivos, para que tengan la misma labor, la misma dirección y el mismo caminar, y para que sean sumisos mutuamente.

Si hemos vivido mucho tiempo en el mundo, satanás fue acumulando yugos sobre nosotros: yugos de pecado de vicios, costumbres, maneras de ser, maneras de pensar. Nuestro carácter muchas veces es un yugo que nos ata y nos impide tener libertad para servir al Señor.

Un yugo puede ser nuestra

pobreza, nuestra riqueza, nuestro nivel educativo, nuestras posesiones, nuestra inteligencia, nuestro orgullo, nuestra soberbia y tantas cosas que están en el viejo hombre y que no permiten que el Señor pueda fluir libremente en nosotros.

Hay un yugo que el enemigo ha usado en estos postreros tiempos y que es muy difícil de detectar por su gran sutileza: el yugo con organizaciones cristianas, liderazgos de hombres, ministerios particulares y doctrinas. El noventa y nueve por ciento de los cristianos, entre los que hay un buen número de creyentes genuinos, están enyugados con pastores, reverendos..., con sus doctrinas y organizaciones y no tienen la más mínima libertad para seguir al Señor. Los tienen bien atados y condicionados mentalmente, de tal manera que los santos están convencidos de que, si dejan al líder, su organización y su ministerio, serán pasto para las llamas del infierno. Este es el yugo más cruel del tiempo presente.

Ayunar, que no es nada distinto a entrar en comunión con el Padre en el trono de la gracia, nos permitirá ver todas estos yugos y pedirle al Señor que nos desate. Será un trabajo progresivo que, en la medida que lo practiquemos, nos hará com-

pletamente libres, de tal manera que nada pueda interrumpir nuestra comunión y relación con nuestro Amado, y podamos seguirlo a Él y solamente a Él con plena libertad.

Un creyente debe tener un único yugo, que es el yugo del Señor: ***“Tomad sobre vosotros Mi yugo, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque Mi yugo es fácil”*** (Mateo 11.29-30).

En la luz del Señor necesitamos tratar cabal y seriamente todas aquellas cosas que nos esclavizan, que nos subyugan, que nos impiden tener una comunión libre con el Señor.

5. Partir el pan con el hambriento

Los cuatro primeros puntos del ayuno tratados en el versículo 6 de Isaías 58, tienen que ver con cada creyente individual y personalmente, y de ellos hablamos con amplitud en el capítulo anterior y en este. En el versículo 7 hay otros cuatro aspectos que no hacen referencia a los creyentes individualmente, sino a su relación con otros creyentes, es decir, el ayuno tiene inicialmente cuatro aspectos individuales y cuatro más que son corporativos.

Leamos el versículo: “¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?” (Isaías 58.7).

El primer punto tiene que ver con partir el pan con el hambriento. Si interpretamos la Biblia literal y superficialmente, tendríamos que decir que este punto del ayuno nos llevaría a instalar una especie de comedor comunitario, donde dispensemos comida a tantas personas hambrientas que hay en nuestro barrio, en nuestra ciudad y en nuestro país. Esta sería una interpretación superficial y errada de la palabra de Dios.

Es necesario que abordemos la Biblia en nuestro espíritu, rogando al Señor con humildad que nos conceda espíritu de sabiduría y revelación, para que podamos conocerlo, y que alumbré nuestro entendimiento para que podamos ver lo que Él en verdad quiere decirnos.

Para entender quién o qué es el pan de vida, tenemos que recurrir a otros pasajes de la Biblia que nos alumbran con la luz de Dios. Por ejemplo, en Juan 6, el Señor Jesús afirma una y otra vez que Él es el pan de vida y que Él es el pan vivo que ha venido del cielo, para que nosotros

tengamos Su vida eterna: “Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a Mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en Mí cree, no tendrá sed jamás... Yo soy el pan de vida... Este es el pan que descende del cielo, para que el que de él coma, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que Yo daré es Mi carne, la cual Yo daré por la vida del mundo... Este es el pan que descendió del cielo” (vs. 35, 48, 50-51, 58).

El pan que debemos partir y compartir con el hambriento no hace referencia al pan que se compra en la panadería, ni a la comida física, aunque sí debemos ser generosos y aprender a compartir con nuestros hermanos necesitados, pero aquí se refiere principalmente, a compartir a Cristo como nuestro pan vivo que nos alimenta, nos nutre y nos hace crecer hasta llegar a la madurez y como el pan de vida que nos llena de Su vida eterna.

Lamentablemente, casi siempre que dos creyentes se encuentran, es muy poco lo que se suplen a Cristo uno a otro. Sus charlas se circunscriben a hablar de las cosas cotidianas, de los problemas y de los sufrimientos, de los éxitos y de las victorias, y lo hacen con tanto orgullo y soberbia que cada uno trata de

demostrar que sus experiencias son mejores que las del otro, y demostrar que es un cristiano victorioso.

Nuestro encuentro con cualquier santo debe tener como centro al Señor Jesucristo, debe suplirnos abundantemente de Él en mutualidad, y para ello necesitamos enyugarnos con Él, para aprender Su humildad y mansedumbre. Igualmente requiere que hayamos recibido Su palabra como siembra en nuestro corazón, que la hayamos cultivado, para que tengamos una cosecha abundante y podamos junto con los hermanos disfrutar de todas las riquezas que el Señor ha sembrado y produce en nosotros.

Así deben ser la reuniones de la iglesia cualquier día de la semana que nos reunamos con uno o más hermanos. La reunión no debe contener un poco de cánticos sin sentido, unas oraciones vacías que no provienen del Espíritu y una palabrería hueca de un líder charlatán que se presume enviado y ungido de Dios, sino que una reunión de la iglesia debe ser dirigida y presidida por el Espíritu Santo, operando en el espíritu y en el alma de cada uno de los participantes, en la que cuando se canta, se haga conforme al deseo del Espíritu; cuando se ora, las ora-

ciones se originen en el Padre; y las palabras que se hablen, por cualquiera y por cada uno de los presentes, sean habladas por el Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En cada reunión de creyentes, el punto central debe ser el disfrute del Señor como el pan de vida y el pan vivo. Cada reunión debe estar llena de vida, y todo lo que se haga en ella debe tener como resultado que cada uno de los asistentes es edificado, es alentado y es consolado. Al terminar la reunión, el Señor debe estar plenamente satisfecho y cada creyente debe estar jubiloso, gozoso, saturado de Dios y muy bien edificado.

Si tenemos en cuenta que el verdadero ayuno no es un momento específico, sino que debe ser una actividad que hacemos diariamente, en cualquier lugar, debemos procurar llenarnos del Señor, para que Él pueda fluir espontáneamente, cuando tenemos comunión en el Espíritu con otros hermanos.

Todos los hijos de Dios somos hambrientos, tenemos necesidad permanente de disfrutar la persona y las riquezas del Señor y debemos aprender a partir y compartir a nuestro Cristo maravilloso.

Entre los cristianos se usa mucho la expresión “servir al

Señor”, y se tiene la idea de que es hacer cosas y obras para Dios. Los cristianos no caen en la cuenta de que servir al Señor es dispensar a Cristo a otros. Es similar a estar en un restaurante donde un camarero nos sirve, nos dispensa comida, para que comamos, disfrutemos, nos alimentemos y seamos nutridos.

De la misma manera, como hijos de Dios, tenemos abundancia de las riquezas de Cristo como nuestra realidad y en cada oportunidad que tenemos las servimos, para que otros puedan disfrutarlas. Lo maravilloso de esta actitud es que cuando servimos a Cristo para que otros disfruten, nosotros también tenemos un rico disfrute, somos alimentados, crecemos y poco a poco vamos madurando para tener frutos que darle al Señor para Su satisfacción.

Que maravilloso es tener un genuino ayuno, que agrada al Señor, donde nos servimos Cristo unos a otros, nos alimentamos y somos dispensados mutuamente con las insondables riquezas de Dios.

El ayuno genuino tiene como ingrediente importante servirnos mutuamente al Cristo que disfrutamos diariamente, para que ese disfrute mutuo sea cada vez más abundante y todos poda-

mos saciar el hambre. A esto se refiere el Señor cuando hablando para los entrenantes a entrar en el reino de los cielos, afirma: **“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”** (Mateo 5.6). Tener hambre y sed de justicia es estar hambriento, y los genuinos hijos de Dios siempre lo estaremos y partimos el pan, que es el Señor Jesús, para ser saciados de nuestra hambre.

6. **Albergar en casa a los pobres errantes**

Hay que insistir en que no debemos interpretar la Biblia de manera superficial, porque al hacerlo erramos totalmente el blanco y no acertamos en aquello que el Señor quiere revelarnos.

Albergar a los pobres errantes en casa no tiene nada que ver con fundar un hospicio para recoger a las personas que por diversas circunstancias no tienen techo donde vivir; no es a eso que se refiere el ayuno escogido por el Señor y que es agradable a Él. En todos los casos debemos aprender a usar nuestro espíritu humano para interpretar la Biblia, buscando que el Señor nos supla con revelación y visión: **“Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, interpretando**

lo espiritual con palabras espirituales” (1 Corintios 2.13).

En alguna ocasión uno de los escribas le dijo a Jesús: **“Maestro, te seguiré adondequiera que vayas. Jesús le dijo: Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar Su cabeza”** (Mateo 8.19-20).

El desconocimiento de Dios, la falta de revelación y de conocimiento en el pueblo de Israel era tal, que el Señor Jesús siendo Dios, el Dios que los había escogido como Su pueblo, que los había liberado de la esclavitud de Egipto, que los había sustentado cuarenta años en el desierto, que los había introducido en la tierra en que vivían, que los había regresado de la deportación, que les había dado Sus oráculos y que los había cuidado a lo largo de su existencia, no era acogido por ellos.

Aunque era el Dios todopoderoso, el creador, aunque ellos eran Su pueblo, vino para estar en su medio y no lo conocieron, lo despreciaron, lo rechazaron y lo mataron: **“A lo Suyo vino, y los Suyos no le recibieron”** (Juan 1.11).

Es irónico que el Dios que creó el universo, la tierra y el hombre, no tenga acogida ni cabida en Su criatura, y más iróni-

co que no tenga dónde recostar Su cabeza entre Su pueblo, los israelitas.

A pesar de esa situación tan penosa, el Señor sigue adelante con Su plan y una vez que muere en la cruz y resucita, se sopla como el Espíritu Santo dentro de los discípulos: **“Y habiendo dicho esto, sopló en ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”** (Juan 20.22). Ahora Él con ellos tienen una morada mutua: Él mora dentro de los discípulos y los discípulos moran dentro de Él: **“Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, Mi palabra guardará; y Mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él... Padre, en cuanto los que me has dado, quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean Mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo”** (Juan 14.23; 17.24).

Cuarenta días después de Su resurrección, el Señor Jesús ascendió al trono del Padre y Sus discípulos se quedaron en Jerusalén en el aposento alto, viendo la realidad de la morada mutua de Dios con los hombres. Ahora el Señor sí tenía dónde recostar la cabeza, tenía un hogar, tenía una familia y desde entonces esa casa, esa morada y esa familia es la iglesia: **“Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los**

santos, y miembros de la familia de Dios... pero si tardo, escribo para que sepas como debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad” (Efesios 2.19; 1 Timoteo 3.15).

Hoy Dios, el Hijo del Hombre, tiene una casa en la tierra, es Su cuerpo, la iglesia del Dios viviente; sin embargo, esa iglesia, atacada por satanás, ha dejado de ser Su morada, porque Él declara al ángel de la iglesia en Laodicea que está fuera, que está a la puerta: **“He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo”** (Apocalipsis 3.20).

La iglesia en general está tan desolada, que debido a la corrupción que satanás trajo a ella, el Señor ha salido, está a la puerta y la condición es parecida a la declarada por el Señor cuando el escriba se ofreció para seguirlo. No obstante, hay unos pocos creyentes que han oído Su voz, le han abierto la puerta, le han permitido entrar y están ellos y el Señor en una cena continua, en un disfrute mutuo ininterrumpido, y aunque sea con unos pocos, el Señor tiene Su casa, Su hogar y Su familia: **“He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”**

(Apocalipsis 3.20).

La mayoría de los cristianos contemporáneos piensan que la iglesia es un edificio donde se reúnen y hacen inmensos esfuerzos por edificar o por comprar, creyendo equivocadamente que con eso están edificando la iglesia.

No amados hermanos, la iglesia no es un edificio o un salón donde hay púlpito, flores, sillas y un pastor o un sacerdote católico; eso nada tiene que ver con la iglesia. **La iglesia es la mezcla de Dios con el hombre.** Cuando el Señor entró en el espíritu de los discípulos como el Espíritu Santo, dio comienzo a la iglesia y desde ese momento ha entrado en millones de los que ha escogido como hijos, y ellos constituyen la iglesia.

Pero no es suficiente con que el Señor entre en el espíritu de aquellos que escogió desde antes de la fundación del mundo, sino que es necesario que la iglesia sea edificada hasta llegar a la consumación, en la Nueva Jerusalén.

No obstante, edificar la iglesia no consiste en construir un edificio para albergar a cientos o a miles de personas. Como dijo Esteban a los judíos **“Mas Salomón le edificó casa; pero el Altísimo no habita en cosas hechas**

por mano, como dice el profeta: “El cielo es Mi trono, y la tierra el estrado de Mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor; ¿o cuál es el lugar de Mi reposo? ¿No hizo Mi mano todas estas cosas?” ¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros os oponéis siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros” (Hechos 7.47-51).

La iglesia, la morada de Dios y Su familia, somos Sus hijos, quienes lo hemos recibido en nuestro espíritu, es edificada cada día en la medida que nos disponemos para que Él llene nuestra alma y nuestro corazón de Su naturaleza divina y seamos saturados con Sus riquezas, que están incluidas en la gracia que Él nos ha dado.

Querido lector, es hora de que rompas ya ese paradigma, esa enseñanza diabólica que fue inoculada muy profundamente en tu corazón, mediante la cual crees que la iglesia es un lugar físico, adonde vas generalmente los domingos. No, esa no es la iglesia y nada tiene que ver con ella.

La iglesia es el vivir que diariamente tenemos los hijos de Dios amándolo, honrándolo, adorándolo, alabándolo, pensando en Él, abriendo nuestro ser para que llene nuestra alma.

La iglesia la vivimos diariamente en casa, con nuestra familia, con los vecinos, en nuestro lugar de trabajo y en todas las actividades de nuestro diario vivir.

Los cristianos católicos y evangélicos dicen que van a la iglesia, cuando van a misa o al culto o a la reunión, porque en su corazón está sembrada la mentira de que un edificio con determinadas peculiaridades es la iglesia. ¡Qué error y qué mentira monumental! Los creyentes no vamos a la iglesia; los creyentes genuinos vivimos la iglesia en cada segundo de nuestra vida que el Señor nos da en la tierra.

Vivir la iglesia con otros santos en cualquier momento y en cualquier lugar es albergar a los pobres errantes en casa. Esta es la razón por la cual el Señor afirma: **“Porque donde están dos o tres congregados en Mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos”** (Mateo 18.20). Una reunión entre dos o tres en el nombre del Señor, en la persona de Él, es la casa de Dios y ahí hay un albergue mutuo en el cual el Señor disfruta y Sus hijos disfrutamos.

La iglesia no es una poderosa organización de carácter local, regional, nacional, continental o mundial. La iglesia está donde hay dos o más reunidos en torno al Espíritu, en la persona

del Señor Jesucristo y bajo la dirección del Padre de gloria, y ella es edificada en la medida en que va llenando y nuestro corazón de su esencia, es decir, en la medida que vamos creciendo, Él va creciendo en nosotros, hasta que llegamos a ser llenos de Su plenitud.¹

A esta llenura tendremos que llegar todos los hijos de Dios, según lo declara Efesios 4.13, solamente que unos lo lograremos en esta, era de la gracia y seremos los vencedores que reinaremos con el Señor en el reino de los cielos. Deseamos que en Su luz podamos discernir si estamos edificando Su casa con Él, si estamos albergando a los pobres errantes en esa casa y si estamos trabajando para que el Señor tenga dónde reclinar Su cabeza.

He aquí un punto más que podemos practicar en el verdadero ayuno, aquel que agrada a nuestro Señor.

7. Cubrir al desnudo

El séptimo punto que tiene que ver con el ayuno que es agradable al Señor se relaciona con cubrir al desnudo, y una vez más el Señor llama nuestra atención para que encontremos

mediante revelación en nuestro espíritu cuál es el significado y el contenido de esta frase.

Recordemos que la desnudez es consecuencia del pecado, pues eso le sucedió a Adán y Eva después de que pecaron en el Huerto de Edén, comiendo del árbol de la ciencia del bien y del mal: ***“Entonces la mujer vio que el árbol era bueno para comer, que era atractivo a la vista y que era árbol codiciable para alcanzar sabiduría. Tomó, pues, de su fruto y comió. Y también dio a su marido que estaba con ella, y él comió. Y fueron abiertos los ojos de ambos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos. Entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron ceñidores”*** (Génesis 3.6-7).

Cubrir al desnudo tampoco se refiere aquí a tener una organización de beneficencia donde se suple con ropa a las personas que no tienen, sino tiene que ver con llevar a las personas a que se vistan de Cristo, que es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo: ***“El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: ¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!”*** (Juan 1.29)

Un incrédulo anda siempre desnudo, porque su vestido es de pecado; si la persona ha sido escogida por Dios, cuando re-

1. Mucha revelación sobre la genuina iglesia puedes encontrarla en el libro ***¿Cuál Iglesia?***, del mismo editor.

cibe al Señor, inmediatamente es revestida de Cristo: **“porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”** (Gálatas 3.27). La desnudez de esa persona ha cesado y ahora el Señor Jesús es su vestido.

Igualmente ocurre que un creyente pueda caer en pecado y los demás creyentes, que son espirituales lo cubren, lo visten de Cristo, lo animan al arrepentimiento para que cese su desnudez: **“Hermanos, si alguien se encuentra enredado en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado”** (Gálatas 6.1).

Se debe poner especial cuidado a la frase si alguien se encuentra enredado en alguna falta, la que se refiere a aquellas faltas que no constituyen pecados de muerte, ante los cuales no hay nada que hacer, por lo menos en cuanto a la entrada en el reino de los cielos: **“Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida”** (1 Juan 5.16). La palabra es clara y contundente en este asunto; cuando un hijo de Dios

comete pecado que es de muerte, ni siquiera se debe pedir que Dios le dé vida.

Es equivalente a la situación que el Señor habló a quienes han de entrar en el reino de los cielos en Mateo 5.13: **“Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres”**. Un hijo de Dios es sal en la tierra, pero si pierde su sabor cometiendo pecados de muerte, automáticamente será excluido del reino de los cielos—no del reino de Dios—, no sirve para nada más, sino para ser echado fuera—del reino de los cielos— y pisoteado por los hombres.

En la parábola de las Bodas registrada en Mateo 22 el Señor muestra la necesidad de bordar un vestido especial para entrar en esas bodas. El hombre que fue encontrado sin vestido de bodas fue rechazado y echado de la fiesta. En la medida que tenemos comunión con el Señor personalmente y con otros santos, estamos bordando nuestro vestido de manera individual y de modo corporativo. Haciendo así, cuando venga el Señor, estaremos completamente vestidos de Cristo y no tendremos ninguna objeción para entrar en las Bodas del Cordero, que es el

reino milenar y el reino de los cielos. El ayuno es una magnífica oportunidad de bordar nuestro vestido de bodas.

8. No esconderse del hermano

Si algo en el universo es glorioso para un creyente es ser hijo de Dios, y esa gloria es mayor porque tiene hermanos en el Señor, personas que no tienen con él ningún vínculo sanguíneo, pero que por haber recibido al Señor se han convertido en hijos de Dios y ahora juntos hacen parte de la familia de Dios, porque tienen como Padre al Señor.

Hay creyentes que se avergüenzan de ser hijos de Dios y les da pena llamar a los hermanos como tal. El vínculo que tenemos los creyentes entre sí es el de ser hijos de Dios y ser hermanos: ***“Pero vosotros no seáis llamados Rabí; porque uno es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos”*** (Mateo 23.8).

Si como creyentes amamos a nuestro Señor, debemos demostrar ese amor amando a nuestros hermanos, no avergonzándonos de llamarnos hermanos ***“Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por Él”*** (1 Juan 5.1). Confesar que los hijos de Dios

son nuestros hermanos es confesar al Señor, pero tratar a nuestros hermanos con indiferencia es negar al Señor: ***“si perseveramos, también reinaremos con El; si le negamos, Él también nos negará”*** (2 Timoteo 2.12).

Nuestro mayor placer y satisfacción en esta vida es tener una familia tan especial como es la familia de Dios y en cada lugar en que estemos debemos sentirnos felices y satisfechos de encontrar hermanos, de poder compartir con ellos y de no negarnos unos a otros.

Estos puntos del ayuno que el Señor nos ha llevado a compartir en este capítulo deberán quitar todo velo que satanás ha puesto en los creyentes por medio de la religión. Deseamos que los santos en Cristo Jesús que moran en la tierra, a partir de la lectura de estos puntos, de la revelación y la luz que el Señor les provea, comiencen a tener un ayuno que agrade al Señor, en el cual Él sea plenamente satisfecho y agrado y los hermanos puedan crecer hasta alcanzar la estatura de la plenitud de Cristo.

Que el Señor nos ayude a crecer en Él, a agradarlo en todas las cosas, andando y viviendo como es digno de Él, a llegar a la unidad de la fe, a ser un hombre de plena madurez dándole fru-

tos para Su satisfacción y de esa manera alcancemos la corona de los vencedores reinando con Él en el reino de los cielos, que durará mil años.

El ayuno (4)

2
0

CONSECUENCIAS DEL AYUNO

Los versículos 8-14 de Isaías 58 describen un buen número de consecuencias que se ganan con un ayuno genuino, ayuno que es conforme al deseo del corazón de Dios y que deseamos tratar en la medida y la profundidad que el Señor nos conceda en Su misericordia.

1. Una vida llena de luz

El versículo 8 de Isaías 58 dice: ***“Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto; e irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia”***. La hora más hermosa del día es cuando amanece, cuando despunta el alba; aunque la luz a esa hora no es la más intensa, porque la intensidad va aumentando en la medida que avanza el día, sí es la más esperada, porque es la hora

en que se rompen las tinieblas. La noche es más propicia para que satanás y su reino actúe sobre las gentes que yacen bajo él; en la noche se practican más pecados, porque la noche está llena de tinieblas y es el tiempo propicio para la acción del reino de las tinieblas.

La noche es muy parecida a la muerte. Cuando asoma el alba todo vuelve a la vida. Las aves y todos los animales del campo despliegan sus trinos y su música, como agradeciendo a Dios porque la vida es posible. Si cada día el alba demorara un poco de tiempo, la vida en la tierra pronto moriría. Las plantas, los animales y el hombre necesitamos la luz del día y la luz del sol para que la vida continúe existiendo en la tierra.

¡Cuán hermoso es el amanecer

de cada día! Y ¡cuán hermosa es la vida de un creyente en cuyo vivir no hay tinieblas, solamente luz, la luz de Dios, Dios como nuestra luz!

Satanás no desaprovecha cualquier oportunidad que tiene para traer tinieblas a la vida de los hermanos, y por falta de tener un vivir en el Espíritu, en los hijos de Dios hay muchas tinieblas.

Es por esa razón que el Señor, el primer día de la recreación, lo primero que hizo para reorganizar la tierra después del daño que le había infligido satanás con su rebelión, fue separar la luz de las tinieblas, a la luz llamó Día y a las tinieblas llamó noche: **“Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas. Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche. Y fue la tarde y la mañana un día”** (Génesis 1.3-5).

Qué larga debió ser la noche que comenzó cuando satanás se rebeló con la tercera parte de los ángeles y con otros seres vivos que había en la tierra, y Dios juzgó la tierra y ésta quedó desordenada y vacía. Tal vez esa noche tuvo una duración de miles, de millones y hasta de miles de millones de años.

Pero cuan glorioso debió ser

ese tiempo cuando nuevamente apareció la luz. A pesar de que las tinieblas aun prevalecían en la mitad del día, pero la luz de la mañana debió proyectar una alegría indescriptible. Es verdad que ningún ser viviente había en ese momento en la tierra, porque todos habían muerto con la rebelión del diablo, pero los ángeles sí vieron ese espectáculo maravilloso y aquellos que se mantuvieron fieles al Señor debieron gozar mucho con la obra que el Señor comenzó a hacer: **“Cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios”** (Job 38.7).

Aun debió ser mucho más gozoso el cuarto día cuando el Señor estableció la lumbrera mayor para que señorease en el día y la lumbrera menor para que señorease en la noche, y también creó estrellas. Esta luz más definida afirmaba la vida vegetal que había sido creada en el tercer día y estaba preparando el camino para que los restantes seres vivos no tuvieran inconveniente, los seres que habían de crearse en el quinto y sexto días, entre ellos el ser más elevado de la creación, el hombre.

El ayuno verdadero, el que se hace conforme a la voluntad del Señor, separa en nosotros la luz de las tinieblas, nos llena de luz

y nos ayuda a vivir nuestra vida permanentemente en la luz. Este es el deseo del Señor, los genuinos hijos de Dios debemos vivir en Él y Él es luz, luego debemos vivir en luz. En nuestro vivir debe ser realidad la obra que el Señor realizó mediante Su obra de redención, al trasladarnos del reino de las tinieblas al reino del Hijo de Su amor, el reino de la luz: **“el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino del Hijo de Su amor”** (Colosenses 1.13).

La Biblia afirma que Dios es luz y que en Él no hay tinieblas. Si Él nos trasladó del reino de las tinieblas al reino de la luz lo hizo para que nosotros, los creyentes, Sus hijos, vivamos en luz y no andemos más en tinieblas.

Un buen tema para tratar en el ayuno es acercarnos al trono de la gracia y rogarle al Señor que nos llene de luz, que disipe de nosotros toda tiniebla que haya, porque las tinieblas son una arma que satanás usa para tratar de impedir que nos acerquemos al trono de Dios donde solo hay luz.

Por esa razón Apocalipsis 4.5 dice que **“delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete Espíritus de Dios”** y Hebreos 4.16 nos invita a que nos acerquemos confiadamente al trono de la gracia, para

recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

Si ganamos el hábito de acercarnos con confianza al trono donde está el Señor, el Espíritu que es la luz disipa todas las tinieblas que puede haber en nosotros y como las siete lámparas purifica y elimina todas las impurezas con que diariamente nos podemos contaminamos.

2. La realidad de la salvación

Ser salvos consiste en recibir la vida de Dios, la vida eterna en nuestra vida humana y mezclar la naturaleza de esas dos vidas, la vida eterna que es la vida de Dios y la vida humana, la vida del hombre.

La salvación no consiste en dejar de hacer determinadas actividades para hacer otras; no, la salvación es un hecho maravilloso mediante el cual quien la recibe, recibe en su espíritu humano la persona de Dios, que es la vida eterna. Desde el espíritu humano, y en la medida en que se dispone el ahora creyente, Dios va llenando el alma humana con Sus riquezas, hasta saturarla, hasta llenarla completamente. El primer paso, el de ser lleno en el espíritu ocurre instantáneamente y a ese la Biblia le llama regeneración o nacer de nuevo. La salvación del alma dura toda la vida del cre-

yente, o los mil años del reino milenarismo.

Pero Dios no solo está interesado en el espíritu y el alma del creyente, sino que Él desea salvar igualmente el cuerpo, y esta salvación será también instantánea, cuando el Señor regrese; los muertos en Cristo serán resucitados con cuerpo glorioso no corruptible y nosotros, quienes vivamos en ese momento, seremos transformados en nuestro cuerpo, recibiendo un cuerpo glorioso, incorruptible y que ya no tiene ninguna relación con el pecado: ***“He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transfigurados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: “Sorbida es la muerte para victoria”. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde, oh muerte, tu aguijón?”*** (1 Corintios 15.51-55).

Esto quiere decir que mientras vivimos en la tierra, estamos en el proceso de transformación de

nuestra alma, siempre y cuando nos dispongamos para que el Señor haga en ella el trabajo de transformación.

Debido a la caída de Adán en el Huerto de Edén, al permitir que la naturaleza de satanás, el pecado, tomara posesión de su alma, el hombre se convirtió en el hombre viejo y en su vivir expresa la naturaleza de satanás que es el árbol de la ciencia del bien y del mal; en otras palabras, el hombre hace cosas buenas y malas, pero con ninguna de ellas agrada al Señor.

Cuando ese hombre recibe al Señor Jesús como el Espíritu en su espíritu humano y permite que ese Espíritu vaya llenando su alma, ya no hace cosas buenas ni malas, sino que va haciendo las cosas que agradan al Señor, es decir, manifiesta la vida eterna que es resultado de comer del árbol de la vida, frente al cual Dios había puesto a Adán en el Huerto de Edén, con el fin de que lo comiera, o sea, que Adán debía comer a Dios: ***“Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”*** (Efesios 2.10).

Aunque Adán perdió esa oportunidad y a cambio comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, que es el pecado, la natura-

leza de satanás, todos nosotros nacemos con esa condición pecaminosa; pero quienes hemos recibido al Señor y somos salvos tenemos la oportunidad de disfrutar la insondables riquezas de Cristo, que son el árbol de la vida y que están en nuestro espíritu, disponibles para nuestro pleno disfrute.

En la medida que ese disfrute es real en nuestro diario vivir, vamos manifestando la realidad de nuestra salvación, Dios se va expresando por medio de nosotros, hasta que llega el día en que se expresa plenamente y ya no tenemos en nuestro vivir ninguna manifestación distinta a Dios mismo. En eso consiste la segunda consecuencia del verdadero ayuno, en la cual nuestra salvación se deja ver pronto: **“...y tu salvación se dejará ver pronto...”** (Isaías 58.8)

3. Cubiertos de la justicia y de la gloria de Dios

En la medida que tenemos comunión con el Señor y permitimos que Su vida fluya a través de nuestro ser, seremos la expresión de Él en todo nuestro vivir. Dice la palabra que cuando tenemos un verdadero ayuno, agradable al Señor, la justicia de Dios irá delante de nosotros, lo que quiere decir que todos nuestros actos serán justos y en

nuestra conducta expresaremos la justicia de Dios.

Hemos visto que ningún hombre es justo, porque satanás, el injusto, inoculó la injusticia en el hombre, en el Huerto de Edén, pero hoy la situación de un creyente es distinta. Un hijo de Dios que permanentemente se llena del Señor, que vive en comunión con Él, expresará en toda su vida la justicia de Dios. Él es el único justo que hay en el universo y a los creyentes nos dio Su naturaleza, que es justa: **“Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho de parte de Dios sabiduría: justicia y santificación y redención”** (1 Corintios 1.30).

Nunca podremos ser justos por nosotros mismos, pero en la medida que disfrutamos las inmensurables riquezas del Señor, somos justificados delante de Él, y cuando el Padre nos ve, no nos ve directamente, sino que nos ve en Cristo. De esa manera la justicia de Dios se convierte en nuestra justicia y nosotros la expresamos en nuestro vivir y así es real lo que el Señor afirma que la justicia irá delante de nosotros.

Esto es el equivalente a la afirmación que el Señor hace en Apocalipsis 19.7-8 acerca de la novia: **“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Corde-**

ro, y Su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, resplandeciente y limpio; porque el lino fino es las acciones justas de los santos”. Sabemos que las Bodas del Cordero es el reino milenario, en el cual se dará la expresión plena y máxima del reino de los cielos, y que esas bodas las hará el Señor con los creyentes que sean vencedores. A lo largo de la historia de la humanidad, la novia que se casará con Él se ha venido preparando. ¿Cómo? Bordando el vestido de justicia que es de lino fino, puro y resplandeciente, mediante la ejecución de actos de justicia.

¿Y cómo se realizan esos actos de justicia? No cabe duda de que no se realizan haciendo grandes esfuerzos para ser justos, correctos y rectos delante de Dios. Esos esfuerzos conducen al total fracaso y son ofensivos a Dios. Los actos de justicia con los cuales se visten los vencedores, que han de ser la novia, no son otros que los descritos en Efesios 2.10: **“Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”**. Las obras que agradan a Dios, las únicas que lo complacen, son aquellas que Él preparó desde la eternidad para que nosotros andemos en ellas.

En otras palabras, las obras de justicia que se constituyen en el vestido de lino fino, limpio y resplandeciente, son las obras que el Señor mismo hace en nosotros y a través de nosotros. No debemos olvidar que todas las obras que surgen de nuestra iniciativa estorban el desarrollo del plan de Dios. Debemos recordar siempre que Él es nuestra cabeza, y en todo debemos ser dirigidos y gobernados por Él. Nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestros hechos, debemos hacerlos mezclados con el Señor, en total dependencia de Él. Esas son las obras de justicia.

Por eso el vestido de la novia es de lino. El lino es una fibra vegetal muy especial, en la que sus hilos tienen entre una y tres décimas de milímetro de diámetro, y al tejerlo para obtener las telas, su tejido es casi imperceptible, por eso la Biblia le llama lino fino.

En el Antiguo Testamento, los sacerdotes debían usar ropa interior de lino y la túnica y en general todas las vestiduras con que se vestían para servir en el tabernáculo, eran de ese material. Si se lee un poco acerca del lino, se encontrará que entre las variedades que existen de la fibra, hay lino caliente y lino frío. Lógicamente, el primero se usa

en clima frío y el segundo en climas de mayor temperatura, con el fin de que la cantidad de calor del cuerpo se mantenga en un nivel adecuado para que la persona no sienta frío y tampoco sude, y ese era el objetivo de usar ropa de lino para servir al Señor: el sacerdote no debía sudar mientras servía al Señor.

¿Por qué? Porque, como hemos visto, el sudor es señal de maldición. Cuando Adán y Eva comieron del árbol de la ciencia del bien y del mal, Dios maldijo la tierra y le dijo al hombre que obtendría de ella el alimento con el sudor de su frente. Esta es una clara evidencia de que todos los esfuerzos que hace el hombre para servir a Dios, todo el **“sudor de su frente”** para hacer obras para Dios, para agradarlo, no son más que la expresión de una maldición.

Dios no necesita nada de nadie y Él no quiere que ninguno haga obras para Él. El Señor quiere hacer Sus obras en Sus hijos, las obras que Él preparó de antemano para que andemos en ellas. Por esa razón Él nos ha designado como Sus colaboradores, aquellos que laboramos junto con Él, y como Sus colaboradores ha designado a todos Sus hijos, no solamente a unos pocos, como propala y practica el cristianismo.

El lino fino del vestido de la novia es igualmente limpio, y esa palabra significa esencialmente pureza, manifestando que no está mezclado con nada. En nuestra vida humana, debe llegar el momento en que no hay nada distinto a la persona y a la naturaleza del Señor Jesús. No debemos tener ninguna intención ni motivación distinta a agradarlo a Él, no debemos tener ninguna mancha ni ninguna arruga, ni nada que se parezca.

El Señor elimina las manchas y las arrugas lavándonos diariamente por medio de la palabra que es el Espíritu y el Señor mismo: ***“para santificarla, purificándola por el lavamiento del agua en la palabra, a fin de presentársela a Sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin defecto”*** (Efesios 5.26-27).

En la medida que nos acercamos al trono de la gracia, Él fluye como la palabra, como el agua dentro de nuestro ser y va eliminando todas las cosas que pertenecen al viejo hombre—arrugas— y todo aquello que es inmundo, especialmente el pecado y los pecados que satanás agregó a nuestra vida desde la caída de Adán; por otro lado, va añadiendo Su naturaleza santa, de luz, de vida, de amor y de

justicia, hasta que lleguemos a ser iguales a Él y lo expresemos plenamente. En esto consiste que nuestra justicia va delante de nosotros, como consecuencia de tener un ayuno que agrada al Señor.

Igualmente, el lino fino y puro del que se hace nuestro vestido de boda es resplandeciente, es decir, refleja la luz de Dios y todos Sus atributos. Una lámpara resplandece porque dentro de ella hay luz y esa luz tiene un camino para salir y alumbrar a todos los que están cerca de ella. En la medida que el Señor hace en nosotros Sus obras, las que preparó de antemano para nuestra gloria, vamos reflejando a Dios como luz y alumbraremos a todos los hombres, cumpliendo así lo que el Señor dice en Mateo 5.14-16: ***“Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en la casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”***.

En la medida que nos llenamos de la naturaleza divina disfrutando de todas las riquezas de Dios, nos vamos llenado de Sus atributos y lo reflejaremos

como la justicia, como la luz y así la gloria de Jehová será nuestra retaguardia.

El hecho de que la justicia vaya delante de nosotros y que la gloria de Jehová sea nuestra retaguardia, implica que en todo lo que pensamos, decimos y hacemos, estamos manifestando al Señor, cumpliendo así lo que dice el Espíritu Santo a través de Pablo en Gálatas 2.20: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí”***. Por un lado ya no vivimos nosotros sino Cristo vive en nosotros; por otro lado, todo lo que vivimos mientras estamos en este tabernáculo de carne, lo vivimos en Cristo: Él expresándose por medio de nosotros.

4. El Señor oye nuestra invocación y nuestro clamor

Isaías 58.9 dice: ***“Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá él: Heme aquí”***. Dos hechos bien importantes hay aquí: el primero que el Señor nos oye y el segundo que nos responde. Por principio, cuando nos acercamos a Dios, Él se acerca a nosotros: ***“Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros”*** (Santiago 4.8).

Este es el aspecto más importante de la comunión. La genuina comunión tiene doble vía: Nosotros hablamos con Dios y Él nos habla; nosotros oímos al Señor y Él nos oye; le solicitamos su intervención y Él nos responde. Él fluye hacia nosotros y nosotros fluimos hacia Él; Él nos alimenta y nosotros lo alimentamos.

Dios se esconde de nosotros cuando en nuestra conducta hay cosas que lo desagradan; pero cuando entramos en el verdadero ayuno, somos iluminados en Su luz, confesamos nuestras faltas, todo aquello que lo desagrada, Él nos perdona y nos limpia, y nuestra comunión es inmediatamente restaurada: ***“lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos también a vosotros, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con Su Hijo Jesucristo... Y éste es el mensaje que hemos oído de Él, y os anunciamos: Dios es luz, y en Él no hay ningunas tinieblas Si decimos que tenemos comunión con Él y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos***

nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda injusticia” (1 Juan 1.3, 5-9)

Siempre que nos acercamos con confianza al trono de la gracia, estamos inmediatamente en la luz del Señor; en Su luz somos alumbrados para que podamos ver las manchas y las arrugas que tenemos en nuestra alma, especialmente en nuestra conducta: Una vez somos iluminados, confesamos todas aquellas cosas que no agradan a Señor, Él nos perdona y nos limpia, porque Él es justo; así entramos en perfecta comunión con Él.

Estando en comunión con Él, no pensaremos, ni diremos, ni haremos nada que no sea conforme a Su voluntad, y en esa situación Él oye todo lo que pedimos y lo responde, porque todo lo que decimos y hacemos es conforme a Su deseo. Esta es la perfecta comunión entre Dios y el creyente, y que Él nos oiga, es otra de las consecuencias del verdadero ayuno.

5. Andamos en luz

El quinto resultado del ayuno que agrada al Señor lo encontramos en Isaías 58.10: ***“en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía”***. Una de las cosas que satanás introdujo en el hombre en el Huerto de

Edén fue las tinieblas. Antes de la caída, Adán tenía plena comunión con Dios y junto con Eva andaban en luz, pero cuando comieron del árbol de la ciencia del bien y del mal, inmediatamente las tinieblas entraron en ellos y fueron usurpados por el reino de las tinieblas.

En el curso de los siglos, las tinieblas se fueron haciendo más densas, al punto que hoy estamos viviendo una época de mucha oscuridad, porque la mañana ya se acerca, y antes de que despunte el alba, la noche es más oscura, las tinieblas son más densas.

Sin embargo, los hijos de Dios no andamos en tinieblas, porque andamos en luz, en la luz de Dios y tenemos comunión con Él: ***“Y éste es el mensaje que hemos oído de Él, y os anunciamos: Dios es luz, y en El no hay ningunas tinieblas. Si decimos que tenemos comunión con El y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado”*** (1 Juan 1.5-7).

En la medida que nos acercamos al trono de la gracia, y tenemos el verdadero ayuno; en la medida que exponemos nuestro vivir, nuestra alma ante

la luz del Señor, somos iluminados y expuestos para confesar y ser limpios mediante la sangre del Señor Jesús. En otras palabras, un creyente que ayuna, y su ayuno es conforme al deseo del Señor, vive en luz, porque el Señor lo ha trasladado del reino de las tinieblas al reino de la luz, al reino del Hijo de Su amor, y sin importar en qué circunstancias estemos, aun en las más oscuras, en esas tinieblas nacerá nuestra luz y nuestra oscuridad será siempre como el momento más pleno e intenso del día: el medio día.

Es por eso por lo que el Espíritu nos invita a vivir en luz y a reprender las obras de las tinieblas: ***“Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz porque el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad, comprobando lo que es agradable al Señor. Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas; porque vergonzoso es aún hablar de lo que ellos hacen en secreto. Mas todas las cosas que son reprendidas, son hechas manifestas por la luz; porque todo aquello que hace manifestas las cosas es luz. Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo. Mirad, pues, atentamente cómo andéis, no como necios sino***

como sabios, redimiendo el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entended cuál es la voluntad del Señor” (Efesios 5.8-17).

El Señor ha dicho que nosotros somos la luz del mundo y que no debemos esconder esa luz debajo de un cajón, sino que debemos ponerla en el candelero y en lo más alto para que alumbré a todos los que están en casa.

Cuando andamos en comunión con Dios tenemos Su luz para alumbrarnos y ver el camino por donde debemos andar, pero no solo para alumbrarnos a nosotros mismos, sino que debemos ser luz para los que están en casa, es decir para otros creyentes y aun para todos los hombres: **“Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en la casa. Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5.14-16).**

El Señor antepone en el versículo 10 de Isaías 58 dos frases condicionantes para que andemos en luz, frases que hemos

de considerar: **“y si dieres tu pan al hambriento, y saciares al alma afligida”**. Hemos visto que el pan que debemos compartir con el hambriento es la persona y la obra del Señor Jesucristo. Siempre que compartamos con alguien, así sea con un incrédulo o con otro creyente, de nosotros deben fluir las riquezas de Cristo, que sacian nuestra hambre y el hambre de los demás.

Ahora, para poder compartir esas riquezas con otras personas es necesario que nosotros las disfrutemos plenamente. El agricultor, para tener frutos, debe trabajar primero, labrando la tierra, sembrando y cuidando el crecimiento de la planta y luego sí tendrá esperanza de cosechar, pero si no labora, si no siembra ni riega, nunca tendrá nada para cosechar.

Espiritualmente hablando es igual; si no laboramos en Cristo, si no sembramos en nosotros y en otros las inescrutables riquezas del Señor, si no las regamos y procuramos que Su palabra crezca en nosotros, no tendremos frutos para brindarle al Señor para Su disfrute, y tampoco tendremos nada que compartir con otros.

Lamentablemente esta es la condición del cristianismo contemporáneo. Los miembros de

las denominaciones evangélicas casi no comparten nada del Señor. Sus encuentros se limitan a hablar de muchos temas y lo poco que tocan del Señor lo hacen de manera superficial, sin revelación ni luz, porque ellos no están habituados a que el Señor se siembre en ellos como semilla de vida y lo poco que el Señor ha sembrado no lo riegan, no lo cuidan y no lo profundizan para encontrar más y más riquezas, que puedan disfrutar en sí mismos y con sus hermanos.

Siempre que compartimos la persona del Señor Jesús con otras personas, inmediatamente son edificadas, consoladas y exhortadas, es decir alentadas. El Espíritu, usando a Pablo dice que esta es la verdadera profecía. Que cuando un hermano habla a otros profetizando, los edifica, los exhorta y los consuela: ***“Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, aliento [exhortación] y consolación”*** (1 Corintios 14.3).

Recordemos que profetizar no consiste en predecir cosas futuras solamente, sino que profetizar, mayormente, consiste en exteriorizar al Cristo que está en mi espíritu y en mi alma, porque lo he ganado disfrutándolo, de tal manera que otros sean edificados, alentados y consolados. Con esto estamos saciando al

alma afligida, como consecuencia de vivir en ayuno y en comunión con el Señor.

6. El Señor es nuestro Pastor

Aquí hay un punto muy notable en cuanto a las consecuencias del verdadero ayuno, que el Señor desea aclararnos, para que salgamos del gran engaño en que satanás ha metido a los cristianos contemporáneos: ***“Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos”*** (Isaías 58.11).

El cien por ciento de los cristianos de hoy, entre los cuales hay creyentes genuinos y falsos creyentes, están plenamente convencidos de que la iglesia no puede existir sin que en ella haya un líder, al que generalmente llaman pastor. Para ellos la iglesia es una casa, un edificio, un local que tiene ciertas peculiaridades, como una plataforma donde se ubica un atril de uso exclusivo del pastor o del predicador de turno y a esa plataforma le llaman el altar. Si del catolicismo romano y ortodoxo se trata, el altar es un lugar que debe ser visto por todos los feligreses, y en él hay uno o más ídolos y es allí donde el cura presenta continuamente su sacrificio incruento, que no es ofrecido a Dios sino a los ídolos

que adoran en esa parroquia y en consecuencia es un sacrificio ofrecido a satanás, a los ángeles caídos y a los demonios. Todo esto es el reino de las tinieblas.

En ese lugar, además hay unas bancas o sillas donde se sientan los feligreses durante una o dos horas, para escuchar un poco de mentiras, aparentemente basadas en la Biblia y para repetir unas prácticas que ni se ajustan a la palabra ni han salido de la revelación y la luz que están en nuestro Señor.

Ni la iglesia es eso, ni esa clase de reuniones se ajustan a la palabra ni al deseo del Señor.

La iglesia no es un edificio ni nada que se le parezca. La iglesia es la mezcla de Dios con el hombre— varón y hembra— que Él escogió desde antes de la fundación del mundo y con los cuales se ha mezclado en sus espíritus y está llenando sus almas.

La iglesia es el organismo de Dios, el cuerpo de Cristo, Su extensión y agrandamiento y es un organismo vivo, que recibe, expresa y manifiesta al Señor en Su plenitud, y la Cabeza de ese cuerpo es el Señor Jesús, es Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Él es el Líder, el Pastor, quien la guía, la gobierna, la nutre, la santifica y la edifica. No hay ningún hombre por poderoso y espi-

ritual que sea, que pueda ser la cabeza, el pastor de la iglesia.

El Pastor, el único Pastor en la iglesia es el Señor Jesús: **“Yo soy el buen Pastor; el buen Pastor pone Su vida por las ovejas”** (Juan 10.11). Todos aquellos que se titulan o que son constituidos por otros como pastores, son falsos pastores, son asalariados a quienes no les importan las ovejas, sino que les importa su posición, su fama y su enriquecimiento material.

Podrás argumentar que la Biblia dice que el Señor ha constituido a unos como apóstoles, a otros como profetas, a otros como evangelistas y a otros como pastores-maestros, y estamos totalmente de acuerdo contigo porque es verdad y es verdad porque así dice la Biblia.

Pero deberás estar de acuerdo en que esos no son títulos ni posiciones que Dios ha otorgado al cuerpo, sino que son funciones, dones que Dios ha dado a la iglesia para que todos los santos seamos perfeccionados. Estos dones, como dice la palabra, han sido constituidos por el Señor, no por la congregación, ni por un instituto bíblico, ni por un consistorio de hermanos notables, ni por un seminario, sino por el Señor

El Señor no ha constituido un

solo apóstol, sino a muchos; Él no ha constituido un solo profeta sino a muchos; no existe un solo evangelista, sino muchos y no hay un solo pastor—maestro sino muchos, y esos muchos no deben tener la misión de enseñorearse de los hermanos, como ocurre en el cristianismo hoy, sino que simplemente desempeñan su función como miembros del cuerpo, supliendo a Cristo como vida a otros santos para que sean edificados.

El verdadero Pastor, el único Pastor, la Cabeza y el Gobernante de la iglesia es el Señor Jesús. A Él debemos someternos, a Él debemos oír, a Él debemos seguir, a Él debemos obedecer.

Ya es tiempo de zafarnos del yugo de los asalariados, de los falsos pastores que se han auto nombrado como tales, que no han sido constituidos por el Señor. Uno que ha sido constituido no se enseñoorea de los hermanos, Jesús es el Señor; uno que ha sido constituido por el Señor, no dirige a los hermanos, simplemente se deja guiar por el Señor y deja que el Señor guíe a los hermanos; uno que ha sido constituido por el Señor no enseña a los hermanos, deja que el Señor, que es el Maestro, enseñe a los santos; El Señor hace todas Sus cosas usando a los santos, pero ningún santo debe tomar-

se el atrevimiento de liderar la iglesia, porque esta es una función exclusiva de la Cabeza y la Cabeza es el Señor Jesús, nadie más: **“y sometió todas las cosas bajo Sus pies, y lo dio por Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia”** (Efesios 1.22)¹.

Cuando practicamos el verdadero ayuno, el Señor se convertirá en nuestro único y genuino Pastor: ***Jehová te pastoreará siempre.***

El hecho de que el Señor nos pastoree tiene otras delicias que el versículo menciona para nuestro disfrute: ***y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos.***

Seguir al Señor de manera genuina produce en nuestra alma hambre y sed de justicia. Un genuino creyente, que sigue al Cordero por dondequiera que va, debe ser una persona que mantiene cada día hambriento y sediento.

Uno de los apartes de la enseñanza de Jesús en cuanto a la oración dice: El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Esto quiere decir que el pan que el Señor nos suple cada día, que es Él mismo como comida y bebida, alcanza solamente para ese día.

1 Más revelación sobre las funciones de los miembros del cuerpo de Cristo puedes encontrarla en el libro ***¿Cuál Iglesia?*** Del mismo editor.

Al día siguiente volvemos a tener hambre y sed y esa hambre y esa sed, el Señor las suple; y si siempre estamos en el trono de la gracia disfrutando de la abundancia de todas Sus riquezas, en verdad no tendremos jamás hambre ni sed, porque en las sequías Él sacia nuestra alma: **“Yo soy el pan de vida; el que a Mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en Mí cree, no tendrá sed jamás”** (Juan 6.35).

Por causa del pecado nuestro cuerpo se enferma y se agota y llega el día en que muere. No obstante, el Señor vigoriza nuestros huesos para que con un cuerpo adecuado podamos servirlo mientras vivimos en la tierra. Aún tenemos la esperanza de ser las primicias, y se requiere que para el comienzo de la Gran Tribulación estemos vivos y el Señor pueda transformar nuestro cuerpo y arrebatarnos a Su trono sin haber tenido que pasar por la muerte. Este es el galardón más grande que Dios tiene preparado para quienes lo amamos y para quienes hemos de ser Sus primicias, los primeros frutos que Él cosecha de Su labor de seis mil años en la tierra y en el hombre.

7. Nos convertimos en fuente de agua viva

Isaías 58.11 dice: **“y serás como huerto de riego, y como**

manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan”. El Señor como fuente de agua viva vive en nuestro espíritu y desde Él está llenando nuestra alma. Cuando el alma del creyente ha sido saturada de agua viva, esa agua fluye para alcanzar a otros, para suplir su sed, para llenarlos de vida.

Un huerto de riego es un huerto que siempre tiene verdor, frescura y lozanía. Si permanecemos en comunión con el Señor, siempre estaremos fructificando para Su satisfacción, seremos la labranza de Dios en la que nunca falta fruto, en la que el Señor encontrará continuamente qué comer y qué disfrutar; seremos el pámpano que el Señor poda para que llevemos más fruto.

Igualmente seremos un constante manantial de aguas, donde otros podrán acercarse a beber las aguas saludables que el Señor provee.

Cuando el Señor Jesús estaba en carne en la tierra, en una ocasión fue a la celebración de la más grande fiesta de los judíos, la fiesta de los tabernáculos; y en esa fiesta, el día más grandioso era el último. Debido a que los judíos no habían logrado saciar su sed en su fiesta excelsa, el Señor alzó la voz y les

dijo: **“Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en Él; pues aún no había el Espíritu, porque Jesús no había sido aún glorificado”** (Juan 7.37-39).

El Espíritu no solamente ya ha venido porque Jesús ya resucitó y fue glorificado, sino que ahora está en nuestro espíritu, y en la medida que le permitimos, Él es la fuente que corre desde nuestro interior para saciar la sed de los sedientos.

Los creyentes genuinos que hay en el cristianismo están sedientos, porque la religión no les ha enseñado a hacer brotar la fuente de agua viva que hay en su espíritu; pero en nosotros, quienes estamos siguiendo al Cordero por dondequiera que va, esa fuente brota sin cesar para suplir la sed de los hermanos. No permitamos, en ninguna circunstancia, que el fluir de esa agua viva cese, no dejemos que se detenga, sino tengamos más y más comunión con el Señor, más y más disfrute de Sus riquezas para que esa agua viva borbote con mayor intensidad.

En aquellos que tenemos al Señor Jesús como el único Pastor, se cumplen las palabras que el Señor le dijo a la mujer sa-

maritana: **“mas el que beba del agua que Yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que Yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”** (Juan 4.14).

La fuente y el manantial están dentro de nosotros, solamente que muchos no la dejan fluir. Cada vez que tenemos un verdadero ayuno, una comunión con el Señor en Su trono de gracia, el agua de vida eterna salta en abundancia. Esas aguas nunca escasean, nunca faltan, siempre son abundantes.

8. Somos colaboradores del Señor en Su obra de edificación

En este tiempo, que es el que antecede a la venida del Señor, Él desea obtener las primicias y éstas son aquellos santos, hijos de Dios, que dedican su vida a servirlo en el Espíritu, a oír Su palabra, a hacer Su voluntad y a andar en las obras que Él preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.

Por eso, para concluir el tema del ayuno, el Señor anunció por medio del profeta Isaías: **“Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas: tú volverás a levantar los cimientos de muchos siglos; y serás llamado reparador de brechas, restaurador de senderos donde se pueda habitar”**

(58.12).

Hace cerca de 2.000 años el Señor manifestó públicamente la iglesia y en sus comienzos, los santos solamente hacían la voluntad del Padre, haciendo lo que el Espíritu les guiaba hacer; dicho en otras palabras, el Señor Jesús era quien hacía Sus obras por medio de los santos. Esto alcanzó a durar unas pocas decenas de años.

Pero el maligno no descansa y poco a poco fue introduciendo sus mentiras en el seno de la iglesia, y en la medida que fueron desapareciendo los primeros hermanos, la iglesia se fue degradando, los santos perdieron al Señor como el primer amor, se dedicaron a hacer muchas obras para el Señor sin permitir que fuera el Señor quien hiciera Sus obras por medio de ellos.

Aunque el Señor los animó a que miraran de dónde habían caído y se arrepintieran haciendo las primeras obras, aquellas que el Espíritu Santo hacía por medio de los creyentes, ellos no se arrepintieron y el Señor quitó el candelero. La iglesia comenzó a caminar en la oscuridad y eso trajo un sin número de problemas que llevaron la iglesia a degradarse completamente, tal como la encontramos hoy.

Fue así como la iglesia, a pe-

sar de tener en ella todas las riquezas de Dios, comenzó a tener manifestaciones de profunda pobreza espiritual, cayó en grandes tribulaciones y satanás encontró vía libre para perseguir y acosar a los santos, especialmente a aquellos que permanecían fieles al Señor.

No contento con eso, el diablo puso su trono en la iglesia, mató a los Antipas, aquellos hermanos que se oponían a todas las porquerías que el diablo estaba introduciendo y que por medio de enseñanzas que se oponen a la persona y al trabajo del Señor, subyugó a los hermanos enseñándoles a someterse a hombres por medio de la doctrina del nicolaísmo y a comer cosas sacrificadas a los ídolos por medio de la doctrina de Balaam.

Después de eso, la llevó a la cima más profunda de degradación, haciendo de la iglesia una organización llena de ídolos, de demonios, de ángeles caídos y ofreciendo culto a satanás, introduciendo en la iglesia todo el paganismo y la mitología del mundo antiguo. Estableció en la iglesia a Jezabel, la mujer que considera tener los oráculos de Dios, afirmando que lo que ella dice ex cátedra es palabra de Dios y con ello enseñando, aun a los siervos del Señor, a cometer fornicación y a comer cosas

sacrificadas a los ídolos. Todo lo que el catolicismo hace en su culto es una abierta adoración a un sin número de ídolos llamados santos y vírgenes, detrás de los cuales están los ángeles caídos y los demonios, junto con satanás, que conforman el reino de las tinieblas.

Pero aún del seno de esa iglesia degradada y corrupta, Dios ha levantado a algunos de Sus hijos para hacer una restauración de Su plan y Su obra; sin embargo, el enemigo ha mantenido su porfía intrigante a esos vestigios de restauración, y ha introducido en medio de los hermanos a los falsos creyentes que están entre los genuinos, y ha establecido un estado de muerte característico de la iglesia que tiene muchos nombres que aparentan tener vida, pero que en realidad son manifestaciones de muerte.

La situación ha llegado a extremos tan vergonzosos que el Señor no ha tenido más remedio que salirse y quedarse en la puerta, desde donde está llamando a aquellos que quieran oír Su voz y abrirle la puerta para entrar y tener un disfrute mutuo, cenando Él con esos creyentes que le abren la puerta y esos creyentes cenando con Él.

Con quienes abren la puerta y le permiten entrar, el Señor

está constituyendo las Primicias, que son aquellos santos que siguen al Cordero por donde quiera que va, que no se contaminan con mujeres; contaminarse con mujeres consiste en seguir a hombres que se auto proclaman como los enviados de Dios, como los siervos de Dios, pero que no son nadie distinto a los falsos cristos de los que habla el Señor en Mateo 24, que engañan aun a los escogidos.

Con esa manada pequeña que el Señor saca fuera de los rediles constituye la manifestación del amor fraternal que no es nada distinto a la expresión de Dios como amor en la tierra; a éstos transformará y arrebatará antes de la Gran Tribulación. Todo esto está descrito en Apocalipsis capítulos 2 y 3 y los hemos tratado ampliamente en el libro *La Degradación de la Iglesia*, que puedes leer, para tener más luz y revelación.

Relacionada con esto es la palabra que el Señor habla en Isaías 58 al concluir el ayuno que a Él le agrada: **“Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas; los cimientos de generación y generación levantarás, y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar”** (v. 12).

Debido a la entrada de tantas mentiras que satanás ha in-

crustado en la iglesia, esta se ha arruinado, pero el Señor ha llamado a algunos de Sus hijos, entre ellos a ti amable lector, para restaurar y regresar la iglesia a la gloria que tuvo en sus comienzos, en el día de Pentecostés y los años subsiguientes, donde lo santos hacían solamente la voluntad del Espíritu y en todo lugar en que se sembraba la palabra, esta fructificaba abundantemente.

El Señor hoy está fortaleciendo los cimientos de Su edificación que es Él mismo y nos está haciendo volver a Cristo, para que viviendo la realidad de Su obra seamos cimentados y arraigados en amor, de tal manera que Cristo sea el centro y el contenido de nuestro vivir en esta era de la gracia.

Viviendo esta realidad en nuestro día a día, los portillos que satanás ha hecho en los muros de la iglesia, el Señor los está cerrando por medio de la obra que hace cada día en nosotros, y estamos encontrando la senda, el camino por donde andamos para agradar al Señor en todas las cosas, llevando fruto en las obras que Él preparó de antemano para que anduviésemos en ellas, creciendo en Él por medio de tener Su conocimiento en toda sabiduría e inteligencia espiritual y llevando fruto para

Su satisfacción permanente.

El Señor nos ha hablado amplia y profundamente sobre el ayuno, el ayuno que Él ha escogido, el ayuno que le agrada; y esperamos que, mediante esta revelación y visión, tú, amado hermano, puedas romper todos los paradigmas y las falsas enseñanzas que el cristianismo te ha impartido al respecto.

No obstante, deseamos recordarte que esta no es toda, ni tampoco la última revelación acerca del tema, sino que la revelación continúa ampliándose y profundizándose en la medida que te dispongas en tu espíritu humano a buscarla, y al obtener más revelación y más luz, tú te enriquecerás personalmente y podrás suplir las abundantes riquezas de Cristo a otras personas, para que juntos podamos crecer hasta alcanzar la unidad de la fe, el pleno conocimiento del Hijo de Dios, lleguemos a ser el hombre de plena madurez que continuamente suministramos frutos abundantes para el disfrute del Señor y alcancemos la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Siendo así, seremos las primicias que el Señor arrebatará cuando comience el proceso de Su segunda venida, y tenemos la firme esperanza de que alcanza-

remos ese elevado galardón.

El diezmo y las ofrendas (1)

2
1

En Mateo 6 el Señor Jesús habla de tres cosas que al Padre le encanta que Sus hijos hagamos en secreto: la limosna, la oración y el ayuno. Acerca del ayuno hablamos extensamente en los cuatro capítulos anteriores; acerca de la oración, que es el tema central de este libro, hablamos con profundidad y amplitud desde el capítulo 1 hasta el 17, y ahora nos proponemos hablar de la ofrenda.

Leamos lo que dice el Señor al respecto: ***“Cuando, pues, des limosna, no toques trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen toda su recompensa. Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre, que ve***

en lo secreto, te recompensará” (Mateo 6.2-4).

En el cristianismo, el diezmo y las ofrendas son los temas que los falsos maestros, que lideran las distintas congregaciones, más abusan y falsifican. Por esa razón, el Señor ha puesto una fuerte carga sobre nuestros hombros para que hablemos francamente de la revelación que al respecto el Espíritu Santo quiere suplir a nuestro espíritu.

Si tú, apreciado lector, escuchas en la radio, ves en la televisión o asistes personalmente a los cultos de las denominaciones cristianas, encontrarás que, entre más grande es la congregación, más tiempo dedica el líder en la predicación a hablar de diezmos y ofrendas, porque han convertido las cosas santas en un negocio tan rentable que hay pocos negocios en el mundo, con los cuales pueda ser comparado.

Los líderes cristianos de hoy, en su mayoría falsos creyentes y lobos rapaces disfrazados de ovejas, han encontrado en la ***“predicación de su evangelio”*** que es un evangelio diferente al que está en las santas Escrituras, una fuente de enriquecimiento económico, por medio de falsificar la palabra, e insisten permanentemente sobre el diezmo, violentan la conciencia de sus feligreses anunciando que si no diezman y no ofrendan están robando al Señor y citan para sus prédicas algunos versículos, especialmente de Malaquías 3 y otros del Nuevo Testamento, pero todos salidos de contexto, interpretados falsamente y acomodados a sus intereses, ignorando lo que el Espíritu nos habla a través de Pablo: ***“Pues no somos como muchos, que medran adulterando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo”*** (2 Corintios 2.17).

El diezmo es exclusivo del Antiguo Testamento y del pueblo de Israel

Como la enseñanza del diezmo se ha convertido en una fuente de engaño y de extorsión espiritual y material de los creyentes que hay en las congregaciones, deseamos, en la misericordia del Señor, buscar revelación y luz, en el asunto de los diezmos y las ofrendas.

En primer lugar, el diezmo es exclusivo del Antiguo Testamento, y perteneció al pueblo de Israel, no a la iglesia. Veamos un poco la trayectoria a través del tiempo, pero enfocado según las Escrituras y no según puntos de vista humanos.

El deseo original de Dios era que todo el pueblo de Israel fuera un reino de sacerdotes: ***“Y Moisés subió a donde estaba Dios; y llamóle Jehová desde el monte, y le dijo: Así dirás a la casa de Jacob y anunciarás a los hijos de Israel: Vosotros habéis visto lo que hice a los Egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas y os he traído a mí mismo. Ahora pues, si escuchareis atentamente mi voz y guardareis mi pacto, me seréis un tesoro especial, tomado de entre todos los pueblos; pues que mía es toda la tierra: y vosotros me seréis un reino de sacerdotes y una nación santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel”*** (Éxodo 19.3-6).

Él no deseó tener una clase sacerdotal mediadora. El deseo original y eterno de Dios es que todos los de Su pueblo sean sacerdotes. Así era el deseo de Dios con el pueblo de Israel y así es con la iglesia en el Nuevo Testamento.

Entonces, ¿por qué razón existió una clase sacerdotal, descendiente de Aarón, y el ser-

vicio del tabernáculo y del templo se limitó exclusivamente a la tribu de Leví? Busquemos claridad en el asunto.

Cuando Dios sacó al pueblo de Israel de Egipto, inicialmente lo trajo al desierto de Sinaí en las inmediaciones del Monte Sinaí. Estando el pueblo allí, Dios llamó a Moisés a que subiera al monte, con el fin de escribir y entregarle la ley en dos tablas de piedra. Moisés subió al monte y permaneció allí 40 días. Debido a la tardanza de Moisés, el pueblo cayó en la incertidumbre, porque ignoraba qué le hubiese podido ocurrir a quien Dios había utilizado para sacarlos de Egipto: ***“Mas viendo el pueblo que Moisés tardaba en descender del monte, se juntó entonces a Aarón, y le dijeron: Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, aquel varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido”*** (Éxodo 32.1).

Entonces pidieron a Aarón que les hiciera un ídolo, porque el pueblo, que había vivido en Egipto por más de cuatrocientos años, se había acostumbrado a adorar ídolos; Egipto era un país politeísta donde se adoraban muchos ídolos. Ellos no tenían ninguna noción del Dios único y verdadero, sino que creían que cualquier figura de animal o de hombre era una representación

de Dios. Esto es tan cierto que cuando Aarón fundió un becerro de oro, el pueblo dijo: ***“Y él, tomándolos de mano de ellos, hizo del oro un becerro de fundición, y acabó de formarlo con un buril: y ellos dijeron: ¡Estos son tus dioses, oh Israel, que te hicieron subir de la tierra de Egipto! Y viendo esto Aarón, edificó un altar delante del becerro; e hizo pregonar Aarón, diciendo: ¡Mañana será fiesta solemne a Jehová! Por lo cual madrugaron al día siguiente, y ofrecieron holocaustos y presentaron sacrificios. Luego sentóse el pueblo a comer y a beber, y levantóse a jugar”*** (Éxodo 32.4-6).

La declaración del pueblo es una evidente demostración de que tenía profundas influencias egipcias y estaba acostumbrado a la idolatría.

Viendo Dios la corrupción en que había caído el pueblo, dijo a Moisés: ***“¡Anda, baja; porque se ha corrompido tu pueblo, que sacaste de la tierra de Egipto! Se han apartado presto del camino que yo les había prescrito; se han hecho un becerro de fundición, y se han postrado ante él, y le han ofrecido sacrificios, y de él han dicho: ¡Estos son tus dioses, oh, Israel, que te han hecho subir de la tierra de Egipto!”*** (Éxodo 32.7-8).

Cuando Moisés bajó del monte y vio la villanía en que había

caído el pueblo, tomó el becerro de oro, lo desmenuzó hasta hacerlo polvo, lo mezcló con agua, e hizo que el pueblo lo bebiera. Después ***“se puso Moisés a la puerta del campamento, y clamó: ¡Quienquiera que sea de parte de Jehová, venga a mí! Y se le reunieron todos los hijos de Leví”*** (Éxodo 32.26).

Cuando Moisés inquirió al pueblo de Israel para saber quién estaba de parte de Jehová, los israelitas que pertenecían a la tribu de Leví se juntaron con él.

Luego Moisés les ordenó: ***“Ponga cada cual su espada sobre el muslo, y pasad, y volved a pasar de puerta a puerta por entre el campamento, y matad, aunque sea cada uno a su hermano, y cada uno a su amigo, y cada uno a su pariente cercano. Y lo hicieron así los hijos de Leví, conforme al dicho de Moisés; y cayeron del pueblo en aquel día como tres mil hombres. Porque les había dicho Moisés: Consagraos hoy a Jehová, aunque sea cada cual en su mismo hijo, o en su hermano; para que él os dé hoy su bendición”*** (Éxodo 32.27-29).

De esta manera, la tribu de Leví se consagró para servir a Dios en el tabernáculo primero; y después, cuando Salomón edificó el templo, era esa tribu la que tenía a su cargo el servicio a Dios. Del seno de esa tribu sur-

gió la clase sacerdotal, designación que correspondió a la casa de Aarón, hermano de Moisés, quien era de la tribu de Leví.

Reiteramos nuevamente que la voluntad original de Dios no era tener una clase sacerdotal, ni una tribu mediadora, sino que deseaba y desea que todo Su pueblo sea un reino de sacerdotes, y ese mismo deseo está en el Nuevo Testamento: ***“Acercándoos a Él, piedra viva, desechada por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual hasta ser un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo... Mas vosotros sois un linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anunciéis las virtudes de Aquel que os llamó de las tinieblas a Su luz admirable... e hizo de nosotros un reino, sacerdotes para Su Dios y Padre”*** (1 Pedro 2.4-5, 9; Apocalipsis 1.6).

Una vez más el Señor manifiesta Su deseo eterno de que todo Su pueblo sea un reino de sacerdotes, y no la existencia de una clase sacerdotal mediadora.

Volviendo al Antiguo Testamento, habíamos quedado en que Dios consagró una tribu para que sirviera en el tabernáculo y en el templo, y de esa tribu

escogió la familia de Aarón para que de su linaje fueran levantados los sacerdotes, y todo esto se dio por la corrupción que el pueblo manifestó en el incidente del becerro de oro, pero esto nunca fue la voluntad agradable y perfecta de Dios, sino que tuvo que permitirlo por la dureza de corazón y la corrupción de Israel.

Así las cosas, cuando el pueblo de Israel entró en la tierra de Canaán para poseerla, Dios ordenó que a cada una de las once tribus restantes les fuera asignada una porción de la tierra, pero ninguna herencia le dio a la tribu de Leví, sino que ellos vivirían de las ofrendas que sus hermanos traerían de lo que les produjese la tierra.

Si los hijos de Israel no ofrendaban, los levitas y los sacerdotes, quienes eran la clase mediadora entre Dios y el pueblo, sufrirían hambre, no tendrían cómo suplir sus necesidades de comida y vestido para ellos y sus familias, puesto que ellos no poseían tierras para cultivarlas y no podían proveer frutos y ganados para su sustento. Por esto el señor declara en Malaquías 3.8-10: ***“¿Robará el hombre a Dios? pues vosotros me habéis robado a mí. Mas decís: ¿En qué te hemos robado? En los diezmos y las ofrendas. ¿Con maldición sois malditos; porque me habéis robado; es decir, esta nación ente-***

ra! Traed todo el diezmo al granero, para que haya alimento en mi Casa, y probadme, si queréis, en esto, dice Jehová de los Ejércitos; y veréis si no os abro las ventanas del cielo, y os derramo una bendición tal que no haya donde quepa”.

Después de que el pueblo regresó del cautiverio babilonio, y que fue reedificado el templo y la ciudad y el servicio levítico y sacerdotal fueron reestablecidos, el pueblo se olvidó de diezmar y ofrendar, y los servidores levitas y sacerdotes no tenían cómo vivir. Por eso el profeta Malaquías habló esas palabras fuertes, para que el pueblo reaccionara y cumpliera la ley de los diezmos y las ofrendas.

Esto es válido en el Antiguo Testamento y exclusivamente para el pueblo de Israel. La clase sacerdotal y la tribu de Leví vivían a expensas de las demás tribus y eso era lo mandado por Dios, pero no era Su voluntad original, porque de ninguna manera Dios deseaba tener una clase mediadora, sino que deseaba que todo Su pueblo fuera un reino de sacerdotes.

En el Nuevo Testamento, cuando ha desaparecido la clase sacerdotal y Dios desea recordar Su deseo original, solamente una vez se habla de diezmo y eso lo hace el Señor Jesús en tiempo pasado. Veámoslo: ***“¡Ay***

de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmás la menta y el anís y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello” (Mateo 23.23). El mismo pasaje está en Lucas 11.42.

Los escribas y fariseos que se caracterizaban por el ejercicio de la hipocresía eran muy juiciosos en pagar el diezmo de la menta, el anís y el comino. Seguramente se esforzaban por dar las primicias de los animales y por ofrecer votos voluntarios, pero dejaban de lado lo más importante de la ley que es la justicia, la misericordia y la fidelidad. En otras palabras, diezmando eran injustos, inmisericordes e infieles. El Señor los reprochó con dureza diciéndoles que se volvieran a la justicia, a la misericordia y a la fidelidad y que diezmaran de todo lo que el Señor les proveyera, pero note que el verbo está en pasado: **era necesario hacer**.

Esto quiere decir que en el Antiguo Testamento era necesario diezmar y además de esto ser misericordioso, fiel y justo. Los fariseos y los escribas se preocupaban solamente por el diezmo, lo mismo que hacen los degradados líderes del cristianismo contemporáneo. Han olvidado completamente expresar al Señor en su vivir, expresión que se

da en justicia—Dios es justo—, misericordia —el Señor es misericordioso— y fidelidad —sólo Él es fiel.

LAS OFRENDAS EN EL NUEVO TESTAMENTO

En el Nuevo Testamento no hay ningún otro pasaje que hable de diezmos, en cambio sí hay un buen número de versículos que hablan de ofrendas y a ellos nos dedicaremos de aquí en adelante.

Empecemos por 1 Corintios 16.1-4: **“En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas. Y cuando haya llegado, a quienes hubiereis designado por carta, a éstos enviaré para que lleven vuestro donativo a Jerusalén. Y si fuere propio que yo también vaya, irán conmigo”**.

En este pasaje hay varios puntos que debemos desentrañar. En primer término, la ofrenda es para los santos, no para un personaje especial de la iglesia. En esa época, en Jerusalén, los santos estaban pasando una necesidad económica muy grande, hasta el punto de que padecían

hambre. Pablo movido a misericordia, habló en cada una de las iglesias que visitaba para que recogieran ofrendas para ser llevadas a Jerusalén con el fin de suplir las necesidades de los hermanos que vivían en esa ciudad. Por eso el hermano dice que la ofrenda es para los santos. De ninguna manera la ofrenda de los hermanos tiene la finalidad de engrosar las arcas de un pastor o de un líder de la congregación, sino de suplir las necesidades de los hermanos.

En la segunda frase encontramos una actitud en Pablo que no es común en él, para mostrar la seriedad y la delicadeza del asunto de la ofrenda y usa una palabra bastante seria: ***haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia***. Así como lo había hecho en las iglesias de Galacia, ahora lo estaba haciendo en la iglesia en Corinto: estaba dando una orden a los hermanos; estaba poniendo en orden el asunto de las ofrendas.

Ofrendar, como lo veremos más adelante, no es un asunto de obligación ni de necesidad, sino de amor: amor por el Señor y amor por los hermanos. El hermano Pablo es cuidadoso y delicado cuando habla a los santos de un asunto tan sublime como es el de ofrendar. Dice así: ***Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte***

algo, según haya prosperado. El primer día de la semana cada uno de los hermanos debía separar algo para la ofrenda. Observa que él no habla de porcentajes; ni el uno, ni el diez, ni el veinte, ni el cincuenta por ciento, sino de algo, y según haya prosperado.

El algo es una cantidad indeterminada que depende, en primer lugar, de la decisión del oferente, y en segundo lugar de la prosperidad económica que haya tenido. Pablo no violentó la conciencia de los hermanos, ni los trató de ladrones, ni los incitó a negociar con Dios.

Precisamente esto es lo que hacen los líderes degradados del cristianismo contemporáneo, lleno de depravación: violentan a los hermanos, los humillan y los hacen sentir viles, diciéndoles que el Señor dice que lo han robado y que sobre ellos caerá maldición. Con la misma boca que supuestamente bendicen a Dios, maldicen a los hermanos y pretenden convertir el nombre del Señor en fuente de ganancia vil, porque todo lo que entra en las ofrendas lo utilizan para enriquecerse y para enriquecer a sus familias. Se llenan de tantas riquezas materiales que hay líderes que ni siquiera saben cuánto suman las riquezas materiales que han raposeado a los feligreses de su congregación: ***“Pues no somos como muchos,***

que medran adulterando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo” (2 Corintios 2.17).

Mientras muchos hermanos en sus congregaciones no tienen los medios necesarios para suplir sus necesidades básicas y las de su familia, los líderes se revientan de “gordura”, porque han presionado la conciencia y la emoción de sus hermanos, para que les entreguen sus bienes a cambio de promesas, supuestamente de Dios, que Él nunca cumplirá, porque jamás salieron de Su boca.

Pablo continúa su ordenamiento diciendo a los corintios: **guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas.** Él no ordenó que lo llevaran al lugar de reunión y lo depositaran en un sitio específico o que se lo entregaran al pastor de la iglesia en Corinto (no existe el cargo de pastor en la Biblia), ni que lo entregaran a los ancianos o los diáconos de la iglesia o a algún tesorero, sino que cada uno lo guardara, porque él no deseaba que cuando llegara se afanaran por recoger ofrendas.

¡Qué delicado fue nuestro hermano Pablo en el asunto de las ofrendas y qué ejemplo tan elevado nos legó! Dios quisiera que los líderes y los creyentes

que hay en las congregaciones vieran este mandato y dejaran de engañar y no se dejaran engañar más en este asunto.

Pablo fue muy firme al no admitir que se recogieran ofrendas cuando él llegara, para que no se creyera que las ofrendas eran para él. Eso se comprueba por sus expresiones en Hechos 20.33-34: **“Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Vosotros mismos sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido”.**

Totalmente distinto es lo que ocurre en el cristianismo, donde se organizan “campañas”, que requieren la presencia de un “predicador” ojalá de fama internacional y todo el tiempo que dure la “campaña” se “repica” sobre diezmos y ofrendas, con el único fin de que haya una abultada ganancia para el “predicador” y quede una buena cantidad para el organizador de la “campaña”, que generalmente es una congregación con su líder.

Los líderes del cristianismo contemporáneo están llenos de codicia y hasta se oye que hay demandas en los estrados judiciales, de feligreses que han sido estafados por pastores, prometiéndoles un montón de mentiras, a cambio de que les entreguen sus bienes. Como las promesas mentirosas no se cum-

plen, vienen los litigios ante los órganos judiciales de cada país.

Cuán distinto era nuestro hermano Pablo y qué digno de ser imitado en el asunto de la ofrenda y del manejo de los recursos monetarios que los hermanos entregaban para suplir las necesidades de los santos. Con pureza de corazón él afirma que no ha codiciado de nadie plata, ni oro, ni ropa, sino que, por el contrario, para suplir sus necesidades y las necesidades de quienes andaban con él, trabajaba honradamente para ganar el sustento.

Qué buen ejemplo para que los líderes cristianos imitasen, se arrepintieran y dejaran de ofender al Señor, haciendo tantos negocios sucios como hacen con los diezmos y las ofrendas, diciendo que todo es para el Señor y para Su obra. ¡Qué gran mentira!

Algunos argumentarán alegando que la Biblia dice que *el obrero es digno de su salario y que no se le pone bozal al buey que trilla*, y esto es totalmente cierto, la Biblia habla así. Pero entendamos que la dignidad ni se exige, ni se mendiga. Si el Señor llama a alguien como Pablo a servir en Su mies, Él es suficientemente poderoso, cuidadoso y amoroso para suplir abundantemente para las necesidades del llamado, y lo suple,

bien sea concediéndole un trabajo secular, por medio del cual pueda sustentarse, como en alguna medida ocurría con Pablo, o pone en el corazón de los santos el sentir de suplir para sus necesidades, como ocurría entre los santos que estaban en Filipos: ***“Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Vosotros mismos sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he dado ejemplo, mostrándoos cómo, trabajando así, se debe sostener a los débiles, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir”*** (Hechos 20.33-35).

A los hermanos en Filipos, Pablo les escribe así, con respecto al cuidado y a la solicitud que ellos tenían por el apóstol: ***“En gran manera me gocé en el Señor de que ya al fin habéis hecho florecer de nuevo vuestro interés por mí; de lo cual también estabais solícitos, pero os faltaba la oportunidad. No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé estar humillado, y sé tener abundancia; en todas las cosas y en todo he aprendido el secreto, así a estar saciado como a tener hambre, así a tener abundancia como a padecer necesidad”*** (Filipenses 4.10-12).

Una cosa es que quien ha sido

llamado por el Señor exija que la iglesia lo sustente; en ese caso no es un obrero digno, es un asalariado. Otra bien distinta es que los santos que están viviendo la realidad del Señor Jesús tengan el profundo encargo de suplir las necesidades económicas de quien los sirve y sirve al Señor. En este caso el obrero es completamente digno y el Señor es cuidadoso para suplirlo abundantemente.

Lo que ocurre con los líderes del cristianismo es que ellos no han sido llamados por el Señor, sino que se han auto llamado y ven la oportunidad de llenarse de opulencia, engañando a sus hermanos y usando miles de triquiñuelas para arrebatárles sus bienes.

Por eso Pablo afirma en 2 Corintios 2.17: ***“Pues no somos como muchos, que medran adulterando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo”***.

El significado de la palabra medrar es *“Mejorar de fortuna aumentando sus bienes, reputación, etc.”*, y Pablo dice que son muchos los que tienen esa práctica de medrar adulterando la palabra de Dios.

Toda la predicación y enseñanza acerca de diezmos y ofrendas que hay en el cristia-

nismo es una adulteración y falsificación de la palabra de Dios. Se han habituado a convertir las cosas del Señor en una fuente de ganancias de riquezas materiales, para enriquecer a los líderes: ***“Pero debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos difíciles. Porque los hombres serán amadores de sí mismos, amadores del dinero, vanagloriosos, soberbios, injuriosos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, salvajes, aborrecedores del bien, traidores, impetuosos, cegados por el orgullo, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; de éstos apártate”*** (2 Timoteo 3.1-5).

Apreciado lector, no creas más tanta mentira, vuélvete al Señor y suplícale que te ayude a ofrendar de la manera que a Él le agrada, no para llenar las arcas de los falsos creyentes que lideran las congregaciones, sino para suplir las necesidades de los santos.

El diezmo y las ofrendas (2)

2

2

Para profundizar más en el tema de las ofrendas es importante recabar en la revelación que hay en los capítulos 8 y 9 de 2 Corintios. En esos dos capítulos hay un buen número de secretos que el Señor desea revelarnos.

Insistiremos en que lo escrito por el apóstol Pablo acerca de ofrendar, no hace referencia a una ley, ni se trata de una imposición, como lo enseña y lo practica el cristianismo, sino que debido a la escasez económica que había entre los santos de Jerusalén y de Judea, el hermano movido por el Espíritu Santo tocó el corazón amoroso de los santos de otras latitudes, para que ofrendaran bienes que podrían suplir la escasez de los santos necesitados.

En ningún momento esa ofrenda tenía como destino en-

riquecer a Pablo ni a quienes con él andaban; ni siquiera la ofrenda estaba destinada a suplir las necesidades básicas del apóstol y sus compañeros: ***“Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Vosotros mismos sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido”*** (Hechos 20.33-34), sino que toda la ofrenda se encaminó a suplir las necesidades de los hijos de Dios: ***“Solamente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres; lo cual también procuré con diligencia hacer... En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir”*** (Gálatas 2.10; Hechos 20.35).

En el capítulo 8 de 2 Corintios, el Espíritu Santo guio a

Pablo a decirles a los corintios que deseaba que ellos supiesen acerca de la gracia que Dios les había concedido a las iglesias que se encontraban en Macedonia: **“Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado en las iglesias de Macedonia”** (8.1). Vale recordar que, en ese tiempo, Macedonia era una región donde había algunas ciudades en las cuales estaba establecida la iglesia del Señor y entre esas ciudades son notables Filipos y Tesalónica, donde los hermanos eran muy normales en su vivir con el Señor.

Pablo afirma que los macedonios se encontraban pasando por muchas tribulaciones y en extrema pobreza y aun así, estaban llenos de gozo y abundaban en generosidad: **“que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su extrema pobreza abundaron en las riquezas de su generosidad”** (8.2).

Pablo entonces quiso dar un testimonio a los santos de Corinto, ciudad de la región de Acaya, porteña y comercial, donde había muchas riquezas materiales, contrastada con la situación de pobreza de los macedonios, y testificó que los macedonios, usando de espontaneidad, es decir, ningún “líder” estaba entre ellos violentando su conciencia para presionarlos a ofrendar, lo

que sí hacen los líderes del cristianismo actualmente: **“Porque doy testimonio de que espontáneamente han dado de acuerdo con sus fuerzas, y aún más allá de sus fuerzas”** (8.3). Los hermanos de Macedonia decidieron ofrendar abundante y generosamente para las necesidades de los santos en Jerusalén.

Los santos macedonios, gracias a que tenían una comunión normal con el Señor en su espíritu, sin obligación, sino espontáneamente, haciendo uso de la gracia que el Señor les concedió y expresando a Dios como amor por los santos, amor que moraba en ellos, dieron de acuerdo con sus fuerzas y aun superando éstas, les rogaron a Pablo y a quienes con él estaban, que no les negaran el privilegio, la gracia de participar en la ayuda para los santos: **“pidiéndonos con muchos ruegos que les concediéramos la gracia de participar en la ayuda para los santos”** (8.4).

Pablo entonces muestra su asombro por la actitud de los hermanos macedonios, pues ellos sobrepasaron la expectativa de los apóstoles, y de manera ordenada, esos hermanos se dieron primero al Señor, como debe ser, es decir, la ofrenda para los santos debe ser dada por hijos de Dios y no por incrédulos. Una vez que ellos se dieron al Señor, también se dieron a los herma-

nos que tenían la gran carga de aliviar las necesidades de los hermanos en Jerusalén y Judea: **“Y superando lo que esperábamos, se dieron primeramente ellos mismos al Señor y a nosotros, por la voluntad de Dios”** (8.5).

Luego Pablo exhorta a los hermanos que están en Corinto, que, así como ellos abundan en dones del Espíritu Santo tales como fe, palabra de conocimiento, abundaban también en diligencia y en amor para con los hermanos, que igualmente fuesen abundantes y generosos en la gracia de dar para los santos necesitados: **“Por tanto, así como ya abundáis en todo— en fe, en palabra, en conocimiento, en toda diligencia y en vuestro amor para con nosotros—, abundad también en esta gracia”** (8.7).

Observa con cuidado las palabras apropiadas que el Espíritu usó por medio de Pablo para animar, no para obligar a los corintios, a que ofrendaran para los santos en Jerusalén.

Por eso él animó a Tito, quien había comenzado la obra de recoger la ofrenda entre los corintios, a que la llevase a feliz término.

El hermano es muy cuidadoso para no ser impositivo con los santos, y afirma: **“No hablo**

como quien manda, sino para poner también a prueba, por la eficacia de otros, la sinceridad de vuestro amor” (8.8). Él quiso probar que entre los corintios no había simples enseñanzas doctrinales, sino que ellos manifestaran de manera práctica toda la revelación y la luz que habían recibido del Señor.

Aquí el apóstol les refresca a los hermanos el ejemplo dado por el Señor Jesús, en el sentido de que siendo rico, se despojó de todas Sus riquezas, de Su honra y de Su gloria por amor a nosotros, para que en la pobreza Suya nosotros fuésemos enriquecidos.

Si el Señor Jesús, quien es Dios eternamente, no se hubiese humillado, no se hubiese despojado de Su gloria para venir en carne, haciéndose semejante a nosotros, pero sin pecado, nunca hubiésemos podido tener acceso a Sus riquezas y a Su gloria, sino que seríamos seres sin esperanza, destinados a la condenación eterna: **“Porque conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, por amor de vosotros se hizo pobre, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos”** (8.9).

En vista de tanta gracia, amor y misericordia provenientes del Señor, Pablo se atreve a dar un consejo que era muy conveniente para los corintios, consisten-

te en que ellos completaran la obra que habían iniciado hacía un año, pues el año anterior habían tenido el deseo de ofrendar para los santos necesitados que estaban en Jerusalén y en Judea, pero no habían tenido la oportunidad de concretarlo. Habían tomado la iniciativa, querían hacerlo, pero aún no lo habían realizado.

Pablo entonces les aconseja que era conveniente para ellos completar lo que habían comenzado: ***“Y en esto doy mi opinión; porque esto es provechoso para vosotros, que fuisteis los primeros no sólo en comenzar a hacerlo, sino también en tomar tal resolución, desde el año pasado. Ahora, pues, llevad también a cabo el hacerlo, de modo que cual fue la prontitud para resolveros, tal sea también la realización conforme a lo que tengáis”*** (8.10-11).

¡Qué celo, qué cuidado y qué delicadeza tuvo el hermano, que en verdad fue llamado por el Espíritu para hacer junto con el Señor Su obra entre ellos! En sus palabras no hay el más pequeño vestigio de imposición, de mandato o de dar órdenes a los hermanos, sino que les recuerda que ellos eran quienes habían tenido la iniciativa el año anterior y que ahora sería bueno que la realizaran.

Cuánto tienen que aprender

los líderes de las congregaciones cristianas hoy, con respecto a la delicadeza con que se deben manejar los asuntos santos del Señor. Pero ¡qué va! La inmensa mayoría son una horda de falsos maestros azuzados por satanás para esclavizar a sus seguidores, blasfemando de esa manera el camino de la verdad.

Al final del versículo 11, el Espíritu establece dos principios, que es bueno recalcar: ofrendar es un asunto voluntario, no de imposición ni de violentar la conciencia de los oferentes, por parte de quienes se toman el atrevimiento de ser líderes de las congregaciones; y, en segundo lugar, la ofrenda se debe hacer de acuerdo con lo que el oferente posee, no con promesas de lo que no tiene: ***“Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene”*** (8.12).

En la primera y la segunda década del siglo XXI, los falsos maestros que lideran el cristianismo, que se caracterizan porque hacen mercadería de sus seguidores, cumpliendo así lo profetizado por Pedro acerca de las peculiaridades de los falsos maestros descritas por el Espíritu Santo en 2 Pedro 2.1-3, estos maestros que viven según sus concupiscencias, presionan a sus seguidores a que hagan ofrendas,

entre otras triquiñuelas, girando cheques posfechados, dizque restando al Señor para obligarlo a que Él les provea para cubrir las sumas de dinero con que se han comprometido con los subterfugios de los excitados predicadores.

Claro que si llegan a leer estos párrafos dirán que ellos no imponen nada, que no han puesto un arma en la frente de los potenciales oferentes, para obligarlos a firmar el cheque; pero hacen algo peor que eso consistente en violentar la conciencia de su audiencia y en verdad los obligan a hacer lo que, en condiciones de libertad espiritual, jamás harían. Estos líderes son verdaderos manipuladores de las mentes de sus seguidores.

Insistimos en que la ofrenda en este pasaje tiene dos principios inalterables: **una voluntad dispuesta**, no por insinuación ni por presión de un predicador, sino por comunión con el Señor en el aposento más interior—espíritu humano del creyente—, y **según lo que el oferente tiene**, no con promesas con base en lo que no tiene.

Una vez que estos cheques han sido girados y entregados al falso maestro, si no hay fondos en el banco, el avivato predicador no se va a quedar con los brazos cruzados, sino que lo entrega a organizaciones espe-

cializadas en cobrar esta clase de título valor y el girador tiene que responder con sus bienes, y muchas veces pierde lo que tiene para el sustento suyo y el de su familia. ¿Qué tal esta “obra de amor”? Estas son obras diabólicas que nada tienen que ver con la gracia ni con el amor del Señor.

En los dos versículos subsiguientes, el Espíritu Santo establece otro principio en cuanto a la tenencia de bienes materiales y las ofrendas de los santos: en la iglesia se debe procurar que haya equilibrio, para que unos no tengan demasiado y otros no tengan cómo suplir sus necesidades básicas: ***“Porque no se trata de que para otros haya alivio, y para vosotros aflicción, sino de que en este tiempo, con igualdad, la abundancia vuestra supla la escasez de ellos, para que también la abundancia de ellos supla la escasez vuestra, para que haya igualdad”*** (8.13-14).

Una vez más vemos el cuidado del Espíritu expresado por medio del apóstol. Ofrendar no puede producir desequilibrio económico, de tal manera que al ofrendar para suplir las necesidades de quien es beneficiario de la ofrenda supla su escasez, pero quien ofrenda caiga en ella. En Corinto los hermanos eran boyantes, tenían abundancia de bienes materiales y la

abundancia de ellos podía suplir la escasez de los necesitados, para que en un tiempo futuro, la abundancia de los necesitados hoy, pudiera suplir la escasez de otros hermanos, y la escasez de los mismos corintios.

Cualquier parecido del cristianismo contemporáneo con esta palabra revelada sería una fantasía, un hecho que solo se ve en sueños, porque actualmente los hermanos son forzados a suplir no según su voluntad ni según sus posesiones, sino a “reventarse” para ofrendar, con tal que las cuentas de los líderes rebosen de abundancia para ellos y para sus familias, mientras que el común de los creyentes a duras penas puede ganar para suplir sus necesidades básicas.

Se sabe de reconocidos “**pastores**” que poseen grandes extensiones de tierras en fincas y haciendas; que son dueños de casas y apartamentos en las ciudades, de caballos que superan el valor de los cien mil dólares, cadenas de radio y de televisión, que han obtenido fraudulentamente, “*robando*” lo que sus seguidores han obtenido con mucho esfuerzo. El principio establecido por el Señor se distorsiona y en lugar de producir un equilibrio entre los miembros de la congregación, produce un tremendo desequilibrio: mientras

el líder y su familia son ricos, los feligreses están empobrecidos y su conciencia herida, porque los líderes, mal usando algunos versículos bíblicos, les hacen ver que son ladrones, que han robado al Señor y que no están contribuyendo como es debido al avance de Su obra y producen en el feligrés un terrible complejo de culpa que diariamente lo acosa y lo oprime.

Otra técnica que emplean es la de prometer que de todo lo que ofrenden el Señor les multiplicará por 2, por 10 y por 100, y los feligreses ven en esta fórmula una manera de enriquecerse y de negociar con Dios: Te doy uno, Señor, y Tú me das cien. ¡Magnífico negocio! Pero ese negocio se convierte en vanas ilusiones, en decepciones y en blasfemias contra el camino de la verdad.

Si tenemos algo de revelación seremos conscientes de que el Señor en verdad no necesita nada de nosotros, que Él tiene los recursos necesarios para llevar adelante Su obra y que si nos anima a ofrendar es simplemente porque desea que tengamos un vivir de amor práctico, velando por las necesidades de aquellos hermanos que tienen muy poco para su subsistencia.

Veamos por ejemplo lo que ocurrió en la iglesia en sus años de juventud, en sus primeros

años. Los hermanos vendían sus posesiones y traían el producto de la venta y lo entregaban a los apóstoles para que suplieran las necesidades de los hermanos: ***“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos. Porque no había entre ellos ningún necesitado; porque cuantos eran dueños de heredas o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad”*** (Hechos 4.32-35).

Esta actitud de los hermanos no fue el resultado de una gran predicación de Pedro o de los doce o de Pablo, sino que surgió espontáneamente de sus corazones y sin que alguien siquiera les insinuara, sino por un sentir que se originó en el Espíritu Santo, ellos fueron capaces de despojarse de sus bienes y entregarlos para que los necesitados fueran suplidos.

Tampoco se convirtió esta ofrenda de amor en una oportunidad para que los apóstoles, los ancianos y los diáconos que había en la iglesia en Jerusalén aumentaran el caudal de sus ri-

quezas, se compraran mansiones y disfrutaran a todo dar de las riquezas que juntaron con la ofrenda de los hermanos, sino que con ellas se suplían las necesidades de los santos y allí no había necesitados. Este es un genuino vivir de creyentes. Esta es la verdadera expresión del amor de Dios y un vivir de Sus hijos agradable a Él.

Es impresionante la frase ***“no había entre ellos ningún necesitado”***, lo cual era realidad en la iglesia naciente, cuando aún estaba llena de pureza, de inocencia y donde el Señor realmente era su Cabeza, cuando satanás aún no había podido introducir ninguna de sus inmundicias, como ocurrió poco tiempo después y ocurre en el siglo XXI.

En estos últimos tiempos, por toda la tierra, el diablo ha levantado a lo largo y ancho del planeta un gran número de sus ministros, falsos maestros del cristianismo, que se han infiltrado en la iglesia para arrastrar tras ellos al crecido número de falsos creyentes y aun a los genuinos creyentes, lo cual fue ampliamente predicho por el Señor en las santas escrituras: ***“Pero debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos difíciles. Porque los hombres serán amadores de sí mismos, amadores del dinero, vanagloriosos, soberbios, injuriadores, desobe-***

dientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, salvajes, aborrecedores del bien, traidores, impetuosos, cegados por el orgullo, amantes de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; de éstos apártate” (2 Timoteo 3.1-5).

A pesar de los esfuerzos que hace satanás para causar daño en el plan y la obra del Señor, Él se intensifica como los siete Espíritus que han salido por toda la tierra y que están delante del trono en el cielo, para ganar a algunos de Sus hijos, constituirlos y hacerlos Sus primicias. Como lo está haciendo también en este tiempo, al revelarnos tantas de Sus insondables riquezas, a fin de que disfrutándolas crezcamos en Él, alcancemos la unidad de la fe, el pleno conocimiento el Hijo de Dios, lleguemos a ser el hombre de plena madurez que constantemente dispensa frutos en la vida, para Su satisfacción, y alcancemos la medida de la estatura de Su plenitud.

De esta manera seremos constituidos como las Primicias, las cuales, cuando estén totalmente conformadas a Él, harán que el regreso del Señor sea un hecho.

Volviendo al tema de las

ofrendas, del que nos hemos ocupado en este apartado, continuamos en la revelación que el Señor nos está otorgando en 2 Corintios 8 y 9. Hemos visto que la ofensa entre los hijos de Dios no puede ser una fuente de enriquecimiento para unos pocos y empobrecimiento para la mayoría de los santos, sino que debe producir un equilibrio entre los santos en cuanto al suplir de sus necesidades. El Espíritu recuerda un hecho del Antiguo Testamento que establece ese principio de equilibrio para los santos.

Cuando el Señor sacó al pueblo de Israel de Egipto, antes de introducirlos en la tierra prometida, los llevó al desierto y como todos sabemos, en el desierto no hay nada para comer. El desierto no es tierra productiva, en él no se puede cultivar, ni se puede tener ganado para alimentar una multitud de millones de personas.

Los israelitas habían traído algunas provisiones de lo que ellos poseían y otras que les dieron los egipcios cuando salieron de allí, pero se agotaron rápidamente, y cuando ya no tenían nada que comer, el único camino viable fue la murmuración.

Imagine por un momento la escena. Miles de hogares con niños, jóvenes y ancianos, caminando por un inmenso desierto, sin tener la más mínima idea de

hacia dónde se dirigían, porque no había mapas, ni brújulas, ni GPS propios de la tecnología moderna. A cualquier lado que mirasen solo veían un cielo abierto, de color azul intenso, y arena, hasta donde alcanzaban a vislumbrar el horizonte. A estas alturas, dos meses después de haber salido de Egipto, la provisión de comida sólo alcanzaba para uno o dos o a lo más tres días, y después... morir de hambre. ¿Qué podrían encontrar en ese yermo desierto, para alimentar a esa gran multitud? Nada. El panorama era bastante desolador.

El pueblo no encontró un camino distinto al de murmurar: ***“Y toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto; y les decían los hijos de Israel: Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta saciarnos; pues nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud”*** (Éxodo 16.2-3). Los israelitas estaban acostumbrados en Egipto a comer con abundancia y con variedad, porque en Egipto, no obstante que sufrían como esclavos, tenían abundancia y variedad de comida para disfrutar. Pero ahora, ¿qué tenían en el desierto? Absolutamente nada.

Lamentablemente, ellos no conocían al Dios que era su Padre, que con mano poderosa los había sacado de la esclavitud de satanás, y que como Padre amoroso cuidaría de todos los detalles y les supliría todas sus necesidades.

Lo mismo ocurre con el pueblo de Dios en el Nuevo Testamento. El Señor nos sacó de debajo del yugo de esclavitud a que satanás nos tenía sometidos, y nos trajo a Él, pero muchos creyentes han sido engañados por satanás, quien ha puesto velos en sus ojos para que no puedan ver la misericordia y el cuidado que nuestro Padre nos prodiga día a día y que estando en Él, nada nos falta.

En el mundo de hoy, las gentes viven desesperadas por atesorar, por tener más y más riquezas para asegurar el futuro y aun los creyentes han caído en esa celada del maligno, y las actividades de las congregaciones cristianas ocupan un alto porcentaje de su tiempo preocupándose por el suplir de los bienes materiales.

El enemigo conoce bien la situación y la aprovecha al máximo, levantando líderes corruptos, que en verdad son sus ministros, para engañar a los congregados y anuncian una y otra vez sobre ofrendas y diezmos, al punto que los cultos de las llamadas “iglesias” se pare-

cen más a un bazar persa que a un lugar y a un tiempo donde se adora al Señor.

Los líderes del cristianismo contemporáneo son verdaderos vendedores de indulgencias, imitadores del cura dominico Johan Tetzel, el emisario del papa, quien era un connotado traficante de indulgencias y las vendía por toda Alemania, lo cual impulsó a Martín Lutero a proclamar sus tesis, levantándose contra la corrupción propalada por la iglesia católica apóstata.

Los líderes del cristianismo de hoy son traficantes de diezmos y ofrendas, porque enseñan a sus feligreses a que reten a Dios y arranquen de sus manos bienes materiales, para que las ofrendas llenen sus arcas y se conviertan en poseedores de ingentes riquezas materiales. ¡Esto es una vergüenza!

Tanto los israelitas como el cristianismo contemporáneo echan en saco roto y sobre sus espaldas la palabra que el Señor proclama a unos y otros. En Éxodo el Señor dice al pueblo de Israel: **“Y Jehová dijo a Moisés: He aquí yo os haré llover pan del cielo; y el pueblo saldrá, y recogerá diariamente la porción de un día, para que yo lo pruebe si anda en mi ley, o no”** (Éxodo 16.4).

En el Nuevo Testamento, el mismo Dios que habló en el Anti-

guo, afirma: **“Por tanto os digo: No os inquietéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?... No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos? Porque los gentiles buscan con afán todas estas cosas. Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de los cielos y hacer lo que agrada al Padre, y todas estas cosas os serán añadidas”** (Mateo 6.25, 31-33).

A pesar de la murmuración de Israel, el Señor les proveyó pan del cielo, el maná que los alimentó y los nutrió suficientemente durante los cuarenta años que anduvieron por el desierto. Después los introdujo en la tierra de Canaán y en ella les suplió abundantemente los frutos de la tierra.

Los creyentes del Nuevo Testamento hemos sido introducidos en Cristo, Él es nuestra buena tierra; Él sabe de qué cosas tenemos necesidad y las suple abundantemente y sin reproche. ¿Por qué entonces vivir desesperados por lo que se ha de vestir, comer o beber? Nuestro amado Padre sabe que tenemos necesidad de todas esas cosas y las

suple en abundancia.

¡Qué agradable sería para el Señor que en los cultos de las iglesias evangélicas no se dedicara tanto tiempo a hablar de añadiduras y más bien aprovecharan ese tiempo para aprender del Señor, para recibir revelación y luz de Su palabra, para honrarlo, adorarlo y alabarlo, usando el espíritu humano, porque la alabanza y la adoración que practican en las denominaciones, son carnales, escasamente tocan el alma, pero nunca salen del espíritu ni tienen como fuente el Espíritu Santo. ¡El Señor jamás se agrada en esas vanidades!

Cuando el Señor le dio maná al pueblo de Israel, dijo que recogieran lo que necesitaban para el sustento de cada día y afirma: **“Y los hijos de Israel lo hicieron así; y recogieron unos más, otros menos; y lo medían por gomer, y no sobró al que había recogido mucho, ni faltó al que había recogido poco; cada uno recogió conforme a lo que había de comer”** (Éxodo 16.17-18).

¿Qué beneficio trae el afán que tienen los líderes de atesorar diezmos y ofrendas? Son riquezas podridas por la polilla y el orín. Son ganancias deshonestas provenientes de la adulteración de la palabra de Dios y el engaño que imparten a sus seguidores. Les pasa exactamente lo que les

ocurrió a algunos israelitas desconfiados que pensaban que mejor sería si recogían suficiente no para un día, sino para muchos días, porque no tenían seguridad que al día siguiente hubiese maná. ¿Qué les ocurrió? **“Mas ellos no obedecieron a Moisés, sino que algunos dejaron de ello para otro día, y crio gusanos, y hedió”** (Éxodo 16.20). Así son todas las riquezas que han acumulado los líderes, engañando a sus adeptos: hieden, son apestosas e inmundas.

Si tú, amado hermano y lector, eres un hombre a quien Dios le ha provisto abundancia de riquezas materiales, úsalas para ayudar a los hermanos necesitados, pero hazlo con sabiduría, dependiendo del Señor en tu espíritu. Permite que la abundancia tuya supla la escasez de otros, para que haya equilibrio en el cuerpo. Haciendo así se cumplirá la palabra que el Señor habló en el Antiguo Testamento y enfatiza en el Nuevo: **“El que recogió mucho, no tuvo más, y el que poco, no tuvo menos”** (2 Corintios 8.15).

Este es el verdadero significado de las palabras que el Señor habló en Mateo 6.19-21: **“No acumuléis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corroen, y donde ladrones horadan y hurtan; sino acumulad para vosotros tesoros en los**

cielos, donde ni la polilla ni el orín corroen, y donde ladrones no horadan ni hurtan. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón". Qué hermoso será el día en que lleguemos a vivir la realidad que vivieron los hermanos en los albores de la iglesia, donde no había ningún necesitado. El Señor anhela recobrar ese vivir genuino en Su iglesia y si nos disponemos, Él lo logrará.

Esta es también la realidad de la palabra que el Señor consignó en Santiago 2.15-17: **"Y si un hermano o una hermana no tienen ropa, y carecen de sustento diario, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma"**.

Lógicamente que esta práctica solo puede darse entre creyentes genuinos, porque infortunadamente, las congregaciones cristianas están conformadas en su mayoría por falsos creyentes, que se convierten en zánganos y se aprovechan de la generosidad de algunos que tienen un corazón amoroso para ayudar a los necesitados. La práctica de ofrenda se da solamente entre creyentes genuinos, no entre falsos creyentes.

A este respecto, el Espíritu

Santo cuidando evitar que los avivados falsos creyentes vivan a expensas de los demás, no gustándoles trabajar en nada, afirma: **"Ahora bien, os ordenamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según las instrucciones que os fueron entregadas y que recibisteis de nosotros. Porque vosotros mismos sabéis de qué manera debéis imitarnos; pues nosotros no anduvimos desordenadamente entre vosotros, ni comimos de balde el pan de nadie, sino que trabajamos con afán y fatiga día y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros; no porque no tuviésemos derecho, sino por daros a vosotros como ejemplo para que nos imitaseis. Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma. Porque oímos que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entrometiéndose en lo ajeno. A los tales mandamos y exhortamos en el Señor Jesucristo, que, trabajando sosegadamente, coman su propio pan"** (2 Tesalonicenses 3.6-12).

El diezmo y las ofrendas (3)

2

3

EL MANEJO DE LAS OFRENDAS

Retomando el hilo que el Señor ha trazado en 2 Corintios 8, llegamos a los versículos 16-24. En estos versículos encontramos un conjunto de principios en cuanto al manejo de las ofrendas y a la colaboración en el ministerio del Espíritu, que es necesario dilucidar para nuestro enriquecimiento espiritual.

En primer lugar, el asunto de recoger ofrendas para ayudar a los hermanos necesitados de Jerusalén y Judea fue primero una carga que surgió de los mismos hermanos que vivían en Corinto. A la vez el Espíritu inquietó a Tito para que los ayudara en el asunto de ofrendar y junto con Pablo tenían una gran solicitud por los hermanos que estaban en

esa ciudad: *“Pero gracias a Dios que pone en el corazón de Tito la misma solicitud que yo tengo por vosotros. Pues no sólo aceptó el ruego, sino que también, estando muy solícito, por su propia voluntad partió para ir a vosotros”* (vs. 16-17).

Observe que la solicitud de Pablo y de Tito por los santos en Corinto fue puesta en su corazón por el Señor; en ningún momento Pablo ordenó a Tito que fuera a Corinto y presionara a los hermanos para que ofrendaran, ni tampoco Pablo ejerció alguna presión sobre ellos. Todo fue guiado por el Espíritu Santo en el corazón de los hermanos.

En los dos versículos subsiguientes el Señor habla de un segundo hermano, de quien omite su nombre, pues el espíritu no

tiene ningún interés en alabar a los hermanos, sino que toda la honra y la gloria sean para el Señor, el único digno de ser alabado, honrado y glorificado.

El Señor es muy amoroso y cuidadoso con Tito al establecer un compañero que fuese con él a Corinto con el fin de recoger el donativo de los santos para llevarlo a Jerusalén. Decimos cuidadoso y amoroso, porque Él tiene el cuidado de que no caiamos, y por eso nos pone junto a un compañero, para que juntos y con Él llevemos adelante Su obra.

Para evitar la tentación a Tito y las posibles habladurías por el manejo de la ofrenda, Dios colocó junto a él, a un santo que era alabado en las iglesias, pero no por su elocuencia o por su capacidad para desarrollar artimañas y presionar a los santos a que entregaran sus bienes materiales, como ocurre con los “ministros” cristianos de hoy, que presionan a los hermanos con palabras fingidas para que, de donde no tienen, ofrenden, dizque para la obra del Señor, cuando en realidad es para acrecentar las riquezas de esos falsos ministros.

El hermano designado por los santos como compañero de Tito era alabado en el evangelio, es decir en la persona del Señor

Jesucristo; en otras palabras, fue alabado por el Señor mismo, por su prontitud y entrega en la anunciación de la persona de Cristo como el evangelio, en todos los lugares donde Él era anunciado: **“Y enviamos juntamente con él al hermano cuya alabanza en el evangelio se ha difundido por todas las iglesias; y no sólo esto, sino que también fue elegido por las iglesias como nuestro compañero de viaje en esta gracia, que nosotros ministramos para gloria del Señor mismo, y para demostrar nuestra prontitud de ánimo”** (2 Corintios 8.18-19).

Ese hermano no fue designado por Pablo, ni por Tito, sino que las iglesias fueron unánimes al considerar que era el compañero ideal para que junto con Tito y eventualmente con Pablo, recogieran la ofrenda de los corintios, destinada a los jerosolimitanos, y la entregaran con prontitud.

En los versículos 20 y 21, el Señor establece otro principio que debemos aplicar cuidadosamente en el manejo de los bienes materiales que los santos ofrendan para suplir las necesidades de los santos: **“evitando que nadie halle falta en nosotros en cuanto a la abundancia que ministramos; pues pensamos de antemano en lo que es honroso, no sólo delante del Señor sino**

también delante de los hombres". En este caso, que es un ejemplo universal, había tres hermanos, que con delicadeza y fielmente estaban manejando una ofrenda abundante y eran cuidadosos en el sentido de que ese manejo fuera totalmente transparente y que nadie hallara ninguna falta ni hubiese ninguna duda en cuanto al manejo que daban a la ofrenda.

Igualmente, el hermano Pablo testifica que él, con los hermanos que sirven juntos al Señor es precavido para pensar de antemano que todos sus actos sean honrosos delante del Señor y delante de los hombres.

Cuán distinto es el manejo que los llamados "ministros" contemporáneos dan a los diezmos y a las ofrendas. En primer lugar, éstas no suplen las necesidades de ningún santo, sino la ambición y el afán de enriquecimiento del líder. Tienen un grupo que llaman ujieres, los cuales son muy diligentes en recoger la ofrenda, inmediatamente después de la predicación que ha violentado la conciencia de los oferentes; luego la ofrenda es llevada a un cuarto especial donde es contada por el líder y su familia y uno que otro feligrés de su entera confianza, y luego desaparece como por arte de magia. ¿A dónde va? Segura-

mente a la caja fuerte del líder, a sus cuentas bancarias y a la adquisición de bienes casi siempre suntuarios: muebles, viviendas, fincas, haciendas, animales exóticos, vehículos, emisoras, estaciones de televisión y otros destinos. Como puede verse, la razón que el Señor tiene para ofrendar es totalmente distorsionada por los mercaderes de la fe.

Las congregaciones no llevan ninguna contabilidad ni tienen obligación legal de presentar cuentas a sus asociados y los gobiernos no los obligan, porque, en Latinoamérica, tiene un absoluto dominio la religión católica y en todos los países está exenta de control fiscal, de impuestos y de cualquier supervisión del estado. Si este privilegio se da para el catolicismo, el mismo se da a las iglesias evangélicas y el manejo de bienes monetarios se convierte en un paraíso de secretismo y corrupción.

Qué distinto es lo que dice la Biblia, la palabra de Dios. Cuán diferente es la conducta de los hermanos que son genuinos servidores —ministros— llamados y establecidos por el Señor, como es el caso de Pablo, Tito y el hermano relatado en el pasaje aludido. Ellos pensaban de antemano en honrar a Dios y a los hombres con sus actuaciones en

el manejo de las ofrendas, que los santos otorgaron a favor de los necesitados.

En los tres últimos versículos, Pablo inspirado por el Espíritu vindica la condición de Tito, del hermano mencionado sin decir su nombre y de los demás que andaban con ellos, afirmando que son colaboradores con Pablo a favor de los corintios. Es necesario aclarar el sentido de la palabra colaborador, porque entre el cristianismo no hay una interpretación adecuada de ella. El prefijo **co** quiere decir **junto con**. Un colaborador es una persona que labora junto con otra y en este caso son dos o más que laboran juntos en la obra de Cristo y no es que uno está bajo las órdenes de otro, sino que los dos o tres o cuatro, están laborando junto con Cristo, quien es la Cabeza, y los hermanos están trabajando juntos cooperando, para llevar adelante la obra que el Señor está haciendo.

En el cristianismo se ha distorsionado tanto esta palabra y la distorsión consiste en que un líder se auto proclama como apóstol y busca para sí un séquito que obedece sus órdenes y le llama sus colaboradores. El pseudo apóstol habla con mucha jactancia de **“mis colaboradores”**.

En verdad todos los hijos de

Dios somos Sus colaboradores, laboramos junto con Él en Su viña, cada uno en distinta medida, hacemos lo que Él nos manda. Entre los creyentes no debe haber ninguna jerarquización porque eso es nicolaísmo y esta manera de obrar es aborrecida por el Señor: **“Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales Yo también aborrezco”** (Apocalipsis 2.6).

Cuando somos enviados por el Señor a anunciarlo, somos apóstoles, pero este no es un título que nos llena de prepotencia y orgullo, sino que el Señor en Su misericordia usa a cualquier hermano para que junto con Él anuncie Su palabra.

Hermanos así deben ser recibidos y amados por las iglesias, porque son la gloria de Cristo: **“En cuanto a Tito, es mi compañero y colaborador para con vosotros; y en cuanto a nuestros hermanos, son apóstoles de las iglesias, son la gloria de Cristo. Mostrad, pues, para con ellos ante las iglesias la prueba de vuestro amor, y de nuestro motivo para gloriarnos respecto de vosotros”** (2 Corintios 8.23-24).

Hasta aquí hemos hablado brevemente del capítulo 8 de 2 Corintios y pensamos que hemos ganado un buen número de riquezas del Señor para que tengamos una conducta adecuada,

agradable y sin ofensa delante de Él. Ahora, en Su Espíritu y escondidos en Él, abordaremos el capítulo 9.

En el versículo 7 del capítulo 9, hay un nuevo principio que rige la generosidad de ofrendar: **“Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre”**. La ofrenda debe originarse en el propósito del corazón del oferente y ese propósito surge exclusivamente de la comunión del creyente con el Señor. Cuando un creyente está en el Lugar Santísimo, es decir, en su espíritu y en el trono de gracia, el Señor pone un propósito en cuanto a la ofrenda, de cuánto debe ofrendar y en qué momento.

En este asunto no debe intervenir nadie distinto al Señor y el oferente. No puede haber presión de ninguna persona para ofrendar ni para determinar una cantidad, sino que debe surgir de un propósito que hace quien ofrenda, como resultado de la comunión con su Señor.

El segundo principio que hay en este versículo tiene que ver con que la ofrenda debe hacerse con alegría y no con tristeza ni por obligación. Las personas que ofrendan en las denominaciones, de manera furtiva son obli-

gadas a ofrendar. La ofrenda que ellos entregan, supuestamente para el Señor, no se origina en una genuina comunión con el Señor, no sale de un propósito que el Señor y el oferente hacen en comunión, sino que es el resultado de la presión que realizan los predicadores sobre sus seguidores para que den determinada cantidad, violando todos los principios que el Señor ha establecido, como son que la ofrenda debe hacerse en secreto; que debe ser conforme a lo que la persona tiene, no según lo que no tiene; que debe ser según la prosperidad que haya tenido, cada quien debe separar algo cada primer día de la semana; que primero debe estar la voluntad dispuesta; que la ofrenda tiene una destinación exclusiva como es la de suplir las necesidades de los santos, bien sea de los santos que están en la ciudad del oferente o bien para los santos de otra ciudad; que de ninguna manera la ofrenda de los santos debe tener como finalidad enriquecer a uno o a unos líderes.

Existe un principio más que encontramos en 1 Timoteo 5.8: **“porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo”**.

En este principio, el Señor

establece un orden en el tema de las ofrendas. Para tener un buen testimonio como creyentes, como hijos de Dios, se debe proveer primero para los suyos, es decir, para aquellas personas de la familia, que siendo creyentes y tienen necesidad deben ser suplidas y entre ellos tienen prioridad aquellos que son de la casa del creyente, porque de no hacerlo, se estaría negando la fe, viniendo a ser peor que un incrédulo y tomando el papel de hipocresía de los fariseos: **“Respondiendo El, les dijo: ¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por causa de vuestra tradición? Porque Dios dijo: “Honra a tu padre y a tu madre”; y: “Quien hable mal de su padre o su madre, que muera”. Pero vosotros decís: Cualquiera que diga a su padre o a su madre: Ya es ofrenda a Dios todo lo mío con que hubieras sido beneficiado, ya no ha de honrar a su padre o a su madre. Así habéis invalidado la palabra de Dios por causa de vuestra tradición ¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de Mí. Pues en vano me rinden culto, enseñando mandamientos de hombres como enseñanzas”** (Mateo 15.3-9). Ellos negaban la asistencia y la honra debida a sus padres, alegando que lo que podían darles lo entregaban

como ofrenda a Dios. El Señor reprochó con firmeza la actitud hipócrita de ellos.

Primero se debe honrar a los padres, a los hijos, al cónyuge y en general a la familia; luego se puede ofrendar para las necesidades de otros santos. Este es el orden que agrada al Señor.

La ofrenda destinada a suplir las necesidades de los santos debe provenir de un corazón alegre, de un corazón que no es presionado por nadie, de un corazón que está en perfecta paz y armonía con el Señor; en la ofrenda no debe haber ni obligación ni necesidad de ofrendar, sino que esta debe surgir de la espontaneidad del creyente, de su amor por el Señor y por los santos.

De manera práctica, cada uno de los santos, cada primer día de la semana, según haya prosperado, debe tener comunión con el Señor y apartar aquello que ha de ofrendar. Si se reúne con otros hermanos y hay un lugar determinado para la reunión, se llevará a ese lugar y se depositará de manera secreta en algún recipiente destinado para tal fin. Nadie debe controlar ni cantidades ni personas. La iglesia, la congregación, debe designar algunos hermanos, probos, apóstoles para administrar la ofrenda.

Estos santos, en comunión con el Señor y conociendo las necesidades de los hermanos, deben distribuir la ofrenda, según la necesidad de cada santo.

No sería apropiado que un hermano que, conociendo la necesidad de otro hermano, la supla directamente, porque eso sería equivalente a tocar trompeta delante de los hombres para ser alabado por ellos. Creemos que el mejor camino que se debe seguir es, que si tiene una carga específica por un hermano o por una familia, deposite su ofrenda en un sobre, escriba el nombre del hermano o de la familia que ha de recibir la ofrenda, y lo coloque en el lugar de las ofrendas. Los santos que administran la ofrenda entregarán el sobre al destinatario. De esta manera el beneficiario alabará al Señor por Su cuidado, y no habrá así el toque de trompeta que hacen los hipócritas, para ser vistos de los hombres.

Otro camino podría ser que el hermano que conoce la necesidad, informe a los santos que administran la ofrenda para que ellos, en comunión con el Señor, tomen la decisión de ayudar a los necesitados.

En el versículo 6 de 2 Corintios 9 hay otro principio que debemos entender con claridad:

“Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará”. No debe entenderse la escasez y la abundancia como referida a cierta cantidad o a cierto porcentaje de los ingresos del oferente, ya que en este sentido, los falsos maestros del cristianismo, los mercaderes contemporáneos de la fe, tuercen la palabra, lo mismo que las demás escrituras, y hablan de semillas de mil, dos mil, tres mil, diez mil y hasta cien mil dólares, animando a sus seguidores a que negocien con Dios, pues Él ha prometido devolverles lo ofrendado hasta centuplicado. Pero en este pasaje no se trata de eso, sino que se trata de la actitud y el propósito del corazón que se tiene al ofrendar.

Para entenderlo, veamos una palabra hablada por el Señor Jesús en Mateo 12.41-44: **“Estando Jesús sentado delante del erario, miraba cómo la multitud echaba dinero en las arcas; y muchos ricos echaban mucho. Y vino una viuda pobre, y echó dos leptos, que equivalen a un cuadrante. Entonces llamando a Sus discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta,**

de su escasez echó todo lo que tenía, todo su sustento”.

Jesús se sentó un día en el templo en un lugar cercano a donde se echaban las ofrendas en dinero y observó la forma en que distintos asistentes al templo ofrendaban.

Muchos ricos echaban mucho; estos serían los preferidos de los pastores contemporáneos, y para ellos, éstos ofrendarían abundantemente y como consecuencia su cosecha sería abundante. Pero eso no es lo que dice el Señor.

De pronto vio a una viuda que además de viuda era pobre y el Señor se fijó en que echó dos leptos. De acuerdo con los diccionarios bíblicos, un leptos correspondía a 1/128 de un denario y este último era el salario diario de un jornalero. Si hacemos una comparación con el salario mínimo de un jornalero colombiano y lo convertimos a la moneda más universal que es el dólar, encontramos que un leptos equivale a 8 centavos de dólar, luego lo que la viuda ofrendó fueron apenas 16 céntimos de dólar. ¿Qué se puede comprar con esa cantidad? Absolutamente nada. A los ojos de los hombres, la ofrenda de la viuda fue inútil, valía más el tiempo que gastaban en contarla. Para los

mercaderes de la fe eso “**es una miseria y una ruina, esa viuda estaba pobre por ser tacaña, porque robaba a Dios, porque no traía los diezmos al alfolí; era una mujer maldita por Dios”.**

Pero eso no fue lo que dijo el Señor Jesús, esa no fue la palabra que emitió nuestro Señor y nuestro Dios. Lea lo que Él dijo: **ésta, de su escasez echó todo lo que tenía, todo su sustento.**

Mientras los ricos que ofrendaron grandes cantidades no fueron apreciados por el Señor, esta viuda pobre que ofrendó una cantidad insignificante satisfizo al Señor, lo agradó en Su corazón, ofrendó con alegría, no con tristeza ni por necesidad, nadie la presionó ni la forzó; ella, con su corazón sincero y honesto echó todo lo que tenía.

Esta viuda hizo lo mismo que los macedonios cuando le pidieron a Pablo que no los excluyera de la gracia de ofrendar para las necesidades de los santos de Jerusalén: ofrendó según sus fuerzas y aún más allá de ellas. Esto dejó admirado al Señor, y por eso Él hizo este relato. Ella amaba profundamente al Señor y echó en la ofrenda todo lo que tenía; primero su corazón amoroso por el Señor y luego todo el sustento que tenía.

Ofrendar abundantemente no

se refiere a dar grandes cantidades, pues eso hicieron los ricos: ofrendaron grandes cantidades de lo que les sobraba, de lo que no necesitaban, pero no lo hicieron con un propósito del corazón salido de su comunión con el Señor, y en verdad, ellos ofrendaron escasamente; así mismo, su cosecha será escasa; mientras tanto la viuda ofrendó abundantemente y su cosecha será abundante, porque el Señor dio un testimonio de la satisfacción que le produjo la actitud de la viuda pobre. Esta viuda sembró para tener un gran tesoro en el cielo. El tesoro de los ricos que el Señor observó ofrendar será muy escaso.

Cuando ofrendamos abundantemente, pero entendiendo la abundancia en los términos que hemos descrito, nuestra cosecha será abundante; esa abundancia no se refiere a riquezas materiales como predicán los “**ministros**” de las “**iglesias**” contemporáneas, sino como dice la Biblia: “**Y poderoso es Dios para hacer que abunde para con vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra**” (2 Corintios 9.8).

La abundancia es en toda gracia y no debemos olvidar que la gracia contiene todas las rique-

zas de Dios: lo que Él es, lo que Él tiene y lo que ha hecho por nosotros en el proceso de redención. Dios quiere abundar en gracia para que tengamos siempre lo suficiente en todas las cosas—incluidos los bienes materiales—, y así abundemos para toda buena obra.

El apóstol guiado por el Espíritu cita algunas escrituras del Antiguo Testamento: “**como está escrito: Repartió, dio a los pobres; Su justicia permanece para siempre. Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia**” (2 Corintios 9.9-10).

El señor es muy claro al decir que dar a los pobres, a los necesitados, expresa Su justicia, es decir, ofrendar para los santos necesitados, es un asunto de justicia y no hacerlo es injusticia y una expresión del injusto, satanás.

En Isaías 55.10-11 dice: “**Porque como descende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié**”. En

este pasaje el Señor muestra una similitud entre la lluvia y Su palabra, diciendo que así como la lluvia y la nieve descienden del cielo y riegan la tierra para hacerla germinar y producir, a quien siembra, para que tenga qué comer, igual proceso se cumple con la palabra que sale de la boca del Señor: penetrará en el corazón de los que lo aman y será una fuente de vida que se reproduce para obtener semilla y comida.

Es necesario enfatizar que el pasaje hace referencia a la palabra que sale de la boca del Señor, no la que hablan los líderes del cristianismo degradado, haciendo creer a las gentes que esa es la palabra de Dios.

Para que la palabra que un creyente habla sea la palabra de Dios se requiere que haya revelación y visión, y éstas se obtienen teniendo comunión con el Señor en el espíritu del creyente. Todas aquellas palabras que se atribuyen a Dios y que no cumplen estos dos requisitos, no son la palabra de Dios; son simples palabrerías inventadas por hombres que andan según sus propias concupiscencias.

Cuando un creyente ofrenda con alegría, con propósito de corazón, sin presión de ninguna índole, sin ser inducido por los

hombres a dar determinada cantidad de sus ingresos, sino que en comunión con el Señor los dos se ponen de acuerdo sobre el particular, y cuando esa ofrenda se destina para ayudar a los santos necesitados, la ofrenda se convierte en semilla que es sembrada en el reino de los cielos, donde no hay polilla ni orín para corromper, ni ladrones para minar y hurtar. Una siembra así es en el Señor, según Su voluntad, y por esa razón Él hará que germine y que haya una cosecha abundante, de tal manera que en la iglesia todos tengan cómo suplir sus necesidades y no haya necesitados, sino que todos son enriquecidos espiritualmente en el Señor y tienen abundancia para cubrir sus necesidades económicas.

De esta manera, la palabra que sale de la boca del Señor no vuelve a Él vacía, sino que cumple el propósito con el cual la envió.

Si somos obedientes en el asunto de ofrendar, según el deseo del Señor y no de acuerdo con los mandatos de los hombres inescrupulosos, que se esfuerzan por medrar falsificando la palabra del Señor, si atendemos a los deseos de Él, seremos enriquecidos en todas las cosas y podremos usar de liberalidad para suplir abundantemente las nece-

sidades de los santos: **“para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios. Porque la ministración de este servicio no solamente suple lo que a los santos falta, sino que también abunda en muchas acciones de gracias a Dios; pues por la experiencia de esta ministración glorifican a Dios por la obediencia que profesáis al evangelio de Cristo, y por la liberalidad de vuestra contribución para ellos y para todos; asimismo en la oración de ellos por vosotros, a quienes aman a causa de la superabundante gracia de Dios en vosotros”** (2 Corintios 9.11-14).

Cuando esta ministración se da en la iglesia, se convierte en un motivo de alabanza y gloria al Señor por medio de darle gracias, tal como ocurría con Pablo y los hermanos que andaban con él y con los hermanos jerosolimitanos y judíos, que fueron suplidos con la ofrenda de los santos de otras ciudades y regiones.

Regresando a capítulo 9 encontramos en el versículo 1 la reiteración que hace el Espíritu acerca de que la ofrenda es para ministrar, es decir, para servir a los santos, y una vez más es necesario enfatizar el deseo del Señor de que la ofrenda de los hijos de Dios tiene como único

fin suplir las necesidades de los santos, y no el de enriquecer a un lobo vestido de oveja, que se auto proclama como el ungido de Dios, como el siervo de Dios: **“En cuanto a la ministración para los santos, es por demás que yo os escriba; pues conozco vuestra prontitud de ánimo, por la cual yo me glorío de vosotros ante los de Macedonia, que Acaya está preparada desde el año pasado; y vuestro celo ha estimulado a la mayoría”** (2 Corintio 9.1-2).

Igualmente destaca el Señor que la ofrenda de los hermanos en cualquier ciudad es producida por la prontitud de corazón de ellos para suplir a los necesitados, y esa prontitud de los corintios y no solo de los que vivían en esa ciudad, sino en toda la provincia de Acaya, en la que se encontraba Corinto, esa prontitud de ánimo era motivo de que Pablo se gloriase ante los macedonios, y en ese gloriarse Pablo podía afirmar que la prontitud de Acaya no era reciente, sino que desde el año pasado habían rogado que les permitiesen estar en la gracia de participar en la ofrenda para los santos necesitados, y esa prontitud era un magnífico ejemplo que había estimulado a los hermanos de todas las ciudades y regiones, a tener el mismo celo por ministrar para las necesidades de los

santos.

Pablo entonces usando la sabiduría que el Señor le había prodigado y cuidando de que los corintios de pronto no fueran avergonzados ante los macedonios, envió a Tito junto con el hermano que era alabado en las iglesias, para que los hermanos de Acaya estuvieran preparados y no desprevenidos y el motivo de su gloriarse por la prontitud de ánimo de los corintios no resultase vana: ***“Pero he enviado a los hermanos, para que nuestro motivo para gloriarnos de vosotros no resulte vano en esta parte; para que como lo he dicho, estéis preparados; no sea que si vienen conmigo los macedonios, y os hallan desprevenidos, nos avergoncemos nosotros, por no decir vosotros, de esta confianza”*** (2 Corintios 9.3-4). Pablo fue previsivo para no resultar avergonzado él y avergonzar a los corintios en caso de que éstos se hubieran descuidado y los macedonios notasen tal descuido. ¡Cuán detallistas y cuidadosos debemos ser en la ejecución de las cosas que el Señor nos manda!

Por esta razón Pablo consideró necesario rogar a los hermanos —Tito y el otro hermano— para que fuesen a Corinto y ayudasen a los hermanos a preparar la bendición que ellos

habían prometido, para que ésta resultase un motivo de bendición y no un motivo de codicia, codicia tanto para ellos como para los apóstoles: ***“Por tanto, tuve por necesario rogar a los hermanos que fuesen primero a vosotros y preparasen primero vuestra bendición antes prometida, para que así esté lista como bendición, y no como por codicia”*** (2 Corintios 9.5).

De este sencillo versículo resultan tres principios que debemos destacar, resaltar y subrayar. En primer lugar, Pablo no mandó a los hermanos, no dio órdenes, porque ellos no eran los muchachos ni los sirvientes de Pablo, sino que junto con Él todos eran colaboradores del Señor y hacían Su obra junto con Él.

No es bíblica la costumbre que tienen algunos llamados “**ministros**” y “**siervos**” del Señor, que en verdad son falsos maestros, costumbre que consiste en auto proclamarse apóstoles y tener alrededor de ellos una cohorte de servidores que denomina sus colaboradores y deben someterse a él sin contradecir nada y hacer lo que él les ordene.

Por eso Pablo no les dio órdenes, sino que les rogó que fuesen a Corinto y ayudasen a los hermanos a preparar la bendición que ellos habían prometido

desde el año anterior y de esta manera su ofrenda resultase en bendición.

El segundo principio consiste en que Pablo rogó a los hermanos que fuesen a Corinto a que ayudasen a los hermanos a preparar la bendición prometida y no a que los presionasen a que ofrendaran determinado porcentaje de sus bienes o ciertas cantidades predeterminadas.

Tampoco fueron enviados los hermanos a Corinto a que tomaran la Biblia y golpearan con ella a los santos, tratándolos de ladrones que estaban robando a Dios porque no ofrendaban en la forma y las cantidades que según ellos era ordenada por el Señor. No, ellos fueron como padres llenos de ternura, a motivar y a despertar el interés que los hermanos corintios habían manifestado desde hacía un año, de ofrendar para socorrer a los santos que estaban padeciendo necesidad.

Nada de esto es parecido a las prácticas del cristianismo contemporáneo, donde los hermanos son golpeados y violentados en su conciencia para que ofrenden conforme al capricho y al morbo de los líderes, falsos maestros, y no conforme al deseo y al corazón del Señor.

El tercer principio determina

inequívocamente que la ofrenda debe ser un motivo de bendición y no una fuente de codicia. Los corintios no codiciaron creyendo y exigiendo que Dios les duplicara o les multiplicara por diez o por cien, los bienes que ellos habían ofrendado. Esto sí es común en las denominaciones del cristianismo de hoy.

Tampoco la ofrenda de los corintios, sin duda abundante, fue motivo de codicia para Pablo, ni para Tito, ni para los santos que laboraban con ellos, como sí es hoy para los falsos maestros que se han introducido en la iglesia, auto proclamándose como los enviados de Dios, llenos de codicia y avaricia, enriqueciéndose con los bienes que raposean a los hermanos, para enriquecerse y llenarse de fama.

Finalmente, el Espíritu concluye estos capítulos con un versículo muy interesante: “***¡Gracias a Dios por su don inefable!***”. Es magnífica esta conclusión, pues ella nos muestra que ofrendar es un don que nos fue dado con la gracia y que ahora está en nuestro espíritu.

Si tenemos en cuenta que un don espiritual es una capacidad que Dios nos da para realizar ciertas actividades, entonces podremos afirmar que ofrendar es una capacidad que el Señor

nos otorgó dentro de Su gracia, es un don que nos fue concedido cuando creímos recibiendo al Señor y que ofrendar no requiere ningún esfuerzo por parte de los creyentes, sino que debe ser espontáneo, con alegría y sencillez de corazón.

Podemos concluir el asunto de la ofrenda, haciendo énfasis en los siguientes puntos, esperando con ellos aclarar a los santos que quieran seguir al Cordero por donde quiera que va, y salir así del engaño y la esclavitud a que satanás los ha sometido, usando falsos maestros que presumen de “**ministros**” del Señor, pero que no son más que ministros del diablo disfrazados de ángel de luz: ***“Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se transfiguran para hacerse pasar por apóstoles de Cristo. Y no es de maravillarse, porque el mismo satanás se transfigura en ángel de luz. Así que, no es gran cosa si también sus ministros se transfiguran para hacerse pasar por ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras”*** (2 Corintios 11.13-15):

La ofrenda es un don que Dios les ha dado a Sus hijos y viene incluida en la gracia que recibimos cuando creímos en el Señor y fuimos regenerados por Su Espíritu.

La ofrenda debe ser secreta

entre Dios y el creyente. Nadie en su entorno debe enterarse de la cantidad y calidad de la ofrenda de los hijos de Dios.

El diezmo era una clase de ofrenda que se dio en el Antiguo Testamento y exclusivamente para el pueblo de Israel. Con sus diezmos, primicias y votos voluntarios se sostenía la clase sacerdotal mediadora y los levitas. Exigir el diezmo en el Nuevo Testamento es estar fuera de la voluntad de Dios y desobedecer Su palabra

En el Nuevo Testamento Dios desea recobrar Su voluntad original y hacer que todos Sus hijos seamos sacerdotes. No hay en el Nuevo Testamento una clase mediadora. No hay un pastor ni un líder con cualquier otro nombre; el Líder y Pastor de la iglesia neotestamentaria es el Señor Jesús y solamente Él. Todos los hijos de Dios somos Sus ungidos y todos debemos servirlo en la medida y capacidad que Él nos ha otorgado a cada uno.

Como en el Nuevo Testamento no existe el diezmo, la cantidad que cada hijo de Dios ofrenda debe ser secreta y debe salir de un acuerdo establecido entre Dios y el creyente, estando juntos en comunión, en el aposento más interior del creyente, que es el espíritu humano.

Ningún santo debe ser presionado para que ofrende determinado porcentaje de sus ingresos.

La ofrenda se hace con alegría, no con tristeza ni por obligación.

Quienes predicán que quienes no diezman son ladrones, maldicen a quienes presionan para diezmar; éstos son falsos maestros que se están maldiciendo a sí mismos y el Señor les promete que su destrucción no se tarda.

La ofrenda de los hijos de Dios tiene como único fin suplir las necesidades de los santos y en ningún caso debe encaminarse a enriquecer a los líderes. El sistema pastoral que hay en las denominaciones evangélicas no es bíblico, sino que es una burda copia del catolicismo romano donde hay papa, cardenales, obispos y curas; un sistema ingenioso inventado por satanás para engañar al mundo entero. Esto es nicolaísmo.

La ofrenda que agrada al Señor tiene como uno de sus fines el de producir equilibrio entre los santos para que no haya estrechez para unos y abundancia para otros, sino que en todos haya suplir suficiente para sus necesidades básicas.

Todo creyente normal debe suplir primero para las necesi-

dades de los suyos, teniendo en cuenta que primero debe ser suplida su casa. Esta actitud se convierte en un testimonio adecuado, que glorifica al Señor y muestra un buen ejemplo a quienes están a su alrededor.

Ningún hermano puede ser carga para la iglesia, no trabajando en nada, a excepción de las viudas mayores de sesenta años, que sirvan al Señor en los santos y que no tengan familiares que puedan sostenerlas.

Finalmente, si uno o varios hermanos han sido llamados por el Señor para servirlo en los hermanos, el Señor declara que ese o esos hermanos es o son dignos de su salario. El Señor pondrá en el corazón de los santos el suplir abundante para las necesidades de ellos, como hicieron los filipenses con Pablo, que le enviaban a uno y otro lugar para sus necesidades. Pero esos hermanos deben ser designados por el Señor, como ocurrió con Bernabé y Saulo cuando estaban en Antioquía de Siria. No obstante, si esos hermanos pueden trabajar con sus propias manos para ganar su sustento, o si su familia tiene carga para sustentarlos, su servicio es más glorioso para ellos y para el Señor.